114

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

1

CIA. MEXICANA DE AVIACION, S. A.



A SU ALCANCE 23

CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO, LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA

Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición **el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.**

Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.

Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.

Oficinas en México:

BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ

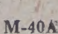
Tels. 18-12-60 y 35-81-05



MEXICANA

DE AVIACION

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**





que hemos adquirido recientemente para establecer un servicio mexicano a las principales ciudades del país.

Viajar en Pullman es como viajar en su propia casa: su sueño será tranquilo, disfrutará Ud. de gabinetes de aseo, fumador y de lectura, así como de los servicios de comedor, en las rutas México-Guadalajara; México-Nuevo Laredo; México-Ciudad Juárez, y México-Veracruz, tenemos asignados carros salones-comedor de lujo, con clima artificial. Todo con un servicio esmerado.

Su viaje verdaderamente feliz, comienza en el momento en que usted aborda un carro Pullman.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXIC


ALAS EXTRA
se destacan
entre los
de su categoría
ALAS
OVALADOS
ALAS
EXTRA
35¢ cajetilla
AE-RFF


PETROLEOS MEXICANOS PEMEX
PETROLEOS MEXICANOS ·
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1 Enero-Febrero de 1951 Vol. LV

INDICE

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO X VOL. LV

1

ENERO - FEBRERO
1951

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1951

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbado de

FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. DE R. L.

Bucareli Nº 24 — México, D. F.

Nuestro Tiempo

GUATEMALA, ISLA DE ESPERANZA

Por *Mario MONTEFORTE TOLEDO*

El movimiento guatemalteco y América

La primera reacción de cualquier estudioso de Ibero-América es seguramente el asombro. Salvando lo anecdótico, el factor temporal y la dimensión cuantitativa, hombres y hechos se reproducen de un país a otro: inmensos territorios con pequeñas poblaciones; atroz retraso en el desarrollo social; incomprensible paciencia de los de abajo para resistir su estado; sucesión herencial de unos cuantos que detentan riqueza y poder; compadrazgo de los que gobiernan, con intereses económicos colonialistas; en fin, cuatrocientos años de sorprendentes paralelismos. Sólo hay en este panorama dos fenómenos sin correlación: la Revolución mexicana y el cambio ocurrido en Guatemala desde 1944.

En México, mediante la acción popular directa, sufrieron transformaciones profundas la sociedad y sus bienes. El gobierno y la tierra cambiaron de dueños; la infiltración económica extranjera se abolió en sus aspectos coloniales, y se pusieron en vigor regímenes de protección nacionalista; las organizaciones obreras y campesinas participaron en la dirección de la cosa pública y se enfrentaron al elemento patronal bajo la tutela de avanzadas leyes, y hubo una positiva socialización de los servicios del gobierno. La Revolución mexicana, a pesar de las críticas y de los desalientos, continúa su proceso y desemboca en la economía capitalista, en la industrialización, en la mecanización de los cultivos, y en tantos otros beneficios colectivos derivados de una fase consolidada e institucional.

Evolución tan fundamental no la ha habido en ningún país de América, salvo en Estados Unidos, donde las etapas históricas fueron superándose sin sangre, hasta llegar al concentrado capitalismo actual. Ni siquiera en Guatemala, cuyo movimiento democrático no puede llamarse una revolución.

No obstante, es preciso admitir que este movimiento no tiene analogía en Ibero-América en el período de post-guerra. Unicamente puede parangonársele el cambio ocurrido en Venezuela después del derrocamiento de Medina; por desgracia, los movimientos que no logran conquistar el gobierno y mantenerse en él, son pasos hacia adelante en el desarrollo de los pueblos, pero no dan vida a formas revolucionarias. Otro tanto puede decirse del discutido aprismo en el Perú. En El Salvador, un golpe armado derrocó la dictadura de Hernández Martínez; cuando el movimiento empezó a adquirir contenido social y económico, fué sofocado por los militares, quienes ahora gobiernan el país preocupados —es verdad— por la evolución política hacia la democracia y por la reforma tributaria; pero coincidiendo con los intereses de las clases dominantes seculares en lo que respecta a los problemas básicos: la tierra, y las relaciones entre trabajadores y patronos. El caso de Argentina, aunque más complejo, entraña un progreso en cuanto a la nacionalización de varias empresas de servicio público y a la eficaz lucha contra el colonialismo extranjero; mas nadie se atrevería a llamar al peronismo una revolución democrática, dada su práctica de represión contra grandes sectores de la izquierda y contra toda forma de oposición, y su amasiato con altos intereses de la burguesía y del clero.

No basta, sin embargo, derrocar regímenes históricamente caducos y presentar una posición digna frente a las grandes potencias expansionistas; es igualmente importante superar las formas económicas retrasadas y consolidar el respeto a los derechos humanos. El movimiento guatemalteco es sin duda el único que ha surgido en Ibero-América como consecuencia de lo que pudo ser y no fué, la máxima conquista positiva por la que se hubiese justificado la guerra mundial: la Carta del Atlántico; este movimiento es ya una realidad en lo político y puede muy bien, habida cuenta de sus gérmenes y elementos, transformarse en una verdadera revolución que acerque al país a la democracia social y económica.

Breve sumario de cuatro siglos

GUATEMALA tiene poco más de 100,000 kilómetros cuadrados, y poco más de 2.500,000 habitantes (este "poco más" en lugar de "poco menos" de cifras mayores, es un eufemismo afectivo

para magnificar la dimensión de lo que en realidad es tan pequeño). Su 60% de indios puros se debe a que, al igual que en el Ecuador y en el Perú, el mestizaje sufrió una parálisis a raíz de la independencia; sin poder imperial contra quien luchar, las clases dominantes se segregaron del indígena para explotarle mejor, substituyendo a los españoles, que no pudieron tener prejuicios raciales en un continente de tan inmensa lejanía cómplice.

Exporta desde hace varios lustros 1.000,000 de sacos de café fino, 6.000,000 de racimos de banano extranjero y algunos otros productos agrícolas de gran precio, como chicle, miel y citronela. Tiene una moneda sólida, en paridad con el dólar; un presupuesto nacional de casi 50.000,000, pequeñas industrias de consumo local; tierras sembradas con aproximadamente todo lo que necesita la población, más excelentes reservas y zonas forestales, a pesar de lo que han hecho los campesinos por arrasarlas. Importa toda la maquinaria y gruesas cantidades de artículos elaborados y semi-elaborados. La balanza de pagos está más o menos nivelada; no hay deuda pública externa, y la interna es insignificante; y aunque la inflación ha sido menor que en casi todos los países del mundo (gracias a una eficaz política bancaria y a los elevados precios del café, cimiento de la economía nacional), el costo de vida es muy alto, sólo inferior al de Cuba y al de Venezuela.

El indio es como una fuerza telúrica y obstinada, que se defiende dentro de su averiada cultura contra el embate de la lengua, de la economía y de la religión ultramarinas. Produce por sus manos casi toda la riqueza agrícola: frijol, ganado lanar y legumbres en las tierras que a diferencia de sus hermanos de la América del Sur, aun conserva, promediando una y media hectárea por cabeza, y como jornalero temporal en las fincas de artículos exportables. Es una tremenda fuerza anti-revolucionaria por su ignorancia, por su actitud tribal que lo divorcia de las comunidades ajenas a la suya, por su falta de intereses comunes con la clase laborante de la ciudad y por su apego semi-religioso a la tierra que de día en día empobrece con sus sistemas cavernarios de trabajo; es inútil embellecer este carácter negativo de la raza indígena ahora, cuando necesitamos conocer a fondo la realidad, por más lacerante que resulte. El mestizo es artesano, comerciante, obrero, profesionista y recientemente industrial; se recluta entre esta división social el contingente

político del clero, los individualistas a ultranza y en los últimos años, la base de las organizaciones sindicales. El blanco es una pequeña minoría que aún mantiene la posesión de las mejores y más extensas tierras, y el control de las principales industrias y de los bancos; se ha visto compulsado a admitir en el manejo de los grandes negocios a muchos mestizos hábiles, conforme perdió sentido histórico al definirse las clases, la pugna entre liberales y conservadores, que se prolongó a todo lo largo del siglo XIX y parte del siglo XX.

Los blancos hicieron la independencia, que por fuerza no tuvo repercusión en la economía ni benefició a las masas, ya que hasta la esclavitud —que al menos se suavizaba por las admirables Leyes de Indias— fué substituída por un ingenioso sistema de explotación en el cual participó el cacicazgo criollo e indígena. Los mestizos hicieron la revolución liberal, la conmoción más importante de la historia de Guatemala (de seguro más radical que la realizada en México por Juárez y Calles juntos). Con la colaboración de unos cuantos intelectuales blancos, pusieron en vigor excelentes adaptaciones de las leyes francesas, destruyeron por su base la hegemonía económica de la Iglesia; otorgaron las tierras del clero en propiedad privada a hombres de empresa y de ideas nuevas, o como dotaciones comunales y ejidales a los pueblos indígenas; compulsaron la enseñanza laica e introdujeron importantes mejoras materiales. Para llevar a cabo este formidable programa desde el gobierno, el presidente Barrios implantó una dictadura apoyada en un ejército comparativamente poderoso, que se convirtió en oligarquía y fué factor de la esclavización de las mayorías ciudadanas hasta 1944.

La dictadura parecía ser la única forma de gobierno posible en Guatemala hasta hace un lustro. Carrera, un indígena analfabeta que escaló el poder por la fuerza de las armas e inmediatamente fué rodeado por las derechas, gobernó a mediados del siglo pasado durante treinta años; Barrios se perpetuó por quince años, hasta que fué muerto en batalla cuando intentaba unificar Centro América a tiros; Cabrera, un torvo abogado sin entrañas, sojuzgó al país durante los primeros veintidós años de este siglo, y Ubico gobernó catorce años, hasta que fué derrocado en 1944. Excepción hecha de ligeros respiros, breves y por eso infructuosos, los gobernantes intermedios no procedieron mucho mejor que los autócratas, cuya herencia fué la servidumbre nacional, el miedo y el atraso.

La administración ubiquista marca el punto crítico de nuestra historia; es algo así como el gran final de una larga noche. Sintomáticamente, el propio dictador resumía en sí mismo todos los factores reaccionarios: era latifundista, miembro de la oligarquía militar, resultaba de la unión de una familia liberal y de otra conservadora, y por temperamento abominaba de toda manifestación intelectual y anti-gregaria. Fué nazi-fascista mientras se columbraba el triunfo del Eje en Europa; luego, cuando enviaron al presidente Arias de Panamá a las clínicas cubanas a curarse de la vista y quizás de concomitantes males totalitarios, ya en vísperas de la guerra, volvió al redil del Departamento de Estado norteamericano; era lo menos que podía hacer por quienes lo impusieron al pueblo guatemalteco en 1931 para que protegiera y engrosara —como protegió y engrosó— los intereses de las grandes compañías. Sin proponérselo, Ubico cumple con su papel histórico de estimular la compactación de una clase semi-feudal con intereses definidos, y consecuentemente, la compactación de la otra clase, todavía abigarrada y amorfa, aunque portadora de simientes de justicia social y del progreso democrático. De un modo orgánico, casi palpable, el país no toleraba ya otra dictadura, y no la hubo; los cien días que gobernó el sucesor forzado por Ubico fueron otras tantas vísperas de batalla: en octubre de 1944 estalló la revuelta y el pueblo se puso de pie.

Anecdotario de octubre

En Guatemala no había partidos políticos ni organizaciones sindicales, ni siquiera grupos significados de oposición; al decir de un chusco, las dictaduras deparaban a sus antagonistas el destierro, el encierro o el entierro. La destrucción del régimen sólo podía provenir de adentro, por sus propias fuerzas endocrinas. Militares jóvenes sin formación revolucionaria, pero con ideales de redención y de progreso, conspiraron con elementos de la ciudadanía no mejor orientados que ellos, aunque con similares propósitos. Francisco J. Arana y Jacobo Arbenz encabezaron los núcleos en el ejército; Jorge Toriello llevó la representación de la ciudadanía. El chispazo ya había prendido en la Universidad, insuflado por estudiantes que después de valerosas jornadas lograron levantar la resistencia popular hasta

la expulsión de Ubico; ellos, los maestros y la juventud militar, condujeron la sangrienta pelea callejera contra el presidente provisorio.

Un triunvirato formado por aquellos dirigentes empezó a timonear la nación. Los partidos que recién se habían organizado dieron sus hombres para improvisar la burocracia. Surgieron los primeros sindicatos y se plantearon las primeras huelgas. Aprovechando la incertidumbre de las derechas, la Junta expulsó en masa a todos los generales y dictó rápidas medidas de contenido revolucionario. Se elaboró una nueva Constitución, cuya médula es el capítulo de las garantías sociales y la pauta para una reforma agraria burguesa y moderada. A la inversa de lo que aconteció en México en 1917, la Constitución de Guatemala no transformaba en institucional una revolución (que no existía aún), sino que le fijaba metas próximas y asequibles.

Es evidente que una revolución no puede realizarse con plenos alcances dentro de la ley y bajo la vigilancia de magistrados que la cumplen. Esto se comprendió a tiempo; pero la constitucionalidad fué un imperativo político para soslayar las ambiciones que ya venían creciendo en algunos mandatarios, y para encarrilar las fuerzas populares que sin experiencia ni objetivos racionales, hubiesen podido comprometer las pequeñas cuanto valiosas conquistas logradas.

En marzo de 1945, investido por una abrumadora votación, subió a la presidencia de la República el Dr. Juan José Arévalo, un maestro y filósofo que había huído de la dictadura ubiquista refugiándose en Argentina. A pesar de que sólo le conocía un reducido grupo de intelectuales, su nombre enraizó mágicamente, sobre todo cuando tan pronto regresó a su patria en calidad de candidato durante los cien días del terror que siguieron a la caída de Ubico, irguió su alta figura en las plazas de las villas y habló con restallante oratoria de las vejaciones y de las miserias que sufría la población. Quizás algunos de los miembros de la Junta revolucionaria hubiese pensado en entronizarse en el gobierno que tan corajudamente había contribuído a conquistar; pero la voluntad pública arrollaba hacia un impostergable fin: llevar al Dr. Arévalo a la presidencia, lo cual, en el ánimo de muchísimos guatemaltecos, encarnaba la más desmesurada esperanza.

Este punto de partida condicionó la administración del presidente Arévalo; fué su más expedita y firme batería, y su

última y más negativa sombra. Porque una cosa era asumir en libre votación la primera magistratura, y otra dar la medida de lo imposible, movilizando en un período de seis años a una nación hacia el bienestar y la justicia social de que careciera durante cuatro siglos.

Despiertan las fieras

En 1945, Guatemala estaba a la zaga de casi todas las naciones en el orden democrático. Las fuerzas populares formaban agrupaciones sin envergadura doctrinaria ni líderes fogueados; regían las condiciones de trabajo leyes que valoraban como plena prueba la declaración que hiciese el patrono bajo su palabra de honor; no se reconocían sino límites teóricos para las horas de trabajo y los salarios eran tan exiguos que en algunas regiones se pagaba hasta cuatro centavos oro al día. Nadie sabía cómo usar, sin abusar, de los derechos individuales que garantizaba la Constitución. Considerables sectores del ejército aun pensaban que era afrentoso que un paisano fuese el presidente y en cierto modo juzgaban que si no era para mantener en la cúspide a uno de los suyos, las armas no servían para nada. La derecha, que en una u otra forma jamás había transferido el poder, se unificó y empezó a conspirar, apenas se percató de que el nuevo régimen abría posibilidades de vulnerar sus centenarias sinecuras y prebendas. La Embajada norteamericana observaba con manifiesta desconfianza el vocerío clamando por una vaga justicia y por una menos vaga dignidad nacional, según lo presentían las empresas norteamericanas en términos de posibles recortes al cómodo estatuto que las mantuviera omnipotentes. Las dictaduras del Caribe esperaban con las zarpas prestas la menor sacudida que pudiera reintegrar a Guatemala a su tradicional servidumbre, y enconaban a los conspiradores con promesas de ayuda efectiva; sólo México y Cuba se presentaban en el horizonte como tableros de esperanza para contrarrestar las demasiado probables intervenciones de las potencias vecinas. Y en el orden material, llenaban pizarrones enteros las listas de lo que había menester: escuelas, caminos, agua potable, luz eléctrica, hospitales, asistencia pública, crédito agrícola e industrial, salarios decorosos y sobre todo hombres, de todas las especialidades y ocupaciones; hombres que colabo-

rasen con el gobierno con una nueva sensibilidad —ya que pedir orientación teórica a aquellas horas era demasiado—, sin sabotaje ni traición.

Esta horda de miserias morales y físicas, de necesidades exacerbadas durante generaciones sin cuento, proyectó su sombra descomunal sobre el feble gobierno. La gente cuerda, de la que abunda cuando se juegan destinos superiores, sonreía con escepticismo, reconfortada por el pensamiento de que al fin y al cabo, Ubico podía retornar a paso de salvador y entre fanfarrias, desde su refugio neorlinés.

Ante tan sombrío panorama, mientras en su derredor crujía el mundo, el Dr. Arévalo, que es un hombre orgánicamente optimista y carente del sentido de evaluación del peligro, se rodeó de jóvenes casi imberbes, y sin programa definido ni recursos, se echó al mar.

Los inmanentes

Los hombres del trópico son políticos en potencia. En esa región, tan poco desarrollada, no ha habido hasta ahora grandes oportunidades para la especialización técnica ni para la formación del acervo de conocimientos que demanda la resolución de los problemas ancestrales; los siglos se han ido en estériles luchas fraternas, y los lugareños han aguzado el instinto de escalar el gobierno y de mantenerse en él.

Ante el asombro general, Arévalo empezó a sortear habilidosamente los escollos materiales y las intrigas palaciegas. Primero se desembarazó con audacia del hombre fuerte de la Junta que le había precedido, el ciudadano Toriello, que por su naturaleza dictatorial, sus ideas neo-liberales y su extraordinaria energía, amenazaba convertirse en el poder detrás del trono; luego estimuló las ambiciones presidenciales de varios militares (porque el "futurismo" empezó al día siguiente de la elección), en especial las de Arana y Arbenz, desintegrando al ejército como frente político; unió a los partidos que con diversas tendencias izquierdizantes le habían llevado a la presidencia sin ningún compromiso de su parte, y cuando esa fusión llegó a empujarle demasiado en firme hacia metas avanzadas comprometiendo su libertad de acción y sus moderadas ideas, la escindió en dos sectores que empezaron a reñir ferozmente entre sí

sin fruto para nadie; más tarde fomentó la federación de las centrales de trabajadores, una vez los líderes estuvieron ligados a él antes que a ningún sector político; por amplitud (y no por filiación o connivencia, como se ha cacareado para movilizar a los círculos oficiales norteamericanos), demostró su benevolencia a los pocos comunistas y a los simpatizantes de éstos, que de tal manera no pudieron actuar en la clandestinidad (según la táctica que les es más propicia), y cuando esta benevolencia comprometió el éxito de la campaña presidencial del candidato al que había prestado su apoyo, los echó por la borda y su cancillería hizo encendidas protestas "democráticas"; casi todos los hombres de ideologías propias demasiado inquebrantables salieron del gabinete y algunos fueron enviados al exterior con cargos diplomáticos; si nunca se inmiscuyó en la autonomía del Congreso ni en la del Organismo Judicial, proyectó discretamente su influencia a través de algunos dirigentes afectivamente vinculados a él (el sentimentalismo de la juventud que capitaneaba los partidos y su firme decisión de apoyar al gobierno hasta la conclusión de su período, fueron los mejores ases en manos de Arévalo); poco a poco, en fin, se transformó en presidente efectivo quien empezó su gestión supeditado a diversas influencias y poderes, cada uno de los cuales y por razones tan fútiles como valederas, se conceptuaba merecedor de la primacía.

Esta secuencia de cabildeos fué un factor de monta en la estabilidad del gobierno, estabilidad que deseaban aun sectores que en otro orden militaban en la oposición. No obstante, fuerza es reconocer que medió también para ello la aparición de una especie de estrella tutelar, con una puntualidad casi inverosímil. Recién iniciado el régimen, Arévalo se despeñó en un barranco de escalofriante profundidad, saliendo poco menos que ileso. Su generoso concepto de la democracia funcional y de la interdependencia entre Estados democráticos lo embarcó en complicadas intervenciones en favor de los pueblos oprimidos del Caribe, conforme las dictaduras incrementaban a su vez su ingerencia en la política interna de Guatemala; a la hora nona, el país salía bien parado, por más que los dictadores continuaban en sus sitiales. Ubico y más tarde Arana, que encarnaban las últimas esperanzas de las derechas nacionales y extranjeras, murieron en momentos igualmente oportunos y beneficiosos para el movimiento revolucionario. Ningún magis-

trado del mundo ha resistido victoriosamente como él, en sólo seis años, veintisiete sediciones, cuatro de las cuales tuvieron que ser sofocadas por el ejército y las mayorías populares en la calle, con gruesos saldos de muertos y heridos. El presupuesto de la nación, que se infló estrepitosamente buscando el nivel normal de que le habían privado las doctrinas deflacionistas de Ubico (torpedeado además por la creciente burocracia, como es fatal en todos los regímenes democráticos que se inician), pudo sustentarse con el alza del café, que sin mayores razones, alcanzó los precios más elevados de la historia; a tal punto que arrojó varios superavit de millones de quetzales.

Es incuestionable que un presidente que goza del apoyo popular y que además es un hábil político, lleva la mitad del camino andado para cumplir su período constitucional en nuestros cimarrones países. Pero ni esto ni la providencial aparición de la más gruesa estrella tutelar, hubiesen podido mantener al gobierno arevalista sin la lealtad del ejército. El cambio más profundo se experimentó en el seno de las fuerzas armadas; surgieron oficiales de gran influencia, con una conciencia cívica mucho más desarrollada que la de muchos paisanos influyentes; algunos jefes meditaron, estudiaron, y se hicieron un bagaje de conocimientos doctrinarios sobre lo que es una revolución democrática. Cada vez que el pueblo los necesitó, estuvieron con él. La apoliticidad del ejército y la noción que adquirió de su propia dignidad profesional, son quizás los mayores avances logrados en Guatemala durante los últimos seis años.

Ahora, con la perspectiva que da un análisis de conjunto, resulta lo que nadie planificó ni previó: que la intensa vida política desde 1944 adiestró hombres y alineó dialécticamente clases (con todos los matices y condicionamientos que tal hecho histórico ofrece en los países retrasados), divirtiendo el empuje de las fuerzas populares de objetivos económico-sociales que las circunstancias hacían inalcanzables y cuya consecución hubiese precipitado la caída del gobierno.

La obra

El presidente Arévalo, que tiene una formación hegeliana espiritualista, no fué ni con mucho remiso a las demandas económico-sociales de su pueblo. La obra se realizó con su consen-

timiento, y algunas veces sin él; pero en todo momento fué garantía de la superación nacional la ecuanimidad con que ejerció el poder que había acumulado, el respeto que como intelectual guardó por el hombre (inclusive los sediciosos, contra quienes nunca tomó venganza), y su tolerancia para todos los credos y doctrinas. Cierto es que durante las tres cuartas partes de su administración estuvieron restringidas las garantías constitucionales; pero el pueblo, que en sus diferentes estratos se ha convertido en uno de los más agresivos y de los menos serviles de la tierra (como consecuencia de la euforia de libertad y de la satisfacción por lo que ha conquistado), no permitió que ni un elemental estado de defensa que necesitaba el gobierno sirviese para conculcar el proceso democrático.

Aparte de la consolidación de la democracia política, la obra del gobierno de Arévalo comprende mejoras efectivas, muchas de las cuales no podrían desmoronar gobiernos posteriores, cualquiera que fuese su naturaleza.

En primer término, la legislación laboral, adecuada a las necesidades del país, pero flexible ante los progresos que se vayan obteniendo. Como es lógico, al principio espantó a los patronos y produjo una aguda retracción del capital; después, a medida que se comprendió la justicia tutelar del Código de Trabajo, los conflictos se sometieron y se fallaron con rutinaria regularidad. Debe advertirse que, por desgracia, obreros y campesinos recurrían a la influencia política de los partidos antes que a la dinámica de la ley para satisfacer sus peticiones; esta corruptela se prolongó hasta hace relativamente poco tiempo, siendo causa del retraso en el desarrollo de las organizaciones sindicales y de la contaminación de las centrales de trabajadores con influencias ajenas a su clase. No obstante, se mejoraron considerablemente los salarios y se humanizó el trato.

En segundo término, el régimen de seguridad social, cuya organización enorgullecería a cualquier pequeño país del mundo. Las prestaciones se escalonaron por su importancia y por regiones, y conforme avanzaron los cálculos actuariales y se cimentaron las finanzas de la institución, se generalizaron los seguros primordiales, como el que cubre accidentes de trabajo, y se ha planificado la extensión universal de otros para fechas próximas. El Instituto de Seguridad Social se ha conservado apolítico, a pesar de la presión ejercida por los partidos oficiales para someterlo a sus fines prácticos; ha desarrollado una

fecunda labor de capacitación y cuenta ya con modernos centros hospitalarios en varias zonas de la República.

En tercer término, la reforma bancaria y la iniciación del sistema crediticio con destino a la agricultura y a la industria. Las funciones de la banca central y la dirección de la moneda y del crédito, que habían estado en manos de particulares en gran proporción, competen ahora al gobierno. El Instituto de Fomento a la Producción, con crecientes aportaciones presupuestales, ha empezado a jugar un papel de trascendencia como propulsor de riqueza. La red de bancos activos que prevé la ley bancaria y la financiación más amplia del crédito reproductivo, no se han podido llevar a cabo por temor a estimular la inflación, por falta de reservas y porque las pocas que hay han sido escasas para responder a la voraz demanda de dinero que el Estado destinó a su obra material.

La labor educativa ha sido notable. El presupuesto ministerial más elevado es el de Educación; la campaña alfabetizadora ha calado hondo en los distritos rurales; atención preferente ha merecido la capacitación de las nuevas generaciones de maestros dentro de un concepto integral de civismo y de responsabilidad para con las grandes masas postergadas de la población. Una ley escalafonaria ampara al maestro con salarios decorosos y progresivos. El número de escuelas edificadas triplica el de los últimos veinte años. En diversas zonas de la República se han erigido las escuelas tipo Federación a un costo de un cuarto de millón cada una, que aunque arquitectónicamente defectuosas, responden a las más modernas tendencias pedagógicas. Las Misiones Culturales, integradas por un maestro, un militar y un perito agrícola, se radican en apartados rincones del territorio y cumplen una importante labor de iniciación educativa. Los conjuntos orquestales y de danza recorren periódicamente las provincias poniéndose en contacto con obreros y campesinos. Fuertes números de becarios han ido al exterior a especializarse en ciencias, técnicas, artes y oficios.

El Congreso de la República ha sido en muchos aspectos la proa del movimiento guatemalteco. Celoso de su autonomía, impaciente por salvar los valladares históricos de atraso, ha elaborado y expedido cerca de ochocientas leyes, algunas de gran contenido revolucionario como la de arrendamiento forzoso de tierras inactivas; la que limita las rentas de las fincas urbanas en proporción a su valor fiscal, protegiendo al inquilino;

la que crea como institución legal el matrimonio de hecho, para garantía de los hijos y de la madre soltera; y sobre todo, la ley que expropia los bienes alemanes, cuyas proyecciones hacia una futura reforma agraria son capitales. Está integrado por cuarenta y cinco diputados gobiernistas y veinte de la oposición e independientes.

La obra material realizada por el gobierno del Dr. Arévalo es considerable. Centenares de kilómetros de carreteras asfaltadas, de dotaciones de luz y de agua potable para las poblaciones del interior; hospitales de zona bastante bien dotados; financiación casi íntegra del gran hospital Roosevelt, en la capital, que el gobierno anterior apenas comenzó; edificios públicos de envergadura; drenajes, parques y otras mejoras urbanas, en las cuales han prestado su concurso dinámicos alcaldes; y el Estadio de la Revolución, que figura sin desdoro junto a los mejores del Continente. Esta labor se ha hecho a un costo elevado, a causa del ciclo inflacionario de postguerra y de defectos funcionales de la administración pública (otros demócratas, como Roosevelt, también fueron malos administradores); pero con honestidad y sobre todo, sin un centavo de empréstito extranjero, que ni se pidió ni se hubiera concedido a un gobierno robustecido por las izquierdas y tan poco dócil para con los intereses norteamericanos.

La más entusiasmada alabanza merece la campaña asistencial planificada y dirigida en persona por la esposa del presidente Arévalo,una dama argentina que hizo por Guatemala lo que nunca habían hecho las guatemaltecas. Hospitales, comedores, guarderías y otros centros de cuidado y protección a la infancia y a las madres menesterosas, quedan como constancia del más noble de los esfuerzos, guiado por un contemporáneo sentido de la cooperación social y no por la caridad. La señora de Arévalo se consagró a esta campaña, sin costo alguno para el Estado y sin que la burguesía ni la prensa más caracterizada (que tomaba todos los progresos como injurias personales) le prestasen el menor estímulo.

La posición internacional de Guatemala es bien conocida. Ha mantenido como principio inquebrantable el rompimiento de relaciones diplomáticas y económicas con la España franquista y con todas las dictaduras (salvo la Unión Soviética, que no envió representación, y de donde se retiró cordialmente la guatemalteca); congruente con este principio, la Cancillería

ha roto con Trujillo y Somoza y la Junta Venezolana y Odría del Perú. La reclamación del territorio de Belice, que los ingleses usurpan en el corazón de América, es el objetivo nuclear de la diplomacia guatemalteca, informada por el criterio de que el coloniaje es una fase superada en el Continente; demasiado se teme, sin embargo, que sin el apoyo decidido de todos los países amantes de la libertad, Inglaterra no consentirá en devolver esta posesión mal habida; porque esperar al derrumbamiento tranquilo del imperio lleva todavía algunos años. La delegación guatemalteca ante las Naciones Unidas jugó un papel destacado en la constitución del Estado de Israel, en continuidad obligada de la política exterior antedicha. Se han multiplicado los esfuerzos en pro de la federación centroamericana por la vía práctica de la eliminación de las barreras aduanales y del distingo de ciudadanías; cualquier centroamericano se vuelve guatemalteco con sólo solicitarlo en el país; infortunadamente, la federación está tan lejos como el día en que cada pueblo de las otras Repúblicas del Istmo consiga liberarse de sus opresores políticos, económicos y sociales.

A nadie se oculta que el gobierno de Arévalo fué una etapa de transición, en la que se ganaron contra poderosos y agazapados enemigos, en diaria batalla, tres inconmensurables beneficios: la libertad, la dignificación cívica de las grandes mayorías y la periodicidad electoral. Vale decir, se crearon las condiciones para abordar frontalmente los problemas fundamentales del país: la tierra, el estatuto de las compañías concesionarias extranjeras y el incremento de la riqueza por métodos racionales.

Por sí misma, esta obra hace patente que de ella no son responsables uno o varios hombres, sino el grueso de un pueblo que con clara intuición de su destino, ansía dar alcance en su marcha al mundo civilizado.

El futuro. La tierra.

LAS dictaduras tienen el prurito de falsear las estadísticas, escondiendo su incapacidad y su falta de interés para confrontar la miseria colectiva. Para Ubico, los números exactos eran entelequias subversivas; inventó pueblos, redujo a la mitad la población de otros y figuró una producción que el país alcan-

zará apenas dentro de cinco años. Así, Guatemala es la única nación del mundo que según los censos de 1940 contaba con medio millón de habitantes más que en 1950.

Subsanar estas deficiencias y conocer la realidad económico-social como premisa para una reforma agraria, no fué cosa fácil; la lucha más tenaz hay que librarla con los finqueros, que presentan una resistencia pasiva.

Dos circunstancias peculiares facilitan la enorme empresa: las considerables dotaciones de ejidos y de terrenos comunales de que gozan muchos centros indígenas, y la proporción de tierra cultivada que está en posesión del Estado (poco más del 40%). Resulta lo primero de que la propiedad privada, sobre todo la grande, se desarrolló en las anchas fajas de las costas, donde el indio no vivía; las corrugadas tierras del altiplano han permanecido en poder de las comunidades (algunas bien organizadas), y tanto el régimen colonial como varios gobiernos posteriores, especialmente los liberales, no tuvieron inconveniente en legalizar y aún ampliar esos dominios. Cierto es que los indios han perdido, por ventas y extorsiones, los mejores suelos de los valles, y que empieza ya a advertirse la multiplicación del minifundio; pero el campesinado indígena aun puede sustentarse con sus propios cultivos y si trabaja en las fincas de la costa no siempre es por falta de tierras propias sino aprovechando las épocas en que su milpa no reclama su intervención, ya que nadie irriga ni abona. La situación era parecida en la zona oriental hasta hace un par de décadas; pero los habitantes de esa región, casi todos mestizos y blancos, son mucho más prolíficos y emprendedores que los indios, y al dividirse en propiedades privadas los terrenos comunales se han quedado sin reservas, incrementando la erosión, y en la actualidad se apretujan inconfortablemente en las reducidas zonas que todavía dan sustento; son los orientales, que habitan la cuarta parte del territorio, quienes de una manera concreta presionan hacia la reforma agraria.

La propiedad privada de las costas y de los fértiles valles del interior se ha desarrollado extensivamente, a base de salarios miserables y de primitivos sistemas de aparcería. La teoría patronal es que no se debe pagar al peón mayor salario porque se emborracha; tan generosas miras han dado pábulo a una semi-servidumbre que es el mal de mayor gravedad. Aunque la tierra no está tan concentrada en pocas manos como en otros

países americanos, el número de latifundistas es considerable, y especialmente peligroso porque acapara los suelos más fértiles, controla casi toda la producción exportable de los pequeños propietarios y crea una clase de parásitos, desde el gran propietario hasta el primero y segundo subarrendatarios, quienes a su vez lucran con la explotación de los campesinos, que son los únicos que trabajan.

El Estado posee la mayor parte de la tierra no cultivable y en erial; pero son las fincas de café y de caña de azúcar expropiadas a los alemanes, y los excesos que detentan los particulares, el capital inicial de formidable monto para comenzar la reforma. Guatemala calculó los daños y perjuicios directos e indirectos que le impuso la guerra, y los compensó con los fundos y empresas que controlaba la impertinente y poderosa minoría alemana (5,000 personas con su agricultura, su banca, sus escuelas y clubes, y sus transportes directos para Hamburgo). Estas propiedades, cuyo valor asciende a unos .... 80.000,000 de quetzales, han influenciado la política nacional; por una parte, se pusieron en juego compadrazgos y fortunas para venalizar funcionarios y obtener la derogación de las leyes expropiatorias o la devolución de las fincas a sus antiguos dueños; por la otra, los peones con que la derecha contó dentro y cerca del gobierno aconsejaban tozudamente que los bienes se vendiesen en pública subasta, lo cual significaba el acaparamiento por los únicos que podían comprarlos, los latifundistas actuales. Sólo la actitud vertical de la mayoría en el Congreso, la intervención de las centrales laborantes y el temor a una responsabilidad histórica grave han logrado mantener casi intacto este patrimonio nacional que, según la Constitución, se debe destinar no a la enajenación a particulares sino de preferencia al uso de comunidades o de empresas de trabajadores. En los últimos años, han sido de lamentar gigantescas operaciones fraudulentas de devolución, sobre cuyos responsables, conocidos por la opinión pública, no se ha descargado todavía el peso de la ley.

Unicamente las compañías extranjeras y una que otra finca del Estado y de particulares, practican la agricultura mecanizada y los métodos racionales de cultivo; el resto de la República padece de un atraso lamentable, agravado por la falta de carreteras, por los altos precios de los combustibles y de las maquinarias, y por la escasez de dirección técnica, de semillas

escogidas, de irrigación, de fertilizantes y sobre todo, de crédito favorable.

Los estudios para la reforma agraria están muy avanzados; pero la gente responsable del gobierno ha preferido completar la información, analizar exhaustivamente las experiencias ajenas y formalizar una financiación sólida, antes que precipitar soluciones parciales, diversionistas o inconsultas. Una reforma agraria institucional debe calcularse con más cautela que la reglamentación de situaciones ya creadas por la acción popular en plena campaña revolucionaria, como ocurrió en México.

El problema ha llegado a su clímax, agudizado por una masa campesina cuya miseria difícilmente puede empeorar. Nadie piensa en soluciones impracticables ni históricamente desorbitadas; mas ya existe una conciencia de que debe ponerse en vigor a breve plazo una reforma de tipo burgués, pagando al contado las expropiaciones que haya de hacerse donde no se cuente con excesos territoriales o con bienes del Estado, y regulando antes que nada los sistemas de trabajo y la anarquía en materia de escogitación de cultivos. En algunas zonas será aconsejable fomentar la propiedad privada individual; en otras quizás proceda instituir avanzados sistemas de aparcería, o explotaciones colectivas o cooperativas, como las que han convertido buena parte del Estado de Israel en un jardín de alto rendimiento. La verdad que se reconoce por unos y otros es que la reforma agraria se impone, antes que no haya fuerza capaz de contener una avalancha popular que arruinando la producción agrícola existente, no la substituiría con algo mejor.

En cuanto a la financiación de esta magna empresa —en forma gradual y escalonada—, el Estado cuenta con bienes suficientes para respaldar dentro o fuera del país el crédito que sea necesario.

Las malas compañías

La pobreza general y en algunos casos el buen deseo de conjurarla, volvió los ojos de los gobernantes hacia el capital extranjero; hacia falta ferrocarriles, puertos, empresas agrícolas y dinero para sufragar las cuentas provocadas por las revoluciones internas y por los conflictos con los vecinos. Los Estados Unidos recién iniciaban el vértigo de la industrialización y precisaban de materias primas. Así arribaron los primeros capitales

norteamericanos a Guatemala, en las últimas décadas del siglo pasado.

En semejantes condiciones, es obvio que los inversionistas exigieran garantías leoninas, larguísimos plazos y otros términos contractuales que convirtieron a los concesionarios en pequeños Estados soberanos dentro del teórico Estado local.

Al crecer el poderío exterior yanqui, la diplomacia se puso al servicio de las empresas y los ministros de la Unión actuaron como grandes electores. La formación de un frente amigo, si no beligerante al menos simpatizador de la causa aliada en la guerra que ya golpeaba a las puertas del mundo, y el concepto evolucionado de las relaciones entre su país y las pequeñas potencias que profesó el gobierno de Franklin D. Roosevelt, mejoró el trato, por lo demás acorde con el desarrollo económico y con los legítimos afanes nacionalistas de las repúblicas iberoamericanas. Este proceso es harto conocido en todo el Continente.

Nada podía privar de cuajo a las empresas ya instaladas, de su estatuto extemporáneo y humillante para cualquier nación libre. Por más que habían pagado con creces sus inversiones, pugnaban encarnizadamente para consolidarlas y aun para ampliarlas, aguijoneadas por las crecientes urgencias de la industria norteamericana y por la multiplicación de los mercados de consumo. Las dictaduras se sabían la receta y le sacaban provecho personal; todavía en tiempo de Ubico hubo una indecorosa prórroga en el término de los contratos de la United Fruit Co., y una no menos ruinosa condona de los impuestos que debía la empresa eléctrica, subsidiaria de la Bond & Share.

Júzguese lo que sería el advenimiento de un gobierno popular y en esta materia, incorruptible, para los intereses norteamericanos en Guatemala.

La UFCo. posee allá millares de kilómetros cuadrados de bananales y de tierras de reserva. Controla bajo cuerda la compañía de ferrocarriles y muchas negociaciones filiales: todos los muelles del país, la Tropical Radio, la navegación. Para dar incremento al comercio con los puertos del este de los Estados Unidos (donde radican sus intereses), ha matado gradualmente los puertos del Pacífico, no obstante que después de innúmeros sacrificios la nación ya había logrado construir una buena carretera entre la capital y uno de ellos. Por medio de esquiroles y de los métodos más tortuosos, consiguió liquidar

una naciente industria bananera nacional (con la ayuda del ferrocarril, que discriminaba para los efectos del embarque oportuno, entre la fruta independiente y la de la Compañía). En buena parte de las guerras y serios conflictos habidos en los últimos cincuenta años entre las repúblicas centroamericanas, se inmiscuye la mano de la UFCo., en lucha contra consorcios rivales; a la fecha, conserva influencia decisiva en Honduras y muy considerable en Costa Rica y Panamá.

Los Ferrocarriles Internacionales de Centro América son un apéndice de la UFCo. Sus tarifas diferenciales les permiten manejar en parte la economía nacional y anular el cometido de las redes camineras regionales; figuran entre las más elevadas del globo. Apenas cubren sus angostas vías unos centenares de kilómetros; pero se encuentran tendidas en su mayor parte a través de los bananales. Por la anchísima faja aledaña a estos rieles —también comprendida dentro de las concesiones—, el Estado no puede tender carreteras ni ferrocarriles, lo cual obliga a cualquier planificación vial a grandes rodeos por terrenos que quintuplican el costo.

Los contratos que amparan semejantes concesiones vencerán casi a finales del siglo XX, y están redactados de modo que el gobierno no puede afectarlos por medio de las leyes. La nueva Constitución de 1945 contiene un artículo que confiere al Congreso la facultad de modificar, revisar y aun rescindir los contratos y concesiones existentes; otras disposiciones constitucionales que permiten la expropiación por causa de utilidad o de necesidad públicas también les son aplicables. La incertidumbre política y la infinidad de problemas que ha confrontado el gobierno de Arévalo no permitieron resolver este caso, como es imprescindible hacerlo para asegurar sin lastre la marcha ascendente del país.

No obstante, algo se ha avanzado. Hace dos años la UFCo. pretendió que no le era imposible una sentencia que con base en el Código de Trabajo dictara en su contra un tribunal superior; cerca de 10,000 trabajadores estaban a punto de lanzarse a una huelga legítima que, según la empresa, sería ilegal. Por primera vez en la historia de Guatemala se expuso ante la conciencia pública nacional y extranjera lo que representaba para el Caribe la compañía de bananos, sus métodos de extorsión, las ínfimas compensaciones que paga donde opera y su nefanda influencia para un pueblo que como el guatemalteco,

vió llegada la hora de superar el colonialismo económico y la indigencia. La conmoción fué provocada en el Congreso de la República, en vista de que el Ejecutivo no encontraba forma de imponerse. Inmediatamente el Ministerio de Economía sometió a la UFCo. a la ley, envió delegaciones a México, Cuba y Estados Unidos en busca de otras empresas que se interesasen en contratar las negociaciones bananeras y de navegación en condiciones de ecuanimidad y con plena salvaguarda de la soberanía guatemalteca. Se desenmascaró la información que la Compañía rindiera al Departamento de Estado y al Congreso norteamericano a través de senadores y diputados en manifiesta connivencia con sus intereses. Una empresa norteamericana ofreció pagar veinticinco centavos oro de impuesto por racimo, en vez de un centavo en el norte y un centavo y medio en el sur, que es lo que contribuye la UFCo. al presupuesto nacional; se avino gustosamente a disponer de una superficie limitada de los muelles para verificar sus embarques, como cualquier particular, y, en fin, a conducir sus operaciones dentro de la ley. Varias empresas navieras se mostraron interesadas en prolongar sus líneas hasta puertos guatemaltecos. Infortunadamente, el gobierno no tuvo la suficiente energía para terminar de una vez por todas con el oneroso régimen de las concesiones; el propio gobierno de Washington —en un gesto que lo honra— se había lavado las manos y hubiese entendido que la medida no era una inspiración de Moscú sino la más elemental defensa de la comunidad contra los monopolios extorsionadores, que las propias leyes norteamericanas habían proscrito desde mucho tiempo atrás. Verdad es que al menos teóricamente, se ganó una escaramuza capital, de muy saludables efectos para las actitudes futuras de las compañías extranjeras que en el último medio siglo han hecho su feudo de la zona del Caribe.

Este conflicto tuvo repercusiones graves para la economía guatemalteca. La dilatada trabazón de intereses dentro de la cual se mueven estos consorcios internacionales se puso en juego, y en la prensa norteamericana empezó una campaña sistemática contra el gobierno de Arévalo, que alejó de golpe inversionistas, turismo y crédito. Publicaciones de gran influencia como el Herald, el Times, la red de McCormick y aun el Wall Street Journal, se empeñaron a fondo en este estribillo: "Guatemala es un país comunista donde no hay garantía para las personas ni para los bienes de los norteamericanos; toda

inversión, en capital o en crédito, por más prometedora que parezca, servirá a la postre para robustecer los intereses de Moscú". Aunque el monto no era igual —ni con mucho— y los tiempos habían cambiado, esta propaganda recuerda la acción internacional contra México a raíz de la expropiación petrolera.

Vino a agravar las cosas la seguridad de la existencia de petróleo en el subsuelo guatemalteco. El sabio geólogo Brown, sufragado por potenciales inversionistas, practicó un estudio de las zonas norte y nor-oriental, rindiendo un circunstanciado informe que publicó el Oil World, en el cual aseguraba que los yacimientos eran una prolongación del rico manto de la costa mexicana. Brown había localizado el pozo de Santa Margarita, en Venezuela, desde Nueva York, y su opinión era tan de fiar que los consorcios petroleros, disfrazados bajo varias razones sociales, se precipitaron a solicitar concesiones. El Ejecutivo dudó entre el alucinante prospecto de resolver de una vez por todas las estrecheces presupuestales, y dejarse abrazar por un tentáculo de tan sombría historia en el Continente; dudó lo bastante para que el Congreso aprobara una nueva ley de petróleos estipulando regalías justas, límites en el volumen y superficie de las explotaciones, y otras garantías bien meditadas. Semejante condicionamiento no era el previsto por las compañías: unas se retiraron; otras mantuvieron sus peticiones pendientes mientras caía el gobierno y era substituído por alguno más comprensivo —cosa que las empresas no tenían particular razón para considerar tan lejana—, y una de ellas instaló a su abogado como residente de la capital, y empezó a cortejar políticos y al candidato potencialmente más fuerte, canjeándole la promesa de concesiones futuras, a base de la reforma a la ley vigente, por influencias en Washington y cerca de los bancos internacionales, cuyo resultado práctico sería el otorgamiento de créditos y el súbito cambio de la opinión pública norteamericana en el sentido de que Guatemala deja de ser un país comunista.

Si el abogado de la compañía petrolera tuvo éxito (y es muy dudoso), se sabrá tan pronto el coronel Arbenz suba al poder. Ciertamente el embajador Patterson no lo tuvo en tiempos de Arévalo. Hombre rudo, casi brutal, Patterson había manejado con mano de áuriga la situación yugoeslava durante la guerra, encontrando de paso la ductilidad de Mihailovich y más tarde, el ambiente propicio para resolver la cuestión tries-

tina. Fué enviado a Guatemala porque en la actualidad éste es el único país balcánico de América, y empezó a inmiscuirse sin retobos en la política interna. Su última esperanza era el coronel Arana, uno de los dirigentes máximos de la revuelta del 44, que conservaba la jefatura de las fuerzas armadas y a quien rodeaba la derecha, instándole a que derrocara por la violencia al gobierno constituído. Arana, encariñado con su candidatura presidencial —que trabajaba con muchos recursos desde su alto cargo—, se había negado a ello, hasta que en julio de 1949 todo estaba listo para un levantamiento militar jefaturado por sus hombres; el caudillo fué asesinado en las cercanías de la capital y una vez más, el ejército leal, junto al pueblo, hubieron de librar una pequeña guerra hasta aplastar a los facciosos. La responsabilidad directa por este crimen es una cosa, y otra la certeza de que el coronel Arana constituía un serísimo peligro para el curso de la revolución; cobran vigencia, entonces, los versos de Lope: "—¿Quién mató al Comendador? —Fuenteovejuna, señor. —¿Y quién es Fuenteovejuna? —Todos a una".

Acto continuo la Cancillería denunció ante el Departamento de Estado la actitud del embajador Patterson, solicitando que se le retirara de Guatemala. La conmoción que esto produjo en los círculos diplomáticos no tiene precedentes; apenas lo evoca la expulsión del ministro inglés de Bolivia durante el reinado victoriano. Es incuestionable que la política internacional de los Estados Unidos ha cambiado notablemente desde que se empleaba a los marinos para desembarcar en Nicaragua y para bombardear Haití; es posible también que el Departamento de Estado, sin cuyo consentimiento obraba Patterson en los asuntos bananeros y petroleros, haya comprendido que el gobierno de Guatemala tenía razón, por más que los procedimientos empleados para manifestarla no fueron hábiles ni protocolarios. Los Estados Unidos seguramente no enviarán un nuevo embajador a Guatemala mientras Arévalo esté en la presidencia; pero dice muy alto de una potencia de tal tamaño que respete la dignidad de un país minúsculo, como en este caso la ha respetado, haciendo el distingo entre los intereses mercantilistas de las empresas particulares y el abuso de un funcionario que no representaba bien a su gobierno ni a su gran pueblo.

Con franqueza, el capital norteamericano —aun el progresista, incapaz de solicitar contrataciones humillantes o nocivas para el país— ha encontrado poco estímulo de parte del gobierno de Arévalo; esto ha sido muy dañino para el desenvolvimiento económico, que jamás podrá impulsarse seriamente con los magros recursos nacionales. Pero desde otro punto de vista, esta actitud es explicable de parte de una generación que trae en propia carne, sepultada de una manera tan honda, una triste experiencia. Sin embargo, el Ejecutivo y el Congreso han autorizado varias concesiones mineras, y algunos inversionistas recién llegados trabajan con la plena ayuda oficial.

No hay binomio más productivo que un territorio inexplotado, y un capital que fomenta su desarrollo. El desaparecimiento de las suspicacias existentes será de gran provecho para las futuras relaciones entre Guatemala y los Estados Unidos.

De la comprensión de unos y de la dignidad de otros, depende que se cumpla esta evidencia necesaria: Guatemala ya no puede continuar su marcha con malas compañías.

Los alimentos terrestres

RESULTA ocioso recalcar que Guatemala es un país no desarrollado y que no posee ni puede producir por sí mismo, los recursos para su emancipación. Es una verdad no por repetida, menos amarga.

Cuenta con un pueblo admirablemente laborioso. Los indios trabajan en el mundo y relatan sus leyendas que siguen trabajando en el cielo; buena diferencia con los paraísos de Mahoma y con los nirvanas hindúes. Y los mestizos están llenos de ambición y cansados de pobreza.

Ha pasado ya el período eufórico de lo que allá se llama "Revolución de Octubre", con su romanticismo inconcreto y su agitación política al rojo vivo. Hay un mayor conocimiento de los hombres y una comprensión más serena de las ideas y de los métodos. Nuevas fieras se le soltarán al nuevo presidente, y estas fieras, las que con bronca voz hablan de alimentos y de satisfactores económicos, no admiten las alucinaciones políticas para calmar su apetito.

El dinero está retraído en los bancos y aun en los arcones domésticos; la fuga de capitales hacia el exterior ha sido par-

ticularmente intensa desde que se agitó el clima electoral; hay déficit en la balanza de comercio; la vida es excesivamente cara, y el malestar sólo se ha conjurado por la visionaria y continuada cooperación que las masas trabajadoras han prestado al gobierno en forma de paciencia y de disculpa. Pero la confianza del escaso capital particular que existe, es indispensable al nuevo régimen.

Pesa sobre el país un tratado de comercio con los Estados Unidos, si bien garante de mercados para la exportación de productos agrícolas, nocivo por las cortapisas que impone a la defensa económica y al fomento de la industria. Las tarifas aduanales que gravan los artículos importados no pueden modificarse sino después de muchos meses de expedienteo y de gestiones cuasi suplicatorias; en tal sentido no hay manera eficaz de controlar el cambio ni la importación de artículos suntuarios. Este tratado debe revisarse totalmente, incluyéndose en el próximo que se celebre, muchas de las sugestiones que enumeró el embajador mexicano De la Colina ante un conglomerado de manufactureros en los Estados Unidos, sugestiones que representan el sentir de casi todos los países ibero-americanos, y que permitirían un rápido crecimiento de nuestras economías, con ventajas correlativas para los exportadores de nuestro gran vecino.

Substancialmente, no hay un comercio organizado con otro país que los Estados Unidos. Las maquinarias europeas son baratas y el consumo del Viejo Mundo es cada día más voraz, lo cual permite la colocación de cantidad de materias primas que no absorbe el mercado norteamericano. Esta diversificación de personajes en el panorama del comercio mundial resultaría en última ventaja de las naciones altamente industrializadas y en el abaratamiento de los costos para las masas. Arreglos bilaterales o multilaterales podrían dar forma a este género de comercio, al que obliga la estructura del mundo contemporáneo.

No obstante que Guatemala cotiza con puntualidad en los sistemas bancarios internacionales, jamás se ha beneficiado de los créditos que en tantos otros sitios derrama el Export & Import Bank y el International Bank, para no hablar sino de las instituciones semioficiales. Los capitalistas norteamericanos con criterio moderno —y los hay en abundancia— buscan la inversión sana, garantizada y reproductiva extra-fronteras de la ya saturada Unión; y las repúblicas pobres —y las hay en mayor

abundancia aún— necesitan imperativamente de esos capitales. No se trata de empeñar la soberanía ni de entreguismo, como perifonean los comunizantes, sino de lograr la emancipación de los pueblos atrasados en un tiempo más corto. Se presta y se paga, a su tiempo y con sus intereses. Guatemala figura entre las primeras naciones del mundo que cumplen con sus compromisos internacionales, y no hay razón para que este prestigio, que es una forma de capital, no rinda frutos.

El sistema tributario es defectuoso y desproporcionado a las capacidades económicas de los contribuyentes. Con criterio improvisado, antitécnico, se ha ido gravando en los últimos años a las empresas lucrativas, sin que los impuestos figuren dentro de un plan integral que el Ejecutivo no se ha atrevido a concebir. Los aranceles de aduanas datan del siglo XIX, con los remiendos introducidos ocasionalmente por razones transitorias.

El Estado vive de las aduanas, de la renta de licores y del impuesto sobre el café. Inútil es hablar de una planificación de obras públicas, de irrigación y caminos y créditos asequibles al hombre medio, con un presupuesto tan escueto y tan rígido. En un país donde la iniciativa privada está reducida a su menor expresión, corresponde al gobierno una labor de hechicería, imposible de llevar a cabo sin ingresos y sin conciencia pública de la cooperación social.

Por donde se mire hay lacras y métodos primitivos de producción de riqueza. El único combustible lo da el bosque. Se habla de las gigantescas riquezas del subsuelo, mas nadie las ha aprovechado todavía; lo mismo da contar con títulos de propiedad sobre los galeones que los piratas hundieron en el Caribe.

Si no fuera porque el territorio es fértil y la población relativamente pequeña, estarían creadas las condiciones para una revolución sin eufemismos, sin lentitud, sin escarceos técnicos, como lo están El Salvador o Puerto Rico; ésta es la mayor tara de una generación que aspira al progreso por métodos evolutivos, y a economizar a su pueblo años de espera, de fructificación de la pobreza.

Las soluciones y los métodos dependen, desde luego, del curso de los acontecimientos mundiales. Una guerra entre el Este y el Oeste afectaría profundamente la política interna; pudiera ser que los Estados Unidos se interesasen en fomentar

la riqueza de los vecinos ibero-americanos con el ánimo de probar la eficiencia del régimen democrático entendido a su modo, o que por el contrario, prosperara el nerviosismo y la confusa fobia con que hoy día se ven allá casi todas las ansias y las manifestaciones populares. Esta incógnita ensombrece aún más el porvenir de una joven nación que merece la simpatía comprensiva y el estímulo irrestricto de todos aquellos que hablan de la verdad, de la justicia y del respeto que se debe a los pueblos que amanecen bregando por su dignidad y por un pan menos duro.

Los que toman la antorcha

DIFÍCILMENTE se halla en Guatemala un hombre o una mujer que no estén vitalmente interesados en la política. Esta es no sólo un tema de conversación familiar y callejera, sino un móvil para los actos y las asociaciones. Signo de vigor y de juventud, garantía cívica y responsabilidad, pero a la vez ignición de energías y pérdida de un tiempo precioso.

Diez candidatos para la presidencia figuraron en el último registro electoral. Ni siquiera la derecha perdidosa, cuyo personero (un general de los tiempos ubiquistas) obtuvo casi 70,000 votos, tildó de inefectivo o de falsificado el sufragio. Denunció, sí, y a los cuatro vientos, que el gobierno puso en juego toda su maquinaria electoral en favor del ganador. Esto es verdad; pero no puede juzgarse sin pleno conocimiento de los antecedentes.

Tres partidos políticos apoyaron al gobierno del Dr. Arévalo hasta el fin: uno, sólo significado por la amistad personal de sus dirigentes con el mandatario; los otros dos, perfilados conforme criterios más o menos doctrinarios. De éstos, el Partido Acción Revolucionaria fué hasta hace poco el más débil; su fuerza principal era la clase trabajadora organizada, cuyos dirigentes controlaron hasta cierto punto sus rumbos hasta que hábiles políticos se impusieron a base de la protección presidencial, primero, y después, de sus ligámenes con el candidato popular. Acción Revolucionaria fué el partido que consiguió darse una ideología más definida, y el que obró con mayor consecuencia con las masas que lo integraban; en él figuraron los pocos comunistas que hay en Guatemala, hasta que fueron

desplazados de los puestos claves por divergencias tácticas con los dirigentes políticos, y sobre todo para eliminar de la planilla del candidato presidencial una sombra tan incómoda en los momentos que vive el mundo.

La diferencia fundamental entre el PAR y el Frente Popular Libertador radicaba en la cuestión comunista. El Frente fué el partido mayoritario hasta hace un año, a pesar de los esfuerzos que hizo el presidente Arévalo por mermarle poder —no con el fin de anularlo como partido, sino para balancear las fuerzas que lo rodeaban—. Lo formaban los elementos más capacitados del gobierno, en los tres organismos, y se le debe buena parte de la labor constructiva realizada. Su cimiento estaba en la clase media, en la pequeña burguesía y en las clases laborantes no organizadas. Esta disparidad entre sus componentes era su fuerza y su debilidad, y determinó a la postre una serie de posiciones contradictorias y una falta de definición ideológica que quiso suplirse demasiado tarde. La campaña presidencial terminó por escindirlo en dos fracciones, cada una con su candidato y ambas sin contaje numérico ni plena confianza de parte de los sectores independientes que habían constituído su más influyente mayoría. El Frente Popular, que era el partido más históricamente justificable, perdió su preeminencia —además de las razones dichas— porque sacrificó principios y consecuencias de largo alcance, ante el deber que se impuso de apoyar incondicionalmente al gobierno del Dr. Arévalo, y porque se dejó desplazar de la izquierda definida por la coalición que llevó al coronel Jacobo Arbenz a la presidencia de la República.

El PAR prestó al coronel Arbenz su incondicional concurso para aplastar la corriente derechista que representaba dentro del ejército y en el gobierno el coronel Arana. Desde los acontecimientos de julio de 1949 logró compactar alrededor de Arbenz a todas las entidades revolucionarias, a excepción del Frente Popular —cuyas mayorías simpatizaban personalmente con él, pero desconfiaban de que un militar pudiese independizarse de la presión de los poderosos grupos derechistas y centristas del ejército una vez llegase al gobierno—. Arévalo que temía una aplastante unificación de la derecha alrededor del FPL, y que además veía en Arbenz a su sucesor lógico, por haber obtenido de él y del núcleo de oficiales que capitaneaba dentro del ejército la más probada lealtad, volcó en su favor

toda la maquinaria oficial, dando a sus partidarios el control de las Fincas Nacionales —donde trabajan más de 200,000 hombres— y los puestos políticos de mayor radio de acción.

Como sucesor moral de Arévalo, Arbenz mereció incuestionablemente el fervoroso apoyo de las masas obreras y campesinas, hasta el punto de haber obtenido unos 200,000 votos más que su inmediato competidor, y casi tres cuartas partes del total de sufragios calificados.

El coronel Arbenz —rubio, ojos claros, enérgico, suave de trato— ha estudiado sin descanso desde que su participación en la gesta del 44 le llevó al primer plano de la política. Sus firmes ideas izquierdistas lo hacen un ave rara entre los militares del continente; y su brillante actuación profesional le permite a la vez acaudillar a casi todos los elementos progresistas del ejército guatemalteco. Finquero, perteneciente a una familia burguesa, lleva mal el marbete de comunista que le colocaron sus opositores durante la lucha electoral; por más que uno de los mayores problemas de su gobierno será mantener su posición de tolerancia con respecto a los comunistas que le acuerparon, sin alienarse la confianza del ejército ni la cooperación del capital.

El número de comunistas que hay en Guatemala, entre vergonzantes y caracterizados, es muy escaso. Quienes adversan sus programas y sus doctrinas —o sea la abrumadora mayoría de los guatemaltecos—, los han combatido duramente en el campo ideológico; pero cuando se ha tratado de ponerlos fuera de la ley o de reprimir con la violencia sus actividades, aun la derecha ultramontana se ha opuesto, como ocurrió hace algunos meses cuando el Congreso en pleno censuró al Ejecutivo por haber cerrado una escuela de capacitación marxista y el periódico que edita uno de los grupos stalinianos. En un país que está creando normas y prácticas de respeto al hombre, sería incongruente perseguir a estos grupos minoritarios cuya sola eficacia radica en la agitación, ya que las tácticas que sus dirigentes aconsejan para América en el momento actual les inhibe de dar soluciones positivas a las necesidades de nuestros pueblos; así pretenden probar el fracaso de todo régimen que no sea el moscovita; y así se explica también que en los Estados Unidos haya tantos millonarios comunizantes. Otra cosa sería si, en el infortunado caso de una guerra en que por imperativos históricos, geográficos y económicos, se viese envuelta Guate-

mala junto a las naciones occidentales, los comunistas criollos sabotearan de cualquier forma la línea oficial de su patria, en cuyo caso dejarían de ser ciudadanos y se les juzgaría como traidores.

Entre tanto, una de las diferencias básicas entre la democracia comprendida en el sentido occidental, y la democracia comprendida en el sentido oriental y totalitario, debe continuar siendo, para tranquilidad del prójimo, que en aquélla se respeta a las minorías políticas, mientras que en ésta se eliminan.

La esperanza

El coronel Arbenz tomará posesión de la presidencia el próximo 15 de marzo. Es la primera vez en los anales de la República que se trasmite legalmente la primera magistratura.

Recibe un país convulsionado en un mundo convulsionado, histérico de suspicacias, de temores y de incertidumbre, cuando parece a punto de jugarse a cara o cruz el destino de la humanidad. Substituye a un hombre cuyo haber, que pesa mucho más que su debe, le da derecho a figurar entre las altas figuras de su patria. Ha sido electo por su pueblo y merece la oportunidad de realizar un programa económico y social que el país reclama desesperadamente. Le rodea poca gente capaz de enfrentarse a tan vasto destino; pero es posible que por cargar sobre él la responsabilidad máxima que haya sido conferida a guatemalteco alguno, haga un gran gobierno; un gobierno de decoro, de progreso y de firme serenidad.

Así se lo ha ganado el pueblo de Guatemala con su paciencia, su angustia y su sacrificio.

Así es preciso que ocurra para bien de esa pequeña tierra tan vieja y tan nueva, que hoy por hoy es una isla de esperanza para todos los hombres libres.

EL ECUADOR QUE YO VI

Por *Jorge L. TAMAYO*

"... en el caso de mi país, la relación es tan estrecha, que geografía e historia se anudan hasta formar una sola cifra en la ecuación del destino humano". ALFREDO PAREJA DÍAZ CANSECO.

(Notas para una Geografía Humana y Artística del Ecuador).

HACE ya muchos años crucé por vez primera el territorio del Ecuador, en fugaz viaje que me dió una visión caleidoscópica de tan interesante país. Las imágenes se sucedieron unas tras otras, quedando subyugado por la vigorosa orografía, sus cumbres nevadas, la selva tropical, el colorido de su ambiente y la personalidad original de sus habitantes.

De esa primera visita, se me grabaron la visión aérea de la ciudad de Quito, los verdes alrededores de Esmeraldas y el panorama de Guayaquil, ciudad erigida a la orilla del ancho y perezoso Guayas que me pareció no tenía ganas de llegar con sus aguas al mar. Me hice el ánimo, desde entonces, de volver algún día con más calma para visitar este sugestivo país y tuve la fortuna de que en los primeros meses de 1950, pudiera recorrerlo en todos sentidos a fin de estudiar uno de sus más importantes problemas, lo que me dió también oportunidad de adentrarme en la nación, al convivir con sus habitantes de diferentes condiciones y, sobre todo, al contemplar la grandiosidad de sus paisajes, la contradictoria actitud de sus habitantes y la supervivencia de viejas formas sociales y económicas.

El Ecuador es inconfundible; tiene un sello tan personal y profundo que cuando se le logra captar, no hay posibilidad de encontrarle par. Sorprende, sin embargo, la deficiente in-

formación que sobre su ambiente y sus problemas se dispone, tanto en el extranjero como en el país, lo que induce a formarse un juicio erróneo que desorienta al viajero y pronto hay que abandonar al contacto con la realidad. Por ello, a la vez que recorría su territorio, releía por las noches, libros que considero fundamentales: Geografía y Geología del Ecuador (Wolf), las Nuevas Catilinarias de Montalbo, las biografías de García Moreno y Eloy Alfaro sus personajes característicos; la de Marieta Veintimilla su romántica figura, la breve Historia del Ecuador de Oscar Efrén Reyes y otros muchos. Más tarde al volver a México he leído con agrado y satisfacción "Ecuador Drama y Paradoja"[1] magnífica semblanza en la que encontré notables coincidencias con juicios que anteriormente me había formado. Sólo así, cotejando su ambiente natural con su pasado y su presente, pude explicarme muchos hechos y creí asomarme al interior de ese pueblo, que me parece tiene tanta similitud con el mío. Algunos de sus problemas los hemos tenido en México; otros también nos preocupan y son vigentes; además, al convivir con el auténtico ecuatoriano, no el señorito quiteño, ni el extranjerizante, encontré raíces parecidas a las del mexicano y semejante sensibilidad, en la que el dolor, la alegría y la melancolía hacen acto de presencia.

Para un geógrafo, tenía que impresionarle la gran influencia del paisaje natural en la vida de este pueblo. Todavía es en mucho el paisaje virgen que el esfuerzo humano aún no domina; que se sobrepone a él y da la tónica de la vida ecuatoriana. Es muy cierto que el Ecuador vive un drama de la geografía, porque el "factor geográfico actúa en él con una intensidad primordial"[2] y más adelante tendré oportunidad de insistir sobre este hecho básico, para entender a este pueblo en su pasado, juzgar de sus angustias presentes y otear en su futuro.

Desde el nombre mismo de la nación, se hace patente la preeminencia de lo geográfico. Al surgir como estado independiente, se olvida su tradición y su historia y se adopta un nombre derivado del hecho geográfico de estar cruzado por la línea equinoccial. Al fraccionarse en provincias, el hecho geográfico ha sido, también, el determinante para darles nombre

---

1 Leopoldo Benítez. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica, 1950.

2 *Ecuador.. Drama y Paradoja,* pág. 17.

y de 18 provincias, 5 deben su denominación a nevados, colosos de los Andes (Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo); cuatro a grandes corrientes (Esmeraldas, Guayas, Napo-Pastasa y Santiago-Zamora), otra más a un accidente orográfico: el nudo de Azuay; y por estar entre vías fluviales (Los Ríos); sólo una por el grupo indígena que le habita (Cañar); una más en honor al libertador (Bolívar) y seis por otras causas.

Habrá que tener a la vista su paisaje natural, desconcertante y singular; por ello, inicio este apunte de mi visión ecuatoriana, con un bosquejo del medio físico según creí captarlo en mis recorridos y complementarias lecturas.

Los majestuosos Andes que se inician en la Tierra del Fuego, al dirigirse hacia el norte, van ganando altura y a la vez se hacen anchos convirtiéndose en un par de serranías que dejan una planicie intermedia de elevada altura: el altiplano andino. La gran cordillera cruza Bolivia y Perú, penetrando al Ecuador al que fracciona en tres porciones tan bien diferenciadas que forman la estructura de su vida social, económica y política. Al occidente, la Costa; al centro, el Callejón Interandino entre las dos ramas de los Andes (juntos Callejón y serranías constituyen la Sierra) y al oriente la Hoya Amazónica.

Tan luego inicié mis recorridos por el país, me impresionó descubrir que a pesar de estar cortado el territorio por la línea equinoccial, las temperaturas que se registran no son elevadas y que tampoco corresponden a las que se observan en el sur de Venezuela, las Guayanas o la desembocadura del Amazonas, regiones con situación geográfica similar. Mientras estos últimos lugares son calientes, húmedos e inclementes; en la costa del Ecuador hay algunas zonas áridas y otras húmedas y moderadamente calurosas, ambas acogedoras para el hombre y que sin grandes inversiones ha sido posible sanearlas y convertirlas en receptáculos de posibles colonizaciones.

Busqué en la literatura geográfica una explicación a este hecho y las pocas referencias que pude encontrar no me satisficieron por antiguas e inadecuadas.

Es general la creencia en el país, entre los que se preocupan de estos temas, de atribuir el fenómeno a la llamada "Corriente de Humboldt" denominación que se ha venido dando a una faja marítima vecina a la costa y situada frente a Chile,

Perú y Ecuador, en donde se observan bajas temperaturas. Recientes estudios, especialmente peruanos, han demostrado que la corriente en el sentido de traslación horizontal no existe, sino que la frialdad de las aguas es consecuencia de vientos generados en tierra, que provocan surgencias de aguas profundas y frías. En el Ecuador no se ha investigado esta cuestión; pero generalizando a este país los estudios peruanos es posible pensar que algunos movimientos de las masas de aire, al producir vientos que descienden de los Andes, enfrían la atmósfera en la Costa, alejan en determinados sitios las nubes y producen las surgencias de aguas profundas que hacen que grandes tramos del litoral del Ecuador, tengan también aguas frías. Eso explica acaso en forma muy simplista, la falta de lluvias en grandes zonas costaneras e incluso la existencia de extensiones áridas, y la abundancia de lluvia al pie de los Andes, fuera ya de la acción de este mecanismo.

También el régimen de lluvias es una sorpresa para el que desde lejos observa al país y sigue con la idea simplista que se adquiere en la escuela elemental de que, en la zona ecuatorial, llueve todos los días. En este país hay dos temporadas bien distintas: la de lluvias llamada "de invierno" y la de escasez o ausencia de ellas que se conoce como "verano". Es curioso observar que esta misma denominación se acostumbra aplicar en Centroamérica y aun en el sur de México, hasta llegar al Istmo de Tehuantepec.

Por lo que hace a la localización de estos períodos, no hay coincidencia cronológica ni con las lluvias de América Central ni con las del sur de Chile; el intenso período pluvial del Ecuador está desfasado en tres meses con las lluvias de las zonas citadas. El invierno se inicia en diciembre y termina en mayo, presentando de enero a abril, las lluvias más intensas. En cambio, el verano se manifiesta de junio a noviembre que, en la Costa, se caracteriza por una ausencia absoluta de lluvias y, en la Sierra, por lluvias escasas que se presentan en los sitios de mayor altitud, por lo que en el Callejón Interandino, durante ese período, hay algunas lluvias.

En el oriente, donde los vientos alisios son factor determinante, las características típicas de la zona ecuatorial se manifiestan y llueve casi todos los días del año, no siendo posible encontrar diferenciación de estaciones.

La alta precipitación de las serranías, unidas al deshielo de las cimas nevadas y al escurrimiento de las aguas a través de profundos aluviones, hace posible la existencia de corrientes permanentes que al penetrar a la planicie costera forman ríos de gran caudal y profundidades de importancia, por lo que son navegables. Sobre el Pacífico habrá que citar de sur a norte, el Tumbes, el Arenillas, el Guayas de amplia cuenca y creador de la economía costera, el Chone, el Esmeraldas, el Cayapa y el Mira que nace en el Ecuador y llega al mar en territorio colombiano.

Para un mexicano y sobre todo nativo del Estado de Oaxaca, familiarizado con el relieve vigoroso y abrupto, en la contemplación de los Andes y el Callejón Interandino encontraba reminiscencias y aún me parecía un paisaje familiar; principalmente cuando a la vera del camino distinguía magueyes "México" como se les llama; también a vista de sus volcanes nevados, me parecía recordar los patrios lares. El paisaje a pesar de su relativa semejanza no era idéntico, el relieve me parecía más acusado y como exagerado; pero no me sobrecogía; en cambio, me sentí subyugado al contemplar los páramos, paisaje exclusivo del Ecuador y Colombia, principalmente del primero. No fué la altura, ni el sorocho, ni el frío los que más me impresionaron. Algo grandioso creí percibir en esas amplias extensiones a más de 3,600 mts. de altitud, cubiertas de vegetación herbácea llamada "paja", semejante a nuestro zacate y zacatón y fué el silencio dramático, a pesar del ulular del viento; la soledad; la amplia perspectiva a veces o la densa neblina en otros momentos, lo que me sobrecogió.

El Ecuador ha sufrido varios e importantes reajustes en sus límites que han hecho que su territorio se reduzca y según estimación reciente, se considera que cubre una superficie de 300,398 $km.^2$ por lo que es el más pequeño país sudamericano. Sus suelos son en lo general factibles de aprovechamiento económico y sus condiciones ecológicas permiten el desarrollo de una flora vigorosa y de rica fauna; por ello, comparando a la República del Ecuador con México, considero que proporcionalmente tiene mayores posibilidades agrícolas, ganaderas y forestales y que es factible elevar el nivel de su economía, si encontrara forma de aprovechar sus enormes riquezas rurales potenciales.



Eloy Alfaro. "Sus coetáneos le llamaron EL VIEJO LUCHADOR, advirtiendo que esa ilustre vida no dejó de ser siempre o un drama o una heroicidad".



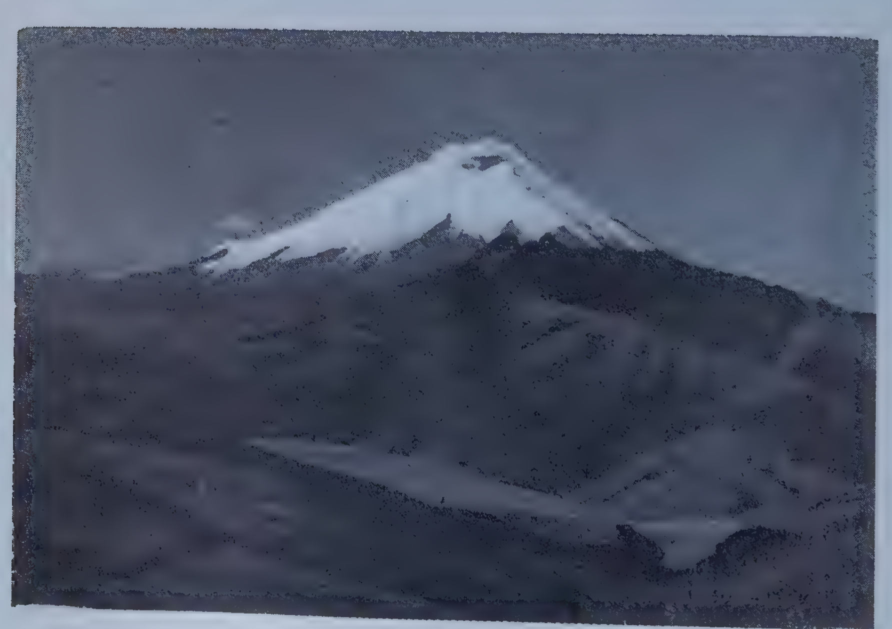
Sencillo monumento a Eloy Alfaro en el parque del Ejido, de la ciudad de Quito, en el sitio donde "ardió la pira en que quemaron el cuerpo magro y pequeño del Viejo Luchador".



Monumento en el cruce de la línea equinoccial o ecuador, con el meridiano de Quito. El hemisferio norte queda al fondo y el fotógrafo en el hemisferio sur.

Arriba: La plaza y el templo de San Francisco con la estatua del historiador González Suárez al frente.—Abajo: Interior del templo de La Compañía.

Arriba: Una calle de Latacunga, ciudad andina. — Abajo: Carretera empedrada cerca de Quito, que es parte de la Panamericana.



Arriba: Chimborazo. Majestuosa cumbre nevada de la Cordillera Occidental que se eleva a 6,272 m.—Abajo: Cotopaxi, cumbre nevada de 5,896 m.

Jíbaro armando trampa

Arriba: "El jíbaro es indómito. Fuerte, musculoso, ágil, dominador de ríos y señor de selva, cazador errátil y certero, guerrero de oficio, polígamo y señor de su serrallo. . .".— Abajo: Indígenas azuayos de los alrededores de Cuenca.



La "Chola cuencana". Típica mestiza ataviada con su traje regional.

Se estima su población actual en 3.500,000 habitantes, muy desigualmente distribuída, pues mientras para la Sierra parece una densidad de 30.2 habitantes por km.^{2}, en la Costa baja a 18 habitantes por km.^{2} Analizando esta relación por provincias, se encuentra que en la de Tungurahua, la densidad se eleva a 52.5 habitantes por km.^{2} y en cambio, en la Costa, en Esmeraldas, baja a 4.9 habitantes por km.^{2}

En su integración también es compleja, siguiendo estimaciones a falta de censos, la composición étnica de la Sierra y de la Costa es como sigue:

RAZAS

	Blancos %	*Indios* %	*Mestizos* %	*Mulatos* %	*Negros* %
Sierra ..	28.0	30.0	40.0	1.5	0.5
Costa ...	27.0	10.0	18.0	30.0	15.0

Correspondiendo a esta composición étnica, se conservan formas culturales que impiden que la nación haya podido integrarse armónicamente. Hay un subestrato que habla lenguas aborígenes, es analfabeto y practica agricultura y ganadería de consumo; sobre él, se apoya una masa latifundista formada por el Estado, los terratenientes y, cruel ironía, la Beneficencia.

Tanto por sus características fisiográficas como por la composición y distribución de la población, se confirma que el país queda fraccionado en las tres zonas bien definidas de Sierra, Costa y Oriente. Aún más la historia misma del país muestra que hasta en su actitud frente al movimiento insurgente, en sus diferentes luchas políticas, y sobre todo en su desarrollo económico, el país se ha portado como si estuviera formado por dos entidades diferentes: La Sierra y la Costa. El Oriente, por su escasa población ha tenido mínima influencia en la vida pública del país.

Desde tiempos precolombinos la población se ha concentrado en la Sierra[3] y fué ahí donde los pueblos aborígenes desarrollaron formas culturales importantes, creando nacionalidades que subyugadas más tarde por los quechuas, pasaron

[3] Caraquis, quitus, puruhaes y canaris en la Sierra; huancavilcas y los aborígenes de manabí y esmeraldas en la Costa.

a formar parte del Incanato y adoptaron su lengua y su cultura; pero en Atahualpa hijo del Inca y nacido en tierras ecuatorianas, encontraron su caudillo y bien pronto, aun dentro de Tahuantizuyo, de sojuzgados se convirtieron en centro director de la nación quechua.

La Costa permaneció despoblada, sólo unos cuantos cacicazgos se desarrollaron y en Oriente, los pueblos selváticos vivían al margen de la cultura aborigen.

La conquista no modificó de momento esta situación, estableció la sede de la nueva autoridad en Quito y la Costa continuó despoblada y carente de actividad al principio de la Colonia a pesar de sus grandes recursos.

La introducción del trigo y la cebada, a cambio de la patata que fué a conquistar a Europa, permitió la actividad agrícola en la Sierra, encuadrada en un régimen feudal usufructuado por los conquistadores y el clero. Apareció así una economía local, pues la Costa estaba lejos y era peligroso y aun costoso cruzar el país para llegar a Guayaquil, puerta de entrada que languidecía como sitio de paso para viajeros.

El cacao, la semilla aromática, empezó a tener demanda y pronto las zonas vecinas a Guayaquil comenzaron a explotarse y con ello, se creó otra nueva economía que tenía la ventaja sobre la serrana, de tener un fácil contacto con el exterior.

La Audencia de Quito disfrutó de una jurisdicción muy amplia, por el norte llegaba hasta Pasto (hoy Colombia), por el sur más allá de Tumbes (actualmente del Perú) y por el oriente cubría grandes áreas de la Amazonia y en ese océano verde, no se pensaba en lindero alguno; a veces se creía con derecho de llevar su autoridad hasta las bocas del Amazonas, corriente descubierta y explorada por sus hijos. La cédula de Alejandro VI marcó al fin sus límites con la colonia portuguesa que más tarde sería el Brasil.

Guayaquil quedaba dentro de la jurisdicción de la Audiencia de Quito, pero su influencia sobre aquélla fué pobre y a veces formal; la bella ciudad que crecía en la ribera derecha del Guayas, se resistía a tener una autoridad tan cercana y prefería sentirse dependencia directa del monarca español.

Quito aislado, se encerró en sí mismo y creó una arquitectura local característica; su ubicación en cañadas estrechas le obligaron a localizar sus manifestaciones artísticas en patios, corredores y templos, pero el predominio de frailes y del clero

en general hizo que los más suntuosos edificios fueran del orden religioso. Con mucha razón dice Leopoldo Benítez que en ese tiempo "la plástica quiteña es eminentemente religiosa. El tema profano es rigurosamente proscrito".

Las demás ciudades de la Sierra parece se desarrollaron lentamente, sólo Guayaquil surgía como rival. Esta ciudad de comerciantes, armadores, constructores de naves, marinos en general de espíritu emprendedor, se conformaron por falta de materiales adecuados para sus construcciones, con emplear la caña de Guayaquil y por eso no hay suntuosos edificios del pasado; además periódicos incendios destruyeron la ciudad construída de materia tan inflamable.

El movimiento de independencia hizo aflorar la división interna: Guayaquil y Quito separadamente la proclaman y hay que luchar para lograr una autoridad común y crear la nacionalidad ecuatoriana.

Y comienzan las tribulaciones territoriales, las disputas con sus vecinos para tratar de retener áreas que en tiempos coloniales les pertenecieron y que se le van, por falta de aglutinamiento, de lazos que ligaran a esas porciones integrantes de la antigua Audiencia de Quito. Ecuador se convierte en la "Polonia de América" como acertadamente dijera Alfredo Pareja Díez Canseco y habría al cabo de poco más de un siglo, de llegar a ser el más pequeño país sudamericano.

Al principio de la vida independiente un guayaquileño: que fuera ministro de México en Londres, el gran Rocafuerte, trata de que el país se encauce por senderos progresistas y encabeza en 1833 un movimiento liberal llamado de los "chihuahuas"[4] coetáneo y parecido al de Gómez Farías y el Dr. Mora en México, pero fracasa; después, las luchas que siguen no tienen profundidad ni contenido, hasta que otro guayaquileño, García Moreno toma el poder y establece un régimen teocrático, tan cruel y tiránico, que estimula la aparición de una fuerza antagónica: el liberalismo, y una gran figura: Eloy Alfaro.

Alfaro, costeño también, nativo de Montecristi junto con Juan Montalbo, encabeza la lucha del partido Liberal Radical por largos años, creando una conciencia libertaria frente a un régimen que impuso, como requisito para ser ciudadano

4 Por qué Rocafuerte vivió y actuó en México.

ecuatoriano el profesar la religión católica y que se echó en brazos del clero.

El regionalismo se revivió en esta contienda, la Costa, menos religiosa, dió atención a las prédicas liberales; la Sierra fanática en parte y catequizada por cuatro siglos y medio de una clerecía activa, fué reacia a estas ideas y apoyó a García Moreno.

La lucha cruel y prolongada desangró al país y a los grupos actores; por ello, cuando a la muerte de García Moreno que cae asesinado, el liberalismo toma el poder, le sucede Eloy Alfaro, en dos períodos de gobierno con un intervalo, la acción reformadora del partido liberal es débil; aborda aspectos formales y secundarios; pero deja en manos del clero su gran riqueza, la educación y no limita su activa participación política.

En cambio su obra constructora fué fecunda; le dió categoría de ciudad a Quito (alumbrado, pavimentos, tranvías, etc.), fundó el Colegio Militar, organizó la administración, etc. A pesar de ello, Eloy Alfaro es aún execrado en la Sierra, en cambio, en la Costa, se le ve con respeto y aun veneración.

Este patriota y valioso liberal fué asesinado en la penitenciaría y descuartizado e incinerado en el Ejido, donde una modesta columna señala el sitio en que fué quemado. En recuerdo de esto, aún hoy el grito de "vamos al Ejido" sigue siendo la amenaza de las fuerzas regresivas.

García Moreno el cruel, el fanático intransigente y obcecado, es aún para las clases privilegiadas una gran figura e inexplicablemente en su admiración, le siguen grupos populares de la Sierra.

El ritmo acelerado de la evolución mundial contemporánea ha obligado al Ecuador a incorporarse a esta corriente, a pesar de que su estructura económica y social sigue en mucho las formas coloniales, por lo que se ha creado un desequilibrio que suscita frecuentes y agudos problemas que no podrán superarse mientras no se planteen y resuelvan ciertas cuestiones básicas: consumar su mestizaje, redistribuir su propiedad rural, comunicarse y dejar de ser exportador exclusivo de materias primas.

Como ocurre en gran parte de los países latinoamericanos, la propiedad rural se ha concentrado en unas cuantas manos, existiendo enormes latifundios que por ese mismo carácter, se

explotan parcialmente. Además, subsisten en la Sierra formas feudales de explotación en las que los peones (verdaderos siervos) para poder disponer de una pequeña parcela en que hacer cultivos para su alimentación, deben ir algunos días a la semana a prestar servicios sin pago alguno. Así vi en mañanas muy frías y lluviosas, conjuntos de hombres, mujeres y pequeños niños que a un paso rítmico y acelerado iban con rumbo al sitio donde deberían trabajar. Por eso en la Sierra todavía abunda el tipo de propietario que vive en la ciudad disfrutando las rentas que el administrador le envía; de vez en tarde va al campo con sus invitados a mostrarles el casco de la finca que es una gran mansión.

En la Costa, otro ha sido el panorama: hubo latifundismo feudal, a las riberas de los providentes ríos, herencia de las tierras abiertas durante la Colonia donde se cultivaba el cacao, la riqueza del país. Como en Argentina, México y Perú, esos latifundistas horrorizados por las revueltas intestinas del siglo pasado y la insalubridad así como atraídos por el prestigio de Europa, se fueron a París, Londres y Madrid a disfrutar del trabajo de sus paisanos a los rayos del candente sol equinoccial. El cacao sufrió las consecuencias de dos plagas, la producción disminuyó y los propietarios ausentistas se arruinaron. Tuvieron que volver al país a intentar rehacer su fortuna, lográndolo muchos de ellos con gran beneficio de la Nación y de ellos mismos, pues de parásitos se convirtieron en productores. Parece que la vuelta de estos señores reforzó el viejo anhelo de sanear Guayaquil y es curioso apuntar que la caída del precio del cacao, marca el inicio de un período de mayor actividad en ese puerto. Se buscó en el arroz, plátano, tagua y madera de balsa el substituto del cacao, se iniciaron las obras de saneamiento, se substituyó con materiales mejores a la caña y surgió vigorosa esa gran ciudad del Guayas.

A pesar de los latifundios que existen en la Costa, como algunos son propiedad de sociedades mercantiles, todos ocupan asalariados que por su escasez y fuerte demanda disfrutan de relativos buenos sueldos. Como la colonización de la mayor parte de la Costa es reciente, ya no interesa adquirir grandes propiedades y con mentalidad moderna se piensa ahora en acaparar la producción como meta.

No habiendo sido explorados los recursos mineros del Ecuador, durante la Colonia tuvo un comercio exterior precario,

vegetó en un recodo de las rutas internacionales. Los ferrocarriles que en Iberoamérica llegaron principalmente buscando minerales o cereales exportables, no hicieron acto de presencia en el Ecuador hasta que el coraje y tozuda insistencia de Eloy Alfaro, unió Guayaquil con Quito.

Sigue siendo país carente de medios de transporte y la red fluvial del Guayas, que en siglos pasados alimentó a Guayaquil, continúa sirviendo como el más eficaz medio para dar salida a los productos exportables. Hasta que la apertura del Canal de Panamá, acortó la distancia entre el Ecuador y la costa atlántica de Estados Unidos y Europa, pudo pensar en exportar sus materias primas; por ello se ha dicho con acierto que "antes de la apertura del Canal de Panamá vivió una existencia excéntrica, fuera de las rutas de migración y del comercio".

Arroz, plátano, cacao, tagua, café, madera de balsa, con las materias primas principales que van al exterior, regidas por precios de los grandes acaparadores internacionales y esquilmados por las altas y absurdas tarifas marítimas, dejando al productor minúsculo beneficio. De las manufacturas, es el sombrero toquilla[5] el más importante, fabricado a mano por tejedores que dejan su vida en esta improductiva labor: Jipijapa y Cuenca, centros de esta actividad, tienen legiones de tuberculosos.

Ecuador ha entrado ya a las rutas del comercio mundial; pero con su economía incipientemente desarrollada y colonial, ha sido presa del imperialismo europeo ayer y del estadounidense hoy.

Varias veces, después de mis fatigosos viajes, al recogerme en la modesta fonda o parador, o al cruzar por largas horas la selva o el páramo, tuve tiempo de meditar sobre los problemas de esta Nación que cada vez me era más grata. Recursos naturales no le faltan, el elemento humano si bien escaso, es capaz y podría promover el progreso nacional. ¿Cómo explicar su lento desenvolvimiento?

Con gran interés pregunté a todos aquellos que me parecieron preocupados de los problemas nacionales; a intelectuales, a campesinos, a obreros, a soldados, a marinos y al hombre de la calle, queriendo hallar en sus opiniones un indicio de la inquietud nacional. No pude encontrar una franca tendencia,

---

[5] Erróneamente llamado "de Panamá".

no hay coincidencia ni en el planteamiento de los problemas, ni mucho menos en las soluciones.

También pude observar que los prejuicios raciales hacen acto de presencia en todas las manifestaciones de la vida social y que sobre todo en los centros urbanos, especialmente Quito, el menosprecio hacia lo indígena es pronunciado y hasta hay quienes se atrevan a considerar que la población aborigen es un lastre que estorba y maniata el desenvolvimiento del país. En las masas sobre todo campesinas, el viajero curioso encuentra que se han cobijado en una actitud resignada, paciente, fatalista; a la que hace falta encontrar la forma de comunicarle entusiasmo y vigor.

Entre las personas con alguna ilustración y con capacidad para tomar una ruta e influir en la vida pública, es curioso encontrar dos tendencias diametralmente opuestas: la pesimista y la absurdamente suficiente.

Hablé con muchos que piensan que el país principalmente por la pérdida de sus territorios, por el llamado "lastre aborigen", por la orografía vigorosa, por la selva y en fin por las fuerzas de la naturaleza, es territorio difícil de conquistar para un pueblo falto de cohesión y de recursos económicos.

Para estos pesimistas no hay salida, no hay esperanza y vegetan tristes y desilusionados o buscando la forma de huir del país y utilizar sus energías y su empeño en otras tierras.

Otros, guardan una postura que creen se apoya en la historia colonial que interpretan en forma inconsecuente y, exagerando, el desarrollo cultural colonial, caen en afirmaciones tan absurdas como aquella de llamar a Quito la "Atenas de América" y que se solazan con mitos del pasado y con falsas valorizaciones del presente.

Lo lamentable es que las clases acomodadas tienen una marcada tendencia extranjerizante principalmente de imitación a lo estadounidense; menospreciando el ambiente cultural nacional, envían a sus hijos a estudiar a los Estados Unidos, creándose una casta de inconformes, que no entienden ni sienten a su país y que siempre se lamentan del medio que los rodea. No tienen confianza en sus hombres y buscan en el exterior las fórmulas para resolver los problemas nacionales y hasta los técnicos y aun obreros que vengan a realizar la obra.

Hay en las corrientes políticas contradicciones y aun paradojas que Leopoldo Benítez, ecuatoriano acucioso, resume con acierto, por lo que conviene reproducir sus palabras: "El reflejo de las condiciones socioeconómicas en la política ecuatoriana, explica su perenne dramatismo. Los partidos tradicionales son borrosos y confusos, indiferentes para las masas. El liberalismo, que se inició como fermento burgués y capitalista, se detuvo en el camino y entró en alianzas con el conservatismo". "Y en vez de partidos claramente orientados, hay una tremenda confusión".

Afortunadamente no todo el panorama humano es por completo sombrío; hay grupos y distinguidas personalidades que han tenido el suficiente carácter para sobreponerse a la dura realidad del medio, a la fatalidad de determinados hechos históricos y, sobre todo, a las contagiosas corrientes antes descritas y que apoyándose en la valiosa tradición auténtica del país y con los ojos puestos en metas asequibles, se empeñan en orientar a la opinión por sendas de progreso y de reforma social. Son liberales moderados, tímidamente anticlericales; que desean "incorporar las masas indias a la vida de la producción", hacer la reforma agraria de manera pacífica; que abren los brazos al capital extranjero si éste viene sin ambiciones de poder político y sin imperialismos y que, con valor y capacidad, se empeña en hacer autocrítica y buscar los mejores cauces para el desenvolvimiento del país y principalmente, desean tener la oportunidad de ser actores en la vida de su patria.

Mucho gusto me dió encontrar a este último grupo que aunque no esté organizado de manera formal, su existencia se percibe. Varias veces platiqué con sus más caracterizados representativos y al ver su empeño y devoción, pensé en la posibilidad de que el Ecuador encuentre su ruta para resolver sus graves problemas interiores y exteriores, porque tengo fe en sus masas, en su reserva humana, en sus dirigentes progresistas, que algún día llegarán al poder a pesar de que a veces parece, como dice Leopoldo Benítez, que teniendo recursos naturales le falta "la conciencia clara de su destino y la voluntad organizadora que vence al infortunio".

DISCURSO DE LA PLAZA DE LA CONCORDIA

Por *Max AUB*

L'homme de parti sera bien froid dans cinquante ans, il en faut seulement ce qui sera intéressant quand le procès sera jugué.

(LUCIEN LOEWEN).

Toute idée politique dans un ouvrage de litterature est un coup de pistolet au milieu d'un concert.

(ARMANCE).

A Mauricio Magdaleno.

Lo sé, y se lo advertí a mi amigo Rodolfo Hass cuando se habló de que yo publicara su monólogo, mejor discurso o artículo de fondo. Pero me contestó que los tiempos habían cambiado. No lo creo, porque el hombre cambia al mismo ritmo, y vaya usted a saber cómo eran, en la época de Stendhal, tiempo y hombre. A lo mejor, idénticos o parecidos a hoy. Y yo soy un escritor que se respeta y pretende ser respetado por los demás. Hice lo posible para que suprimiera, al menos, las alusiones personales, que tanto rebajan el alcance de cualquier obra. Pero me adujo que no le importaba; que, al contrario, aquello le daría más autenticidad a su alegato. Sucedió igual con el título. Le sugerí *Monólogo del Gran Mentecato.* Me contestó que sería dar pie a mil chistes. Le puso *Monólogo Suizo,* por afán nacionalista. Mi mujer —que tiene talento— indicó modestamente, al paso, que estaría mejor que se llamara *Discurso de la Plaza de la Concordia.* El, con buenos modos, ya que es persona educada, se emperró en el suyo —y con ese título apareció en Ginebra—, diciendo que el mundo ya no estaba para simbolismos.

Todo nació al salir de ver *El Tercer Hombre,* película que me aburrió. Rodolfo estaba furioso por aquella frase, ofensiva

para los suizos, en la que se asegura que quinientos años de paz sólo les habían servido para fabricar relojes cucú, alzando en contra de su patria a Italia, roída de guerras y madre de Miguel Angel y Leonardo. Ya no descansó hasta traer a París, que escogió como sede neutral, a los oyentes de su peroración.

Difícilmente se encontrará una teoría de lugares comunes más vulgares, dichos con menos artificio, con menos afeites, que son, a lo que todos dicen, y por algo será, la esencia del arte. Si algo vale lo que sigue no es por el engaste. Salvada mi responsabilidad, sea lo que Dios quiera.

La acción sucede en la Plaza de la Concordia, en París, hoy. Precisamente hoy, 7 de octubre de 1950. A ambos lados de la plaza se levantan enguirnaldados estrados, y, tras ellos, enormes anfiteatros llenos de gente inmóvil, pero presa del mayor entusiasmo; han sido sorprendidos prorrumpiendo cálidas ovaciones, y así se han quedado, y se quedarán hasta el final de la pieza. En uno de los estrados está el señor Truman, en el otro, que se le enfrenta, el señor Stalin. En medio de la plaza, yendo de aquí para allá, según su texto, habla y gesticula el Gran Mentecato. Es un hombre de mediana edad, gordo, bajito y calvo. Va vestido como cualquiera. El señor Stalin, con su severo uniforme; el señor Truman, con su pintarrajeada camisa.

Me parece inútil decir —pero lo indico por si acaso— que si el director no consigue el alquiler del lugar, ni la presencia del señor Stalin, ni la del señor Truman, habrá que contentarse con pintarlos en sus lugares respectivos. El obelisco, en medio; el señor Truman, a la derecha —que es la izquierda del espectador—, y el señor Stalin a la izquierda —que es la derecha del espectador.

—Señores:

El famoso novelista inglés señor Graham Greene acaba de tener la avilantez de insultar a mi país, en una película que recorre con gran éxito —muy forzado por la propaganda— una parte del mundo. Por eso, y por algunas otras cosas, me he permitido reuniros aquí para asentar ciertas verdades, que no será malo escuchéis aunque sea una vez, de boca de una persona decente, que, mientras se lo permitan, no tiene pelos en la lengua. Siento la ausencia del señor Greene, pero espero que mis palabras le serán trasmitidas, a pesar de que el gobierno francés se ha opuesto a la radiodifusión de este acto.

Ese inglés, católico para mayor vergüenza, viene a preguntar —para que la gente se divierta— que qué habíamos traído al mundo nosotros los suizos, además de los relojes cucú... Sombrío majadero... Dígame usted, señor Stalin, ¿en tan poco tuvo Lenin a Suiza? Tal vez no hubiera sido lo que fué si mi país no hubiese existido. Dígame usted, señor Truman: ¿dónde surgió Calvino? No me ciega una pasión nacionalista, pero sin Suiza, Europa no sería Europa. Y en justa consecuencia, América no sería América... Y Juan Jacobo —diga lo que diga el autor del *Tercer Hombre*— es más importante en la historia de la humanidad que Miguel Angel. Con Rousseau y Calvino, dimos al mundo otros nuevos. ¿Dónde se refugiaron Mme. de Staël y Romain Rolland? ¿Dónde Rilke y Nietzsche? En cuanto al valor militar, no creo que tengamos que envidiar a nadie, y Guillermo Tell es tan héroe como otro, y los soldados suizos son tan buenos como los mejores. No lo digo yo, sino la historia. Y Pestalozzi hizo, por todos, tanto como cualquiera. Que yo sepa Jesucristo y Marx tampoco fueron ingleses. A lo mejor me equivoco. Ni Confucio. Y Holbein, señor Greene, nació en Basilea. Claro, en Suiza las artes no pudieron ser cortesanas, pero quizá han oído usted hablar de Salis, de Gassner, de Euler, de Saussure, de Levater, pongamos por caso. Nadie lee más que los suizos, ni nadie tiene más alto concepto de la libertad y de la política.

¿Qué tiene mi país? 50 leguas por 80. ¿Qué extensión de tierra ha dado tanto al mundo como la mía? Claro, es fácil aplastar a Suiza comparándola con Francia, Italia o Alemania, pero no tiene proporción una cosa con otra. A nadie se le ocurre contrapesarla —como debería ser— con el Delfinado —pongamos por caso, o con la Borgoña... ¡Qué fácil es hacer chistes desvergonzados! ¿Es éste el precio de nuestros servicios? ¿El premio de nuestra hombría de bien?

¡Sí, los relojes, las puntillas, el queso, la leche, las vacas, el turismo, la Cruz Roja...! ¡Y a mucha honra...! ¡A ver los demás! ¿Dónde mayor cultura? ¿Dónde más perfecta civilización? ¿Dónde menos miseria? ¿O es signo de inferioridad que en vez de uno hablemos tres idiomas? ¡Ojalá que supiéramos todos cinco o seis! Lo que sucede es que actualmente la ignorancia ha hecho tales progresos al alcanzar saber solamente mal leer una enorme multitud, que, como es natural, quiere gritar su superioridad rusa o norteamericana, porque están encajonados en un solo idioma...

Nuestro hermoso e ingrato territorio —nieves y cumbres— debe su grandeza a que está construído a escala humana —por inhumanos que sean los picachos que cubren gran parte de nuestra tierra—, ni demasiado grande, ni demasiado chica; abarcamos todo —gobierno y fronteras— todo lo comprendemos y por eso tenemos libertad.

Habéis olvidado, el hombre por la sociedad, o por las sociedades anónimas y las enormes empresas. Os habéis desacordado del tamaño. Planes quinquenales, cuando la medida del hombre es, cuanto más, la semana. La U. R. S. S. y los U. S. A. son demasiado grandes, hasta tal punto que ni siquiera tienen nombre, sino siglas. Habéis sepultado en la tierra del olvido la debilidad, la debilidad humana, que también es una fuerza. A gran distancia todos somos iguales, y todos se confunden. La vista, el oído del hombre tienen un límite, y os movéis fuera de él. Ya ni con aparatos ópticos —que tan bien fabricamos— alcanzáis a distinguir un hombre de otro. Son tantos los que señoreáis, que lo mismo da que se mueran algunos más o menos, con tal de realizar una obra cualquiera. Ya no es Pedro, ni Juan, ni Pablo, ni Guillermo, ni Teodoro, ni Jesús, ni Serafín. Es el grupo tal, el batallón X, la dotación Y. ¿Qué extensión tenía la Inglaterra de Shakespeare? ¿Qué tan grande era la Grecia de Sófocles? ¿Cuál el tamaño del país de Goethe, la Holanda de Spinoza, las Italias del Tintoretto, de Savonarola, de Rafael? Ya sé, grande era la España de Cervantes, la Francia de Racine, pero, a pesar de todo, se las podía abarcar. Ahora todo es demasiado grande. Con tantos medios jamás el hombre se sintió más inepto.

Pero, de todos modos, ya que me hacéis el honor de escucharme, algo debéis saber de mí. Conocen mi nombre. Soy viajante de comercio, de una buena fábrica de bordados de Saint Gall. He visitado muchos países, todos los de Europa y bastantes de América. Acabé mi bachillerato; leo —los viajes no sólo ilustran, sino que dan tiempo— de ciudad a ciudad. Podía haber sido profesor, pero preferí ser comerciante. Soy curioso de por mí. Estoy casado, tengo dos hijos, ya mayores; el uno es viajante de comercio de una casa de maquinaria y óptica, el otro es médico. Vive en Davos. Tengo una casa hermosa, y algunos buenos cuadros, algunos buenos libros. ¿Qué más les puedo decir? Hablo bien tres idiomas, mal otros tantos. Soy feliz. Entonces, me dirán, ¿para qué se mete usted en camisa de once varas? Porque soy feliz. Y veo cómo anda el mundo, y hacia

dónde va. Porque me subleva tanta ignominia, tanto absurdo, tal fuerza de lo económico, de lo ciego. Porque creo que el lujo es un bien de la humanidad y queréis acabar con él en nombre de la utilidad. Como si no se pudiesen compaginar ambas cosas. Como si el pueblo no soñara también con el lujo. Para llegar al de todos queréis acabar con el que existe. Ya sé que es el precio de las revoluciones. Pero vosotros no sois revolucionarios.

¡Sí, señor Truman! ¡Sí, señor Stalin! Soy un cualquiera, un don nadie, un vendedor de entredoses. Ya sé que a ninguno de ustedes le importa, que lo mismo les da, y no lo digo en sentido peyorativo. Usted, señor Truman, porque fué camisero; y usted, señor Stalin, porque siendo comunista, no debe tener prejuicios. Soy vendedor de tiras bordadas, y además he seguido cursos por correspondencia, y he leído y sé algunas cosas, y he visto algún mundo porque mi oficio lo requería. Y sé que muchos piensan como yo. Y no quieren la guerra, y no queremos la guerra pero tampoco vuestra paz tributaria. Sé que vosotros tampoco queréis la guerra, pero también sé que la haréis a menos que suceda algo inesperado, algo que por ahora no se vislumbra.

Soy progresista, creo en el progreso: en el progreso moral, en el progreso político, en el progreso material. No en el estético, que ese depende de los genios, y esos nacen al azar. Y será difícil ir más allá de donde fueron Esquilo, Velázquez y Beethoven, pongo por buen ejemplo. No se trata de que el hombre sea más inteligente, sino de que aproveche mejor su inteligencia, de que crezca el número de hombres que se den cuenta de que lo son. Soy progresista, y, como tal, liberal; y no puedo estar con usted, señor Stalin, que se ocupa, por todos los medios —buenos y malos— de configurar los hombres a un aparato ortopédico que quisiera universal, y castiga cualquier desviación suprimiéndola, donde puede, como cualquier Gran Inquisidor. No estoy con usted, no porque sus teorías me parezcan mal, sino porque las impone, seguro de su verdad. Y no puedo estar con usted, señor Truman, que emplea indecorosamente la palabra libertad para escarnecerla, mofándose de ella cada día y a cada hora. ¿En nombre de qué libertad encarcela usted a los hombres por lo que piensan? ¿Qué clase de libertad es esa? Tal vez una libertad fabricada en Nueva Orleans o en Chicago, un *Ersatz,* una falsificación, una libertad típicamente norteamericana para cierta clase de norteamerica-

nos. ¿Es esa la libertad de pensamiento? ¿Es esa la libertad de expresión? Por esa pendiente se llega como una seda a lo contrario de lo que pregona. Por lo menos, el señor Stalin no habla en nombre de la democracia ni de la libertad; tiene el valor de decir que preside una dictadura, y como tal la ensalza. Algo es algo, aunque no salgamos ganando gran cosa.

De los tres ilustres conceptos de la Revolución francesa, que en su tierra nacieron, señor Truman, ¿qué queda? ¿Dónde la fraternidad entre mendigos y millonarios? ¿Dónde la igualdad entre blancos y negros? ¿Dónde la libertad de los comunistas para exponer sus ideas? Ese miedo hacia lo rojo y lo negro... A veces pienso que han llegado a ese vergonzoso extremo porque confunden lo uno con lo otro, y amalgaman color y pensamiento. Es posible que podáis acabar con el comunismo, que lo aplastéis, que lo enterréis, pero quedarían los negros como espantajo indeleble de vuestra conciencia. Ahí, presentes, para recordarnos vuestra tración. El miedo. El miedo ¿a qué? Disfrazadlo, desfiguradlo, fingid. Mezclad los ardides con la fuerza. El hecho está ahí: tenéis miedo. ¿Miedo de qué? Miedo de los hombres. De lo que piensan, de lo que quieren los más.

Tenéis miedo. Yo lo comprendo, no se necesita ser lince para eso, usted, señor Stalin, porque su mundo es joven; usted, señor Truman, porque el suyo es viejo. Adargados tras el miedo —el miedo blanco, el miedo negro—, recurren a toda clase de tretas, con tal de defenderse. Es un desafío, y no precisamente entre caballeros. Lo malo, que en ese lance, el duelo será para todos. No les importa el costo con tal de mejorar posiciones. —¿Ese —¡Qué se fastidie? —¿Aquél? —¡Qué se muera! —¿El de más allá? —¡Qué se pudra! Sólo cuenta vuestra potencia. Es humano, y creo que no tienen derecho a quejarse los que lo esperan todo de vosotros, como si por el hecho de tratarse de Rusia o de los Estados Unidos tuvierais la obligación de regalarlo todo y acudir en defensa cerrada de quien fuera, poniendo en olvido la propia seguridad. No me creáis tan tonto, pero tal vez no os dais cuenta, en vuestra ceguera medrosa que, en vez de ganar, antes de principiar la contienda, habéis perdido el fin, en holocausto a los medios, y que de vuestro feroz encuentro lo único valedero será la destrucción.

¿Qué gobiernos, desde que el mundo es el mundo que conocemos, han tenido tanta fuerza represiva en la mano? ¿O es que de verdad cree usted, señor Stalin, que los comunistas

disconformes puedan barrer el régimen que representa? ¿O usted, señor Truman, que los comunistas nortemericanos logren por la fuerza, instalarse en el Capitolio? No, no y no. Y no solamente porque lo diga este Pequeño Idiota, este Gran Mentecato que soy yo. Por si acaso queréis tener jurisdicción en lo que no es vuestro, en el alma y sobre el cuerpo de todos; cada uno a su manera, sin importaros la razón de los miles y miles que no quieren comulgar con vosotros. Queréis que todo pase por vuestros ojos: reglas, leyes, aduanas y dineros. Incluir, sentar lo que sea, dentro de vuestros ordenamientos, encubriendo la intención, más iguales en la mentira que en la verdad. Dicen que los indios hendían los labios a los mentirosos. Si tal costumbre hubiese seguido viva, a ambos les veríamos la dentadura completa, y postiza. Yo no finjo, ni simulo, ni engaño: por eso no tengo remedio, ni me hago ilusiones. Pero tendré, hasta que muera, el derecho de protesta. "Ca t'fait une belle jambe", que dicen los franceses. No niego que mi grito sea inútil. Pero ahí queda hasta que lo borréis con el soplo de vuestras bombas.

Claro está que yo, como comerciante, lo que quisiera es defender el comercio. Y venderle a usted mis tiras bordadas y mis entredoses y a usted mis entredoses y mis tiras bordadas. Los bordados son una cosa seria. Pero tal como está el mundo sólo las rameras las pueden comprar. Y no son tantas como dicen. Hay muchas mujeres honradas. Y no crean que porque uno y otro persigan la prostitución. No. Viene de adentro. Y ese gran reino de la mentira que alimentáis con tanto entusiasmo en los periódicos, en las voces de los locutores de radio, se queda en la superficie. Claro está que la superficie lo es casi todo: si uno se queda con su verdad bajo el mar, se ahoga. Y muerto, ¿para qué sirve un hombre como no sea para abono de la tierra de vuestras innumerables macetas? Porque para vosotros cada hombre es una maceta, sólo una maceta donde plantáis lo que os viene en gana. Tampoco los bordados valen entonces para nada.

Yo quisiera que os callarais un momento, para que yo pudiera pregonar mi mercancía. Calladitos, para que cada quien pudiese decir lo que piensa. Que dejarais de accionar. Que hubiese un poquito de silencio, que pudiera uno respirar un momento tranquilo, que no corriera el miedo por todo el mundo, como por un desierto, como galopa ahora, de día y de noche, no dejando dormir a nadie, con el ruido de sus cascos.

El miedo, que nadie sabe qué cara tiene, aunque a veces parezca tener sus bigotes, señor Stalin; o vestir sus camisas, señor Truman. Todo se ha vuelto espantapájaros, y los pájaros ya no saben dónde posarse.

No es que yo quiera que no os entendáis. Pero ¿para qué pedir imposibles? Ambos vais a lo vuestro: soy comerciante y lo comprendo: queréis acabar con los competidores. Es humano. Y hasta divino, si hemos de creer las Escrituras. ¿Quién de vosotros es Caín, quién Abel? No importa: además al bueno —que a nadie le es muy simpático— lo mató su hermano. Así que ninguno de los dos —ni el vivo por asesino, ni el muerto por serlo— son de envidiar. No, lo que yo quisiera es que me dejarais vender en paz mi mercancía; que me dejarais entrar sin dificultades en vuestros países, recorrer sus hermosos campos sin que me siguiera la policía. Que no supieran quién soy. Que todavía existieran hombres anónimos para vuestros estados. Que nadie se fijara en mí, para que yo no me interesara más que por quien bien quisiera. En libertad. A mí no me interesa la libertad en abstracto, eso que uno y otro decís defender. No, lo que a mí me gusta es andar de aquí para allá, y entrar, y salir, y decir lo que yo quiera. Tal vez eso no sea la libertad —teóricamente— pero, para mí se le parece bastante. Y con eso me conformo. Os advierto que no es difícil lograrla: no tenéis más que liquidar a cierta policía, mejor dicho a ciertos policías, esos que además de vigilar lo que puedan pensar unos y otros, se vigilan entre sí. Y, por si acaso, no dejan a nadie en paz.

El nombre de la paz ha reemplazado el de Dios. Todo se hace en su nombre, hasta la guerra. Al grito de "¡No matarás!" no se deja títere con cabeza. Al de "¡Paz, paz y paz!" vais a asolar la tierra. Yo he leído hoy, señor Stalin, en un periódico que reproduce un editorial del suyo, que se llama VERDAD, si no me equivoco, esta frase que lo remata: "¡La paz vencerá a la guerra, porque es abanderado de la paz nuestro sabio jefe y amado maestro, guía y esperanza de toda la humanidad progresiva, el gran Stalin!". Así que si fuera otro el abanderado, la guerra vencería a la paz. ¿Qué democracia es esa que pregonan los suyos, señor Stalin? En Suiza sabemos lo que es la paz, y no dependemos de nuestro presidente. . .

¡He aquí el tiempo de la desconfianza y de la incondicionalidad! Uno es un hombre serio y de palabra, pero ¿para qué? Los demás lo son cada día menos. Cada vez estáis más atrin-

cherados en vuestras posiciones, las piernas aprisionadas en tierra, decididos a no moveros, curándoos en odio. Nunca se ha hablado tanto de libertad, habiendo menos. Usted, señor Stalin, empeñado en demostrar que no existe en el mundo todavía burgués; usted, señor Truman, probando sin dificultad que no existe en la U. R. S. S. Los dos faltáis a la verdad, aunque, siendo todo relativo, no hay duda que hay más libertad en los Estados Unidos, donde, por lo menos, pueden decir que la política de su Presidente es equivocada. Me decía ayer un comunista, muy excitado, que el poder norteamericano controla el noventa y cinco por ciento de las noticias que corren por su mundo, a lo que le contesté que su patria controlaba el cien por cien de las que difunden. Y así vivimos: encajonados, con anteojeras, sin saber más que lo que queréis que sepamos, sin elementos para discernir y juzgar por nosotros mismos más que a escondidas, lo que no es propio de suizos. Tenemos que husmear entre líneas, interpretar y suponer. Por eso no hubo nunca tantos profetas ni adivinos y es buen negocio leer las líneas de la mano. Vergüenza que no ha de dejar de recaer sobre vuestras memorias.

Y esta bonita cuestión de los espías. . . ¿Tanto tenéis que esconder de vergonzoso que no os atrevéis a que recorran vuestro mundo enemigos sin armas? ¿Qué ocultáis? ¿Qué solapáis? Crece un mundo de cerraduras y cerrazones al amparo y abono de vuestros encubrimientos. Goethe murió pidiendo luz; ahora nacemos y vivimos ciegos, entre tanta electricidad y gas neón. Todo son sombras, fabricadas adrede.

Gastamos vilmente nuestra vida yendo de una pared a otra. ¿A eso condujo la libertad soñada, a fuerza de tanto ímpetu y tanta sangre en esta misma plaza? Porque no sólo queremos paz y vacaciones pagadas, sino libertad. ¿Sabéis lo que es, o ya cayó en el polvo del olvido de vuestras azacaneadas memorias? Libertad querida. . . único remedio de la servidumbre. Porque no dudo que nos queráis dar buena vida. Pero sin libertad, ¿de qué sirve? El cuerpo, sí; pero el espíritu, también. Todo esto suena a viejo, a dicho mil y mil veces, y se ha dicho y se ha proclamado. Más viejo es el sol, y calienta.

[*Aquí, el Gran Mentecato hace una pausa, bebe un vaso de agua, y sigue:*]

—Yo tenía un amigo, quiero suponer que todavía lo tengo, el agregado comercial de la misión soviética en Berna; un mu-

chacho magnífico, sano, sonriente, adorador suyo, señor Stalin. Estuvo dos años en Suiza; luego, cuando le llamaron, contento y satisfecho, regresó a la U. R. S. S. Quedamos en escribirnos. Recibí una postal suya, de Viena. Le contesté a la dirección que me había dado. Esperé su respuesta en vano. Por si no la había recibido le envié una segunda carta. Nunca supe de él. Pregunté en la embajada y todo fueron evasivas. No es que crea, como algún anticomunista me sugiere, que lo encarcelaron. No: es peor. Estoy seguro de que mi amigo Ivanief está trabajando gustosamente en el puesto que le asignaron. Lo que no le permiten es comunicarse con amigos burgueses. Por miedo. ¿Miedo, a qué? Y si no es por miedo, es por precaución. ¿Precaución, de qué? El era, es, mi amigo, su mujer era, es, amiga de la mía. Habéis llegado a darle más importancia a la política que a la amistad. Y eso es horrendo. Comprendo que suceda entre enemigos. Entonces esa ruptura se explica humanamente. Pero yo no soy enemigo de mi amigo Ivanief, ni él lo es mío. Recuerdo su sorpresa cuando me preguntó cuántos telares tenía la fábrica de los Mieg y se lo dije. No era ningún secreto. Pero, por lo visto, en su país, señor Stalin, informaciones de esa índole son secretos de Estado. ¿Por qué esta actitud ofensiva de defensa, señor Stalin? ¿Miedo de que la gente sepa que no todo responde a su propaganda? ¡Nada peor que lo que inventan sus enemigos, con el campo abierto por la oscuridad y el silencio que hace señorear sobre su enorme tierra, vista desde fuera! Porque así podemos acabar por creer que no hay diferencia entre el stajanovismo y el trabajo a destajo, que procuramos desterrar. Porque mientras los trabajadores estuvieron en la oposición consiguieron, a fuerza de lucha y sangre, reducir la jornada de trabajo. El trabajo era la maldición, la impronta del dominio de los amos despiadados. De los socialistas es la gloria de haberlo reducido. Pero, tan pronto como los comunistas tuvieron el poder en las manos, el trabajo apareció como la mayor de las glorias, el ideal de los trabajadores. Es decir, que no era bueno o malo en sí, sino excelente para la dictadura del proletariado, execrable para la burguesía. Temo que haya un malentendido, y que el minero tal vez prefiera trabajar siete horas para el señor Truman que nueve para el señor Stalin, por muchas medallas o títulos napoleónicos que le concedáis. Si en la U. R. S. S. la jornada fuese de cuatro horas, no le arrendaría la ganancia al señor Truman. Porque el trabajo sigue siendo una maldición, y el ocio el deseo de

todo ser humano. Pero si la U. R. S. S. es el paraíso de los obreros y de los campesinos, veámoslo abiertamente, sin tener que creer a pie juntillas cuanto se imprime en sus revistas, señor Stalin, como si fuesen artículos de fe. Y menos se lo podemos creer y eso es grave daño, cuando vemos que cuanto imprime pasa por la más cicatera censura. No que pongamos en tela de juicio cuanto bueno nos cuenta, sino porque es humanamente imposible que no haya disconformes, fracasos, y no sólo los que condesciende en manifestar, sino hombres que tengan algo que decir, en serio o en broma, contra la línea general de su política. ¡Claro que los hay! Pero no pueden hablar, y menos publicar. ¡Oh conmigo, o contra mí! Y si están en contra entonces son miserables traidores. ¡Tantos siglos, tanta sangre como costó disfuminar esa horrenda aseveración judía! ¿A este punto desprecia el hombre? No nos deje en tinieblas. No impida la vista de su trabajo, no estorbe la natural curiosidad de medio mundo por la vida del otro. No guarde como noche lo que debe ser de la luz del día. No limite, no custodie lo que, según usted, debe ser ejemplo. No eche la tranca, ya tan a deshora. No esconda su labor, ya que entonces, por la inclinación normal de la mente, vendremos a creer que al lado de lo que nos exhibe, existe otro tanto que nos oculta por imperfecto y condenable. Y eso lleva el mundo hacia una división en compartimentos estancos, impenetrables; y lo que habíamos ganado con el progreso de la ciencia se perderá por incontables lustros. Cercar horizontes cuesta menos que abrirlos. ¡No ciegue lo que ansiamos saber, porque entonces el alma también se ciega!

Y no sonría triunfante, señor Truman. Usted menos que nadie, porque usted más que nadie, queriendo o sin querer, se deja influenciar por su supuesto enemigo, y no por lo bueno, sino por lo malo: que es más fácil. Ya todo es secreto, o va camino de serlo, en su fabril y febril país. Ya todo es defensa en los U. S. A., armarse contra el temor, encerrándose en fortalezas idénticas a las de la Edad Media, que no conocisteis. Ya todo son baluartes o bastiones, escarpas o almenas, fosos o trincheras, empalizadas, frisas, puentes levadizos, barbacanas o troneras. Todo parapetarse, aprestarse a la defensa, encerrados, vigilando las entradas, registrando a diestro y siniestro, por si acaso. Miedo, el oscuro miedo, el tremendo miedo a la noche negra, y a los negros. ¡Qué no entre nadie, ni buenos, ni malos, no sea que se deslice el coco! Allá van el temor

y los fantasmas, y a su rémora, la cobardía, madre de tanto crimen. Y la sospecha, la enorme sospecha, niebla que todo lo penetra abriendo las puertas a la miseria, instalándose en el más apartado rincón, preñándolo todo de viscosa humedad y gargajo, sin dejar resquicio, ensuciando lo más limpio, no dejando cerrar los ojos. Ya nadie duerme tranquilo. Y entonces nace la valentísima resolución: "—¡Hay que acabar! ¡Hay que acabar cuanto antes!". ¿Acabar con qué, señor Truman? ¡Si lo supiera! Ahora es con el señor Stalin... Pero no las tiene todas —ni todos— consigo; más claro para usted: no le llega la camisa al cuerpo. Porque, desaparecido oficialmente el comunismo, quedará, por siempre, su miedo. Y así no se puede vivir. Y de miedo se muere, se muere de muerte negra, con la sangre negra. Y se va, directo, al fascismo. No son aprensiones mías. Hace pocos meses, su agencia Tass, la Associated Press, difundía que el director de la Oficina de Investigación declaró que todo ciudadano tenía el deber de informar inmediatamente de cualquier actividad comunista. ¡Todos policías, todos delatores! ¿Dónde las famosas libertades? Así acaba un mundo. El que me gustaba a mí, al pobre idiota de Rodolfo Hass. No por condenado deja uno de sentir la desaparición de algo querido. Claro está que lo que siento no es que se deshaga su mundo de linchamientos y de kukuxklanes, siento el mío, de tranquilidad y de comprensión. Acabáis de condenar a no sé cuanto tiempo de cárcel a un tal doctor Barsky, que yo no conozco, pero amigo de un primo mío, establecido en Nueva York. Es posible, y hasta probable, que ese doctor sea comunista. Voy a aceptar que lo sea. ¿Y qué? ¿Cuál fué su delito? ¡Presidir y trabajar en una asociación de socorro a los enfermos y heridos de la guerra civil española! ¡Qué camino habéis emprendido! ¿Y para defender qué? ¿La cultura? ¿El bienestar? ¡No, no y no! Para defenderos del miedo. Del miedo negro a no sabéis qué. Yo os lo diré: A que todos los campesinos del mundo tengan sus propias tierras, a que los obreros de todas las fábricas participen equitativamente de sus rendimientos. ¡Ese derecho que está establecido en vuestra constitución! Tenéis miedo de vosotros mismos. Y por eso protegéis a Franco, a pesar de que no os guste; y a los dictadorzuelos de ciertos paisillos americanos, donde reina lo que decíais aborrecer. No es contradicción: en el fondo es lo que estáis deseando y no os atrevéis a proclamar. Pero todo llegará. Todas las leyes que aprobáis tienden a eso. ¿Cuántas en contrario? Ninguna. Toda

vuestra legislación última es prohibitiva. Sólo sabéis levantar muros de defensa, sin daros cuenta de que sin ganar perdéis la estima de cuanta gente libre respira todavía por el mundo, y que no puede estar con vosotros, no pudiendo estar con los comunistas. Y éste es nuestro problema, nacido de vuestra cerrazón. Señor Truman, ¿puede usted mirar frente a frente, los ojos en los ojos, el retrato de Lincoln? No. Ya sé que puede contestarme que la misma diferencia va de Jesucristo al Papa, de Marx a Stalin. ¿Y qué? ¿Es un consuelo? El hombre de nuestro tiempo que quedará grabado en el sueño del pasado de nuestra época no será Hitler, ni Stalin, ni usted, señor Truman: será Gandhi.

Tengo otro amigo, en Niza. No os extrañéis de que tenga tantos; la amistad es, para mí, una de las razones de vivir, la prueba suprema de lo humano. Este amigo, gerente de un almacén de bonetería, tuvo una novia comunista. Cuando se habló de matrimonio la muchacha le dijo, desconsolada, que el partido no aprobaba su enlace, y como para ella la política contaba más, dió por terminadas sus relaciones. Ella se casó con el secretario de su cédula. . . que, con el tiempo, se declaró partidario de Tito. Pero esa es otra historia. . . Creo que debería haber un mundo donde los hombres —y las mujeres— ganaran lo suficiente para no tener que doblegar sus convicciones y, mucho menos, vender sus afectos. Ninguno de los vuestros lleva ese camino. Estáis llenos de prejuicios y de perjuicios.

Usted es el primero en no negar que hay campos de concentración en la U. R. S. S., señor Stalin. Nadie se escandaliza de que haya cárceles en todas partes. Lo que subleva es que en los campos de concentración soviéticos, en las cárceles norteamericanas, se pudran gentes por delinquir con el pensamiento. Lo que me subleva es que la disidencia moral con los gobernantes lleve, todavía hoy, en 1950, a perder la libertad.

Ya todos somos espías. Ver es espiar, y hablar, traicionar. Débese esta nueva maravilla a la policía, última expresión de la burocracia: cada quien con su ficha y todos sospechosos. ¿Quién es usted? ¿Qué piensa? ¿Qué quiere? ¿Qué come? ¿Cómo duerme? ¿Qué prefiere? ¿Dónde va? ¿De dónde viene? ¿Me vió? ¿Me miró? ¿Qué fotografió? ¿Me dijo? ¿Me escribió?

A guerra total, espionaje total. Antes de la guerra era sólo para los guerreros y el espionaje para los espías; ahora todo es de todos, y por el hecho de ser hombre se es sospechoso. Ya las siglas de tres letras (F. B. I., G. P. U., U. D. B., etc.), reinan sin segundo. Multiplícanse las policías a impulso del

miedo, y algo tienen que hacer tantos seres con placas y credenciales, y por todas partes asoman narices. No previó Marx ese mundo burocrático. Cada quien con su ficha, y aun fichas. Este te ficha y aquél te reficha, y no hay razón para que se acabe el cuento. Ya cualquier libertad se determina, se mide, se pesa y da sus señas particulares.

Espías los hubo desde que se inventaron las guerras, y, cuando no, profetas y adivinos. Todo vino porque se descubrió que con dinero se conseguían informadores. Espía, Judas. Pero a nadie se le ocurrió dar ese nombre a quien favorece su causa: por ejemplo, a algún cristiano bien recibido en palacio pagano y que avisara de futuras persecuciones a sus compañeros. Y, sin embargo, tan espía es como otro.

Si fuese verdad —y no veo por qué no lo sea—, usted, señor Truman, tiene más gente devota que el señor Stalin, ya que en sus países los condenan por docenas. Pero ¿qué espían? ¿Tanto tienen que esconder checos, húngaros, rumanos, búlgaros o soviéticos? Porque no se trata de secretos militares, lo castrense es lo castrense, y allá ellos. No, sino a ese espionaje civil, nacido del miedo a la policía, hijo de nuestro tiempo, horrendo trauma que tiene a media humanidad agarrotada contra la otra mitad. No son cuentos, sino cuentas claras, y cito palabras de su famoso camarada José Díaz, señor Stalin:

"Queremos que en nuestro Partido haya el máximo de vigilancia, mucha vigilancia, porque de la vigilancia que cada uno ponga depende la buena marcha de nuestro trabajo. La vigilancia no debe ser solamente de un Comité hacia un afiliado determinado o hacia un Comité. La vigilancia debe ser también, sin alarma y sin desconfianza mutua, dentro de un mismo Comité, que cada uno conozca los pasos de cada uno; que cada uno conozca su actividad. Es una norma necesaria, hoy más que nunca, en nuestro Partido".

¿Ese es el mundo panacea que nos ofrece?

Sé que dirá que sólo es un tránsito, pero nuestra vida es un tránsito sin fin.

Una vida así sería bastante difícil de vivir, a menos de tener cierta conciencia policíaca. O todos policías, o todos calvos... Y siendo todos policías, tienen que surgir, necesariamente, choques, molestias, odios, resentimientos. Yo te denuncio, tú me denuncias, él nos denuncia, etc., y el plural es peor. Los que no participen en el husmeo no tienen más remedio que callar y pudrirse por dentro, como no quieran repudrirse en otros

lugares especializados para ello. Así se secan la lengua y los pueblos. Claro que el Estado marcha, y no hay oposición: ¿quién se atreve a hablar con su almohada si bajo la misma puede haber un micrófono? En estas condiciones cualquier noticia puede considerarse como informe al enemigo: "Hay hormigas en casa"; "La col me costó cuarenta francos"; "Ayer pasó un regimiento bajo mi ventana"; "El mes de mayo ha sido muy ventoso"; "Nos reunimos anoche en casa de don Félix". La gente tiene que sopesar cada palabra, por si acaso. Muere la espontaneidad, se anda con pies de plomo y la multitud cobra un aire triste. Todo gris. No sea que los colores brillantes llamen la atención. Lo que importa es pasar desapercibido. Lo chillón se queda para los festivales atléticos y los desfiles. Puestos en la pendiente, no tiene remedio.

La expulsión de los corresponsales de algunos periódicos occidentales, de Checoeslovaquia, pongamos por caso, es hija de ese modo horrible de enfocar la vida. ¿Espías? ¿Espías de qué? ¿De secretos militares? Entonces es que están mal guardados. ¿De la vida de la calle? Eso sí. ¿Espías? ¡Vamos! Testigos, a lo sumo. ¿Tan mal lo hacen que les molesta que alguien pueda contar lo que vea?

¡Y se podría remediar tan fácilmente! Porque es fácil decir que en la U. R. S. S. no hay oposición porque el gobierno es el gobierno del pueblo. Pero ¿dónde puede protestar un no comunista, aun concediendo que un comunista pueda hacerlo en el interior de su célula? Ya no tiene derecho el hombre a decir lo que piensa. Y esto lleva a callar, y callar es mentir, y se calla, y se miente porque hablar es, a veces, morir. Para un hombre cualquiera es una alternativa bastante siniestra, y pensándolo, pensándolo, cierra el pico. Que es lo que desea el Estado policíaco.

Mas nunca es hora de callar, si callando se otorga lo que no se quiere perder. Mal menor, diréis; pero lo más probable es que no haya males menores. Lo saben los comunistas mejor que nadie, y por eso son intransigentes. Y porque para vosotros no cuenta la cultura, sino la civilización. Vuestras revistas sólo traen números y estadísticas: tanto algodón, tanto hierro, tanto carbón, tanto petróleo, tantos automóviles, tantos tractores. Usted en números, usted en dividendos... ¡Pero el hombre!... Grandes alharacas soviéticas porque los obreros tienen ahora sus vacaciones pagadas. Pero igual sucede bajo el orden contrario. Un amigo mío, otro, éste mexicano, hizo una película

en la que se mostraba el adelanto de su nación —carreteras, fábricas, presas— y quiso que un amigo suyo, soviético, la llevara a la U. R. S. S. Se negó: "¿Qué dirían —adujo— si vieran que esto se puede alcanzar bajo un régimen capitalista?" Por eso cierra usted sus fronteras a canto y lodo, señor Stalin. Y es que miseria —pobres, hambrientos, discriminación, si no por el color, por las ideas— la hay en su país, igual que en el del señor Truman. También en el mío, pero menos. Claro que en sus ideas hay mucho bueno, señor Stalin, más que en las suyas, si es que las tiene, señor Truman; pero en la vida cotidiana hay muchas cosas mejores en su país, señor Truman, que en el suyo, señor Stalin. La salud pública, por ejemplo, y no es grano de anís.

Ahora, que no estaría de más recordarle, señor Truman, que desde que los trabajadores se han convertido en proletariado, la guerra del 70 tuvo como coletilla la Comuna; la ruso-japonesa; la revolución de 1905; la del 14, la revolución soviética; y ésta que dicen que se acabó ha visto surgir una China comunista, amén de Polonia y otros epígonos del marxismo. Algunas de esas revoluciones fueron ahogadas, pero las más vencieron. Y basta mirar el mapa para darse cuenta del camino del mundo. Si usted no busca más que salvar el pellejo, el suyo y el de sus asociados, y *tras de mí el diluvio,* acuérdese del que le ofrecieron a los hijos del que pronunció tan hermosa frase. Pero no es una actitud decente. Ustedes desprecian a los negros, pero bailan al compás de su música. . .

Y usted, señor Stalin, no olvide que lo que mueve el mundo son las ideas. Están forjadas, formadas por los hechos económicos y sociales, pero no por eso dejan de ser ideas, y ellas determinan la conducta de los hombres. Y si se muere bajo una avalancha, ¿qué más da que haya sido originada por el viento o por una piedra? Sin los enciclopedistas no hubiese habido Revolución francesa, ya que las ignominiosas condiciones en que malvivía el pueblo francés existían hacía siglos. Sin ellas no hubieran pensado lo que escribieron Diderot y Voltaire, pero sin ellos el poder habría acabado con el derecho del pueblo, como lo hizo en otras ocasiones. Por eso maniata usted la inteligencia, y desde su punto de vista tiene razón; pero desde el mío no.

Antes los déspotas despreciaban a sus esclavos; ahora, convertidos en sociedades anónimas o en regímenes dictatoriales, desprecian más y mejor, escarneciendo la opinión, burlándose

de sus propias palabras. Y las masas rebañiegas, que dice un gran escritor, "reniegan de la disciplina. . . Atacadas de manía persecutoria, de envidia demagógica pasiva, la de creerse y quererse envidiados, reniegan de la libertad para poder perseguir —con achaque de defensa—, pues la envidia pasiva se hace activa". Y muera el que no piense como pienso yo: *Que no piensa.*

No me asustan las revoluciones. Y menos hablándoles desde donde les hablo. Pero tal vez no hay nada peor que cuando los que mandan absolutamente creen que los hombres son buenos: porque si algunos, o muchos, no coinciden con la idea que tienen del bien, acaban con ellos en nombre de la Bondad Suprema. Sin tener quien les contradiga, confunden el mando con el palo. A esta plaza la llaman de la Concordia, porque aquí se cortaron muchas cabezas.

Ustedes dos son hijos del siglo XIX, un siglo progresista; ambos creen que el hombre es bueno. Yo también, pero he visto más mundo, y tengo menos menos preocupaciones, así que tengo la cabeza más clara. No hay nada más cruel que el optimismo, ni nada que lleve a hacer mayores barbaridades que la fe. Lo que vale es tener en cuenta lo que piensan los demás. Comprender, medir y pesar. Y no hacer a los demás lo que no quieran que le hagan a uno. Eso es tan viejo como el hombre, pero yo sólo llegué a esta conclusión, y eso es lo que vale e importa.

No creo en el pecado original, pero no por eso creo que los hombres son ángeles. Eso del interés del Estado está bien, pero creo que no pase antes de quienes lo forman. Porque queriendo salvaguardar lo que los hombres han construído —posiblemente a la fuerza—, se olvidan de ellos. Y no es justo.

Si se busca la sola utilidad, lo mismo sirve la mentira que la verdad: todo lo que reluce es oro. Y a tal extremo habéis llevado la propaganda que ahogáis con ella el saber. Aherrojasteis la ciencia al solo servicio de vuestro poder, que confundís con el silencio de los demás.

Lo que uno domina por los soldados, el otro por los dólares. Estos se ven menos, pero ¿de qué imperio es más fácil librarse? Tal vez del primero. ¿Y qué diferencia hay entre su obrero, que odia el comunismo, y el suyo, que odia el capitalismo en alas y aras de la propaganda? Usted, señor Stalin, asegura que su obrero es dueño de su fábrica. También el me-

talúrgico inglés. ¿Y qué? ¿Puede disponer de ella? ¿Qué más le da que sea de un trust, como los del señor Truman, o del Estado? El Estado, esa gran Sociedad Anónima... Nadie deja de ser asalariado, y tan explotado se siente uno como otro. Ya sé que no hay remedio, pero no hagan de ello galardón de triunfo. Todo el que tiene que trabajar para vivir es explotado. El trabajo se paga: ¡Figuraos si será malo para llegar a esos extremos! Por eso recurrís al patrioterismo, cayendo en las fauces del nacionalismo; en vez de unirse todos a una contra la naturaleza, para sacarle el mayor jugo en bien de todos, tratar de aprovecharla en contra de los que no piensan como vosotros. Y en esta feroz pendiente condecoráis al que más trabaja, al mejor esclavo. Cuando más se trabaja, menos se piensa, que el cansancio sólo produce sueño. El trabajo es el opio de los pueblos...

En lo único en que estáis de acuerdo es en suponernos tontos; en tenernos ya por tontos, eternos fabricantes de relojes cucú; en creer que los reverenciamos a pie juntillas; en dar por hecho que vuestra propaganda sustituyó nuestros sesos por receptores que trasmiten fielmente lo radiado por vuestras Estaciones Centrales, y que ya no hay cabeza, sino macetas en las que florecen vuestros pasquines. Todos iguales, todos callados, todos entusiastas, todos huecos, todos girasoles, todos reverentes, haciendo reverencias. ¡Truman es grande, y Acheson su profeta! ¡Stalin es grande, y Molotov su profeta! Perdonad la irreverencia. Pensad que no soy más que un vendedor de bordados y entredoses. Soplad y desaparezco. Saberlo es mi única ventaja.

Pero no os preocupéis, seguid con vuestro bonito juego de acusaros mutuamente de todos los males de la tierra, ilustres maniqueos. [*A Truman:*] Yo soy el bien, y aquél es el mal. [*A Stalin:*] Yo soy el bien, y aquél es el mal. ¿Hay alguien que no quiera acabar con el mal? ¡Tan pronto como lo hayamos vencido seremos inacabablemente felices! ¿Quién os cree? Las macetas. Y habrá una gran batalla de macetas, y, siendo de barro se harán trizas, como cáscaras de huevo. Y las tierras se mezclarán, y las semillas se mezclarán, y bajará la noche sobre el mundo. ¿Quién de ustedes quedará? Ninguno; quizá algún suizo, para contarlo. Tan vencido el vencedor como el otro. Enormes montones de tiestos, buen negocio para los fabricantes de macetas. Pero algún día éstas pueden cansarse

de serlo, y proclamar que son macetas libres. Que si la libertad encadena, las cadenas producen libertad.

Queréis acabar con los términos medios y sólo producís mediocres. Ya no dejáis sopesar, ni dudar, ni disponer, ni escoger qué camino tomar. No hay más opinión que la vuestra, maestros infalibles. Más la del auténtico *Tercer Hombre* que, según el dogma, no se equivoca jamás. Oráculos de las habas contadas, maestros incontrovertibles de las artes y de las ciencias que lo dais todo resuelto, padres del maná, tiralineadores perfectos del futuro... Dioses.

¡No, no y no! Tenéis la sartén por el mango. Pero si no soy nada para vosotros, estoy fuera de vuestro alcance y no obedezco más que a mí mismo. Estaré hecho, seré resultado de lo que sea, pero soy yo y lo que pienso por lo que soy. A lo sumo, torturándome, podéis hacerme decir lo que no pienso. Pero no serían sino palabras, más adentro tengo mi lengua y mi lenguaje, y en eso no manda nadie más que yo, Rodolfo Hass, el Gran Mentecato o el Pequeño Idiota, a escoger. Y soy más que eso, porque mi nombre y mi apellido no son más que un marbete, una etiqueta que me pusieron para facilitar las cosas. Pero habéis llegado a creer que los patronímicos son los hombres y catalogando, y fichando, y recogiendo firmas, contar con tantos y tantos tontos. ¿Con qué derecho habéis regimentado el mundo? Contra ese monstruoso acuartelamiento vuestros ejércitos se rebelarán un día —¡quién sabe cuándo y cómo!—, y todo se os derrumbará, y miles y miles gritarán: ¡No, no y no! Yo no soy éste, soy otro: soy yo. Y os quedaréis atónitos ante algo que en vuestra ceguera fichadora se os ha olvidado: que cada quien es como su madre lo ha parido.

Pido un poco de respeto para el hombre, porque ya todo es bajar la cabeza, decir que sí, aunque se piense que no. Y de esa espantosa peste, de ese rebajamiento inaudito de la condición humana, de esa ponzoña, de ese veneno, sois responsables. Habéis fundado el gran imperio del miedo. Nadie se atreve a decir lo que piensa. Los campos de concentración son infinitos, porque cada quien lleva el suyo en sus labios sellados, o lo que es peor, miente por si acaso... Ayer inventaron el infierno para doblegar voluntades, y quemaban los herejes. Hoy habéis inventado el paraíso, y hasta dos, procurando acabar con los que no estén de acuerdo con sus propagandeados placeres. ¡No creo ni en el paraíso, ni en el infierno, sino en la

tierra en medio del universo, y no tengo más medida para juzgar que mi propio yo!

Queréis una humanidad de bizcos. Usted, señor Stalin, que todos sólo vean con el ojo izquierdo; usted, señor Truman, que sólo vean con el ojo derecho. Una enorme multitud de caballos para corrida de toros. Ver de un solo lado, y ¡prohibido mirar del contrario! Ignorar lo de los demás. Quemar los libros del adversario. Matar el enemigo sin enterarse de quién es, que para definirlo os bastáis vosotros, y no son apelativos los que faltan: chacales, víboras, traidores, imperialistas, caníbales, asesinos, hez, depredadores, afrentándoos con lo peor, buscando qué maldecir de los que no comulgan con lo vuestro. Difamando con runrunes insidiosos, royendo los zancajos, encenango a cualquiera como si fuese lo más natural. Decía ayer una de sus revistas, señor Stalin, refiriéndose a un biólogo norteamericano: "caníbal profascista y lacayo de los magnates de Wall Street". Igual que otra suya, señor Truman, de un escritor soviético: "caníbal comunista y lacayo del Kremlin". Si hay dos ciencias, señor Stalin, y la suya es la verdadera y la otra es falsa, ¿por qué protesta? Déjelos que se despeñen. Pero, no. Lo que sucede es que no hay más que una, y grita usted en favor de la Buena Inquisición, en contra de la Mala. La Inquisición de Ormuz contra la de Arrimán. Ustedes: los enemigos de la Inquisición... Grandes Maestros de la Intolerancia.

¿No reaccionáis? ¡Claro, sois estatuas! Cerrados a banda, sin oídos, ¿cómo podéis escucharme? Así gritara como un condenado. Un condenado, que es lo que uno es, que es lo que somos todos, y a corto plazo.

Vosotros convertisteis el hombre de lo capital en el capital. Napoleón, que no era tonto, dijo que su renta era de doscientos mil hombres. Usted, señor Stalin, es más rico. Usted, señor Truman, los calcula y reduce a dólares. No hay diferencia. No vengo a defender un liberalismo ya muerto, un liberalismo que sólo servía a los poseedores de riquezas suficientes para disfrutarlo, no, sino un liberalismo universal. Un mundo socialista por su contenido y liberal por su forma. Una organización económica sin privilegios en un estado en que pueda uno decir lo que le dé la gana. Y que los delatores vuelvan a ser los delatores.

Ya sé que soy el Gran Mentecato, o el Pequeño Idiota, a

escoger. El que cree todavía en el sentido común del hombre, a pesar de todo.

Una vez conquistada la tierra por uno o por otro, ¿qué se habrá resuelto? Si gana usted, señor Stalin, surgirán Titos de debajo de la tierra. Si gana usted, señor Truman, se levantarán miles de comunistas que acabarán con sus millones. ¿Entonces? Entonces, nada. Porque no tengo fuerza, y por eso soy el Gran Mentecato. Lo que debería hacer es sumarme a cualquiera de vuestros bandos. Por lo menos sólo tendría medio mundo en contra. Pero no puedo, no puedo porque soy el Gran Mentecato o el Pequeño Idiota, a escoger. O por lo menos callarme, pero tampoco puedo, porque me gusta la vida. La que vais a hundir en la oscuridad. Esta es la gloria que os está reservada.

Y si no comprendéis, no me perdonéis.

[*Por la derecha y la izquierda salen unas compañías de fusileros. Llevan macetas por cabeza. Se enfrentan, a ambos lados del escenario. El Gran Mentecato está en el centro. Obedeciendo órdenes mudas los uniformados disparan a un tiempo. Caen todos, y la noche. Ya no se distinguen estrados ni tribunas. Un reflector encuadra el protagonista, que se levanta y dice, mirando los muertos y antes de salir:*]

—¿Quién lo iba a decir? Lo malo es que éstos ya no necesitan tiras bordadas. . .

TELON

TRES COMENTARIOS BREVES

Cada día es más honda la crisis del hombre contemporáneo, es la crisis más grave de todos los tiempos. Se desprecian los valores morales y se olvidan los rudimentos de la lógica elemental. Es la hora del prestidigitador que escamotea las palabras y los hechos en los escenarios internacionales. Todo lo vuelve al revés: la mentira la torna verdad y la verdad mentira; el daño en provecho y el provecho en daño. Después, satisfecho, hace unas cuantas piruetas y recibe el aplauso de sus paleros y de no pocos imbéciles.

Y mientras tanto la ola de cieno crece amenazante. Alguien grita: ¡Cuidado! Se han roto los albañales del mundo... Se han roto los albañales y los gases mefíticos han enloquecido a muchos hombres, sobre todo a estadistas, diplomáticos, generales y mercaderes de toda laya.

Se dice que se lucha en favor de la democracia y de la libertad y en contra de los regímenes totalitarios de izquierda. El espectro del comunismo no sólo amenaza a Europa como hace cien años, según lo dijeran Marx y Engels, sino a todos los Continentes. Además, se afirma que se lucha por la paz y que para asegurarla es preciso armarse hasta los dientes. Parece que se olvida que la paz armada, dolorosa experiencia histórica, es un callejón con una sola salida: la guerra.

Paz, libertad y democracia. Hermosas palabras que van perdiendo su auténtico significado. Se pronuncian con voz ronca e insegura en medio del pantano. Los Coreanos del Norte invaden la Corea del Sur. Son comunistas, demonios escapados del averno y hay que combatirlos sin piedad; son enemigos de la democracia, de la libertad. Mueren decenas de miles de hombres: norteamericanos, coreanos y de otras nacionalidades. Aseguran que lo que importa es establecer en aquel lejano territorio un gobierno electo por el pueblo, que garantice la libertad de creer, de pensar, de obrar.

Pero el observador hispanoamericano se siente perplejo, se siente asaltado por mil dudas. Tal vez pudiera admitir sin reflexionar a fondo en el problema, que lo de Corea es discutible; pero no puede admitir que esté bien, ni siquiera que sea discutible lo de Perú, Venezuela y Colombia.

En Perú, unos militares derrocaron al Dr. Bustamante Rivera y se adueñaron del poder.

Lo primero que hicieron fué perseguir, encarcelar y matar; y siguen matando a los adversarios políticos, siguen persiguiendo y encarcalando. En el Perú no hay libertad de prensa; no hay libertad de pensar, de creer, de obrar. El gobierno peruano no descansa en la voluntad popular, como quieren las Naciones Unidas que ocurra en Corea; el gobierno peruano descansa en la fuerza militar de los verdugos del pueblo.

En Venezuela pasó algo semejante. Allí la traición se impuso sobre la grandeza bondadosa de Rómulo Gallegos.

Empero ni el Departamento de Estado, ni las Naciones Unidas, en estos dos casos se han acordado de los principios que aseguran defender. ¿Es que hay dos balanzas y dos medidas? ¿Es que sólo cuentan los intereses económicos y estratégicos y que a ellos se subordinan los intereses supremos del hombre? El observador hispanoamericano se limita a dejar abiertas estas interrogaciones.

Lo de Colombia es lo peor de todo. No hay libertad de pensar, de obrar, de creer en ese desdichado país. Los protestantes son perseguidos y la prensa censurada. Se incendian pueblos enteros, si son habitados por enemigos del régimen de Laureano Gómez, fanático, discípulo de Franco y de la falange. Los encarcelamientos y asesinatos están a la orden del día; las garantías individuales no existen, son letra muerta. Pero el gobierno colombiano goza de prestigio internacional.

¿Y la democracia? ¿Y la libertad? ¿Y la carta de los derechos humanos?

Que por su cuenta conteste y haga comentarios el lector.

HAY algo más: Lo de las Naciones Unidas y el gobierno de Franco; gobierno totalitario de derecha. Nadie puede negar que Franco estuvo en cuerpo y alma con Hitler y Mussolini.

Recuérdese que en cierta ocasión declaró sustancialmente: El eje es ahora triángulo, puesto que lo forman España, Italia y Alemania; recuérdense muchas otras de sus declaraciones, como aquella en que dijo que enviaría un millón de hombres a Berlín, en caso de que la ciudad peligrara. La enemistad de Franco hacia las Democracias, hacia Inglaterra, Francia y los Estados Unidos no necesita demostración, está en la conciencia de todo el mundo.

Por otra parte, Franco nunca ha rectificado su posición ideológica. Su política es hoy en lo fundamental la misma que hace cinco, siete o nueve años. Precisa confesar que es hombre de convicciones, de convicciones negativas y sub-humanas. Decimos esto, porque tenemos buena

memoria y no se nos olvidan aquellas palabras del Generalísimo, en los comienzos de la guerra, exactamente el 29 de julio de 1936: "Estoy dispuesto a pasar por las armas a media España para conseguir mi propósito". No pudo lograr tanto, aun cuando ha hecho todo lo posible por lograrlo. Los cadáveres se cuentan por millares.

Por supuesto que en España no existe ninguna libertad; el sólo uso de la palabra es peligroso, es caer en sospecha de heterodoxia. La policía acecha en todas partes y es implacable. Franquismo es y será sinónimo de dictadura reaccionaria y sangrienta.

Por saber bien lo que arriba apenas se esboza, las Naciones Unidas acordaron el retiro de embajadores y ministros plenipotenciarios del gobierno de Madrid, como medio para presionar a Franco y con la esperanza de lograr un cambio favorable en la situación española. Además, se mantuvo con firmeza la negativa para admitir en los organismos especializados a los representantes del dictador. Las Naciones Unidas fracasaron; no consiguieron nada, absolutamente nada.

Ahora, las Naciones Unidas al rectificar su acuerdos, lo que han hecho es dar un viraje, aproximándose a Franco, tal vez por razones económicas y estratégicas. Es obvio que no es Franco quien se ha acercado a las Naciones Unidas, sino lo contrario; son las Naciones Unidas las que se han acercado a Franco; son las Naciones Unidas las que han cambiado.

El caudillo tiene las manos sucias de sangre y las Naciones Unidas le tienden la mano. Y el observador hispanoamericano se pregunta: ¿Qué sucede cuando alguien que tiene las manos limpias, o más o menos limpias, estrecha las manos de otro que las tiene sucias?

En nuestro Hemisferio sólo México, Guatemala y Uruguay, votaron en contra de la aproximación. El representante de los Estados Unidos, de la gran democracia norteamericana votó por la afirmativa, es decir, por el acercamiento al torvo enemigo de la democracia.

Los tiempos cambian y el mundo sigue dando vueltas sobre su eje imaginario, mientras el hombre continúa dando tumbos a través de la historia, agobiado por su fardo de dolor, de angustia y de desilusión.

Los jurisconsultos no han querido ser menos ilógicos que los estadistas y los diplomáticos. El fallo en el caso de Haya de la Torre es profuso —300 páginas según los cables— y además difuso y confuso. En lugar de resolver el problema lo han embrollado. Hagamos breve historia de los hechos:

El 3 de octubre de 1948 hubo un levantamiento cerca de Lima, en contra del Gobierno de Bustamante Rivera. No tuvo éxito. Las

fuerzas del gobierno sometieron a los rebeldes. Veinticuatro días más tarde, un grupo de militares encabezados por Odría derrocó a Bustamante.

Inmediatamente se redoblaron las persecuciones, ya iniciadas por el régimen anterior de los autores o presuntos autores de la rebelión fracasada. Los soldados usurpadores castigaban por el mismo delito que ellos cometieron, o si se quiere por la misma acción patriótica que ellos con éxito realizaron.

Víctor Raúl Haya de la Torre fué considerado por Odría y socios, como el principal instigador del movimiento del 3 de octubre, se le acusó de no pocos delitos del orden común y se dieron instrucciones para aprehenderlo.

Mientras tanto las cárceles se llenaban de apristas y la policía asesinaba en las ciudades a los inconformes con la dictadura castrense.

Haya de la Torre pudo burlar a la policía y encontró refugio en la Embajada de Colombia, en el mes de enero de 1949. Vino la controversia entre las Cancillerías de Colombia y Perú. Mientras ésta afirmaba que Haya era delincuente común, aquélla sostenía que lo había asilado por ser un perseguido político y de conformidad con el derecho de asilo, consagrado en Convenciones Internacionales Panamericanas. A la postre se convino en someter la controversia a la Corte Internacional de La Haya.

Y mientras en la ciudad holandesa, estudiaban los flamantes jueces el asunto, en Perú se violaban todos los derechos humanos, y se continúan violando hasta la fecha.

Por otro lado, la Embajada de Colombia en Lima, hace ya muy cerca de dos años, está vigilada día y noche por una jauría de polizontes, celosos en el cumplimiento de su diabólica obligación.

Por fin, ya lo sabemos, fallaron los jueces. Dijeron que Haya de la Torre no es delincuente común, sino político, con lo cual dieron la razón a Colombia; mas agregaron que Colombia no debió haber asilado al dirigente aprista, porque no se demostró que estuvo en peligro o que está en peligro, con lo cual le dieron la razón a Perú. Total, los sabios jueces se hicieron un verdadero lío, no entendieron lo que es derecho de asilo, derecho no europeo sino interamericano. Con esto el Tribunal Internacional de La Haya ha perdido su prestigio intelectual.

Se inclina uno a pensar que los jueces no consideraron que un perseguido político está en peligro por el hecho de que se le persiga, sino que es menester que reciba el daño. ¿Y en tal caso, qué sentido tiene el asilo? Cuando la vida se pierde, el único asilo se encuentra en el amor eterno de la tierra.

Cabe agregar que si Haya de la Torre no es un criminal, como reiterada y falsamente lo sostuvo el gobierno peruano ¿no es esa acusación bastante para demostrar el peligro en que estuvo y está el político asilado?

Fué un error someter el asunto a un Tribunal europeo. Los europeos no saben nada de la América Hispánica, o saben muy poco. No es improbable que alguno de los miembros del Tribunal, haya tenido que consultar el mapa de nuestro Continente para saber la ubicación geográfica de Colombia y Perú. Para los europeos, América es los Estados Unidos y a nosotros nos ignoran.

Nos asalta otra interrogación, ¿por qué el Departamento de Estado y las Naciones Unidas, se preocuparon tanto por el caso del Cardenal Mindszenty y no les ha importado un bledo lo de Haya de la Torre? De cualquier manera que sea, por esto o por aquello, sigue en peligro, en grave peligro Víctor Raúl Haya de la Torre, el hombre que ha entregado lo mejor de su existencia a la causa de la redención de su pueblo.

Los verdugos deben tener presente que "Causa que tiene mártires, causa que triunfa"; deben también tener presente que la sangre de las víctimas injustamente vertida, se eleva y se extiende en el espacio social, marea en perenne ascenso que acaba por ahogar a los victimarios.

Jesús SILVA HERZOG.

Noviembre 25 de 1950.

EL DERECHO DE ASILO Y EL CASO HAYA DE LA TORRE

La sentencia que el 20 de noviembre de 1950 expidió la Corte Internacional de Justicia de La Haya (Holanda) y que confirmó el 27 del mismo mes, en el juicio promovido por Colombia contra Perú, sobre el asilo concedido por el primero, al fundador y jefe del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, ha tenido la virtud —dentro de su gravísima falta de calidad resolutiva— de provocar en todos los países de este Continente, un fuerte sentimiento de disgusto y, al mismo tiempo, de hacer que las voces más esclarecidas del pensamiento americano se levanten en defensa del derecho de asilo, desconocido en parte y deformado en todo, por la contrahecha interpretación del Tribunal Internacional.

Usando un tipo de argumentación "pendular" —única forma en que con justeza se puede calificar su razonamiento débil y contradictorio— la C.I.J. ha dictado en el más grave debate sobre Asilo Diplomático —institución fundamental del derecho americano—, el primer fallo producido hasta el presente, que arroja los siguientes resultados: por un lado, ha negado a Colombia el derecho de calificación del asilado; pero, substituyéndose al país asilante, la misma Corte usó de la facultad de calificarlo y, declaró que Haya de la Torre es un *perseguido político,* y no un delincuente común. Esto —que en esencia es una absolución plena de todo el lodo de calumnias que la tiranía del Perú echó sobre el ilustre perseguido—, no llega, sin embargo, en el pronunciamiento de la C.I.J., a la consecuencia lógica de fallar que Perú está obligado a otorgar el salvoconducto pedido por el país asilante. Y para ello, la Corte se basa en que el caso de Haya de la Torre no se ajusta técnicamente a la previsión del Artículo II, párrafo 2º, de la Convención de La Habana de 1928, pero, al mismo tiempo, implícitamente ha resuelto que tampoco Colombia está obligada a entregar al asilado a las autoridades del Estado territorial, que es lo que persigue el gobierno castrense del Perú; porque, de conformidad con el artículo 1º de la misma Convención, sólo procede la entrega de los delincuentes comunes.

Ante esta situación que en vez de resolver, ha agravado el conflicto, Colombia y, en su caso, cualquier país miembro de la Organización

de los Estados Americanos, tiene abierto el camino para llevar el litigio ante cualquiera de los organismos previstos en el artículo 7º del Protocolo de Río de Janeiro, de Amistad y Cooperación, suscrito entre Perú y Colombia el 24 de mayo de 1934. Es decir, Colombia podría acudir ante la O.E.A. planteando la solución del conflicto, a fin de que Perú proceda a otorgar el salvoconducto para el asilado que permanece ya dos años en un estado de secuestro material —rodeada la Embajada por tropas atrincheradas en las calles y casas aledañas— y de rehén político que la camarilla militar de Lima utiliza como instrumento de opresión y de intimidación al pueblo del Perú.

Esta posibilidad está abierta en el caso de que la mediación y los buenos oficios ofrecidos por el Gobierno de México, por medio de su cancillería, el 30 de noviembre último no diera resultado conciliatorio, o si fracasan también los buenos oficios sugeridos por el Departamento de Estado norteamericano, el 1º de diciembre pasado. Creemos que es la O.E.A., la que, probada la terquedad vanidosa y ciega de los militares del Perú, resolverá en definitiva este serio problema creado por la Dictadura, contrariando todas las normas jurídicas y las costumbres, observadas sin excepción por los países indoamericanos.

Antecedentes de la controversia

El 3 de octubre de 1948 la Armada del Perú se sublevó contra el gobierno de don J. L. Bustamante Rivero. La sublevación fué dirigida por jefes de la Marina peruana, comandantes Mosto, Ontaneda y otros, quienes desde el primer momento declararon que su movimiento era "exclusivamente de la Marina peruana, sin contacto alguno con partidos políticos". El movimiento fué rápidamente debelado. Pero el 27 del mismo mes y año el general Manuel Odría —instrumento de los exportadores peruanos— se sublevó en Arequipa y, más afortunado que los marinos, derrocó a Bustamante y estableció un gobierno totalitario de facto, que es el mismo que actualmente impera en el Perú, pese al membrete constitucional que ostenta como resultado del fraude electoral que tuvo lugar el 10 de junio último.

No obstante las declaraciones categóricas de los jefes del movimiento de la Armada, el gobierno de facto de Odría se empeñó y se empeña en calificar la sublevación como aprista. Dicha sublevación no fué dirigida contra la Junta Militar de Odría, sino contra el gobierno Bustamante. Insistimos, fracasó la Marina y el general Odría inició otra rebelión contra el mismo gobierno. Esta última triunfó y Odría

sigue acusando al Apra de haber apoyado una rebelión contra Bustamante, a pesar de que él mismo usurpa el poder como consecuencia de otra rebelión.

Haya de la Torre es acusado, como Jefe del Partido Aprista Peruano, de ser el director intelectual de la sublevación naval y es perseguido tenazmente, hasta que el 3 de enero de 1949 se presentó en la Embajada de Colombia, en Lima, solicitando se le conceda la protección diplomática del asilo.

Mientras que el gobierno Bustamante mandó abrir proceso contra los sublevados de la Marina y pidió se le comprendiera al Partido Aprista como instigador del delito contra la seguridad del Estado, también mandó abrir proceso contra el general Odría que, sólo 24 días después se sublevó en Arequipa. Este proceso solamente ha sido cortado el día 15 de julio de 1949, por decreto expedido por el mismo Odría No. 11,054. Es decir: tanto Haya de la Torre como Odría han estado igualmente procesados hasta mediados de julio del año último, por el mismo delito político.

Colombia acoge a Haya de la Torre

El Gobierno de Colombia, con base en el acuerdo bolivariano sobre extradición, firmado en Caracas el 18 de julio de 1911, así como en la Convención sobre Asilo aprobada por la VI Conferencia Internacional Americana celebrada en La Habana en 1928, concedió al jefe del Aprismo el asilo diplomático solicitado.

De acuerdo con las disposiciones citadas el Embajador de Colombia en Lima, Dr. Carlos Echeverri Cortés, dirigió el 4 de enero de 1949, una nota al ministro de Relaciones Exteriores y Culto del Perú, informándole que "había acogido al Dr. Víctor Haya de la Torre en la Embajada, en calidad de asilado político", y haciéndole la solicitud a que se refiere el artículo 2º, parágrafo III de la Convención de La Habana, para que se le expidiera el salvoconducto correspondiente a fin de que el asilado pudiera dirigirse al extranjero.

Es sólo el 22 de febrero de 1949 que, ante la reiteración de la Embajada asilante, solicitando la expedición del salvoconducto, el Ministerio de RR.EE. y C. del Perú dió su respuesta negativa. Una correspondencia de notas diplomáticas siguió a esta respuesta, en el curso de la cual se precisó la controversia entre los dos gobiernos en lo concerniente al asilo diplomático.

Tesis en pugna

La tesis colombiana está contenida en los siguientes puntos, que extractamos de las comunicaciones ya citadas (Véase "Documentos relativos al asilo del Sr. V. R. Haya de la Torre, en la embajada de Colombia en Lima. Bogotá, 1950):

(a) El derecho de asilo, tal como está establecido y es practicado en América, comporta para el Estado asilante la facultad de calificar la naturaleza del delito imputado al refugiado:
(b) Esta facultad, que es la base misma de la institución americana del asilo se volvería inoperante si el Estado territorial pudiera poner obstáculos a su ejercicio, y la seguridad del asilado se vería en tal forma comprometida;
(c) Este principio, antes de ser incorporado en el derecho americano, formaba parte ya del derecho consuetudinario del Continente, y así lo demuestra el *consensus gentium* de los Estados americanos;
(d) La facultad de que se trata, ha sido admitida no solamente como una costumbre sino, además, como regla de derecho positivo americano;
(e) La historia diplomática del Perú registra numerosos casos en los cuales este país ha aplicado o reconocido dicha regla, obrando ya como Estado asilante, ya en calidad de Estado territorial.
(f) El Perú ha sostenido expresamente la validez de esta regla en casos concretos suscitados entre él y Colombia.
(g) No hay ninguna razón para que esta regla sea derogada en el caso del asilo político del Sr. R. V. Haya de la Torre.

Por su parte, el Gobierno del general Odría —asesorado por los abogados Víctor Andrés Belaunde y Manuel C. Gallagher, en la actualidad Canciller del Perú— sostuvo las tesis siguientes.

(a) Que la regla de la calificación del delito por el Estado asilante no tenía carácter de obligatoriedad;
(b) Que los numerosos precedentes invocados por Colombia —tanto relativos al ejercicio del derecho de asilo por el Perú como por otros Estados americanos— no constituyen sino casos aislados;
(c) Que el Sr. Haya de la Torre había sido "citado" por una jurisdicción especial, el Juez de Instrucción de Marina, en un proceso por "rebelión militar", del que aparece como culpable de "terrorismo".
(d) Que por estas consideraciones el Sr. Haya de la Torre no puede ser amparado por las garantías estipuladas en el art. 2º de la Convención de La Habana.

La controversia epistolar diplomática, que duró aproximadamente un semestre, no obtuvo resultado alguno definitivo. Pese a los argu-

mentos presentados por Colombia demandando garantías en favor de Haya de la Torre, a fin de que pudiera abandonar el país como refugiado político, el Gobierno militar mantuvo su posición negativa, lo cual determinó la clausura de las negociaciones directas.

Se plantea la controversia ante la Corte Internacional

DESEOSA Colombia de resolver esta cuestión, dirigió al Gobierno del Perú su nota de 28 de marzo de 1949, con una sugestión concebida en los siguientes términos:

> "...el Gobierno colombiano estima inútil proseguir el presente canje de Notas. Mi Gobierno considera que ha llegado el momento de adoptar dentro del sistema interamericano, un procedimiento que resuelva sin más dilaciones la controversia y defina la situación del Dr. Víctor Raúl Haya de la Torre en la Embajada de Colombia".
> "...Confiado en la justicia de la causa que defiende en beneficio de una institución tradicional del derecho americano, mi Gobierno propone al de V. Exc. escoger entre los varios recursos jurídicos que están abiertos a los Estados americanos —la conciliación e investigación, el arbitraje, el recurso judicial, la reunión de consulta de Cancilleres— aquel que el Gobierno de V. Exc. prefiera".

El Gobierno del general Odría hizo saber al de Colombia, en su nota de abril de 1949, que aceptaba el recurso judicial ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

La respuesta del Gobierno peruano dió origen a nuevo cambio de puntos de vista de las partes, relativo al procedimiento que se seguiría ante la C. I. J. Esta negociación fué confiada a Plenipotenciarios especialmente acreditados, quienes se reunieron en Lima en los últimos días de agosto de 1949, firmando el acta del 31 del mismo mes en la que se fijaron ciertas modalidades procesales que deberían seguirse en la controversia.

Según el Acta de 31 de agosto, Colombia presentó su demanda ante la C. I. J. el 15 de octubre de 1949, pidiendo que el Perú respete el derecho de asilo y el que le es inherente, el derecho que tiene de calificar al asilado, del país que los recibe en su territorio o sede diplomática concediéndole o negándole el asilo.

El fallo de la Corte Internacional

EL 20 de noviembre de 1950, esto es, después de 13 meses y cinco días, la C. I. J. expidió su veredicto contenido —según noticias de las agencias periodísticas— en 300 páginas.

Todas las opiniones conocidas hasta ahora, de los principales diarios del Continente, son unánimes en calificar el fallo como "desconcertante por contradictorio, absurdo y confusionista".

En efecto, hasta donde conocemos la mencionada sentencia, la impresión que deja es igual a la expresada por los diarios de América. Sin embargo, dentro de un juicio valorativo sereno, su análisis arroja los siguientes resultados: en el orden moral, la sentencia es una victoria franca para Colombia y particularmente, para Haya de la Torre y su Partido, cuando declara que el asilado no es un delincuente común sino un perseguido político. En el derecho sustantivo, la sentencia significa un rudo golpe a la tradición y al Derecho americano en materia de asilo, al desconocer la facultad del asilante para calificar al asilado, facultad que, sin embargo, en este caso ha ejercido la Corte en sustitución de Colombia. Y, en el orden procesal, la sentencia adolece de un error de percepción y de desconocimiento de la naturaleza y características privativas del derecho de asilo, al pretender la C. I. J. que requieren pruebas en juicio, las circunstancias de hecho que justifican el derecho de asilo.

Los extremos de derecho sustantivo y procesal son inauditos. Tradicionalmente y consagrado por el Tratado Internacional sobre Asilo de 1889 —suscrito y ratificado por Perú, Argentina, Bolivia, Uruguay y Paraguay—, y ratificado en convenciones posteriores, el criterio del representante del país asilante, es el determinador de la calidad del que solicita asilo, así como de las circunstancias de hecho que justifican o no su otorgamiento.

Aunque en más de una oportunidad, la violencia de las luchas y conmociones políticas dieron pábulo a que el gobierno del país territorial, objetara el asilo en casos y personas determinados, jamás negó el derecho del asilante y, siempre, y sin excepción, terminó por otorgar el salvoconducto requerido. Poner este derecho del asilante en tela de juicio es, en realidad, afirmar que el representante del país asilante no está en sus cabales. Porque, únicamente a una víctima de grave trastorno mental, se le puede ocurrir conferir el asilo, en circunstancias en que la seguridad, la tranquilidad y el respeto a los derechos fundamentales de la personalidad humana están plenamente protegidos.

Caso de urgencia o de peligro

La prueba del peligro en que estaba Haya de la Torre el 3 de enero de 1949 cuando se asiló, es manifiesta y evidente, porque llegó

a la Embajada escapando de sus perseguidores y Colombia —consciente del peligro que corría— le otorgó el asilo.

Horas después de haber estallado el motín de la Armada peruana, una banda de policía política, acompañada por un grupo de tropas de asalto, armado de mosquetones, ametralladoras y bombas lacrimógenas, puso cerco y asaltó el domicilio del dirigente aprista en el balneario de Chosica, destrozando muebles y enseres y apropiándose de su valiosa biblioteca. En esa oportunidad Haya de la Torre difícilmente pudo escapar a sus perseguidores y tuvo que vivir oculto, protegido por el heroísmo de sus simpatizantes y por afiliados del Partido del Pueblo.

Pero el peligro, no sólo existió el 3 de enero citado, sino que ha continuado y subsiste hasta la fecha, como lo prueban las prisiones en masa de los líderes del Partido Aprista Peruano y la de sus simples afiliados, por el solo hecho de serlo. Y por si eso no fuera suficiente, lo está probando los asesinatos que por orden de Odría se han realizado y se realizan en Lima y en otras ciudades del Perú. Bastará citar el abaleamiento del senador Dr. Cirilo Cornejo, en una de las principales calles de la capital peruana, y por último, el asesinato del líder aprista, Secretario General del Partido, Luis Negreiros, la noche del 24 de marzo de 1950 por los esbirros de la tiranía peruana.

¿Y, acaso, no es prueba suficiente la acusación que se hace a V. R. Haya de la Torre, de ser delincuente común no siéndolo? ¿Y no lo es, también, la declaración del Canciller peruano, Gallagher, después de la sentencia de la C. I. J. pidiendo que se entregue a Haya de la Torre? Si a juicio de la C. I. J. faltaron algunas "pruebas" del peligro en que se encuentra la egregia persona de Haya de la Torre, la tiene ya de sobra con esta petición del ministro de RR. EE. de la tiranía peruana.

Para medir, siquiera aproximadamente, la monstruosa disposición al crimen que anima a los gobernantes de turno en el Perú, recuérdese que ha llegado a extremos inconcebibles en país civilizado. El delito de rebelión, calificado por el Código Penal, como típico delito contra el Estado, fué deformado y esgrimido por la Junta castrense como delito de "terrorismo", que no existe en la legislación de país alguno en el mundo, ni aun en el Perú de la usurpación. Y *recuérdese que en el proceso por rebelión de la Armada, se complicó a Haya de la Torre, para quien el fiscal naval ad-hoc, Capitán de Navío Otárola, pidió la pena de muerte.*

La C. I. J. con su sentencia ha dejado las cosas, por lo menos, en la situación inicial. Ha rehuído su responsabilidad, dejando sin decidir la situación real y de hecho del asilado que, precisamente, era lo que se buscaba resolver. Obligación de la Corte era terminar la contro-

versia, pero lejos de hacerlo la demoró más de un año para, luego, dejarla prácticamente insoluta. No alcanzamos hasta ahora a comprender las extrañas razones que haya tenido la Corte para dar esta aún más extraña sentencia.

Algunos precedentes del ejercicio del asilo

EL Perú objetó el derecho de calificación por el país asilante y la C.I.J. le ha dado la razón. A pesar de que en las embajadas y legaciones peruanas se han recibido y se reciben asilados, ejerciendo el Perú el derecho de calificar el status de las personas que recibe bajo su bandera. Bastarán algunos ejemplos ilustrativos:

(1) Recientemente, con motivo de la revolución totalitaria y militar en Bolivia, el Perú recibió en las fronteras de Puno a 50 asilados bolivianos todos escapados de una prisión isleña en el Lago Titicaca, en la que los prisioneros se amotinaron, asesinaron al director y a guardias de la prisión y, luego, pidieron amparo en la frontera peruana. La Junta Militar del Perú los calificó como "refugiados políticos" y les otorgó refugio.

Y es que el derecho de calificación del delito del asilado es función *soberana* del país que otorga el asilo, ya en su territorio, ya en sus embajadas. Es el derecho que ejercen las autoridades de las zonas territoriales de Berlín y resto de Alemania, cuando los prófugos rusos pasan las fronteras y piden asilo. Es el derecho que ejercen los Estados Unidos —país que más refugiados políticos tiene en su territorio— cuando los perseguidos de Rusia y otros países totalitarios, como de Alemania, Italia y España, ayer, pidieron asilo en tierra norteamericana. Es, por último, el derecho de calificación que cada embajada o legación latinoamericana, incluyendo el Perú, ha ejercido y ejerce en todos los casos en que un ciudadano pide asilo.

(2) En el caso, también reciente, del exdiputado argentino, Rodríguez Araya, en la Embajada uruguaya en Buenos Aires. El Embajador asilante ejerció su derecho de calificar la delincuencia del asilado —acusado de delitos comunes y, concretamente de homicidio— como político, y el Gobierno del general Perón otorgó el salvoconducto.

(3) Guatemala, a raíz del asesinato del coronel Arana y de la cruenta lucha interna entre totalitarios militaristas y el Gobierno democrático, ha respetado en todos los casos el derecho de asilo, durante los recientes sucesos de aquel país. Argentina, Colombia, El Salvador, México y otros países latinoamericanos cuyas misiones diplomáticas recibieron a los insurgentes asilados, ejercieron el de-

recho de calificar su delincuencia y pidieron salvoconductos. El Presidente Arévalo los otorgó sin demora.

No hay un solo país en América que acepte abdicar de su derecho soberano a calificar el status de quien le pide asilo. Ni el Perú. Pero el general Odría niega ese derecho ahora a Colombia en el caso único —único en todo el Continente— de Haya de la Torre, jefe del Partido Aprista Peruano y la C.I.J. le da también ahora la razón, pese a que esta Corte ha calificado al dirigente peruano como "refugiado político".

La singularidad del ensañamiento de la Junta castrense, queda en relieve frente a su conducta con respecto a otros asilados peruanos a raíz de los mismos acontecimientos del golpe militar de 27 de octubre, en los que concedió los salvoconductos solicitados por el país asilante, reconociendo sin reservas, el derecho de calificación del status jurídico del asilado por quien otorga el asilo. Entre otros destacan los siguientes casos:

(4) El 28 de octubre de 1948 —antes de las 24 horas del triunfo militar del general Odría, el hasta entonces Ministro de Gobierno del régimen Bustamante, Dr. Julio César Villegas, buscó y obtuvo el asilo de la Embajada colombiana. Horas después llegaba también el dirigente aprista y diputado Dr. Javier Pulgar Vidal. El primero, fué inmediatamente acusado del delito de "peculado y defraudación en agravio del Estado"; el último de haber participado en la rebelión del 3 de octubre. Sin embargo, en ambos casos el gobierno del general Odría otorgó los respectivos salvoconductos.
(5) El 26 de diciembre de 1948 el autor de esta nota, enjuiciado por el delito de rebelión en el proceso por el alzamiento del 3 de octubre de la Armada peruana, buscó y obtuvo asilo en la Embajada de México. Su situación jurídica y política era análoga a la de Haya de la Torre. Sin embargo, el gobierno militar de Odría concedió al Embajador mexicano el salvoconducto requerido y así el primero de enero de 1949, el asilado pudo viajar a México.

No procede la entrega del asilado al Estado territorial

ANTE la resolución dictada por la C.I.J. se plantea una doble petición de Colombia, para que se aclare la sentencia como condición sine qua non para darle cumplimiento; del Perú, para que la aclaración sea en el sentido de que se ordene a Colombia la entrega del asilado aprista a las autoridades peruanas. Esta petición —que en sí misma es una monstruosidad humana y jurídica— está revelando, como antes apuntamos, no sólo el "estado de peligro" en que se encuentra el dirigente aprista, sino la peligrosidad criminal de sus perseguidores, quienes aún

ante la declaración de la C.I.J. de que es un "perseguido político", insiste en calificarlo como delincuente común.

En nuestra opinión no procede que la Corte pueda excederse de sus atribuciones hasta ordenar la entrega de Haya de la Torre. Este acto no está bajo su jurisdicción, pues es consecuencia del ejercicio de otro derecho por el país territorial o perseguidor, el derecho de demandar la extradición del asilado. Aunque Haya de la Torre está en Lima, jurídicamente se encuentra en territorio colombiano desde que es residente de la Embajada de Colombia, cuya representación diplomática —como en todos los casos— goza del derecho de extra-territorialidad. Luego, la exigencia de la entrega comporta, propiamente, la devolución de un asilado que está en territorio colombiano, al territorio peruano. Y esto es solamente posible por efecto de una demanda de extradición que debería promover la Corte Suprema peruana, tramitarse a través del Ministerio de RR. EE. del Perú al mismo de Colombia y de éste a la Corte Suprema colombiana, la que de acuerdo con las reglas internacionales debe conocer y fallar sobre la procedencia o improcedencia de cualquier pedido de entrega de un ciudadano extranjero que se encuentra en el territorio de su jurisdicción. Esto es, declarará fundado o infundado el pedido de extradición.

Si miramos retrospectivamente, se hace claro y evidente que la Junta de Odría negó el salvoconducto a Haya de la Torre con la mira premeditada, de no tener más tarde que correr el riesgo de promover un pedido de extradición, sabiendo como sabía, que lo perdería. Con sólo este objeto ya se explica la posición del Perú. Porque si la Junta Militar hubiera pedido la entrega o extradición de Haya de la Torre, habría tenido que sujetarse al Convenio Bolivariano sobre Extradición, suscrito y ratificado por las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, en 1911, que establece que el pedido de extradición debe ser resuelto por las cortes de justicia de los *países requeridos*. Esto implica que si Haya de la Torre hubiera sido pedido por la Junta Militar de Gobierno habría sido necesario que previamente le hubiera otorgado el salvoconducto para que la Corte Suprema de Colombia resolviera el caso. El procedimiento está claramente establecido en el título VIII del Código de Procedimientos Penales del Perú (Arts. del 345 al 348 inclusive).

La ley peruana de extradición de 23 de octubre de 1888 excluye la posibilidad de entrega de Haya de la Torre, acusado de inspirar una rebelión, delito típicamente político. La ley peruana de extranjería No. 4145, de 22 de septiembre de 1920, excluye en su Art. 2º de toda acción punitiva "a los condenados o perseguidos por delitos políticos o

religiosos", para los que invalida los procedimientos de extradición. Y la ley 1888 estatuye que en ningún caso, el acusado a quien se extradita puede ser condenado a la pena de muerte.

Además, el llamado Código Bustamante de Derecho Internacional Privado, incorporado a la legislación peruana, ratifica en su Capítulo IV, Título III, la exclusión de los delincuentes políticos (Art. 386).

Es fácil ver, pues, cómo los perseguidores de Haya de la Torre se encontraron ante esta situación diplomática: si pedían la extradición de Haya tenían previamente que otorgar salvoconducto. Luego, habrían perdido la oportunidad de victimarlo. Si no otorgaban el salvoconducto, no podían solicitar la entrega directamente ante el Gobierno colombiano, porque esto sólo es posible por el recurso de extradición. Y, también, habrían perdido la oportunidad de victimar al ilustre perseguido. La solución aparente, para los violadores del derecho de gentes, era llevar la controversia ante una autoridad judicial débil, hacerla llegar a una solución incompleta y, retenerlo como rehén por toda la vida a Haya de la Torre en la Embajada de Colombia, o exigir de un tribunal débil y obsecuente que ordene su entrega. En ambos casos, la política capciosa y sin escrúpulos de la Junta castrense descontaba un éxito desde su punto de vista político nacional, no obstante el agravio que infiriese al derecho de asilo jamás desconocido en América.

Que la O. E. A. ordene y expida el salvoconducto

Lo que importa ahora es afrontar la derrota en el terreno de los hechos —según palabras de un diario colombiano. Ya en Guatemala, Cuba, Salvador y posiblemente otros países, se ha materializado el propósito de llevar el caso del asilo de Haya de la Torre ante la Organización de Estados Americanos. El "Washington Post", en su edición del 20 de noviembre se hizo eco de esta iniciativa, que reitera en ediciones posteriores, dándole franca acogida. *"Perú podría tener un gesto que sería bien recibido en todas partes: renunciar a su dudosa victoria, concediendo a Haya de la Torre el salvoconducto para salir del país"*, dice el mismo diario, edición del 25 de noviembre.

Efectivamente, creemos que es la O. E.A. la llamada a poner el punto final a la controversia, con una decisión que enmiende el yerro de los jueces de La Haya y que salve la vida de un dirigente demócrata de singular prestigio continental y de reconocida valía intelectual. Está llamada la O. E.A. a intervenir a pedido de uno cualquiera de los países miembros, en cumplimiento de los fines para los que ha sido creada.

Según el art. 4º de la Carta aprobada en la IX Conferencia Interamericana de Bogotá, el 30 de abril de 1948, los objetivos de la Organización de Estados Americanos son: 1) Afianzar la paz y la seguridad en el Continente; 2) *prevenir las posibles causas de dificultades y asegurar la solución pacífica de las controversias que surjan entre los Estados miembros;* 3) organizar la acción solidaria de éstos en caso de agresión; 4) *procurar la solución de los problemas políticos, jurídicos* y económicos que se susciten entre ellos; y 5) promover por medio de la acción cooperativa su desarrollo económico, social y cultural.

Indudablemente, los incisos 2 y 4 del artículo 4º transcrito, obligan a la O. E. A. al conocimiento de esta controversia que —debido a la extraña conducta de la C. I. J.— se ha ahondado más entre Perú y Colombia y que, por la trascendencia del derecho que se discute, así como por la importancia de la personalidad política cuya vida y seguridad están en riesgo, en este caso, debe resolver para "asegurar la solución pacífica".

A este respecto hay un antecedente. En enero de 1949 —días después de haberse asilado Haya de la Torre en la Embajada de Colombia en Lima— el Gobierno del señor Gonzales Videla, de Chile, que había dado asilo al Dr. Rómulo Betancourt en su Embajada en Caracas, después del derrocamiento del gobierno de Acción Democrática por el triunvirato castrense Delgado-Llovera-Pérez, planteó ante la O. E. A. un pedido para que el organismo interamericano ordenase a la Junta militar el otorgamiento del salvoconducto. Los militares venezolanos, más discretos que los usurpadores peruanos, no habían negado el salvoconducto, se limitaron a usar recursos dilatorios; pero ante el planteamiento del caso a la O. E. A. se apresuraron a concederlo y así el fundador y dirigente de Acción Democrática, pudo salir al exterior como refugiado político. El doblegamiento de la Junta venezolana hizo innecesario que la O. E. A. se pronunciara en esa oportunidad.

Como la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Buenos Aires, Argentina,[1] ha expresado en su declaración sobre la sentencia de la C. I. J. "No es concebible un retroceso de siglos en el imperio y la autoridad de normas jurídicas cuyo contenido moral es incontestable, retroceso más injustificado y contradictorio cuando las Naciones Unidas acaban de formular una Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuya cláusula 14 está redactada en los siguientes términos:

---

1 La declaración, publicada en "La Prensa" de Buenos Aires (30-11-1950) lleva las firmas de Mons. Miguel de Andrea y de los abogados Adolfo Biey, Horacio Rivarola, Alfredo L. Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, Juan Carlos Rébora, Carlos Saavedra Lamas, Eduardo Crespo, Leopoldo Meló, Rodolfo Martínez Pita, Clodomiro Zavalía y otros eminentes juristas.

"En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo y a disfrutar de él en cualquier país. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas".

"Esta declaración de amparo a los perseguidos políticos, perdería todo valor y eficacia si se atribuyera al perseguidor la facultad de calificar, como juez, la situación jurídica del asilado".

Creemos, pues, que ha llegado con el caso del asilo del fundador y Jefe del Aprismo, Haya de la Torre, la oportunidad de que la O.E.A. ponga en práctica la realización de uno de los fines fundamentales para los que ha sido creada. Y que su resolución, esperamos, remedie la confusa e inexplicable resolución de la C. I. J. salvando al derecho de asilo de morir innoblemente aplastada por la bota de las dictaduras militares, y garantizando al mismo tiempo, la vida de los defensores de la Democracia efectiva en este Continente.

Manuel VAZQUEZ DIAZ.

Aventura del Pensamiento

LA CIENCIA Y EL HOMBRE CONTEMPORANEO

Por *Cortés PLA*

UNO de los signos característicos de nuestro tiempo es, sin duda, la difusión cada vez mayor de trabajos que enfocan el desarrollo de la ciencia o de la técnica, apelando a un lenguaje vulgar en vez de expresarse en el riguroso simbolismo científico.

Esta popularización —o, como también se la suele denominar: vulgarización— obedece a razones perfectamente lógicas, como intentaremos probar en este breve ensayo.

La historia de la ciencia no se presenta —en punto a su desarrollo como una continuada y rítmica marcha hacia la perfección. Lejos de ello, la cadencia de su andar denota singulares variaciones.

Tras milenios de absoluta ausencia de un sentir científico —más correcto sería decir precientífico—, los comerciantes de Mileto pusieron los primeros basamentos del razonar filosófico y del que luego sería imponente edificio de la ciencia. A ellos corresponde el mérito de haber dado uno de los pasos más trascendentes en la historia de la humanidad: descender al saber razonado del rango divino y convertirlo en simple y modesto quehacer humano. La pléyade inmortal de los sabios de la Grecia "heroica" que se inicia con Thales y culmina con Platón y Aristóteles, elaboró las primeras ideas que, desarrolladas por la escuela alejandrina, darían nacimiento a casi todas las ciencias particulares actualmente conocidas. Penosa y pausada obra cumplida durante casi un milenio. Después, la marcha es lenta, tanto que en más de una ocasión, el retroceso parece ser el rasgo distintivo dominante. Largo período de gravidez inmadura singulariza la dilatada edad media occidental.

El progreso científico-técnico era tan menguado que en el transcurso de una vida humana —y hasta de varias generaciones— las mutaciones eran tan pequeñas que, sin exageración,

puede afirmarse que la insignificancia del cambio operado lo hacía pasar casi desapercibido para la generalidad.

Al surgir el renacimiento científico, la marcha se hace cada vez más rápida, como si el hombre adormecido durante tantos siglos, pretendiera con su andar cada vez más acelerado, reconquistar parte del tiempo perdido. El saber enciclopédico fué cediendo ante la dilatada extensión de los conocimientos adquiridos en cada rama del gran tronco común del árbol de la ciencia. El hombre pudo ya percibir las mutaciones provocadas por el avance científico y técnico, así como su incidencia en su propio vivir, en sus ideas filosóficas, religiosas o políticas, en su estimación de lo moral. La huella adquiere profundidad mayor sobre todo a fines del setecientos y comienzos de esa centuria tan vituperada por algunos y no obstante tan magnífica por muchos conceptos, que es el siglo XIX.

La máquina invadiendo al mundo transforma su faz. El feudalismo se eclipsa. El siervo se esfuma. Una nueva fisonomía: la de la sociedad democrático-capitalista, caracteriza al mundo.

Durante esa centuria, el progreso científico-técnico fué cada vez más acelerado. Aceleración que en el decurso del nuestro, adquirió magnitud sencillamente fantástica.

Pensemos en comienzos de siglo. Röntgen acababa de descubrir los rayos X, Henri Becquerel daba nacimiento a la radioactividad, Pierre y Marie Curie descubrían el radio. Max Planck —1900— enunciaba la teoría de los cuanta. Pronto, una nueva concepción del átomo invadiría el campo científico, abriendo un vasto y nuevo horizonte. Las investigaciones en este dominio, traerían el descubrimiento de los isótopos, de la transmutación artificial, de nuevos elementos primarios: neutrones, positrones, mesones, etc., hasta llegar a la fisión del átomo de uranio y su aplicación en armas atómicas.

Mientras ese proceso se cumple, la relatividad, nacida en 1905, extiende su dominio. El efecto fotoeléctrico, el efecto Compton, el descubrimiento de los rayos cósmicos, el surgir de la mecánica ondulatoria y luego de las mecánicas cuánticas, aportan un caudal tan enorme de nuevos conocimientos que no alcanza una mente humana —por privilegiada que sea— para dominarlos en su total amplitud.

El avance es de tal enjundia que nos hallamos en el umbral de una nueva era: la era atómica. Basta ese enunciado

para justificar por qué la fantasía del hombre vuela imaginando sorprendentes aplicaciones prácticas derivadas de los nuevos conocimientos. Vuelo tanto más justificado si se piensa en la multitud de aplicaciones generadas por descubrimientos de menor trascendencia.

En efecto; volvamos a comienzo de siglo. La iluminación artificial privada consistía en lámparas de alcohol y la pública en picos de gas o la llamada luz eléctrica determinada por un arco voltaico; los tranvías eran accionados a caballo; el cine balbuceaba sus primeras palabras; la radio era desconocida; el teléfono constituía un lujo limitado a pocas personas y ciudades populosas; los primeros autos, luciendo sus formas tan jocosamente juzgadas ahora, desarrollaban velocidades de pocas decenas de kilómetros por hora, tanto que "cuando el 1º de mayo de 1899, el automovilista Jenatzy, conquistó por primera vez los 100 por hora, las personas sensatas no tuvieron epítetos suficientes para calificar semejante temeridad" (P. Rousseau: *Histoire de la vitesse*); el 17 de diciembre de 1903, los hermanos Wright se elevaban en Carolina del Norte con el primer avión cumpliendo cinco vuelos, en el mayor de los cuales lograron mantenerse en el aire durante 59 segundos y cubrir una distancia de 255 metros a unos 2 a 3 metros de altura.

Hoy, la iluminación es eléctrica hasta en pequeños villorrios; eléctricos son también tranvías y trenes; el cine sonoro y en colores tiende hacia el logro de la tercera dimensión; la radio invade todos los hogares y la televisión empieza a seguir el mismo camino; el teléfono une todos los puntos de la tierra y por decenas de millones se cuentan sus receptores; los autos de paseo exceden fácilmente los cien kilómetros por hora y los de carrera pasan los 200 km./h.; los grandes aviones con velocidad de varios cientos de kilómetros horarios achicaron la Tierra y el transporte aéreo se ha convertido en cosa corriente y no en proeza de suicidas.

Añadamos a cuanto precede, descubrimientos como los del radar, lorán, penicilina, sulfas, estreptomicina, etc.; pensemos en los progresos realizados en ingeniería sanitaria, en biología, en genética, en terapéutica, en química, en agricultura, o en las ventajas que a nuestro vivir cotidiano brinda la calefacción, aire acondicionado, frigidaire, máquinas de lavar, encerar, planchar. . .

¡Y todo esto se ha realizado ante nuestros ojos, en el decurso de nuestra propia vida!

Desde otro ángulo, pensemos en las mutaciones sufridas por nuestras ideas filosóficas, sociales o morales. Pensemos en la honda transformación experimentada en la vida de la mujer.

Múltiples facetas todas éstas que revelan el formidable impacto que la ciencia ejerce sobre la sociedad. No existe ángulo hacia donde enfocar que no revele la enorme incidencia —para bien o para mal— que el progreso científico-técnico ha tenido en la evolución de la humanidad.

Dijimos para bien o para mal porque no todos sus efectos son halagadores ni beneficiosos. Baste recordar el bombardeo de ciudades abiertas, la aterradora peligrosidad de los explosivos modernos para comprender cuánto daño puede hacer ese progreso científico-técnico.

Precisamente estas nefastas consecuencias son las que adjudican al quehacer del hombre de ciencia moderno un signo particularísimo. Si cada día puede prescindirse menos de considerar y analizar cuáles serán las implicaciones —mediatas o no de la ciencia, esto significa que ha surgido una obligación ineludible e impostergable: informar al pueblo de los trabajos de los científicos y del propósito con que son efectuados para que éste pueda captar plenamente su trascendencia.

Cuando el saber estaba reservado a los sacerdotes como en la época egipcia, o a un núcleo muy reducido de ciudadanos, como en los tiempos de la Grecia inmortal o del Imperio romano, y, además, no implicaban los avances técnicos o científicos una peligrosidad notable, ni por asomo podía ocurrírsele a aquella sociedad la necesidad de instruir a la enorme masa de esclavos. De éstos sólo interesaban sus músculos.

En el medievo poco cambia el panorama: los señores, demasiado ocupados en mantener intactos sus dominios o en extenderlos, sólo ansiaban engrosar sus rentas y aumentar el número de siervos que trabajarían para ellos. El siervo, mera bestia de trabajo, no contaba más que un caballo. Por otra parte, la ciencia dormitaba en los monasterios.

Con el advenimiento de la democracia, tanto por razones políticas como económicas, la clase gobernante —la burguesía— se vió constreñida a alfabetizar el ex esclavo, ex siervo y ahora proletario. Músculos y brazos requería también la burguesía

para avanzar en su dominio político y económico, pero a músculos y brazos destinados a manejar una máquina, debía añadirse un cerebro adiestrado para leer e interpretar las instrucciones pertinentes. Esa alfabetización del obrero, esa difusión de la instrucción popular durante el siglo pasado, es no solamente uno de los títulos mejores del régimen democrático, sino también, factor coadyuvante en el enorme paso dado hacia adelante.

Hoy, en que la espectacular y trágica aparición de la bomba atómica azoró a la humanidad, hoy en que todos nos preguntamos con creciente ansiedad qué terroríficos mecanismos surgirán de los descubrimientos futuros, todos tenemos derecho a saber qué hacen los científicos y con qué fines se han abocado —voluntariamente o no— a esa tarea.

Naturalmente esto implica decir que la ciencia debe llegar a todos y que el ineludible imperativo de una verdadera democracia es el vulgarizarla en forma que sea accesible a todos. No basta, como antaño, dar al pueblo el conocimiento de las primeras letras y de las cuatro operaciones aritméticas fundamentales. Es preciso capacitarlo para que adquiera conciencia de la evolución experimentada por ciencia y técnica y pueda adoptar su propia postura en la elaboración del destino de la humanidad.

¿Habría fracasado en la UN el control internacional de la energía atómica si los pueblos hubieran podido percatarse del peligro que se cierne sobre el futuro de la humanidad? Seguramente no. Las apetencias o rivalidades de los grupos dirigentes habrían debido ceder ante el empuje de la inmensa masa de ciudadanos que, sin distinción de nacionalidades, razas o creencias, habrían hecho oír su voz y ejercido su poder para impedir la aplicación militar no sólo de las bombas atómicas, sino de todas aquellas armas destinadas a la destrucción en masa: superbombas, cohetes, gases venenosos, armas bacteriológicas, etc.

Justo es destacar que los primeros en alzar su voz para denunciar el peligro que nos acecha, fueron hombres de ciencia. Ya antes de que se efectuara el ensayo de la primer bomba atómica en Nuevo México, en una encuesta realizada el 12 de julio de 1945 entre los científicos que trabajaban en el llamado "Laboratorio Metalúrgico" de Chicago, sólo el 15% de los votantes se expidió en favor de su empleo con fines militares amplios. Más tarde, abril de 1947, un Comité integrado por hombres de la talla de Einstein, Compton, Oppenheimer, Sea-

borg, Urey, Bridgman, Langmuir, se dirigió a los científicos de todo el mundo para exponer sus vistas e instar a una acción conjunta en defensa de la aplicación pacífica y benéfica de los adelantos científicos. De esa carta, nos parece oportuno extractar el siguiente pasaje:

"El Comité se da cuenta de la necesidad de atraer más la atención del pueblo sobre el papel social que puede tener la ciencia y sobre las actividades de las organizaciones científicas. Está igualmente persuadido de que es fundamental la opinión de un pueblo bien informado, sobre todo cuando se trata de materias de capital importancia, como el control de la bomba atómica".

Obvio resulta que para poder captar el papel social que juega la ciencia en el devenir de la humanidad, es imprescindible brindar al pueblo un conocimiento esquemático, elemental pero correcto, de los principios que la rigen, del espíritu que la alienta y de la trascendencia de sus descubrimientos. Popularizar la ciencia es, pues, un imperativo inexcusable de la sociedad democrática.

DESDE otro punto de vista, la popularización o vulgarización científica, constituye también ineludible necesidad. Me refiero al beneficio que ella reporta no ya al lego, sino al hombre de ciencia.

La razón es simple. Como consecuencia del avance experimentado en todos los dominios de la ciencia, fué preciso restringir cada vez más el estudio en determinada rama de ella. La especialización no surgió por capricho sino como imposición de la desmesurada extensión del saber adquirido por el hombre. Y con ella, aparecieron los especialistas en minúsculos sectores. Carecemos hoy de sabios que dominen la universalidad de los conocimientos, que sean a la vez, filósofos, médicos, ingenieros, matemáticos, físicos, biólogos y sociólogos. Ninguna mente humana, por excepcional que fuera podría asimilar los fundamentos esenciales de las múltiples ramas científicas —casi diríamos que no tendría tiempo para dominar su propia especialidad.

Al respecto, Schrödinger —en un libro al que nos referiremos más adelante— escribió: "De nuestros antepasados hemos heredado el audaz anhelo de alcanzar conocimientos unificados

que abarquen todos los temas. El mismo nombre dado a las más altas instituciones de enseñanza nos hace recordar que desde la antigüedad, a través de muchos siglos el aspecto UNIVERSAL de la ciencia ha sido el único al que siempre se ha dado crédito absoluto; pero la difusión de las múltiples ramas del saber durante los últimos cien años nos ha enfrentado con un serio problema. Por un lado sentimos con claridad que solamente ahora estamos empezando a adquirir el material efectivo para poder convertir en un total indivisible la suma de cuanto se ha llegado a saber; por el otro, se ha hecho poco menos que imposible para un solo cerebro dominar por completo más que una pequeña parte especializada del mismo".

Efectivamente, no sólo es imposible abarcar la totalidad del saber, sino que ni tan siquiera es factible dominar íntegramente una rama científica. Así, en el campo de la llamada ciencia pura no tenemos físicos, sino especialistas en electrónica, en física nuclear, en óptica —geométrica, física, fisiológica o electrónica— en acústica, en hidrodinámica, o en cualquiera de las otras ramas que integran esa disciplina. No hay matemáticos, sino geómetras, algebristas, topólogos, estadísticos, etc. Cosa análoga puede verificarse en cualquier ciencia.

Lo mismo ocurre en el dominio de la ciencia aplicada. Tomemos el caso de las llamadas profesiones liberales. Tenemos clínicos, cirujanos, fisiólogos, oftalmólogos, tisiólogos, cardiólogos, etc.; o ingenieros civiles, agrimensores, arquitectos, mecánicos, electrotécnicos, navales, aeronáuticos. . . Cada día la fragmentación —vale decir: la especialización— aumenta reduciendo el saber general dentro de una misma profesión: medicina, ingeniería o cualquier otra.

Estos hombres de ciencia y estos profesionales requieren, con intensidad mayor aún que el lego, la vulgarización para poder conocer los aportes que se están efectuando en campos ajenos a su propio quehacer cotidiano.

El especialista —aun cuando sea un sabio— si no quiere ver su horizonte restringido a un insignificante rincón del universo, si no quiere ser un sabio inculto, reclama la divulgación científica que le permita, sin ahondar en el análisis de los distintos problemas enfocados, adquirir una visión panorámica del desarrollo de otros sectores de la ciencia y de la técnica. Y lo requiere no únicamente por un anhelo de cultura, sino,

esencialmente, por la estrecha interdependencia que actualmente existe entre las distintas ramas del saber.

Decimos actualmente por cuanto cada día se esfuman más las fronteras que antaño separaban los conocimientos científicos. Un matemático podía ignorar el aporte realizado por la física; un médico prescindir absolutamente de la matemática o la física, un biólogo circunscribirse a su campo particular; un físico desinteresarse del cálculo superior o de las actividades de los biólogos; un químico dedicarse exclusivamente al estudio de sus propios problemas. Hoy, el matemático no puede ignorar la física que tiende a convertirse en un capítulo de su propia especialidad; el médico está obligado a saber física para aplicarla en roentgenterapia o informarse de las posibilidades que puede brindar el microscopio electrónico en el problema del cáncer, por ejemplo: el biólogo necesita recurrir a la física, a la química; el físico debe conocer mucha matemática puesto que la física moderna —relatividad, mecánicas ondulatoria y cuánticas— no solamente se expresa en términos y símbolos matemáticos, sino que ha dado origen al cálculo tensorial o al álgebra de las matrices; el químico necesita la física que ha generado esa nueva rama llamada físico-química.

Dos ejemplos —de los muchos que podrían citarse— ilustrarán lo anterior. Hace pocos años, uno de los físicos teóricos más eminentes: Erwin Schrödinger, premio Nobel de Física, publicó un pequeño libro cuyo solo título: "¿Qué es la vida?", revela ya la incursión en el terreno biológico. Schrödinger se propuso contestar la siguiente pregunta: "¿Cómo pueden ser explicados por la física y la química, los acontecimientos que *en el tiempo y en el espacio,* se producen dentro de las limitaciones materiales de un organismo viviente?", arribando a la conclusión de que aun cuando actualmente ni una ni otra pueden dar respuesta satisfactoria a la pregunta planteada, ello no descarta la posibilidad de que nuevas leyes físicas sean capaces de hacerlo.

Otra eminencia física, Pascual Jordan, ha desarrollado la idea de que las nuevas concepciones de la microfísica permitirán descifrar el enigma del fenómeno de la vida.

Como se observa, el ataque a la frontera entre física y biología, la incidencia de una sobre la otra, queda manifiesta. El porvenir dirá hasta donde las concepciones actuales tienen cierto fundamento, pero, por de pronto, no puede descartarse

sin exhaustivo análisis, la posibilidad entrevista. ¿Acaso la historia no enseña múltiples ejemplos de conexión entre ramas científicas otrora consideradas como absolutamente independientes? Ejemplos notables de ello lo brindan la astrofísica; la físico-química; la mecánica ondulatoria que atribuye carácter ondulatorio y corpuscular a la vez, tanto a la luz como a la materia; la teoría electromagnética, fusionando la electricidad con la óptica.

Empero, sin subestimar las razones que imponen la divulgación científica por el beneficio que entraña para el propio progreso de la ciencia y la conveniencia de que los hombres de ciencia no sean unilaterales, dejamos caer el acento en lo que conceptuamos de mayor trascendencia actual: las implicaciones sociales del saber científico, o, en otras palabras, la necesidad de que todos, científicos y legos —sean estos últimos estadistas, políticos, comerciantes, intelectuales, artistas o modestos empleados u obreros—, adquieran conciencia de por qué y para qué trabajan hoy los hombres de ciencia. Nunca, como dijimos, urgió tanto y por tan variados motivos, el estimular la popularización de la ciencia.

LA popularización o divulgación científica no es, en verdad, tarea fácil. Al contrario. El vulgarizador debe exponer con método, sistemáticamente, simplificando sin desvirtuar, sin difundir ideas falsas, que luego serán difíciles de extirpar. Debe tener siempre presente que los conceptos más abstractos pueden expresarse en forma inteligible para todos y que es preferible abstenerse de abordarlos, antes que presentarlos desfigurados. Esto le exige el dominio cabal de la ciencia que trata y de su historia y tener, además, la aptitud de hacer comprensibles las elaboraciones más abstractas a las mentes menos acostumbradas a la abstracción. Pensar como científico y escribir o hablar como literato, con fluidez, con elegancia, con precisión. Huir de los adjetivos altisonantes y esforzarse por expresar ideas y sugerir y estimular inquietudes espirituales. Saber para quién habla o escribe no con el fin de rebajar el léxico o tergiversar los conceptos, sino para recurrir a comparaciones adecuadas al quehacer cotidiano de sus lectores u oyentes. Tener la agudeza crítica necesaria para subrayar los aspectos capitales del tópico enfocado e intuir sus derivaciones mediatas o no. Poseer un

criterio amplio, desprovisto de prejuicios —raciales, religiosos, políticos, sociales o morales— con el fin de impedir que éstos graviten en sus apreciaciones. Ser objetivo, justo, claro, concreto. Tener el don de despertar simpatías hacia el quehacer de la ciencia, subrayando su espíritu desinteresado. Hacer ver que las conquistas más valiosas de la actividad científica son de orden espiritual.

Con no ser completa la enunciación, múltiples son, ya lo vemos, los requisitos que debe reunir un buen vulgarizador. No extrañe entonces que los buenos vulgarizadores sean tan escasos como los buenos científicos. Máxime cuando como en estos momentos no puede, decorosamente, hacer abstracción de las tremendas implicaciones sociales del quehacer del hombre de ciencia.

ANTROPOLOGIA, ARTE Y TEATRO

Por *Asa SATZ*

El historiador del pasado es un ciudadano del presente.

GEORGE THOMSON.

No es sorprendente que la masa del pueblo, cuya ligazón con el pasado es comparativamente pequeña, responda más rápidamente y con más calor a las urgentes demandas del momento, que las clases cultas, y que las ideas éticas de los mejores representantes de éstas, sean ideales de la Humanidad toda y no sólo de una clase determinada. Por esta razón me inclinaría más a aceptar en cuanto a los problemas humanos fundamentales, el juicio de las masas y no el de los intelectuales, mucho más deformado por el dominio inconsciente que en ellos ejercen las ideas tradicionales.

FRANZ BOAS.

La verdad es que cuando las masas avanzan, los valores esenciales de la cultura tienen su origen en la lucha de esas masas. En tiempos de relativo equilibrio el pensador o el artista pueden persuadirse a sí mismos de que la investigación abstracta, el experimento personal, o el invento técnico son los medios decisivos del enriquecimiento cultural. Pero cuando el pueblo está en marcha, este error no perdura mucho tiempo.

Cuando el pueblo está en marcha la fuente de valores culturales y la fuerza motriz que los impulsa coinciden con el movimiento mismo de las masas en una manera que puede notarse inmediatamente.

LAURENT CASANOVA.

La Antropología por la Antropología misma es aún más absurdo que el Arte por el Arte mismo.

V. F. CALVERTON.

PERSONAJES:

Roger Fry (eminente crítico de arte y fundador del Post Impresionismo inglés).
Bronislav Malinowski (una de las grandes figuras de la ciencia antropológica).
Irwin Edman (autor de la Introducción a la Sección de Arte de la "Enciclopedia de Ciencias Sociales").

Fry

El *arte es una expresión y un estímulo de la vida imaginativa, que se encuentra separado de la vida actual por ausencia en ella de una acción correlativa. En la vida actual esta acción correlativa implica una responsabilidad moral. En arte no tenemos tal responsabilidad; éste presenta una vida liberada de las necesidades cegadoras de nuestra existencia actual. La moral aprecia la emoción por el standard de la acción que resulte, el arte aprecia la emoción en ella y por ella misma.*

Malinowski

En *arte moderno la crítica se hace ordinariamente sobre una obra determinada, como mensaje individual de un artista creador a su público, expresión de un estado emocional o intelectual que un hombre traduce a otro por medio de la obra de arte. Tal concepción es útil solamente si se toman como garantía todo el contexto cultural y la tradición artística. Sociológicamente esto es siempre un error.*

Edman

Las *formas del arte están determinadas y sus temas condicionados en su mayoría por las circunstancias sociales en las que el artista trabaja, por los temas que preocupan al público al que se dirige. La historia del arte es la historia de la imaginación social hecha cuerpo. Las preocupaciones más absorbentes de un período, una nación, una raza o una clase social pueden estudiarse en términos de lo que producen y valen en las bellas artes. Si las artes son sociales en su origen, incuestionablemente*

son sociales en sus funciones, no importa lo que el artista diga acerca del arte por el arte mismo, ni lo que el moralista diga sobre el individualismo del artista... Las obras de arte son materializaciones del gusto de la época y de los valores que corresponden a preferencias en campos más allá de los puramente estéticos. Hay aún más razones, en su mayoría históricas, por las cuales es imposible separar el arte ni en teoría ni en la práctica de las consideraciones sociales.

Los más novicios en el estudio de la antropología entienden y aceptan el hecho científico fundamental de que el arte está condicionado socialmente. La mayor parte de los artistas burgueses más desarrollados no lo admite y aún más, no sólo se resiste materialmente a tal concepción sino que odia a quien trata de demostrarla.

¿Qué es lo que explica el abismo entre el punto de vista del científico social y el del mundo burgués sobre arte, presentado tan a la mano por Mr. Fry? (No sería muy deportivo ponerse demasiado agrio con los críticos profesionales de la burguesía sobre música, literatura, pintura, teatro, etc. que tienen que ganarse la vida a base de "errores sociológicos" si el mismo artista creador, de cuya crítica viven aquéllos, piensa igual. ¿Qué enamorado hundido en los arrebatos de su pasión, qué creyente religioso, qué artista admitiría que le dijesen que su emoción no es única, sino que es el producto de la condición del mundo y de la de sus propias glándulas; que su amada, su dios, su "segundo acto" representan el resultado de la acción sobre él del condicionamiento social del criterio cultural de la sociedad y grupo al cual él pertenece, históricamente acumulado?)

Por definición el científico social se preocupa de la sociedad, entre seres humanos que viven juntos normalmente y están habituados a pensar conforme a los métodos científicos. Para el antropólogo el arte es un elemento del vasto campo de la cultura. "Cultura o civilización es el conjunto complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, costumbres, y cualquier otra aptitud y habilidad adquiridas por el hombre como miembro de la sociedad".[1]

---

1 TYLOR.

¿Qué, si no esta inter-relación, fué lo que hizo de los hombres seres humanos? Un niño que crezca sin haber tenido ningún contacto con seres humanos nunca llegará a ser por sí solo uno de ellos.

La sociedad y la cultura humana no pueden separarse. La una presupone la otra. Los seres humanos nunca han vivido juntos socialmente sin caracterizarse por una cultura determinada. Nunca ha habido una cultura excepto donde han vivido los seres humanos socialmente juntos. Humanidad es condicionamiento social, es cultura. Arte es un aspecto de la cultura. El arte está condicionado socialmente. La relación es circular. El arte brota del pueblo y en retribución lo nutre y enriquece. Para muchos esto no está lejos de ser un simple lugar común, pero tendrán que contentarse con él hasta que descubran otro mejor. Para muchos más, esto es la negación del "the American Way" y por consiguiente un concepto peligrosamente radical y de origen extranjero. En efecto es extranjero como lo es nuestro lenguaje, nuestra ética, moral, formas religiosas o nuestras comidas y bebidas. La propaganda chauvinista del "the American Way" es lo único indígena.

El artista llega a estas conclusiones por la vía de la emoción y de la intuición. No está acostumbrado a pensar en términos colectivos. Quizás el mejor ejemplo de método artístico emocional-intuitivo lo tenemos cuando el cristianismo aborda los problemas sociales.

El cristianismo es un concepto cuyo propósito es influir en los seres humanos para que vivan juntos en paz y amor. Pero este concepto no está basado en la experiencia humana, sino en una proyección hacia lo desconocido y busca las realizaciones materiales como un reflejo de lo abstracto. Es ahí precisamente donde residen su debilidad y sus absurdos aplicados en la práctica como hipótesis para el mundo actual. Sin embargo llenó eficazmente en la práctica un propósito de adormecimiento.

El cristianismo dió a los esclavos un alma, el capitalismo les dió el "individualismo". Estos empezaron a manifestar inquietud en los últimos tiempos, mientras marchaban hacia el mundo del más allá con pies descalzos y estómagos vacíos, sin poder girar cheques de anticipo con cargo a las cuentas celestiales. Con estas dos esencias divinas el embaucamiento es completo y la explotación puede tragarse como una "medicina" sin sabor ni olor.

Esta es la explicación científica de la preocupación del artista hacia el arte por el arte mismo, del individualismo y de su glorificación. No se dan cuenta de que actúan como vehículos para la diseminación de propaganda y alegan que eso es precisamente lo que ellos pueden evitar por medio del arte puro. "Debe haber alguna ironía en el espectáculo de los artistas empeñándose en apartarse de la política, en beneficio de una doctrina cuyo propósito es político".[2]

Otro importante factor diferenciativo que seguramente prejuzga en favor del punto de vista del antropólogo es el de que él puede ser completamente objetivo, puesto que no está implicado personalmente en el proceso creador y que él mismo no tiene un interés determinado. No le interesa velar su trabajo con el misterioso manto de la inspiración para aumentar así su valor material o su posición a los ojos de la sociedad.

Trazar la historia del arte desde sus comienzos hasta el presente, considerándolo como un producto de las fuerzas económicas y sociales sería una ingente labor. Hacer lo propio con el teatro sería sencillamente aterrador, a pesar de que de todas las formas del arte el teatro es lo más apto para tales análisis. Más bien que a cubrir superficialmente el campo, este ensayo tiende solamente a indicar las grandes transiciones dominantes.

No hay que preguntarse si el teatro puede o debe estudiarse socialmente. Producido y consumido colectivamente, el teatro *es* arte social.

En todas las otras formas de arte, el proceso creador tiene lugar en completo aislamiento del público. El poeta, el compositor, el pintor no necesitan ver a nadie desde que empiezan hasta que terminan su trabajo. El teatro al contrario (y posiblemente la danza), sólo existe desde que tiene un público delante. Esta es su primera característica distintiva.

Puede argumentarse que el dramaturgo crea exactamente del mismo modo que el poeta. En efecto lo hace. Pero lo que él crea es una obra, y no teatro propiamente dicho. Y ahí reside su otra única cualidad. Es el solo ejemplo de un arte en el cual tiene lugar un proceso creativo múltiple y que incluye el trabajo corporativo de creación, de diferentes clases de artis-

---

[2] Barrows Dunham.

tas. Brillantemente y en términos concisos Coleridge fija la cuestión con esta definición sugestiva:

"El teatro puede caracterizarse en su idea o de acuerdo con lo que se propone o debe proponerse, como una combinación de varias o de todas las bellas artes en un conjunto armonioso, con un fin propio para lo cual el fin peculiar de cada una de las artes que la componen, tomadas separadamente, ha de subordinarse y someterse —o sea, imitación de la realidad—, o cosas externas, actos, o pasiones, bajo una apariencia de realidad".

Al "hacer teatro" se desarrollan dos procesos en el orden siguiente:

1) Creación de la obra por el dramaturgo.

2) El trabajo creador de todos los otros artistas que han de representarla.

(En este punto puede decirse que se ha montado la obra, pero no diremos aun que tenemos teatro —hasta que entra en juego).

3) El factor creador; la presencia del público y su reacción.

Cualquiera de los elementos que se combinen para hacer teatro puede ser descartado, menos uno —el público—. Tan imposible es hacer teatro con una sala vacía como hacerlo sin nadie en el escenario. Si, como se dijo antes, "el arte brota del pueblo y en compensación le nutre y enriquece" entonces el teatro es el primer ejemplo de ello, tanto en su aspecto histórico acumulativo como en el sentido inmediato de una representación determinada de cualquier obra.

Si esta hipótesis de la simbiosis en el teatro se acepta, tendremos una serie de corolarios, a saber:

1) Siendo así que cada organismo se sostiene a base del otro, si por ejemplo tomamos uno de ellos, el "teatral", veremos que si quiere preservar esta inter-relación vital saludable, debe extraer del otro organismo, el "público" (las amplias masas del pueblo), aquellos elementos verdaderamente característicos de él, que él pueda entender y que él necesite.

2) Si lo "teatral" se separa del pueblo al buscar sus materiales e introduce elementos de naturaleza trivial, mística, esotérica, formalista o falsos (ajenos a la vida real y de ahí innecesarios para el pueblo), ocurrirá una de dos o las dos cosas a la vez;

a) el pueblo romperá la inter-relación, dejándola a una minoría que necesite lo falso y esotérico.
b) Si el pueblo no rompe esta inter-relación, lo "teatral" le irá envenenando, se irá envenenando él mismo a cambio, y se acercará eventualmente a su propio fin. "Ninguna cultura podría sobrevivir si sus artes y oficios, sus armas y sus propósitos económicos estuvieran basados en concepciones y doctrinas místicas y no en las empíricas".[3]

3) La enfermedad en cualquiera de ellos, hace que el otro se contagie y la inter-relación no sea saludable.

4) A menos que el teatro se ligue a los hechos básicos de la vida del pueblo no será un teatro sano y vital. El más básico de los hechos básicos de la vida del pueblo es su lucha. Por supuesto no quiero decir que el teatro deba ser lo que se dice entre los pintores, "la escuela de los harapos". "Cuando las masas caminan avanzando, los valores esenciales de la cultura tienen su fuente en la lucha de las masas".[4]

El lazo de unión entre el pueblo y el teatro era más fuerte en el período griego y en sus formas dramáticas anteriores, cuando los actores eran los mismos espectadores. A medida que la historia fué progresando, el teatro vino a ser cada vez menos una función de sociedad y más y más una diversión (en ambos sentidos de la palabra). El teatro occidental estuvo en su apogeo (en el sentido de importancia en la vida de la comunidad) en sus primeros pasos y ha venido declinando siempre desde entonces, aunque no en suave declive.

Hoy nos encontramos en una de sus mayores depresiones. La pregunta repetida hasta el cansancio "¿Qué le pasa al teatro de Broadway?" no será contestada nunca por el Suplemento Dominical filosófico.

Los críticos superficiales sentencian en sus crónicas sobre teatro opiniones estereotipadas. Costos de producción demasiado altos... Hollywood... Los Sindicatos... El público lo que quiere es distraerse y olvidar... Los autores no escriben... El único camino es el teatro con subsidio oficial.

Por supuesto ninguna de estas opiniones está equivocada. Lo que pasa es sencillamente que son parciales e inútiles por su falta de conexión con la fuente principal de la realidad, o sea la relación entre el teatro y la vida. La respuesta verda-

---

[3] MALINOWSKI.
[4] LAURENT CASANOVA.

dera es fácil de dar, pero para demostrarla debemos arrancar desde tan lejos como la prehistoria y avanzar hasta los umbrales del mañana. Y solamente puede hacer esto de un modo adecuado el estudiante ducho en antropología.

¿De qué le sirve al estudiante en materia de teatro el trabajo del antropólogo? ¿Tienen alguna relación con la cultura de Broadway sus datos reunidos desde todos los confines de la tierra sobre la cultura de las tribus primitivas? ¿De qué sirven los restos de las culturas antiguas desenterrados por el arqueólogo?

Nosotros somos seres civilizados. Nuestros remotos antepasados eran seres primitivos. No hay línea directa de unión con ellos. Por consiguiente el antropólogo busca información entre los grupos primitivos que viven hoy. Algunos hechos de la conducta de los nativos de Nueva Guinea pueden explicarnos algo sobre el punto de vista del nativo de Nueva York. Las culturas muertas fueron una vez vivas y fértiles y es desde ellas desde donde trazamos nuestra técnica y gustos. Sin saber el origen es más bien difícil seguir el desarrollo. Quien no sepa nada sobre el pasado no puede tener un conocimiento íntegro del presente.

"Al igual que muchas otras creaciones o productos del hombre la obra de arte llega a ser parte de una institución y su completo crecimiento así como sus funciones sólo pueden entenderse si se estudia en su contenido institucional...

Toda institución se centra alrededor de una necesidad fundamental, une permanentemente a un grupo de gente en una tarea de cooperación y tiene su cuerpo de doctrina especial y su técnica de oficio... Cada institución se basa en un substratum material de medio ambiente en proporción y de aparato cultural".[5]

¿Cuáles son los juicios más sencillos que podemos aplicar a una cultura, para ayudarnos a estudiar y clasificar la relación cambiante y fugaz entre ella y la sociedad, y por consiguiente entre la institución "teatro" y la sociedad? Parece que hay tres factores primarios:

1) la relación del hombre con las cosas (incluyendo la naturaleza)
2) la relación del hombre con el hombre
3) la relación del hombre con lo sobrenatural.

[5] Malinowski.

Todos los elementos culturales pueden expresarse en términos de estos tres factores, tomados en distinta proporción. Lo más importante que sale a la luz después de un examen de su inter-relación es que sólo el primero es puro y que es el dominante, siendo los otros dos, siempre secundarios. Estas deducciones se basan en la observación de que un cambio en 1) produce cambios en 2) y en 3). Pero lo contrario no tiene significación histórica y aún más, los cambios en 2 y en 3) no ocurren hasta que ha habido un cambio en 1). "Las cosas" son la única roca sólida objetiva en un mar de subjetividad.

Los tres factores existen y operan juntos en cualquier período dado de la historia actuando y reaccionando uno en el otro. Es casi imposible por lo difícil desenredar la madeja y aquilatar el grado de cambios cualitativos producidos en el uno por el otro. Sin embargo no es imposible asignar una posición dominante en un tiempo dado a cualquiera de ellos o a una combinación de los mismos. Y esto será suficiente para indicar la fuente de donde han surgido los cambios culturales.

Durante el salvajismo y la barbarie la preocupación del hombre debió haber sido únicamente su adaptación al medio (naturaleza); no teniendo los fenómenos naturales una explicación racional, lo sobrenatural vino a ser la fuerza cultural dominante que culminó en el Cristianismo. Este dominio duró hasta el derrumbe del feudalismo y con el surgir de la burguesía "las cosas" llegaron a ser de primaria significación y se aproximaron a la cúspide de su importancia en el capitalismo e imperialismo del siglo XX.

"En el capitalismo los hombres se relacionan unos con otros, no como hombres sino a través de las relaciones de mercancías. En consecuencia su labor social se expresa no en la equivalencia de la labor social de otros hombres sino indirectamente, en términos de otro objeto, otra mercancía.

Things are in the saddle
And ride mankind.

(Las cosas están en la silla de montar y cabalgan sobre la humanidad). Así canta Emerson. Su poesía es teoría económica precisa.[6] Ahora, en este momento, estamos viviendo la transición hacia el socialismo, hacia una nueva índole de relaciones. El socialismo, con su elemento predominante —el de

---

[6] William J. Blake.

la relación del hombre con el hombre— está luchando en contra del capitalismo para lograr la supremacía. Es completamente obvio que la relación del hombre con el hombre se basa en las "cosas" y que la batalla que se despliega ahora es para lograr el control de las "cosas". Sin embargo el premio máximo consiste en el derecho de cambiar la relación del hombre con el hombre, y precisamente este elemento subjetivo es lo que preocupa a los verdaderos artistas del pueblo.

¿En qué forma cabe el teatro de Broadway dentro de este análisis? ¿Es un elemento cultural que expresa las realidades de las relaciones sociales? ¿Está con el pueblo, en contra de él, o en la nada? ¿Es nada más *por casualidad* que algunas de las obras que han tenido más éxito de taquilla han sido fantasías con "tendencia social", y que también han sido elogiadas por muchas gentes de pensamiento progresista, quienes las califican como teatro verdaderamente progresista?

Raras veces ocurren las cosas por pura *casualidad*. Para algunas gentes puede ser asombroso que la explicación de una tendencia hacia la fantasía escapista y el misticismo en nuestra cultura compleja del siglo XX se encuentre por medio de observaciones antropológicas de las culturas primitivas. Además, encontrarla en términos tan claros e inequívocos. Después de leer los dos párrafos siguientes, se verá por qué es tan fácil comprender la tremenda popularidad del SUPERMAN.

"La magia es de esperarse y se encuentra generalmente cuando el hombre llega a una brecha sin puente, una laguna en su conocimiento o en su capacidad para el control práctico, y a pesar de todo tiene que seguir su búsqueda. . . Sus temores y sus anhelos, su ansiedad general, producen un estado de equilibrio inestable dentro de su organismo, el cual le conduce a realizar cualquier clase de actividad supletoria.

El flujo natural de ideas bajo la influencia de emociones y deseos que están frustrados en su satisfacción completa y práctica conduce a uno inevitablemente a anticipar resultados positivos. . . La acción substitutiva, en la cual la crisis fisiológica encuentra su expresión, tiene un valor subjetivo: el objetivo deseado se aproxima más a la realización".[7]

Por ejemplo, veamos la luz que arroja uno de los elementos pertenecientes a una revista musical que ha tenido gran éxito en Broadway: "Finian's Rainbow": es la idea de convertir

---

[7] MALINOWSKI.

un senador del sur de los EE. UU. en un negro por medio de la magia.

Una prueba tan directa como esta es la confirmación de que se puede aplicar el análisis antropológico al teatro, y nos lleva a sospechar si datos recogidos hace tanto tiempo pueden estar frescos a la sazón.

Se considera que el teatro occidental tiene su origen en la Grecia del siglo v. (Teatro occidental se puede definir como un drama formal representado por actores profesionales o aficionados entrenados, ante un auditorio que no toma parte como actor, y en un lugar especialmente dedicado a este propósito). Este es el punto de partida donde comienza la mayoría de las historias sobre teatro, lo cual técnicamente no es un error. Pero para lograr una comprensión más honda de los orígenes subjetivos del teatro este comienzo griego debe ser considerado como más conveniente que exacto. El drama griego clásico (el primer drama de acuerdo con nuestro concepto teatral moderno), sobrevive en forma tangible. Material anterior, obscuro y difícil de utilizar, y de ordinario cuidadosamente olvidado, es, sin embargo, la verdadera raíz del teatro moderno. Para llegar a este material hay que cavar en el humus básico de la mitología, la religión, el rito, en la historia de la danza, la música e instrumentos musicales, de la organización social primitiva, y del arte primitivo, para mencionar las fuentes principales. Cuando retrocedemos en el tiempo desde la época de Esquilo nuestra definición del teatro se vuelve inoperante.

Como primera fuente de los orígenes dramáticos griegos poseemos unas cuantas obras de los tres grandes poetas trágicos, y de Aristófanes, así como las obras críticas de Aristóteles. Estas últimas nos proporcionan el caudal más importante de conocimientos, de los cuales aprendemos lo siguiente:

"Al principio, tanto la tragedia como la comedia tuvieron su origen entre aquellos que representaron el ditirambo, pero la comedia se derivó de los que cantaban los versos fálicos, los cuales aun hoy en día se cantan en muchas ciudades; este uso se incrementó con las mejoras evidentes que se fueron conociendo. Mientras que la tragedia, que había experimentado muchos cambios, permaneció fija cuando había llegado a su naturaleza propia".[8]

[8] Aristóteles.

El ditirambo (del cual formaban parte los versos fálicos), fué un himno en homenaje al dios Dionisos, sin que necesariamente tuviera que tratar de él, acompañado de una flauta. Lo cantaba un coro de cincuenta hombres o muchachos agrupados en un círculo alrededor del altar, en medio de la orquesta. Por supuesto ésta no fué su forma más primitiva, pero si fuéramos más atrás nos alejaríamos del teatro de actor-espectador.

El eslabón que une a Atenas con el pasado se encuentra en el culto de Dionisos, una sociedad secreta y mágica que evolucionó durante las últimas fases de la sociedad de tribu y que guardó en forma modificada la misma estructura y funciones del clan totémico.

Su rito principal derivado de la iniciación consistía en tres partes: un éxodo orgiástico a campo abierto, un sacramento en el cual era despedazada una víctima y consumida cruda (generalmente un toro que representaba la encarnación de Dionisos), terminando con el regreso triunfal. Este rito se proyectó como un mito de la pasión de Dionisos, cuya función era promover la fertilidad de la tierra, lo cual persistió entre los campesinos. Más tarde dejó de ser secreto, la procesión orgiástica se convirtió en un himno, y el sacramento en un drama de la pasión. Del primero surgió el ditirambo, y del segundo la tragedia. Ambos llegaron a la ciudad después y los tiranos los utilizaron controlando su representación con un determinado fin social-político.

Partiendo de esta manifestación específica de la adoración de lo sobrenatural debemos retrotraernos lo más posible hasta llegar a una consideración sobre la veneración de lo sobrenatural en general, tomando en cuenta que la forma en que el hombre dependía de la naturaleza influyó directamente en su pensamiento. Aquí comenzamos a cruzar las fronteras de la prehistoria.

"Las costumbres de la primavera y la cosecha se basan en antiguos modos de pensar y forman parte del mismo paganismo primitivo el cual, sin duda, fué practicado por nuestros antepasados mucho antes del amanecer de la historia".[9]

Los cambios temporales constituyeron una continua amenaza de extinción.

En una etapa primitiva de su desarrollo el hombre creyó que tenía en sus manos los medios para evitar las calamidades

---

[9] FRAZER.

de la naturaleza. De acuerdo con eso, se imaginaba que a través de la magia, de recitar hechizos y realizar ceremonias, podría precipitar o retardar la fuga de las estaciones, es decir, que se sentía capaz de hacer brillar el sol, invocar la lluvia, hacer reproducirse a los animales, y causar la fertilidad de los frutos de la tierra. En el curso del tiempo se fué disipando su ilusión de que el poder estaba en sus manos y llegó a la convicción de que existía un poder más profundo y potente, oculto detrás de la naturaleza, y "se imaginaba el crecer y decaer, el nacer y morir como resultados de la fuerza creciente o menguante de los seres divinos, de los dioses y diosas que nacieron y murieron, se casaron y concibieron hijos siguiendo el mismo diseño de la vida humana". El hombre ahora "se explicó las oscilaciones del crecimiento y decadencia de producción y desilusión por medio del matrimonio, de la muerte y la resurrección de los dioses, en consecuencia, sus dramas religiosos o mejor dicho mágicos, giraban en gran parte alrededor de estos temas. Planteaban la unión fructífera de los poderes de la fertilidad, la triste muerte de uno por lo menos de la pareja divina, y su resurrección jubilosa".[10]

Aparentemente en ninguna otra parte, han sido celebrados más amplia y solemnemente, estos ritos que en las tierras que bordean la parte oriental del Mediterráneo. Bajo los nombres de Osiris, Tammuz, Adonis y Attis los pueblos de Egipto y Asia occidental representaban la decadencia y la renovación anual de la vida, especialmente de la vida vegetal, a la cual personificaban como un dios que anualmente moría y resucitaba. Los nombres y detalles de ritos variaban de lugar en lugar, pero en sustancia seguían igual. Vale notar aquí, de acuerdo con Frazer, las características del rito primitivo:

1) Ningún género especial de personas es designado para el desempeño del rito, es decir, no hay sacerdotes. Estos ritos pueden ser desempeñados por cualquiera, conforme la ocasión lo requiera.

2) No se designa lugar especial para la celebración de los ritos. Pueden realizarse en cualquier sitio. No hay templos.

3) Son reconocidos los espíritus y no los dioses. (Los espíritus se limitan a secciones definidas de la naturaleza. No poseían nombres).

---

10 Frazer.

4) Los ritos son de una índole mágica más bien que propiciatoria. En otras palabras, los objetivos deseados se logran no a través de propiciar el favor de los seres divinos, por medio de sacrificios, oraciones y alabanzas, sino a través de ceremonias que se cree influyen directamente en el proceso de la naturaleza por medio de una simpatía o semejanza entre el rito y el resultado que el rito tiene la intención de producir.

El párrafo anterior representa una expresión del corazón y el alma del drama, tan profunda como ninguna lo fué.

Los ritos del Egipto y las naciones del Asia occidental expresados alternativamente en forma de lamento o júbilo, aunque su sustancia fuera mágica, fueron definitivamente dramáticos en su forma.

"En el mundo antiguo, sin embargo, tales ideas y ritos de ninguna manera fueron limitados sólo a los pueblos orientales de Babilonia y Siria, de Frigia y Egipto; no fueron un producto que pertenezca exclusivamente al misticismo religioso del Este soñador, sino que fueron compartidos por las razas de imaginación más viva y temperamento más cambiante, que habitaban las orillas y las islas del mar Egeo".[11]

Anterior a la época de la labranza "existen ciertas procesiones europeas de animales o de hombres disfrazados de animales que quizás tienen un origen netamente agrícola; en otras palabras, los animales que figuran en ellas muy bien hubieran podido ser desde el principio nada más que representaciones del espíritu del maíz concebido en forma animal. Ejemplos de estos ritos tan dramáticos y a la vez religiosos han sido recopilados por Mannhardt, que hablando de ellos en general dice: "no sólo en el campo de la siega y en el granero sino también completamente distante de ellos las gentes gozaban en representar el espíritu del maíz dramáticamente, en particular con procesiones solemnes primaverales y alrededor del solsticio invernal, por las cuales pretendían describir el regreso de los poderes benéficos veraniegos al dominio desolado de la naturaleza".[12]

Todo lo anterior puede disminuir el peso de la teoría que postula una influencia directa de parte del Egipto y de Asia Menor ejercida sobre el ritual griego, pero al mismo tiempo

---

11 Frazer.
12 Frazer.

indica una semejanza en puntos de vista que facilitaría la asimilación de tales ideas.

Dejando la esfera de lo subjetivo volvemos hacia otro aspecto del pre-drama que es más directo y tangible en todas sus inferencias. Como muchos clichés gastados, el dicho que "la danza es la madre de las artes", resulta irreducible tanto en contenido como en forma. Es indiscutible que el drama nació de la danza. Si hay cualquier otra manifestación teatral más primitiva nos veremos obligados a buscarla más allá de los antropoides. Existe la evidencia científica de que los monos antropoides sin previo contacto con los seres humanos tienen sus danzas en grupos. Parecen gozar especialmente en bailar, alrededor de un poste central una danza primitiva, pero que tiene forma de una verdadera ronda. El hecho de que el hombre paleolítico bailaba es evidente por los dibujos en las cuevas que pertenecen a esta primera etapa perceptible de la civilización humana. En particular un motivo tiene gran interés: aquel cuadro pintado sobre las rocas en Cogul en la España oriental que representa a un hombre rodeado por un grupo de mujeres bailando.

En la última época del paleolítico y el comienzo del período neolítico encontramos una orientación de gran significado en el camino hacia el drama y que constituye el eslabón vital entre la danza y el drama, o sea la máscara. Aristóteles dice: "Se desconoce quien introdujo las máscaras". Docenas de figuras que son medio hombre y medio bestia se encuentra en las pinturas sobre rocas, el objetivo de lo cual parece haber sido la fertilidad por hechizo. Las máscaras de animales que se ponían representan el primer elemento teatral que el hombre ha conocido. Con la máscara éste aparece por primera vez como actor, cumpliendo así uno de los requisitos fundamentales para hacer teatro: está representando un ser viviente que no es él mismo, esto es, ya está desempeñando un papel.

Con el desarrollo de la agricultura la danza experimentó una transformación radical. Las múltiples innovaciones inherentes a ese cambio son de naturaleza técnica relativas a variaciones de diseño con poca importancia para nuestra discusión. Pero lo que sí tiene gran significado para nosotros es el hecho de que la base subjetiva de la danza sufrió un cambio fundamental. "No sólo ha cambiado el impulso motor. En contraste con la danza de los pigmeos y las totemistas, es decir, en con-

traste con la danza de los cazadores verdaderos, la danza de la cultura del agricultor nace de un espíritu totalmente no-naturalista. La meditación y no la observación establecen sus propósitos. La danza de la labranza es introvertida y no-pictórica. Sin embargo los motivos y los tipos están determinados principalmente por su preocupación por la fertilidad, sobre todo con la lluvia, con ideas iniciativas, samanismo, mitología lunar, y adoración de antecesores".[13]

El próximo paso significativo hacia el drama consiste en la transición de la danza a una forma espectacular. "Cualquiera que sea la naturaleza de la danza, sea una liberación rítmica de un exceso de energía o sea un acto religioso intencional, la danza no necesita al espectador ni a un solo testigo. Sin embargo, a pesar de su carácter estático y litúrgico aparece muy temprano el germen de aquel gran proceso de cambio que ha transformado la danza paulatinamente del desahogo motor involuntario de un estado de movimiento frenético y rito ceremonial a la obra de arte consciente destinada a ser observada".[14] Cuando esto ocurre hemos cumplido el segundo requisito del teatro —tenemos un público.

El tercer y último elemento que nos hace falta para completar nuestro concepto de teatro es el actor profesional, o el aficionado bien preparado. El primer indicio concreto de su existencia se encuentra en el cuarto milenio en Egipto. "Un vaso del período predinástico muestra una mujer en la actitud artificial de una bailarina profesional. Los templos mantenían bailarines de ambos sexos como un grupo especial. Los encontramos repetidas veces en cuadros ceremoniales representando, sea la danza tranquila con pasos suaves y brazos extendidos en forma romboide o en posiciones acrobáticas como "el puente", la voltereta sobre las manos, o la vela".[15] También la evidencia de los monumentos comprueba que aun en aquellas épocas tan primitivas se importaron bailarinas solistas desde países famosos por sus danzas. Existe una carta escrita en el tercer milenio por el rey Neferkere, en la cual habla casi apasionadamente de un bailarín enano importado de Etiopía. Casi mil años después, en un cuadro mural tres mujeres ejecutan una pantomima titulada en jeroglíficos "El Viento". Una, de pie,

---

[13] Curt Sachs.
[14] Curt Sachs.
[15] Curt Sachs.

parece ondear su brazo extendido por encima de los árboles, la segunda está doblada debajo de ese brazo como si fuera una palmera, mientras la tercera como una caña flexible está formando un puente. Escenas de este carácter son muy numerosas.

La danza espectacular de Egipto evolucionó eventualmente en drama mitológico. Los festivales o dramas de la pasión de Abydos que se sabe existían desde alrededor de 1900 (a. C.) posiblemente hubieran podido pertenecer a una época tan antigua como 2500 (a. C.) y son la culminación de un largo desenvolvimiento.

La concatenación desde esa época hasta Atenas aparece muy clara. Los eslabones parecen ser: desde Osiris en Egipto hasta Dionisos en Creta y hasta Dionisos en Grecia. La comprobación se puede ver en las tres declaraciones siguientes.

1) Cada año los ritos para Osiris asesinado fueron celebrados durante cuatro días. En estos días tenía lugar lo siguiente: las gentes bajaban hasta el mar, los sacerdotes iban cargando un relicario que contenía un cofre dorado. Vertían agua fresca dentro de este cofre y simultáneamente los espectadores gritaban que Osiris había sido encontrado. Después cogían tierra vegetal, la mojaban con agua mezclándola con especias preciosas e incienso y moldeaban la pasta de una imagen pequeña y de forma lunar, que luego era vestida y adornada. Así parece que el propósito de las ceremonias descritas por Plutarco fué primero, representar dramáticamente la búsqueda del cadáver de Osiris y segundo su descubrimiento jubiloso, seguido por la resurrección del dios moribundo, quien era resucitado otra vez y volvía a la vida en la nueva imagen compuesta de tierra vegetal y especias. Lactantio nos dice cómo en estas ocasiones los sacerdotes con el cuerpo rasurado se golpeaban el pecho y proferían lamentos, imitando así la busca dolorosa por Isis, de Osiris su hijo perdido, y cómo después su tristeza se convertía en alegría cuando el dios Anubis con cabeza de chacal —o mejor dicho, una máscara en su lugar— producía un niño que era la representación viva del dios perdido y encontrado. . .

Así como la muerte y resurrección de Osiris se celebraba en varias ciudades de Egipto, es posible también que en algunos lugares el papel del dios volviendo a la vida fuera representado por un actor en lugar de una imagen. . . La pretensión de encontrar el cuerpo del dios y probablemente de traerlo a la vida

era un gran evento en el año festivo de los egipcios. Los gritos de alegría con que los saludaban están descritos o se alude a ellos por varios escritores antiguos".[16]

Volviendo del mito al ritual, encontramos que los cretenses celebraban un festival bienal en el cual se representaba con todo detalle la pasión de Dionisos. Todo lo que éste había hecho o sufrido en sus últimos momentos se representaba ante los ojos de sus adoradores, quienes desgarraban con los dientes un toro vivo y vagaban por los bosques dando alaridos frenéticos... Ante ellos se traía una urna que se suponía contener el corazón sagrado de Dionisos y con la música salvaje de las flautas y címbalos mezclaban la mímica de sonar unos sonajeros grandes con los que atraían al niño dios a su morada. Donde la resurrección formaba parte del mito, también se representaba en los ritos".[17]

III. "El festival se celebraba a fines de marzo, en el mes de Blaphobolion, al principio de la primavera, cuando el mar se calmaba después de las tormentas de invierno y cuando los mercaderes y visitantes de otros lugares de Grecia empezaban a aparecer en las calles. Todo ello duraba por lo menos cinco días o seis.

En el primer día se sacaba del templo en que estaba alojada durante todo el año la imagen de Dionisos de Eleuteras y se llevaba a una urna fuera de la ciudad, cerca de la Academia, en el camino a Eleutherae, aldea situada en la frontera entre Atica y Beotia... La imagen era escoltada por efebos con armaduras, seguidos por brillante procesión... Se hacía un alto en el mercado mientras un coro actuaba ante las estatuas de los doce dioses. Luego la procesión continuaba su curso hasta la Academia. Se depositaba la imagen en un altar bajo, se cantaban himnos en loor del dios y se sacrificaban animales. El mayor de ellos era un toro que se ofrecía en nombre del Estado; un nombramiento oficial lo calificaba como "digno del dios". Faltan detalles, pero si seguía el proceso normal, se hacía la matanza de la bestia, se asaba y se cortaba en "moira" que se repartía después entre los representantes oficiales del Estado... A los celebrantes se les daba también vino, y cuando la fiesta había terminado se echaban sobre lechos de guirnaldas a los lados del camino, bebiendo y divirtiéndose. Al caer la

---

16 FRAZER.

17 FRAZER.

tarde volvía la procesión a la ciudad en medio de antorchas, pero en lugar de ser devuelta al templo, la imagen de Dionisos escoltada por los efebos se llevaba a teatro, colocándola sobre un altar en medio de la orquesta, donde quedaba hasta el fin del festival".[18]

Con el hecho de las estrechas relaciones entre Egipto y Creta y con el de que la mayor parte de la herencia cultural de Grecia proviene del Egeo, estas tres representaciones dramáticas parecen indicar que las raíces del teatro occidental se remontan a Egipto en línea directa. Hay investigadores sin embargo, Frazer entre ellos, que creen que la similitud entre los dos cultos está explicada suficientemente por la similitud entre las ideas y costumbres de donde fueron halladas.

El gran período de increíble perfección artística y filosófica de Grecia se llama a veces "el milagro de Grecia", lo que más bien parece una tontería. No hay sin embargo una explicación adecuada para ello, ni para el raudo ascenso del drama a tal grado de fuerza y de acabado técnico, quizás inigualado por nada posterior.

De acuerdo con Thomson, los tiranos patrocinaron el drama con pleno conocimiento de causa. Sostiene que lo que explica su rápido ascenso fué la unión del ímpetu de las masas y el liderato individual; que Pisistratos se daba cuenta de que perseguía conscientemente un objetivo al instituir los concursos de tragedias, con lo que no sólo se proponía agradar a los comerciantes y artesanos, sino al mismo tiempo utilizar el nuevo arte para elevar el nivel del pueblo y fundirlo en una nación. "La tragedia ateniense estuvo inseparablemente ligada desde sus comienzos al avance material y social del pueblo".

La envergadura de su teatro nos demuestra qué vital importancia ha debido tener el drama griego en la vida de los ciudadanos de Grecia ("Un espectador en el estadio de la Universidad de Harvard, sentado en la última fila está a 30 metros de la línea del campo. Un espectador en la última fila del teatro de Atenas estaba a 75 metros del escenario donde se representaba una tragedia".)[19] Cada sesión de teatro era un gran acontecimiento público para toda la comunidad. La trama que hoy nos parece tan poéticamente remota se basaba en las realidades políticas, militares y religiosas de la vida diaria del

---

18 George Thomson.
19 Lee Simonson.

pueblo. Sin embargo "a través de su historia permanecía primero y principalmente como un servicio religioso".[20]

Con la figura trágica del héroe por ella creado, podemos dejar Atenas y dar un salto esquemático sobre el resto del camino hasta la mitad del siglo XX. Al hacerlo, sin embargo, dejaremos a un lado, entre otras cosas una de las mayores corrientes del teatro, la que nunca se secó ni sirvió a ningún amo más que a las masas, la comedia popular. Nacida en cualquier lugar al mismo tiempo que la tragedia, llegó a Roma a través de Grecia. Durante la Edad Media de Europa y del drama la tradición fué conservada viva y fué llevada a través de todo el continente por actores errantes, como juglares, acróbatas, trovadores. Durante el Renacimiento este teatro del pueblo alcanzó su pináculo en la *commedia dell' arte,* posiblemente una de las mayores formas teatrales. Molière lo mismo que Shakespeare la cultivó mucho y su espíritu aun florece por todos los lugares de Europa, en el clown del circo, en la carpa de México, o personificada en los Estados Unidos en ídolos del público tales como Charlie Chaplin, Jimmy Durante, Willie Howard y los Hermanos Marx.

En el héroe de la tragedia encontramos el enfoque dramático de las cambiantes relaciones sociales. Esto está maravillosamente claro. La progresión: esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo. Los héroes de la tragedia: dioses y nobles, aristócratas, burguesía, proletariado. En esta gradación arbitraria la intención no es negar el hecho de la transición, sino simplemente ignorarla para los fines presentes. Se atribuye a Aristóteles el haber iniciado la tradición de que el héroe de la tragedia debía ser "alguien de gran posición", tradición que duró relativamente hasta hace poco. Es verdad que desde la época del redescubrimiento de Aristóteles durante el Renacimiento, los críticos y autores siguieron servilmente a éste y sus demás dictados. Pero, parece imposible que las cosas hubieran sido distintas si nunca se hubiera encontrado su obra "La Poética". El héroe trágico de una época proviene de la clase en el poder. ¿Cómo podría ser de otro modo? El hecho de que haya algunos elementos precursores, así como otros residuales, que algunos pueden escoger como ejemplo de excepción, sólo ayuda a demostrar la naturaleza dialéctica del cambio social.

---

[20] GEORGE THOMSON.

La concepción aristocrática de la tragedia persistió a través de Shakespeare hasta bien entrado el siglo XVIII, o sea tanto como el feudalismo pudo alimentarla. Con la llegada al poder de la burguesía vemos cómo los autores trágicos empiezan en algunos casos a extraer sus héroes de las filas de aquélla.

Es con la Revolución francesa, marcando la ruptura definitiva del poder de la nobleza y la Iglesia, e iniciando el período romántico, cuando podemos hallar una verdadera revolución en la creación artística. El prefacio de Víctor Hugo a "Cromwell" en 1827 y la producción tres años después de su "Hernani" marcan la ruptura definitiva del teatro con los residuos de pasadas influencias.

¿Quién es el próximo héroe de la tragedia que está esperando entre los bastidores de la historia para entrar en la escena? No hace mucho tiempo que el obrero ha empezado a actuar como protagonista. Los dramaturgos no ceden sus papeles de héroe a ningún personaje que no represente una fuerza ascendente en la sociedad o en camino de serlo. Esto puede ser un presagio.

EL SILENCIO DEL ARTE

Por *Ramón GALLA*

Creía el alma mísera haber obrado contra Dios, y no lo ha hecho sino contra sí misma.

SANTA CATALINA DE SENA

I

La desesperación

UN arte desesperado es un contrasentido. Claro que ha existido siempre, aunque a primera vista pueda parecernos una invención romántica, pero es un contrasentido. Un arte desesperado es un contrasentido porque ser artista es tan sólo eso: creer. Posiblemente, el arte es un creer demasiado solo, demasiado puro, un creer que es casi una herejía. Quizá en el arte haya mucha herejía, pero no puede haber ninguna desesperación. La desesperación brota de nuestro desengaño del mundo, pero el artista no se desengaña nunca del mundo por la sencilla razón de que no cree en él. El artista no cree en el mundo, sino que le hechiza. "El mundo me ha hechizado", dice Quevedo. Si el mundo nos hechiza, podemos ser sus amantes, pero no sus creyentes. La desesperación, como se sabe, sólo hace presa en aquellos que no tienen fe, o tienen una fe mezquina, egoísta, es decir, una fe que quiere cosas. Pero aunque el arte sea no una religión, como se dice, sino una fe, como al mismo tiempo ha sido hecho por el hombre, por el hombre incrédulo, ha tenido siempre que llevar a cuestas mucha desesperación. En el arte asoma la desesperación aquí o allí, incluso en eso que se llama la Antigüedad; pero aquellos hombres sabían, por lo menos, que un arte desesperado no puede ser, que un arte desesperado es casi una indecencia. Hoy en cambio —quiero decir desde Miguel Angel—, la desespera-

ción (esa desesperación que los historiadores creyeron estilos: el barroco, el romanticismo, el realismo) es más bien algo que se exhibe en el arte con una desvergüenza bautizada de profundidad. Se supone que un artista que confiesa y expresa en el arte su desesperación, su dolor, su ira, es un artista auténtico, muy profundo. Un hombre que utiliza su grandeza para expresar su pequeñez es un traidor. Porque, eso sí, la desesperación del hombre brota siempre de su pequeñez, de su egoísmo, ya que el egoísmo total no es aquel que no da nada, sino el que no espera nada. Desesperarse es haber topado con los límites, y un artista no puede topar nunca con esas paredes, con esas paredes que tiene la verdad; y no porque el artista guste de la mentira, sino porque la verdad no es para él un término. El artista, como hombre que es, claro que busca afanosamente la verdad, pero no se detiene, no se queda nunca en ella, o por lo menos no se queda nunca en ella ningún artista grande. La verdad es muy hermosa, pero para un espíritu extremoso (el artista no es distinto al hombre, sino una extremosidad suya), la verdad lleva dentro una pobreza, una miseria, un límite: suprime la esperanza. La verdad y su igual la belleza son topes, claro que son topes de lo más alto, de lo último si se quiere, pero son topes, es decir, terminan, cierran todo. Cierran, o sea, desesperan. Desesperan porque, apenas son tropezadas por nosotros, diríase que mueren, que dejan de ser, dejándonos por lo tanto con las manos vacías. Los filósofos y artistas que sólo son, diremos, perseguidores *profesionales de verdad* y belleza, terminan siempre así, con las manos vacías, y no porque no encuentren nada, sino porque han sido *castigados* con encontrar lo que persiguieron: Verdad y Belleza. Pero ¿qué son Verdad y Belleza para un alma verdaderamente grande? Son eso, paredes, paredes duras, tristes, paralizadoras. Pero el arte, el gran arte no es, como se dice, una religión, sino una fe, y a la fe no hay cuerpo alguno que pueda detenerla. La fe renuncia a la verdad, pero no la niega, como hace la fantasía o la ilusión. La fe no quiere alimentarse de la mentira; ella quiere siempre lo verdadero, pero no como un fin, sino como un tránsito. El arte no es una religión, sino una fe, y el artista grande no es nunca un sacerdote —como es siempre un sacerdote el artista pequeño, el artista artístico—, sino un creyente. Porque ser artista no es oficiar, sino creer. Lo que empequeñece al Renacimiento italiano (claro que dándole al mismo tiempo

mucho esplendor litúrgico) es que sus artistas fueron oficiantes más que creyentes: Miguel Angel, su gran papa, es un ateo furioso, atado, desesperado; Rafael es como un cardenal decorativo; Leonardo, un teólogo abstracto, cerebral, cientifista. ¿Dónde está, pues, el místico, el místico grande, el que se liberta? En las mejores definiciones que del arte se han hecho siempre me pareció que faltaba algo, algo que lo era todo. Lo dicho sobre arte por quienes quizá están más cerca de mi sentimiento parece siempre suceder en un tablero liso, en una pizarra plana; desvelar la realidad, encontrarle un sentido, expresar al hombre, son sin duda alguna verdades del arte, pero huelen demasiado a problema, a cuestión, a ciencia, es decir, a colegio, a encierro. El gran arte no es nunca problema, sino destino; por eso se arrima siempre tanto a la ignorancia abierta y huye del saber cerrado. El arte es Destino, y el día en que esto se llegue a comprender dejaremos de oír todo ese estúpido rosario de *obligaciones* que los diferentes estetas le han echado siempre encima —que el arte debe ser bello, o moral, o expresivo, o imaginativo, o copiador, o abstracto—, y se caerá en la cuenta de que el arte, como destino que es, no lo podemos construir nosotros, ni siquiera hacerlo nosotros, sino *escucharlo* y *cumplirlo*. El arte parece llegar de muy lejos, pasar por el hombre, luego desprenderse, deshacerse del hombre como de una corteza, y seguir. De ahí le viene quizá su equivocada fama de inhumano. Claro que hay un momento —precisamente su momento de plenitud, de perfección, de realización— en que el arte ya no tiene ligaduras con el hombre, pero no es propiamente que reniegue de él, sino tan sólo que va mucho más allá. Pero el camino por donde el arte se separa —por donde se separa del hombre, de la verdad, de la belleza— sigue siendo el camino aquel, la continuación de aquel camino humano. Quizá ese camino por donde el arte se separa, se desentiende del hombre, había sido creado para que lo recorriese el hombre mismo, el hombre solo, es decir, el hombre sin el arte; pero el hombre, todos lo sabemos, falló desde su primer paso. Tuvo, pues, que ser el arte, es decir, una *creencia*, quien lo caminara, quien lo continuara. Por eso el arte no es, no puede ser una expresión, la expresión del hombre, como se ha dicho, sino la prolongación del hombre. Si el arte expresara al hombre, al hombre dentro de la vida (como piensa ese materialismo que transige con el arte o que piensa en el arte como en un buen sistema pedagógico a

base de ilustraciones), el arte no sería más que un intérprete, un aclarador. La prueba de que el arte no es nunca un intérprete la tenemos en que nos lleva, nos arrastra siempre hacia una oscuridad, hacia una *oscuridad divina.* Dios se ha mantenido incomprensible, dudoso, incluso disimulado en formas diferentes, para eso: para darnos la fe; y el Cristo mismo, que ha sido su expresión más atrevida, también se mantuvo deliberadamente oscuro, quizá para darnos *la duda,* única cosa digna de convivir con la fe, su hermana. Porque lo mejor del hombre es la creencia; se ha dicho que era el dolor, pero el dolor no es un fin, sino un medio, un medio para llegar a la creencia, a una creencia desnuda. Claro que el dolor está empapado de belleza y de verdad; el dolor es bueno y hermoso, no porque nos haga un bien, no porque nos sea una enseñanza, como se ha pensado —en nuestra bajeza, sólo creemos bueno aquello que nos hace un servicio—; el dolor es bueno y hermoso no porque nos dé ni quite cosa alguna, sino porque es *sagrado.* (Que el dolor es sagrado no necesita explicación ni demostración aquí; cualquiera que haya sufrido sabe muy bien que *eso,* eso que se sufre es un don, el don que más directamente nos viene de El; y cuando un hombre se quiebra en el dolor no es que no pueda soportar encima tanto sufrimiento, sino que no puede soportar encima tanta *divinidad*). El dolor es sagrado, o sea, no es útil, sino valioso, valioso sin porqué, valioso inútilmente. Lo sagrado no es útil porque no puede *tocarse,* pero esa inutilidad es lo que nos santifica, porque lo sagrado no tiene utilidad, pero sí virtud. El dolor, que es sagrado, no nos sirve: nos salva; no nos sirve para la vida, sino que nos salva de ella. Posiblemente todos hemos estado a punto de caer de bruces en la felicidad; pero eso nos inutilizaría para la fe, y estaríamos desesperados. Porque si nuestra fe arrancara de la felicidad no sería una fe verdadera, sino un *agradecimiento vil,* un vil agradecimiento como para entre los hombres. El nos entrega algo que es sagrado, el dolor (esa extraña joya que ni la entendemos, ni nos sirve), para que nuestra *contestación* no pueda ser nunca el agradecimiento, sino la fe. La fe, o sea lo único que no es desesperación, esa desesperación que tantas veces se nos disfraza de alegrías, de sensualidades, de gustos. Claro que debemos aceptar también nuestra felicidad —entendiendo por felicidad nuestra posesión de una verdad completa—, pero no podemos ser gozadores, sino sufridores de esa felicidad. Porque

venimos a sufrirlo todo y a librarnos, a libertarnos de todo; ese todo será, sí, la verdad que buscábamos, pero la verdad, esa verdad completa que, claro, no es ninguna mentira, tiene sin embargo un tope, o mejor es ella misma un tope, acaba, cierra, es decir, nos ahoga. Estamos en peligro; es pues, el momento de nuestra salvación. La fe del artista es muchas veces una fe sola, sin Dios alguno —eso es lo que tiene el arte de herético—, pero es siempre una fe. El arte tiene que ser creencia, puesto que, al *suceder,* sucede fuera de la verdad, fuera de la realidad, fuera de la Historia, y todo lo que no es historia ha de ser creencia o no es nada; como veo que el arte no es historia, pero que *es* decididamente algo, no tiene más remedio que ser creencia. Claro que la desesperación, la falta de fe, nos ha entregado obras de arte magníficas y, sobre todo, muy impresionantes, pero todo ese arte que nos ha dejado la desesperación suena excesivamente a mundo, a corazón apaleado, a pasión, es decir, a debilidad. Las obras supremas, quiero decir, las obras de Fidias, Dante, Juan van Eyck, Shakespeare, Cervantes, Velázquez y Mozart, son obras que surgen del centro mismo de una sustancia inmóvil, sin pasiones. Es una sustancia que no sabe de nada, que no comprende nada, con una como inocencia *sucesiva,* es decir, viva. Es una sustancia invulnerable, que no conoce alegrías ni dolores, los dos senderos que conducen a nuestra desesperación. Por eso un arte desesperado es un contrasentido.

II

La santidad

En arte elogiamos mucho la pasión. Pero la pasión sirve para que se salve el arte pequeño; el arte grande no se salva nunca por la pasión, sino por la fe. La fe, esa especie de frialdad.

La pasión no cree nunca en eso que tanto desea, que tanto la apasiona. La pasión es quizá la parte positiva, la parte valiosa de una desesperación.

La fe es una especie de frialdad porque surge de unas cenizas.

El artista pierde, en el vivir, una como excitabilidad del espíritu y, por un momento, puede creerse más pobre. Claro que ha perdido sensualidades —la sensibilidad, la espiritua-

lidad, el ansia, la pasión, el sufrimiento—, pero perder todo eso lo enriquece; significa que se acerca al alma, al alma vacía, al vacío del alma, es decir, al nido de la fe.

En un arte toda lujuria debe ser *pasado.*

Es lujuria todo, la idealidad, el saber, el dolor, y mientras haya un resto de actualidad en todo eso que es lujuria, no puede haber arte grande, porque el arte hemos visto que no era el hombre ni su expresión, sino la continuación del hombre, es decir, la inocencia.

Goya es pasión, el Greco lujuria, Velázquez inocencia, la inocencia alcanzada, realizada.

Fray Angélico también es inocente, pero su inocencia no ha sido, como la de Velázquez, alcanzada. La del Beato es una inocencia *a priori,* una inocencia de querubín, una inocencia que no alimenta a nadie, que no *sucede.*

La inocencia de Velázquez, en cambio, es una inocencia de hombre.

Goya llega muchas veces, por el camino de su pasión, a la falsedad. "Los fusilamientos de la Moncloa" es un cuadro muy apasionado, pero falso. Es casi un cartelón; tiene de cartel ese terrible afán de convencernos.

"Los fusilamientos" es un cuadro que nos necesita, que nos necesita para convencernos, y un cuadro que nos necesita no puede ser una obra profunda, sino un espectáculo, un espectáculo indecoroso.

Una obra de Shakespeare, con toda su teatralidad, no es nunca un espectáculo porque no nos necesita. Todo lo que sucede entre esos personajes, aunque nosotros no estuviésemos aquí, sucedería igualmente. Se trata, pues, de una obra fatal, sin público, es decir, grande.

El Greco es todo él lujuria. ¿Cómo han podido confundirle con un místico? El misticismo que aparece en su obra no es suyo, sino reflejado, expresado, visto, visto en lo que miraba.

El gusto del Greco por esos consumidos ojos españoles, por esas manos quemadas por la fe, es siempre un gusto de espectador, de visitante, de extraño.

Si el Greco no hubiese sido un simple espectador de toda esa yesca española, no habría podido convertirla, con ese descaro, en un espectáculo tan visible.

El hombre tiende al alma, pero el alma está donde esté y es como sea, y cuando la sentimos es sólo como una concavi-

dad, como una ignorancia rica; todo lo que pongamos sobre ella, con la burda intención de hacerla visible, resultará un ropaje falso, de papel.

El Greco, en su desaforada lujuria, creyó que el alma es *cosa.*

El "San Mauricio" parece la glorificación de un gran pecado; todo ha sido convertido allí en sensualidad, en suculencia, en deseo. Junto al "San Mauricio", tal bacanal de Tiziano resulta una fiesta de familia.

La sensualidad, la lujuria, incluso la pornografía pueden ser tratadas, pero no ejercidas, en una obra de arte.

Ese fué el pecado del Greco: contemplar el misticismo desde una lujuria.

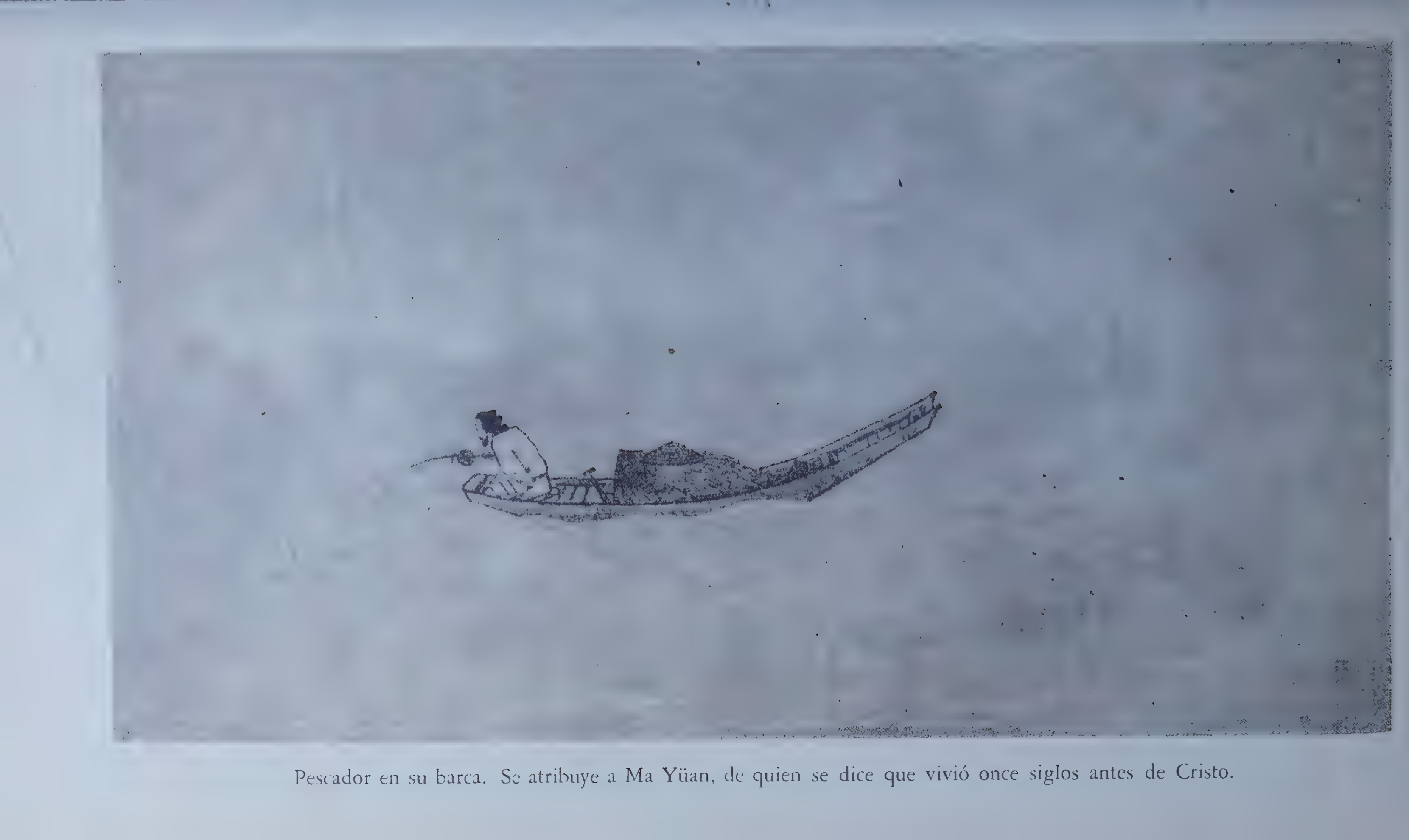
Velázquez sí que es un místico de verdad, profundo, seguro, fuerte; nada de lo que contemplan sus ojos —una gasa, una nuca, una pantorilla, una cabellera— consiguen conquistarlo, perderlo.

A Goya lo vemos hundirse en la pasión, al Greco en la sensualidad, a Velázquez en la fe. Goya se hunde en la pasión, es decir, en una *materia noble,* como los héroes; y claro, como el héroe es una especie de santo para los seres terrenales, al hundirse en la pasión se salva para la tierra. El Greco se hunde en otro barro peor: la sensualidad; sólo le salva, pues, su genio estético. El Greco será, por lo tanto, un ídolo, un ídolo para los artistas puros, para los artistas artísticos, cortos.

Velázquez no es nunca héroe ni genio; Velázquez es simplemente la grandeza. Y esa grandeza que lo rebasa todo ¿qué puede ser sino la santidad?

Se ha creído siempre que Velázquez era un gran pintor, quizá el mejor de todos, el que pintaba mejor que todos. Como eso es cierto, los que encontraron esa verdad se ahogaron en ella, y se quedaron tan tranquilos, porque hay estúpidos que están muy a gusto ahogados. Mengs, en su tonta inteligencia, llegó a decir, lleno de admiración, que "Las Meninas" era un cuadro pintado con la voluntad. ¡Qué disparate! Velázquez es, precisamente, el pintor que no quiere pintar, el pintor involuntario, el inocente absoluto, el sin espíritu, el pobre de espíritu, es decir, el *elegido.*

Siempre se creyó que Velázquez era algo así como una lente muy perfecta. Los seres terrenales, claro, no vieron nunca en él la más mínima pasión —y la pasión es lo más alto



Pescador en su barca. Se atribuye a Ma Yüan, de quien se dice que vivió once siglos antes de Cristo.



Pintura china, aproximadamente del segundo tercio del siglo XVII. Chu Ta.



Detalle de El martirio de San Mauricio.--El Greco.



El niño de Vallecas. — Velásquez.

que alcanzan esas miradas—, ni siquiera encontraron en él genio, es decir, delirio. Era, pues, un artista frío, neutral, sin pimienta, sin exaltación, sin locura, sin nada. No comprendieron que Velázquez no tenía nada de eso que ellos tanto conocen y estiman —y que son efectivamente, los materiales que componen una gran personalidad—, porque su grandeza ya lo había quemado todo.

La grandeza quema la personalidad.

De las cenizas de esa hoguera total es de donde nace la fe —esa especie de frialdad que es la fe—, pero la hoguera no puede ser de fuego, ya que el fuego, aun el mayor, está siempre atado a la tierra, debatiéndose desesperadamente en la tierra; la hoguera no puede ser de fuego, sino de santidad.

Pero a los espíritus terrenales un santo les parece un hombre sin interés, casi un estúpido, o por lo menos, un *vacío*. Velázquez es una de esas personalidades anodinas, limpias, tontas, es decir, santas, que ya no se entienden.

Ahí es donde está la clave de su actitud, casi sagrada, ante el "Niño de Vallecas": son dos santidades frente a frente, dos iguales, pero no dos iguales exteriores, por su calidad de criados —como se ha dicho—, sino dos iguales de alma, de tontería, de pureza.

Siempre me ha repugnado todo lo que suele decirse con ocasión de los bufones velazqueños. Esos retratos —únicos en la vida del arte total— han servido de trampolín a psicólogos, moralistas, sentimentalistas y politiquistas. Nadie ha comprendido que la grandeza de Velázquez no puede descender hasta la psicología —la psicología es uno de esos tesoros que el hombre descubre, y que luego resultan ser unas riquezas que lo arruinan—. La grandeza de Velázquez no puede descender hasta la moral, hasta el sentimiento, hasta la crueldad, hasta la pasión, y claro, muchos menos hasta la política.

Todos los comentadores de Velázquez han intentado descifrar las pequeñas telas de sus bufones. De esas intentonas, la mayoría de las veces Velázquez sale convertido en un pobre hombre bondadoso, tierno, que posa su mano maestra en esas figuras lamentables. Otras veces resulta ser un ojo tan imparcial que llega, como un doctor, hasta el centro patológico de esos seres. También se le convierte en un socarrón, incluso en un liberal pegándole a la monarquía. Y los que se creen más listos lo suponen un pintor simplemente, es decir, un plástico

a la manera de Cézanne, que lo que le interesa es retratar bultos.

Delante de esos bufones idiotas, tan patéticos para unos ojos menores, Velázquez comprende que está delante de Dios.

Lo verdaderamente hermoso, oscuro, divino de esos cuadros es que son como altares, altares donde la realidad ha sido salvada.

Sus comentadores, sobre todo los más profundos, no comprendieron nunca que la clave de toda la pintura de Velázquez no había que buscarla en su profundidad, sino en su *elevación.*

Velázquez no quiso pintar la realidad, sino salvarla, pero salvarla a ella, no a una suplantación suya, que es lo que hizo casi siempre el arte. Por eso parece un pintor realista, siendo, como es, un pintor místico, más aún, santo, ya que en el místico todavía están las pasiones desesperándose.

El misticismo es la parte romántica de la fe, la parte apasionada de la fe; es una fe llena de suciedades todavía. La santidad, en cambio, es una fe completa, es decir, sin apetito, sin la suciedad del apetito.

El místico canta la libertad; el santo es la libertad.

Para el hombre desesperado, es decir, para el hombre, la obra de Velázquez —como la de Fidias o Mozart— es casi un insulto. El hombre encuentra allí una especie de indiferencia, de silencio, que no comprende, que le humilla no comprender. Esa serenidad, esa frialdad, es decir, esa fe desapasionada es un insulto para su turbulencia, para su desorden, para su romanticismo.

El hombre se aferra desesperadamente al romanticismo porque sabe que allí dentro hay algo que lo acoge todo, que lo disculpa todo: la pasión; por eso creyó, en un momento, que el romanticismo era una libertad.

El romanticismo no salva al hombre (esto también lo sabe el hombre, el hombre desesperado), pero le da, por lo menos, un *estilo* a su perdición.

Eso es lo único que sabe buscar el hombre cuando se extravía: un estilo, es decir, no su hallazgo —en el que no cree, ya que extraviarse es eso, no creer—, sino el fingimiento de su hallazgo.

Debajo de todo estilo hay siempre un desorden, un desorden oculto pero palpitante, que sigue en pie, actuando allí dentro, viviendo su caos.

El caos tiene pasiones, es decir, suciedades; y lo sucio que tiene conciencia de su propia suciedad no aspira nunca a limpiarse, sino a taparse.

El vacío tampoco es limpio; por eso el misticismo oriental no es una limpieza, sino una inmovilidad de lo sucio. Pero la santidad no puede ser nunca una inmovilidad cobarde ni una acción romántica, sino una *exactitud*.

El místico se siente sucio, está desesperado, quiere salvarse; el santo no piensa nunca en sí mismo, sino en todo lo otro —no por generosidad y bondad; piensa en todo lo otro porque él se sabe salvado de antemano, ya que pertenece a una categoría suprema, es decir, a una categoría injusta, a una *injusticia sagrada—;* piensa en salvar todo lo otro, quizá también por una especie de frío, de miedo a su misma salvación, al *desamparo* de su salvación, de su salvación segura.

El santo debe encontrarse en el desamparo de su seguridad.

Por eso al santo no lo veremos nunca, como vemos al místico, escapar de la vida, sino llevarla hasta sí, empujarla hasta su limpieza. Los santos, los santos verdaderos (Fidias, Juan van Eyck, Cervantes, Juan de la Cruz, Velázquez) no huyen nunca de lo real, pero no por devoción miope —como los realistas—, ni siquiera por amor a la realidad, sino por piedad hacia ella.

El arte es una trascendencia, pero una trascendencia que no huye.

Un arte por el arte, un arte artístico, un arte en sí no es nada. El gran arte siempre se ha vencido a sí mismo. El arte tiene que ser vencido, y la realidad salvada. La obra tiene que ser vencida porque no es más que la expresión, y el gran artista no aspira a la expresión, sino al silencio.

III

El silencio

El gran artista no aspira a la palabra, es decir, al arte, a la obra, sino al silencio; claro que a un silencio vivo, a un silencio de vida, no de muerte, ni siquiera mudo, sino comunicante, a semejanza, quizá, del mismo silencio de Dios. Que deba ser silencioso y no pueda, en cambio, ser mudo, es la mayor dificultad técnica del arte. El arte ha de ser vencido

—llevado al silencio, reducido al silencio—, pero ser vencido no quiere decir ser negado, ya que lo negado es estéril, y lo vencido no. Si Rimbaud hubiese sido un artista grande —como pretenden los beatos de la genialidad—, el heroísmo que puso en prescindir de su obra, en negarla, es seguro que lo hubiera puesto en vencerla. Porque Rimbaud fué un artista excesivo, genial si se quiere, pero pequeño, y creyó en lo que creen los artistas pequeños: creyó en el arte, creyó en el arte como un fin; y una creencia que equivoca su objeto se defrauda. En el arte —que no es un fin, sino un tránsito— no puede creerse porque él mismo es eso: creencia; no es un objeto de fe, sino una fe, y si es grande será una fe en Dios, porque una fe sola es una herejía. Una fe que no desemboca en Dios —y hemos visto que el arte es siempre una fe—, una fe que se queda en sí misma, que se complace en sí misma es un pecado. Claro que Rimbaud supo comprender, al menos, la mitad del problema: que el arte es un lugar de paso, que hay que irse del arte. No encontró la verdadera puerta de salida, y los encerrados conscientes de su encierro que no encuentran la salida, escapan; escapar es confundir un agujero con una puerta, y el agujero por donde escapó Rimbaud —coincidiendo en esto con Byron— daba directamente a la acción pura (una acción pura, claro está, adornada de motivos), es decir, daba a la traición. En el primer momento, esos hermosos actos de traición, quizá porque la traición es muy grande, los pensamos actos de grandeza, pero en realidad son de pequeñez, de pequeñez de espíritu —no pobreza, porque pobreza de espíritu es, como se sabe, depender de Dios, y la pequeñez de espíritu, del Demonio—, son, en fin, actos de cobardía y mezquindad. La acción pura es tanta mezquindad como el espíritu puro, aunque ésta venga disfrazada de liberación de Grecia, de cacería y comercio de elefantes, o como puede suceder hoy, disfrazada de dedicación socialista. Por cierto que en nuestros días todos hemos cedido a esa cobarde y tranquilizadora dedicación; todos hemos sido más o menos víctimas de ese espejismo tan real —tan real que es casi imposible descubrir su engaño— de nuestro compromiso de artistas con los problemas sociales. Pero el artista verdadero, o sea el creador, siente una gran repugnancia por todo lo social, no por artisticismo, como se piensa, sino por humanismo. El creador sabe muy bien que todo eso que se llama lo social no ha sido *nacido*, sino *inventado*, inventado por el hom-

bre, pero toda invención es una realidad postiza, superpuesta, es decir, sin origen, falsa. El invento es una mentira que ha logrado hacerse corpórea, incluso real, pero que no logra nunca hacerse verdad. Se trata, pues, de una existencia artificiosa, mecánica. Lo social es eso: una mecánica en la que se ha metido al hombre. Los beatos de esa mecánica le buscan ahora una justicia, pero cuanto más justa sea, más anulado estará el hombre allí dentro; buscándole una justicia (supongamos que perfecta) no es el hombre lo que podrá salvarse, sino la mecánica sola, es decir, una abstracción, un hermoso artefacto sin el hombre, o con el hombre muerto. Porque el hombre no se salva por la justicia, sino por la fe. La justicia es la exaltación de la mediocridad —por eso Dios nos la regatea tanto, para que la mediocridad no pueda reinar en el mundo despóticamente—, y ¿cómo vamos a suponer que la mediocridad puede salvar al hombre? Podrá tirar de él, conquistarlo, y una vez allí, taparlo con un poco de felicidad humillante; pero el artista no se puede interesar por nada que no sea naturaleza, porque para él, todo lo que no es naturaleza, es mentira, aunque sea una mentira *remediadora,* como sucede con la realidad de lo social. El artista no viene a remediar nada, sino a salvar, a salvar la realidad, una realidad completa, es decir, injusta; una realidad que es injusta pero que no es mentira, que es verdad pero que está en pecado. El artista pequeño tiene del arte una idea pequeña, y de no ser un cínico a la manera del esteta puro, es natural que se sienta en falta; pero la falta no consiste, como él supone, en su purismo artístico, sino en su pequeñez. Busca, claro, hacerse perdonar, o mejor, perdonarse, y se refugia entonces en la acción, reverso del espíritu; pero la acción pura es también escandalosa, y necesita mancharla de utilidad y heroicidad. Todo esto es una traición, pero es una traición, diríamos, casi rumbosa; lo de hoy es más feo, porque allí donde Byron o Rimbaud escapan del arte, abandonándolo generosamente, Shostakovich o Neruda introducen en el arte, conservándolo mezquinamente, una materia extraña en absoluto a él: la acción. Las dos actitudes —la de pequeñez romántica y la de pequeñez realista— tienen, pues, un mismo origen, pero no se resuelven igual; y claro, prefiero la solución romántica, rumbosa, o sea suicida, de entonces, a la solución realista, ahorrativa, o sea conservadora, de hoy. Se ha querido demostrar que el arte tuvo siempre un "sentido social y político" y se han

citado, para ello, muchas obras maestras; pero en una obra de arte grande pueden, claro está, encerrarse sucesos políticos, pero no ideas políticas, es decir, que la política —como la lujuria— puede ser tema, pero no *sentido* de una obra. En realidad, a una obra de arte no se le pueden poner cosas encima, ni dentro; no se le puede prestar nada, dar nada *desde fuera.* El arte no es vestir, sino desnudar. Pero los artistas pequeños de hoy, al sentirse y sentir el arte en falta —porque si el arte no es una trascendencia no es más que un ocioso tapiz plano—, encontraron ese espléndido *añadido* de lo social que los disculpa, los justifica, los tranquiliza, conservando al mismo tiempo su gusto por el arte, y pueden incluso disfrutar en vida del agradecimiento general, puesto que los grandes Amos de hoy: las Masas, la Materia, el Presente, han sido halagados hasta el servilismo. El artista de hoy —vecino del hombre de hoy—, al prescindir de Dios, claro que ha tenido que ver el arte como una inutilidad, puesto que el arte no es otra cosa que una comunicación con El, es decir, una fe. Pero el artista de hoy, que ha querido prescindir de Dios, no ha querido, en cambio, pasarse sin el arte, sin los *placeres* del arte, y como al mismo tiempo el ejercicio puro de esa voluptuosa tapicería le resultaba demasiado inmortal, no tuvo más remedio que *rellenar* el arte con algo, con algo que no fuese sólo para él, sino para todos, que *sirviese* para todos. Pero el artista grande no tiende a lo humano, puesto que él ya es *eso,* sino a un más allá de lo humano; el arte, como vimos, no puede ser la expresión del hombre, ni una acción sobre el hombre o por el hombre, sino una prolongación del hombre, es decir, una comunicación. Como esa comunicación, esa conversación nuestra está entablada con un Silencioso, ha de ser, pues, una conversación silenciosa. Hoy se pretende, por el contrario, hablar a gritos, y está bien que así sea, puesto que ahora sólo se trata de una conversación entre hombres, entre *vecinos* que no se quieren, pero que se ayudan; esto es, según parece, lo humano. Lo divino, claro está, es otra cosa; lo divino es, precisamente, no ayudarse, no apoyarse, pero, eso sí, quererse; lo divino es quererse, amarse los unos a los otros sin ayudarse los unos a los otros, porque estar en ese amor significa haber sido rescatado a toda miseria, a toda necesidad, es decir, significa estar dentro de un orden que podría llamarse *terreno de la salvación,* algo que no es la salvación

misma, claro, porque esa palabra es Suya únicamente, y ya hemos visto que El no nos habla aquí. Hoy, que todo es fragmento, sólo se utiliza una parte, o mejor, un trozo —un trozo que así cortado no es nada— de lo cristiano: el realismo. Se imitó la conducta cristiana —de ahí todos esos paralelos monstruosos entre Cristo y algunos genios de lo material—, pero suprimiéndole su centro, su naturaleza divina. Esa conducta, esa acción pura, es decir, sola, ha quedado, pues, rebajada a una prisión miserable: lo social, o sea una especie de fraternidad vacía, de caridad organizada, de caridad sin espíritu, de caridad sin piedad. Las verdades ciegan al hombre, le tapan al hombre la vista de Dios. No es el sueño de la razón, sino la razón misma, quien produce los monstruos. Cuando el hombre encuentra una verdad, se deslumbra, y cae en la equivocación más dramática, más desamparada; por eso el sabio, el sabio puro, está en pecado siempre. Dios es la verdad, puesto que Dios lo es todo, pero la verdad no es Dios, sino tan sólo uno de sus reflejos. Esa es la ceguera de nuestros días, la ceguera de un Marx, la ceguera de un Freud, la ceguera de un Gide: terribles beatos de la verdad. Sustituyeron a Dios por verdades, pero Dios, naturalmente, no puede ser sustituído por nada; hasta lo más verdadero, al querer suplantar a Dios, se vuelve falso. Todas las verdades que han sido encontradas sin El, o suprimiéndolo, no son verdades orgánicas, legítimas, vivas. De ahí el asco del artista grande por todo lo que llamamos progreso, porque ha visto que el progreso no es nunca creador, sino inventor de una realidad, fabricante de una realidad que no es cierta, que no logra hacerse cierta, hacerse naturaleza. Por eso el arte no avanza *nunca,* y cuando contemplamos una mano azulada de Velázquez, y unos juncos chinos del siglo IX, y un torso de Fidias, nos damos cuenta de que todas estas cosas son *contemporáneas* entre sí; que no fueron eternizadas, como se ha creído, sino que no estuvieron nunca en el tiempo. El artista no viene, pues, a actuar en el hombre ni en lo que le sucede al hombre, sino a llevárselo de la historia, a devolvérselo a El. Por eso el arte grande es siempre un clima silencioso, porque ha traspasado la realidad, y más allá de la realidad no está la muerte, sino un silencio, el silencio de esa realidad, es decir, su grandeza. "Los esposos Arnolfini" de Van Eyck tiene, como se sabe, un espejo en la pared

del fondo que recoge de nuevo la escena del cuadro; siempre me pareció lleno de sentido, porque resulta una especie de afinación, de prolongación, de exageración del silencio mismo que es ya esa obra; es como darle silencio al silencio. La gran atracción que ejercen los espejos en algunos pintores se debe sin duda al carácter fijo, es decir, clásico, que adquiere la realidad allí apresada; sin dejar de ser fiel, parece haber entrado en un orden —porque la realidad es caótica—, o lo que es lo mismo, parece haber sido librada, rescatada del presente, del caos que es siempre el presente, es decir, salvada de sí misma, como en el arte. En toda obra de arte grande no pueden estar las pasiones (y menos que ninguna, la pasión del arte), sino el silencio de esas pasiones, puesto que el arte no es expresión, sino purificación; y por lo mismo que su tarea consiste en no cantar, como se ha supuesto, sino en expiar y salvar, su destino es estar siempre enamorado del pecado, de la imperfección, de la injusticia, del desorden. El arte no viene a mejorar ni a moralizar la realidad, sino, como hemos visto, a salvarla, pero a salvarla hecha pecado, es decir, no viene a ser eficaz, ni siquiera caritativo con ella, sino piadoso. Pero la Piedad, una vez caídos en ese vicio terrible de lo humano, no la comprendemos, porque la piedad no nos da nada, y ya sólo vivimos de cosas. La piedad no nos da nada, sino que nos quita, nos roba, nos roba la soberbia, no ya la soberbia que podríamos tener, sino la que hemos acabado por ser; de ahí que la piedad nos resulte hoy un insulto. Claro que el arte es un amor, pero es un amor sin pasiones, desapasionado, un amor que es casi una distancia; por eso tiene virtudes salvadoras, porque es un amor que no se hunde nunca en su realidad, sino que se separa de ella, se levanta de ella. El arte supremo ha sido siempre obra de los grandes desdeñosos. Los apasionados, los grandes expresivos —Miguel Angel, Goya, Beethoven, Van Googh, Dostoiewsky—, a pesar de su genio, nunca lograron la totalidad, porque les falta desdén; se perdieron en la pasión, y cuando nos perdemos sólo encontramos una salida: el heroísmo. Los grandes expresivos acaban siempre en héroes, pero el héroe —tan admirado por su generosidad— no salva nunca nada que no sea él; su heroísmo le salva a él, y puede, cuando mucho, servir a los otros, pero no salvar a los otros. Incluso cuando la acción del héroe resulta *provechosa* para los otros,

los hunde en vez de salvarlos, porque su superioridad no es santa, sino demoníaca. A los grandes expresivos les faltó silencio; exaltados por la pasión, quisieron decir, decir, pero sus obras magníficas resultan, al final, una especie de tartamudeo grandioso. Las obras supremas, en cambio, son obras completamente calladas, es decir, limpias.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

A PRIMERA vista, enseñar la historia presenta solamente dificultades de método. Las relaciones políticas internacionales han añadido a esto un nuevo obstáculo: la finalidad. Se trataría de utilizar las enseñanzas del pasado para evitar los desastres del presente, convirtiendo la historia en un *medio* de otra finalidad. La historia quedaría así convertida en una disciplina ancilar, *al servicio* de, — y, por tanto, sujeta a las interpretaciones estaduales o individuales de quienes la utilicen. De hecho, se ha replanteado *in integrum* toda la problemática de la historia y de su enseñanza. Ahora se requiere preguntarse ¿para qué se estudia la historia?; por ende, ¿quiénes la pueden enseñar y a quiénes se debe adoctrinar?

El asunto de *informar* se ha vuelto "adoctrinamiento". Las historias modernas conllevan, descaradamente, ciertas notas que las anteriores ocultaban con pudor. Un historiador de tendencia soviética explicará, como Max Beer lo hace con las doctrinas sociales, la evolución mundial de acuerdo con preconceptos individuales y sucesos posteriores, o sea que hará una mezcla de "a prioris" y "a posterioris" digna de poca alabanza. Un historiador fascistizante borrará de un plumazo los aportes de árabes y judíos en la historia de España y tamizará tendenciosamente las civilizaciones americanas prehispánicas. Un historiador democrático atenuará la influencia de los caudillos y cepillará los bordes de los conflictos bélicos.

En suma, nos hallamos ante un caos historiográfico. Por tanto, se requiere discutir la problemática entera de la historia. Sería pretencioso e imposible hacerlo en un pequeño boceto. Sin embargo, conviene apuntar las dificultades y algunos posibles caminos.

I

HA señalado Toynbee que el puesto de la historia es primario, con respecto a la ciencia y la filosofía. Mientras se dispone de un *número* de hechos tangibles, se puede y se debe hacer *historia*. Cuando los hechos son muy numerosos y existen entre ellos relaciones de causalidad real o aparente, se inducen las leyes y se hace *ciencia*. Cuando los hechos sobrepasan la posibilidad de contarlos, y el campo de observación

admite no sólo los hechos *innumerables* sino también lo *posible*, la imaginación adquiere su señorío y entramos en el coto de la *literatura* o del *arte*.

De aquí, el primer rasgo típico de la historia: *narrar*. Automáticamente se establece, así, que toda enseñanza de historia elemental o para edades elementales, tiene que ser *narrativo*. Aplicar "filosofía de la historia" en la escuela primaria o secundaria no haría sino contribuir a falsear el criterio del educando con inalcanzables generalizaciones.

Después de *saber* lo ocurrido se abre la etapa de la *explicación*. Puede ello ocupar el nivel superior de la enseñanza secundaria y aun el elemental de la Universidad. En ésta cabe tratar de *generalizar*, reduciendo a corrientes amplias el acaecer histórico. Por último, en ciertas asignaturas de especialización se debe simplificar, sintetizando, los sucesos, y, al mismo tiempo, enseñar métodos de investigación, lo que se denomina "historia de la historia", a través de las cuales se aprenden nociones y medios de escudriñar, compulsar, comparar y relacionar los hechos del pasado. Cuando esta tarea se convierte en lujo erudito, y tropieza con el frecuente escollo de hallar más *documentos* que *datos*, y se deleita en aquello en vez de ahondar éstos, se ha alcanzado un nivel de esterilizamiento virtuosista o historiográfico, que justifica los horrorosos clamores de Nietzsche en sus "*Consideraciones inactuales*" *(o intempestivas)*.

Hasta aquí, el asunto parece trillado, fácil, sin enredos. Los hay, y a primera vista. La trama aparece desde el primer momento. Yo he tenido que examinar alumnas de un sector de instrucción secundaria en Perú, que, uniformemente, comenzaban así su narración del "Despotismo Ilustrado": "En esa época, aparecieron para desgracia de la humanidad, unos hombres perversos, descreídos y viciosos, que corrompieron a sus compatriotas. Se llamaban Voltaire, Rousseau, Diderot. . .". No olvidaré nunca la cara de espanto que puso mi colega de jurado examinador, el doctor José M. Valega, cuando siete u ocho muchachas, en distintos turnos, nos lanzaron como cacatúas amaestradas ese vitriólico "compte rendu" tan unilateral.

Por cierto, en la segunda etapa, la de las generalizaciones, los prejuicios saltan a su guisa. El profesor socializante, conservador, liberal, fascistoide, aristocratista, populista, democrático, salan y condimentan la cazuela. Esta sabrá a lo que ellos quieran.

En la última etapa vuelven a acentuarse los elementos perturbadores. El historiógrafo colonialista enseñará a desconfiar de los datos antropológicos y arqueológicos, poniendo su alma en las libretas de servicios y escrituras de otorgamiento y toma de posesión. Y viceversa.

Hemos llegado así, por la vía de tránsito más fácil al meollo mismo del asunto: las tendencias políticas y las predilecciones individuales. ¿Pueden controlarse? De eso se trata aquí.

Hay que descartar, de entrada, la posibilidad de que lo hagan los congresos o certámenes de historiadores, tal como se llevan a cabo. De hecho, éstos están subordinados a los intereses de los gobiernos e instituciones oficiales que envían —únicos que pueden enviar— delegados. El historiador libre queda al margen. He allí un escollo serio.

¿Hay cómo evitarlo? Cuando se considera que, ante un mero incidente como la Conferencia de Guayaquil entre Bolívar y San Martín, han surgido desavenencias y falsificaciones como la protagonizada por el engañado Eduardo Colombres Mármol y el implacablemente acucioso Vicente Lecuna, y que un gobierno sudamericano clausuró una imprenta temporalmente por haber impreso el trabajo del segundo, comprendemos a lo vivo cuál es el volumen de los obstáculos. No los podrá salvar ninguna institución oficial, a menos que disfrute de libertad suficiente para alzarse sobre las limitaciones locales. La Unesco, según sus estatutos, en cuya formación intervine, tiene potestad para llevar a cabo esta empresa, pues está definida como entidad al servicio del pueblo y de las instituciones e individualidades científicas y literarias, al margen y en concurrencia con los gobiernos. A diferencia de la Cooperación Intelectual de la fenecida Sociedad de Naciones, la Unesco no es, de derecho y por principio, un organismo exclusivamente gubernamental. En la medida que la Unesco tenga presente tan ventajoso rasgo de su estructura, podrá llevar a cabo una obra como la mencionada, una de cuyas fallas consiste precisamente en el monismo oficialista de que se pretende investir tanto los certámenes históricos, como los filosóficos, educativos y literarios, igual que sus oficinas regionales, a las cuales suele alcanzar el veto de ciertos regímenes antidemocráticos, singularmente sudamericanos.

II

PERO, tanto una como otra etapa de la enseñanza de la historia se hallan amenazadas por el criterio unilateral de los enseñantes. No existe una clasificación genérica rotunda entre el historiador sociólogo, el narrador, el economista, el político. De ahí numerosas confusiones. De todos modos, como algunas de semejantes diferencias dependen de la idiosincrasia de cada cual, no queda otra solución que soslayarlas y atenerse sólo a las que, por deliberadas e interesadas, podrían evitarse. La más importante de ellas es la política.

La historia está siendo utilizada como un arma arrojadiza, *contra* alguien. Siempre ocurrió así, pero en menor escala, y sin ciertos tapujos hoy en moda. Cuando Bossuet escribía su *Discurso sobre la Historia Universal,* no ocultaba su finalidad ostensible: afirmar el derecho del monarca y, a través de él, el de Dios. Cuando se *aplica* a la historia los conceptos de Montesquieu sobre el clima, o de Rousseau sobre el "pacto social", se sabe que se está rectificando la filosofía providencialista con la observación del medio y la deificación de la voluntad colectiva. De ninguna manera podrían confundirse tan vastas concepciones, de contenido filosófico, como lo es el "materialismo histórico", en su prístina forma, no ya en el monismo mecanicista de Bujarin, con las interpretaciones políticas al uso diario. Media entre ambas un abismo. No sólo, la magnitud del problema y la ambición, sino, de modo principal, el alcance desinteresado, impersonal. Si a Bossuet se le pudiera reprochar el personalismo de su tesis providencialista, por ser Luis XIV una persona, conviene tener presente que Luis XIV encarnaba un principio secular, antes que el interés de un individuo. En el día de hoy, lo peor es que la historia se pone al servicio del interés de una persona o de un grupo de personas, sin tradición tras ellos; se convierte en "ancilla" de aventureros y golpistas, de usurpadores y explotadores, contra quienes se levanta la opinión pública a veces no sólo nacional, sino internacional. Es una historia menos que servil: concubinaria y celestina. Una historia alcahueta, a la que se debe dar audiencia en los congresos oficiales, porque ahí predomina el criterio de la convivencia *diplomática* (diverso al de convivencia humana) sobre el de verdad de hecho y proyección educativa de esa verdad pretérita sobre los sucesos venideros.

La llamada *depuración de textos de historia* constituye más bien una amenaza contra la verdad y la ciencia, que una cooperación con la ética. Por encima de todo se descarta la posibilidad de una ética que se base en un acto inmoral. Deformar lo ocurrido para satisfacción de supuestas necesidades presentes, es de todos modos una deformación, y voluntaria. No existe ciencia ni educación posibles cimentadas sobre una deformación o distorsión con plena deliberación. Falta la excusa de la pasión o del interés pasional, y aun del prejuicio filosófico, para quedar a merced de la mezquindad vigente, la adulación y el servilismo tendencioso, para fraguar una falsedad con careta de objetivismo, para inducir a los jóvenes a repetir actos que nunca ocurrieron o que se presentan trabucados y falaces a propósito.

Llamo, en suma, intromisión de la política en la historia, al injerto en ella de elementos subalternos, oportunistas y viciosos, que no

trepidan en corromper la mente juvenil para preservarse de su juicio o para valerse de su generoso y espontáneo ardor. Si un profesor de física enseñara que la ley de la gravedad es distinta a lo que es, o un matemático enseñara que la suma del cuadrado de los catetos no tiene por qué ser igual al cuadrado de la hipotenusa, el público entero protestaría indignado. El que enseña que Bolívar no cometió errores, o que San Martín fué un santo, o que Rosas fué un gobernante piadoso, o que Sandino fué un bandido, comete el mismo delito de lesa verdad.

Aunque magníficamente intencionada, la concepción *aséptica* de la historia ofrece grandes inconvenientes. Narrar sólo hechos guerreros no es sólo desmoralizante, sino, sobre todo, de pésimo gusto. Pero, narrar sólo epitalamios y églogas resulta empalagoso, falso y disgustante. A la historia no se la puede forjar como una quiera, por altos que sean los preconceptos. Tercamente se impone con su propio peso. Los niños que aprenden una historia bélica, no tienen, por fuerza, que hacerse belicosos: si un maestro sagaz les dirige, podrá hacerles sentir asco de tan inútil fragor y que, como ocurre con los exalumnos de jesuítas que no siguen demasiado de cerca la beatería, volverles enemigos de los textos, al comprobar sus yerros. Con una historia "blanca", como la que suelen aconsejar la Cooperación Intelectual, la Unión Panamericana y la Unesco, puede tenerse pie para una estupenda campaña belicista. Un profesor astuto demostrará con facilidad cómo, a pesar de tan admirables auspicios, el mundo se ha convertido en un picadero de malas pasiones.

En esencia: el *quid* (no *divino*, sino *profano*) está en el maestro. El texto vale poco ante el conductor de sus lecciones. Y es éste, el maestro, en última instancia quien constituye el peligro o la salvación, el rojo o el blanco de semejante contradanza.

III

Y ES que la enseñanza de la historia dispone de muchos elementos. El libro de texto es apenas uno de ellos. Más importantes son: el *clima espiritual* en que se vive, el *periodismo*, el *viaje* y el *cinematógrafo*.

Los periódicos (diarios o revistas) publican de continuo páginas de historia vistas según el criterio del editor. Un periódico tiene más lectores que un libro de texto, y mayor crédito, el alumno se inclina a imaginar más veraz lo que se le dice sin ánimo lectivo que lo que se le impone con espíritu magistral. Si el enseñante de historia pudiera influir en una redacción de periódico con muchos lectores, podría descansar seguro de que sus opiniones prevalecerán, no por suyas, sino

por impresas en papel periódico. De hecho, nada ha contribuído más a crear un ánimo antifascista que el periodismo. Ni los doctrinarios, ni los profesores pudieron lo que los corresponsales. La órbita de éstos abarca hoy inclusive el pasado.

Pero, existe un factor que nunca, hasta donde yo sé, ha merecido la atención de los historiógrafos: el cinematógrafo.

Sobre el periodismo se han aprobado ponencias en los Congresos de Historia, por ejemplo una presentada por el boliviano Alcides Arguedas al Congreso de Historia reunido en Buenos Aires, en 1938. Sobre el cine, nada.

El asunto encierra, sin embargo, mucha miga.

Hace unos diez años, Georges Duhamel insertaba en su libro *Défense des Léttres* sus dudas acerca del porvenir de la literatura ante los avances de la radio. Habría que extender aquella duda al campo de la historia en sus relaciones con el cinematógrafo.

El cinematógrafo es un hecho; su influencia, indiscutible; sus posibilidades temáticas, inmensurables. Cuando le falta alimento del presente, tiene que acudir al pasado. En realidad hoy es una de sus fuentes principales. Pero, la actitud del cineasta ante la historia es diversa a la del historiador y mucho más efectiva. Al cineasta no le interesa la fidelidad de los hechos sino hasta la medida en que beneficia sus perspectivas financieras. En otros términos, tiene que buscar situaciones y personajes que sean *negocio:* si faltan, pues los modifica un poco. Así andan ahora las versiones cinematográficas sobre Colón, Enrique VIII, Isabel II, Julio César, Nerón, Voltaire, Francois Villón, Lincoln, Jesse Jones, César Borgia, Juana de Arco, Chopin, Napoleón, Flaubert, Byron, Pedro el Grande, Pancho Villa, Bolívar, Albeniz, etc.

Cierto: el cinematógrafo menos respetuoso de la verdad histórica es el norteamericano. No creo que ello obedezca a que sea el más voraz, financieramente hablando, sino a que es el que tiene más semianalfabetos que servir. Un analfabeta no sólo es el que no sabe leer, sino el que sabe poco del mundo, enquistado en *su* mundo. El público norteamericano carece, en su inmensa mayoría, de emoción social; se le deben servir, por tanto, productos locales, o regionalizar los universales. Al productor de Hollywood le interesa el "público del Continente" (casi 150 millones), y éste es de un discutible nivel cultural de tipo ecuménico o valorativo. Prefiere los asuntos que pueda aplicar a sus relaciones inmediatas.

Esto, en la historia, da lugar a tremendos espectáculos. Un Cristóbal Colón anunciando su propósito de descubrir un mundo es una aberración histórica; pero así lo dice el *film* y así lo cree ahora el

80 por ciento de las amas de casa, aunque los especialistas vociferen. ¿Cuál la actitud inteligente entonces? Imitar al Papado, condenando al Index las producciones históricas de la pantalla? Absurdo. No queda sino insuflar *cierta* conciencia de mayor veracidad en la producción de *films* históricos, sin pretender convertirlos en *documentales*. Un estudio minucioso y realista del problema, ofrece, evidentemente, aperturas a soluciones también realistas.

Sobre este aspecto de la enseñanza de la historia en relación con el cine, he reunido un número de observaciones que me propongo desarrollar en otra oportunidad.

Mas, como quiera que se mire el asunto, quede entendido que las las relaciones entre el cinematógrafo y la historia son, ante todo, un *hecho*. Como tal se lo debe encarar. En la medida que la *televisión* progrese, con sus inevitables repercusiones sobre la contextura del cine, también habrá que pensar cómo utilizarla, contando, acaso, con escenarios genuinos para ciertas reconstrucciones, escenarios que reemplacen en parte al viaje.

Visitar los lugares más famosos de la historia es uno de los medios efectivos de compenetrarse de ésta. Soy de los que creen que nada sustituye al contacto inmediato. Los viajes enseñan no sólo por sus explicaciones, sino hasta por simple olfato. Ver, palpar, oler, oír —aunque sea de primera intención supera a muchas lecturas. Ninguna descripción podrá reemplazar los efectos de una gira por los grandes escenarios del pasado. He oído decir a ilustres intelectuales, después de conocer el Museo Arqueológico del Perú, en Magdalena Vieja (Lima), o las ruinas de Sacsahuamán en el Cusco, que todos sus conceptos sobre la historia americana habían quedado demolidos. Que su fe en la supremacía incontestable de la cultura europea de aquellos siglos había entrado en revisión, al compararla con las maravillas de tela, cerámica y piedra de aquella civilización milenaria. En el cuadro de culturas de Spengler y Toynbee hace falta insertar el fenómeno maya y pretonazca. Toynbee sorprende algunos de los secretos mayas, a través de los trabajos de Morley, pero, cuanto a Perú, permanece con varios siglos de retraso, pues sólo revela cierto conocimiento de la cultura de los Incas, quienes, está probado, representaron la etapa decadente de la vieja civilización peruana.

Pero, el viaje es costoso. La televisión y el cinematógrafo le suplen aunque en parva medida. Si la Unesco organiza decisivamente sus cuadros de técnicos pedagógicos y utiliza nuevos métodos para descubrir y revaluar el pasado, es forzoso que deba considerar un plan realista y *de masa* para poner a disposición de los estudiantes de historia,

elementos tan necesarios como los arriba enumerados, al par que deberá entrar a discutir la forma como intervienen en la divulgación de conocimientos y *sensaciones* históricas en la actualidad, el cine, las agencias de turismo y la prensa.

IV

Por lo común, constituye una especie de "vicio" historiográfico enfocar los hechos históricos desde un ángulo de inicial y sistemática especialización. Conviene reflexionar al respecto. Una vez más citaré a Toynbee, tanto por su altísima autoridad, cuanto porque concuerda con el concepto que, después de veinticinco años de enseñar historia en escuelas de educación secundaria, "Colleges" y en la Universidad, me he formado, prácticamente, al margen de teorías.

En pocas ramas de la investigación se aplica más cabalmente el precepto de que el árbol oculta la visión del bosque. La contemplación y análisis de lo particular desvía, a menudo, al historiador de sus grandes deberes; tratando de apurar hasta las heces sus conocimientos acerca de un episodio determinado, olvida que todo episodio forma parte, como engranaje minúsculo de una maquinaria mayor, y que el criterio histórico se forma sobre éste, no por aquél ni para aquél.

En la ciencia el método inductivo es fundamental, porque en ella los sucesos se encadenan para formular una ley y se formula la ley con el objeto de servir o demostrar algo. En la historia no. El objetivo principal es abstracto, y sin embargo en casos particulares muy concreto: la verdad. La verdad por sí misma. Además, ninguno de los numerosísimos —pero siempre numerables— episodios de la historia se ha repetido ni se repetirá nunca. De ahí que convenga contemplar la historia como conjunto, aunque más no sea que como pequeño conjunto, antes que como hecho aislado. Este último se desprenderá de aquél, pero sin dejar de conservar su tono de circunstancias. Si, como dice Ortega, la esencia de la filosofía está contenida en la fórmula: "yo y mis circunstancias", la Historia es "este hecho dado y sus circunstancias", de suerte que uno y otro andan como la carne y el hueso, en íntima unión, y no se puede desprender el hecho de su circunstancia, sin que aquél deje de ser lo que es; o, de otro modo, el hecho histórico es como es en la medida en que se dan las circunstancias en que se dió; y como tales circunstancias no se repiten jamás, el hecho histórico no se repite nunca (ciencia fallida); y como sin las circunstancias el hecho histórico deja de ser lo que es, no se lo puede analizar aisladamente, valiéndose de ninguna campana neumática de pensamien-

tos o prejuicios, sino que se lo debe considerar en su conjunto; la flor, su tallo, su raíz, el trozo de tierra en que está plantada, el agua de que se nutre la tierra, el abono que robustece la tierra.

En los laboratorios científicos, se ensaya un fenómeno que se producirá *a posteriori* en la realidad viva, fuera del laboratorio; en el estudio de la historia, ocurre al revés: primero actúa la realidad viva; después viene la operación de laboratorio que allí termina, salvo cuando el estudio de la historia *deviene teoría política, teoría económica, historia social,* en todo caso, historia con adjetivo.

Todo lo cual conduce a algo muy simple: puesto que no existe hecho sin *su circunstancia,* ¿cuál es la circunstancia primordial del hecho histórico?

Dos son los cuadros o categorías circunstanciales dentro de los que se desarrolla todo hecho histórico: espacio y tiempo. Como el uno no puede actuar sin el otro, se ha convertido este binomio en algo unitario: el espacio-tiempo. No se trata de un concepto absolutamente nuevo: nada lo es, en absoluto. La dialéctica funciona en virtud de admitir la renovación permanente a base de ciertos supuestos. Cuando Engels declara en su "Antidühring" que no se pueden aplicar las mismas normas ni viven el mismo tiempo histórico, el inglés industrial de Londres y el salvaje de la Tierra de Fuego, no hace sino pespuntar el tema que Einstein desarrollará con maravillosa claridad en el campo de la física, y que Henri Poincaré había bocetado ya en el de las Matemáticas. De ello inferirá Toynbee su gimnástica de la historia, y de ello extraerá sus datos esenciales Haya de la Torre para plantear, con singular agudeza, el cuadro del espacio-tiempo histórico aplicado a la vida americana, es decir, una posición relativista respecto a los acaeceres colectivos.

Si tal espacio-tiempo histórico existe; o sea, si se lo presupone como campo necesario para conjugar las contradicciones y aparentes anacronismos y desasimilaciones en que vive toda época, sin excluir la nuestra, conviene tenerlo en cuenta para establecer que no se debe dar carácter de prevalencia absoluta a ningún criterio monista, sea doctrinal o geográfico, para juzgar la historia. En otros términos, juzgar el hecho asiático y el americano ciñéndose estrictamente a la mentalidad y terminología europeas, conlleva una falacia de principio. Para ilustrar mejor el caso, apelaré a una cita superficial, pero efectiva de Haya de la Torre: cuando hablamos del "Lejano Oriente" (Far East) para designar al Japón y la China, cometemos un error irredimible; para nosotros, americanos del Pacífico, el Sol se pone, como para todos, en Occidente, precisamente allí donde están Japón y China,

o sea que lo que es "Lejano Oriente" para Europa, es "Lejano Occidente" para los peruanos, chilenos, ecuatorianos, colombianos, etc. Igual ocurre con el término "feudalismo" y con el de "Nuevo Mundo". Cuando llegó Colón a nuestro territorio, éste era ya un Mundo Viejo, con civilizaciones magníficas por muchos conceptos, antiguas con miles de años de antigüedad. Se trataba de un Nuevo Mundo para el europeo, pero para nosotros era Europa el Nuevo Mundo. Tampoco conviene usar ciertos términos equívocos y ambivalentes como el de americano y europeo. ¿Fueron europeos, acaso, Heródoto, Polibio, Xenofonte y aún, a ratos el mismo Tácito? ¿Existía plenamente Europa cuando Colón *tropezó* con nuestro continente?

Se dirá, y se dice, que tales argumentos demuestran más ingenio que eficacia; que las diferencias verbales pierden importancia ante la comunidad de los hechos; pero cuando dicha comunidad no existe, sólo queda en pie el fugaz brillo de las palabras, constituídas en peligrosas *ídolas,* en las cuales se ha operado el elocuente fenómeno de trocar el contenido por el continente. Después de todo, cada palabra existe porque significa algo. Una palabra sin sentido se convierte en exclamación o voz onomatopéyica. De ahí que no esté demás considerar el uso de un *vocabulario limpio de equívocos* y voces inaparentes. Que se recomiende un léxico histórico al margen de todo error derivado de prejuicios, malentendidos, confusiones o propósitos extrahistóricos.

V

En lo que corresponde directamente a la historia americana, se hace indispensable recomendar a los profesores cierto acuerdo básico acerca de algunos sucesos, que enumeraré sucintamente:

a) Cuidar de no usar el término "Nuevo Mundo", que corresponde a una falacia científica y a un prejuicio cultural;

b) Limpiar el vocabulario geográfico de errores y equívocos como el de "Lejano Oriente" por "Lejano Occidente" según los casos, y reemplazarlo por un término más concreto y preciso;

c) Homologar las viejas culturas americanas, anteriores a los Imperios Inca, Quiché, etc., con las culturas africanas asiáticas y europeas de la misma época;

ch) Reconsiderar el contenido del término "cultura occidental" y "cultura latina" en atención a nuestros posibles antecedentes orientales e hispanoindígenas;

d) Revisar la idea que sobre viajes anteriores a la llegada del europeo se realizaron en nuestro continente, tomando como ejemplo

las consecuencias de la teoría de Rivet sobre el origen polinésico de nuestra raza, y las de expedición noruega del "Kon Tikki" (1947) que probaría la tesis inversa; extender esta idea a casos análogos; revisar las crónicas, etc.

e) Interpretar el fenómeno del caudillismo dentro de las "circunstancias" de tiempo y espacio americanas, así como revaluar la idea de formaciones nacionales y estudales en América, según sus indicadas circunstancias;

f) Interpretar la Revolución emancipadora a la luz del desarrollo social económico del continente, y no sólo de las doctrinas en boga en Estados Unidos y Europa;

g) Analizar el fenómeno del indio sin estúpidos prejuicios racistas, señalando sus orígenes, su actualidad, sus relaciones, sus posibilidades; su contenido étnico, social e histórico; su contenido cultural, etc.

h) Forma sui generis del feudalismo en el continente, y sus supervivencias;

i) La distorsión americana, donde el capitalismo nativo puede convertirse temporalmente en factor de liberación, y en donde el imperialismo, lejos de ser una etapa subsecuente a la instalación del capitalismo, resulta una de las condiciones para que este último aparezca;

j) Importancia de la ecuación tierra-habitante: mucha extensión, poco poblador; consecuencias económicas y políticas;

k) El fenómeno democrático foráneo y su correspondiente etapa de antidemocracia local: razón, consecuencia, perfiles.

Todo esto, y lo que no se enumera, que es lo más rico y fecundo, significa algo muy simple: la enseñanza de la historia posee una problemática sobresaturada. Nietzsche escribía en su mencionado ensayo: "la enseñanza sin la vivificación, la ciencia que paraliza la actividad . . . la historia, *superfluidad* preciosa de conocimientos y *artículo* de lujo" . . . Claro está: se refería al eruditismo alemán, al historicismo alemán de su tiempo, especie de posesión y disfrute feudal del dato raro para lujo del descubridor y detentador. Mas, de todos modos, cuando apunta que "toda acción exige olvido", y por tanto "el exceso de estudios históricos es nocivo a los que *viven*", dibuja el tema central. Hay que enseñar la historia *para vivir* y *a los vivientes*. No como lujo: como comprobación, lección, inspiración y disciplina. Si la historia, según Nietzsche es activa, y aspira; es conservadora, y venera; es sufriente, y necesita de consuelo; en otras palabras, si la historia puede ser considerada (a) monumental, (b) anticuaria y (c) crítica, de ello deriva algo muy propio y sencillo: la enseñanza de la historia se vincula no

sólo con los hechos mismos que constituyen su bagaje, sino también con el sujeto y la sociedad que contemplan, valoran, imitan o repudian aquellos hechos. Su vinculación con la ética y la vida pública no se puede negar. Lo cual, si bien es también "un hecho", no obliga a someter dicha enseñanza a los vaivenes del belicismo y el pacifismo, a los impulsos del socialismo y el capitalismo, a las exigencias del clericalismo y el ateísmo, sino que, por la misma razón, requiere una amplitud de criterio y de consulta como ninguna disciplina de cuantas constituyen el acervo de la cultura humana.

Luis-Alberto Sánchez.

Presencia del Pasado

LAS PINTURAS DE ATETELCO EN TEOTIHUACAN

Por *Agustín VILLAGRA CALETI*

DESDE el año de 1940 y con fondos de la Fundación Viking, el Instituto Nacional de Antropología e Historia ha explorado, fuera de la zona de los grandes monumentos, diferentes lugares de Teotihuacán, encontrando antiguos edificios pintados.

Primero fué en Tepantitla, un lugar situado al oriente de la Pirámide del Sol, donde accidentalmente aparecieron unas pinturas en tonos rojos, que representaban al dios Tláloc. Desde entonces se iniciaron exploraciones sistemáticas, fuera de la zona arqueológica, habiéndose localizado tres grupos importantes de edificios pintados, que son: Tepantitla (lugar de paredones), Tetitla (lugar de piedras) y Atetelco (en la piedra junto al agua).

En Tepantitla, además de las representaciones de Tláloc antes mencionadas, se encontraron innumerables fragmentos, habiéndose logrado reconstruir gran parte de un mural. El doctor Alfonso Caso, en un estudio publicado en esta Revista, lo identificó como el Tlalocan.

Con anterioridad, mi intervención en las exploraciones arqueológicas había consistido solamente en la copia de las pinturas, pero en este caso, habiéndose encontrado muy rotas las paredes pintadas, tuve que empezar por reconstruirlas para poder trabajar.

El señor Santos Villa Sánchez, empleado de la zona, resultó un magnífico colaborador. Como experto albañil, pronto solucionó los problemas que de su oficio se presentaron en el trabajo y desde entonces me ayuda en la restauración, limpieza y consolidación de los murales prehispánicos de Teotihuacán y de otros lugares de la República, como son Tamuín, en San Luis Potosí y Palenque, en Chiapas.

En la copia de estas pinturas de Tepantitla me ayudó el pintor don Mateo Saldaña, dibujante, como yo, del Instituto de Antropología.

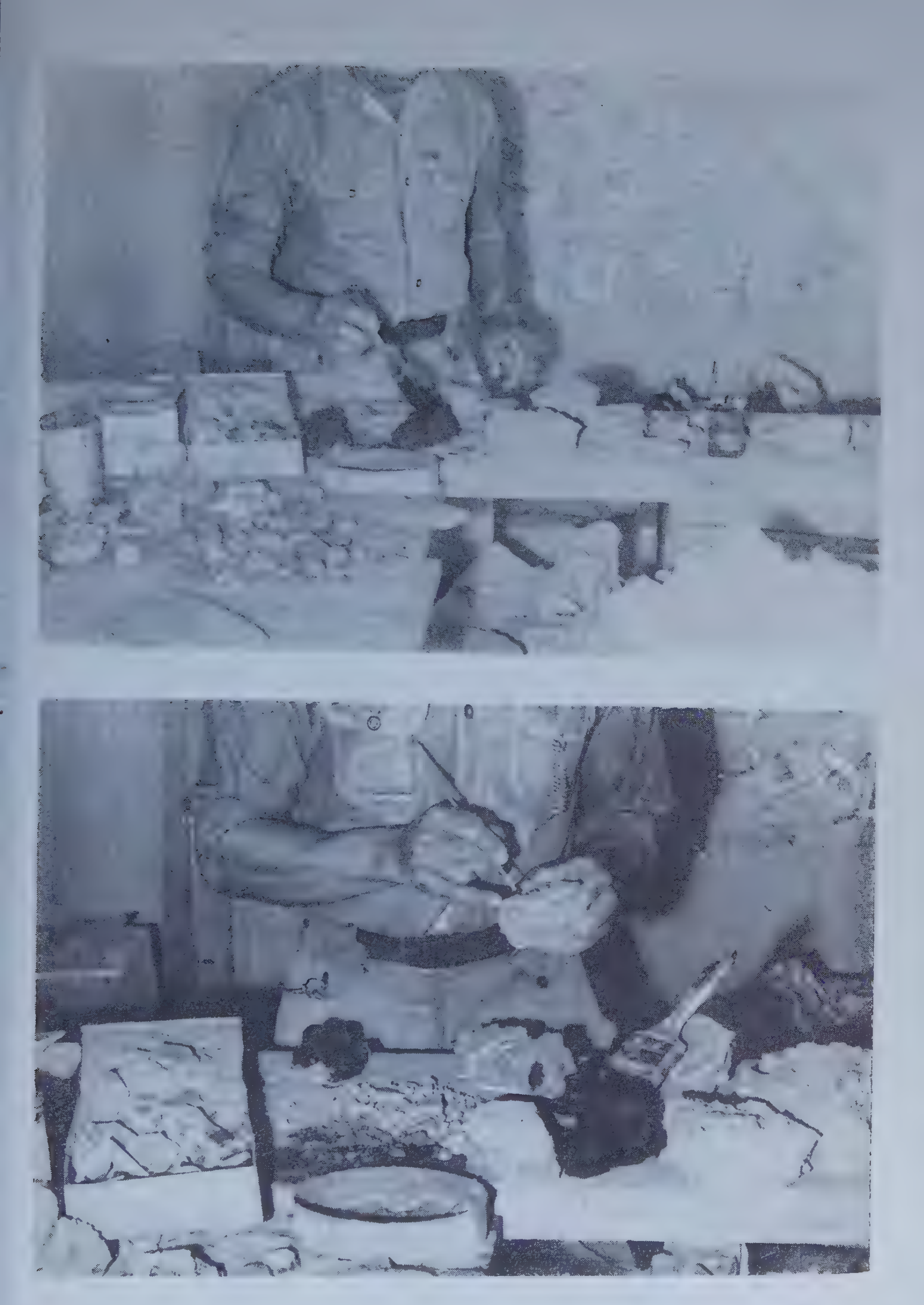
En Tetitla se localizó el segundo grupo de edificios con pinturas. Se conocía una parte de éstas que había publicado la revista "Zeta" en el año de 1940, y aunque allí se decía que se trataba de una pintura de Teotihuacán, no se indicaba el sitio exacto de su ubicación. Un día le mostraron al señor Saldaña un fragmento de un muro pintado y él lo identificó, por su dibujo, como del mismo estilo del que había aparecido copiado en la citada revista.

Localizado el sitio de donde provenía el fragmento, se procedió a explorarlo, habiéndose encontrado muchos muros pintados y trozos en gran cantidad. Procedimos inmediatamente a calcar aquéllos y a consolidar éstos. La consolidación consiste en aplicar cemento por la parte de atrás a los fragmentos, lo cual los protege en el constante manejo a que tienen que estar sujetos durante el proceso de restauración (figs. 1 y 2).

Mientras realizaba este trabajo tuve informes de que en un lugar cercano había otras pinturas. Era un sitio con grandes hoyancos, en uno de los cuales existía parte de un muro en el que estaban pintados dos tigres. En el terreno se veía gran cantidad de material de construcción arrancado a los edificios sepultados. En los escombros encontramos una cantera que tenía varios discos tallados y pintados de color rojo y en otra de sus caras varios huecos de forma rectangular y de similar tamaño. Por los discos parecía tratarse de una cornisa, pero los huecos nos desorientaron e impidieron que supiéramos positivamente de qué se trataba, hasta que más adelante y por casualidad, como sucede muchas veces en la arqueología, dimos con el significado de ellos.

Los arqueólogos del Instituto se encargaron de las exploraciones; primero el señor Pedro Armillas y después el señor Carlos Margain, habiendo sido éste quien puso el nombre de Atetelco al lugar.

Las exploraciones en Atetelco se iniciaron en 1947, llevando descubiertos hasta la fecha dos patios, siendo el más pequeño, del cual publico la planta, (fig. 4), el que es materia de este estudio. Consta de tres templos con un pórtico cada uno, que miran al patio. Para mayor claridad en la explica-



Figuras 1 y 2.—Arriba: Consolidando los fragmentos de pintura.—Abajo: Numerando los fragmentos.—Fotos Leonard.

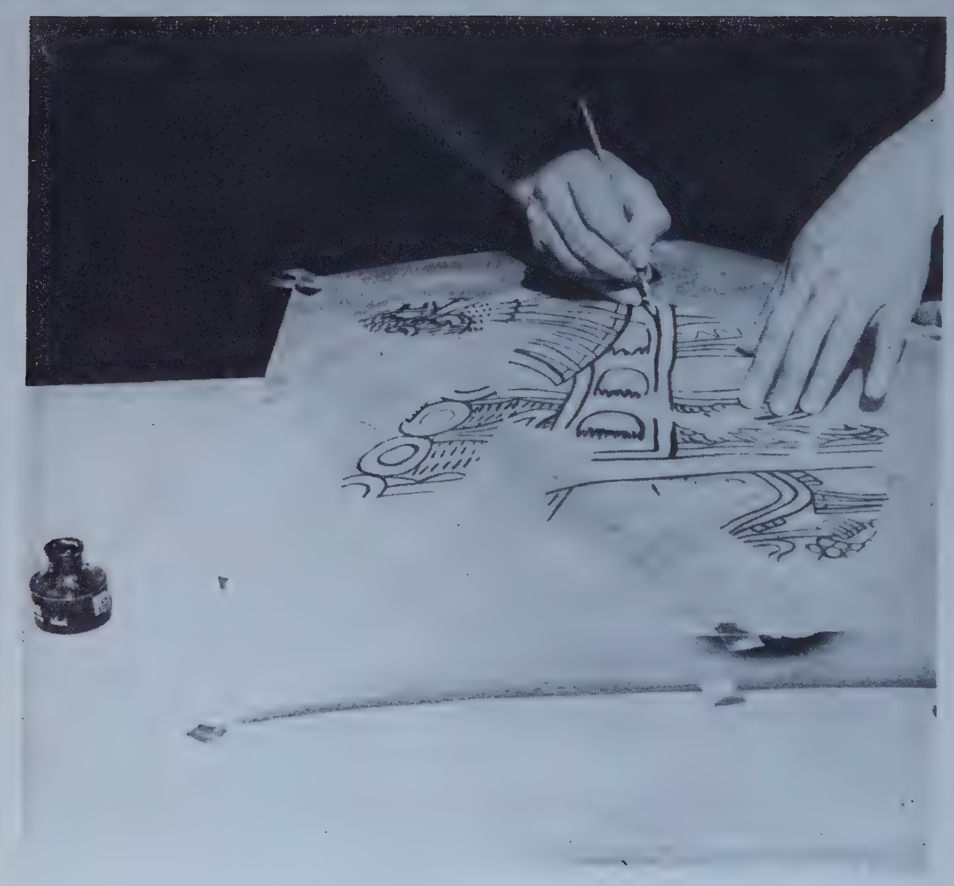


Figura 3.—Calcando.—Foto Leonard.

ción he numerado los pórticos en el orden en que se fueron descubriendo.

Esta construcción la encontramos cortada y rellena de escombros, sepultada por una estructura posterior. El reconocimiento por medio de túneles nos mostró las paredes pintadas y en el enorme núcleo de tierra que cubría el patio encontramos innumerables fragmentos, también pintados. Al ver tal cantidad de material decorado tuve la impresión de que se podrían reconstruir los murales y pusimos manos a la obra.

Se quitó el piso que estaba cubriendo la construcción y se exploró con el mayor cuidado para recoger todos los pedazos que tuvieran vestigios de pintura. Una vez hecho esto se procedió a consolidarlos, operación descrita en uno de los párrafos anteriores.

La decoración que se veía en los fragmentos, aunque parecida, no era idéntica en todos ellos, lo cual me sirvió para agruparlos según su dibujo. Inicié el estudio por el grupo

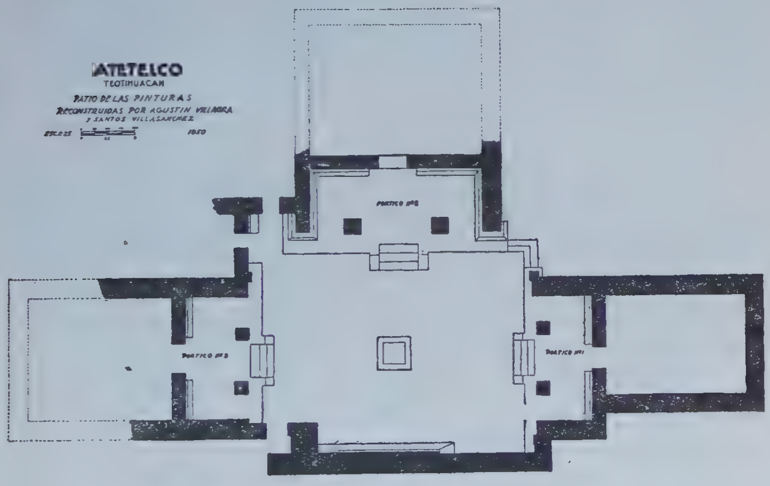


Figura 4.

más numeroso que resultó ser el del pórtico del templo número dos. Teniendo cuidado de numerarlos, calqué los pedazos más grandes y así me fuí dando cuenta del dibujo del mural (fig. 3).

Después, un estudio del muro Este del pórtico dos me hizo ver que se componía de dos taludes, un tablero, una moldura realzada que enmarcaba éste y una puerta de acceso al templo (fig. 5). Tenía como dimensiones conocidas el largo del muro,

la altura de los taludes (donde también hay figuras de tigres) y el ancho de la moldura; pero faltaban la altura total del muro y la de la puerta.

El decorado del tablero me lo sugirió el estudio que hice de los fragmentos que calqué y lo confirmé por el dibujo de red que tienen en el cuerpo dos de los tigres del talud.

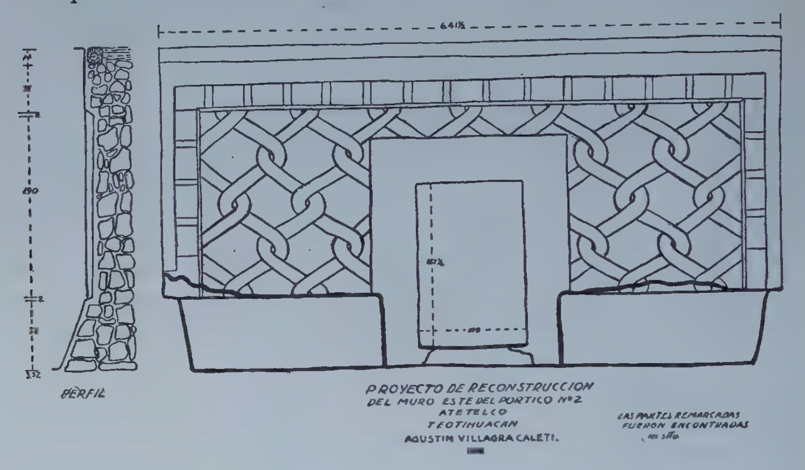


Figura 5.

El dato para el reparto del dibujo en sentido horizontal lo tenía en los fragmentos de tablero, pero en sentido vertical no había ninguno. Apoyándome en que los muros de Tepantitla tienen una altura de 3.50 metros, calculé la misma para esta construcción, la cual coincidió con bastante exactitud con el decorado.

El dibujo del tablero figura una red estilizada y por un fragmento que encontré en su sitio, supe que empieza con un entrelace. Repitiendo la figura dos veces me dió un total de 3.32 metros. Añadiendo otra figura en sentido vertical hubiera dado una altura inusitada en este tipo de arquitectura, por lo que quedó en dos rombos la decoración.

El alto de la puerta se fijó muy aproximadamente. El listón rosa que divide su marco del dibujo del tablero, lo coloqué tapando el primer entrelace empezando de arriba. El espacio que quedó entre la moldura horizontal y el marco de la puerta me pareció el más lógico, pues el haber subido el marco para dar mayor altura a la puerta hubiera sido causa de que quedara demasiado cerca del dibujo de la moldura, detalle de

mal gusto que no estaría de acuerdo con el resto de la decoración. Por otra parte, hay en esta misma construcción un ejemplo auténtico de una puerta de menor altura.

Los fragmentos de la moldura en la parte horizontal dieron el ancho de ésta y el dato de que una viga remataba los muros y recibía los morillos que formaban el techo. En cuanto

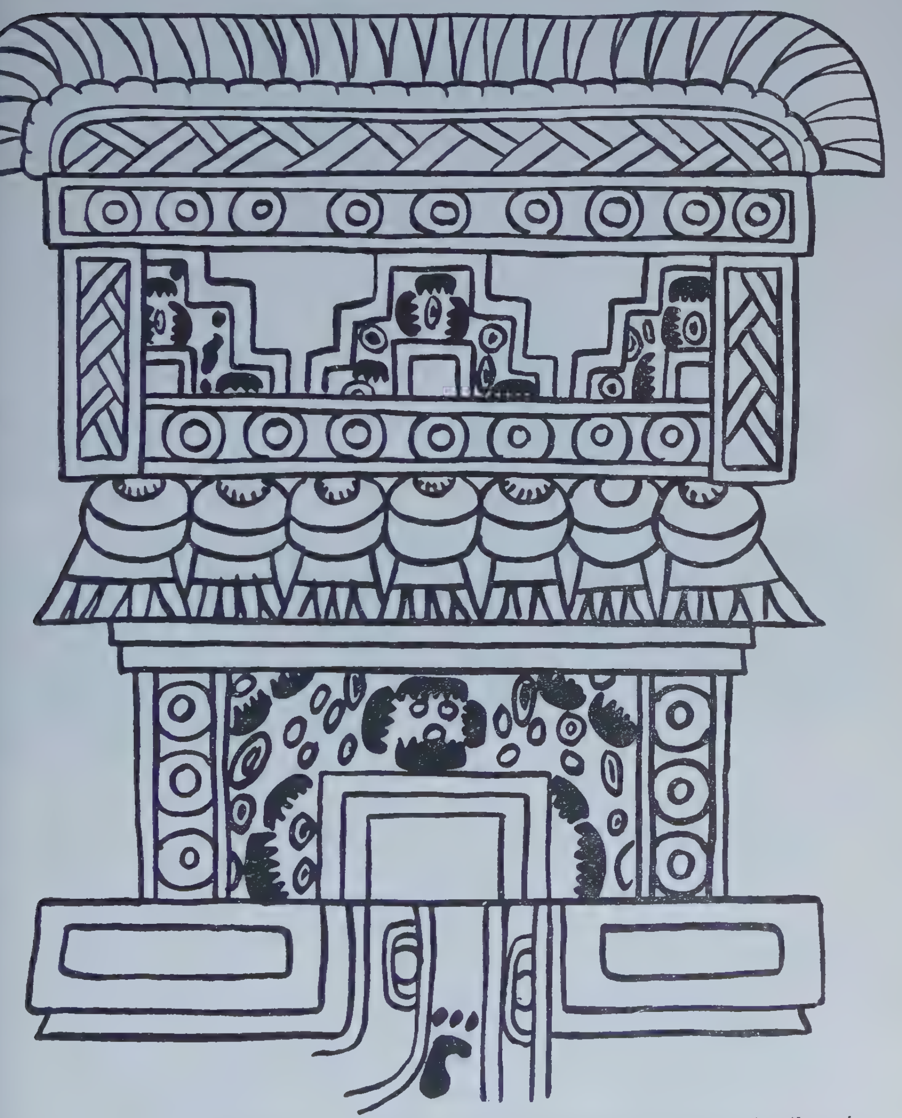


Figura 6.—Representación de un templo en una pintura de Tetitla, Teotihuacán.

al peralte de la viga, establecimos su dimensión por los fragmentos de barro que cubrían los citados morillos.

Pusimos a este pórtico un techo de concreto con el fin de proteger las pinturas.

El dibujo de la figura No. 5 está hecho con las medidas que he especificado en los párrafos anteriores.

Investigando en las representaciones de los templos, en códices y pinturas, encontré que están coronados de almenas y que tienen una franja de discos como cornisa, según se puede ver en la pintura de Tetitla (fig. 6). Ya me referí a una cantera con discos que había visto en este lugar (fig. 7), y la ca-

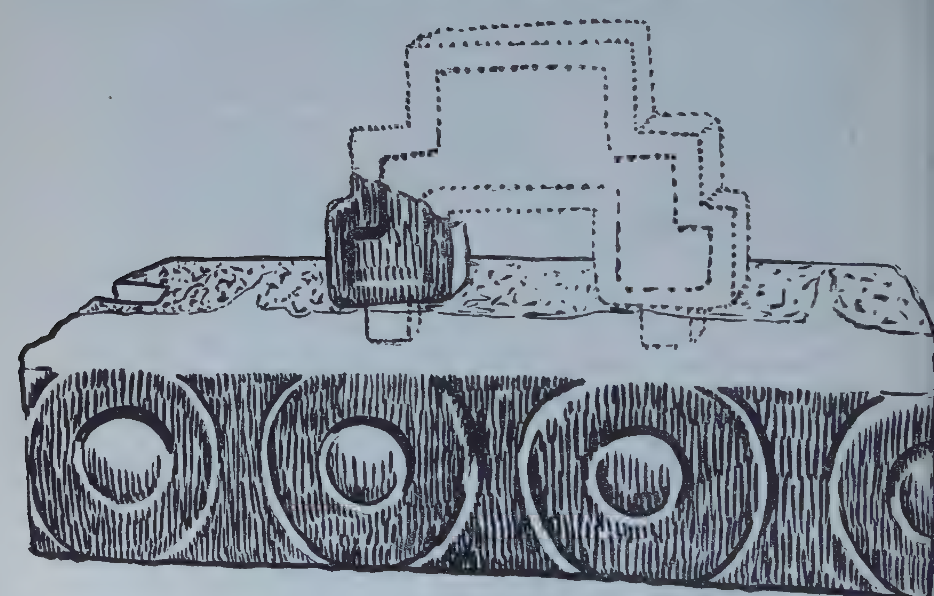


Figura 7.—Fragmento de cornisa.

sualidad que mencioné anteriormente hizo que mi ayudante encontrara en la casa del antiguo dueño del terreno, varios fragmentos de cornisa y dos almenas, uno de los cuales se empotraba perfectamente en las perforaciones rectangulares de la cornisa ya conocida (fig. 8).

De este modo pude dibujar el aspecto primitivo de los templos con el remate del edificio que, con los elementos hallados quedó igual al de la pintura de Tetitla (fig. 9).

Para reconstruir la decoración se hizo un dibujo muy detallado a tamaño natural, colocándose las calcas en donde por

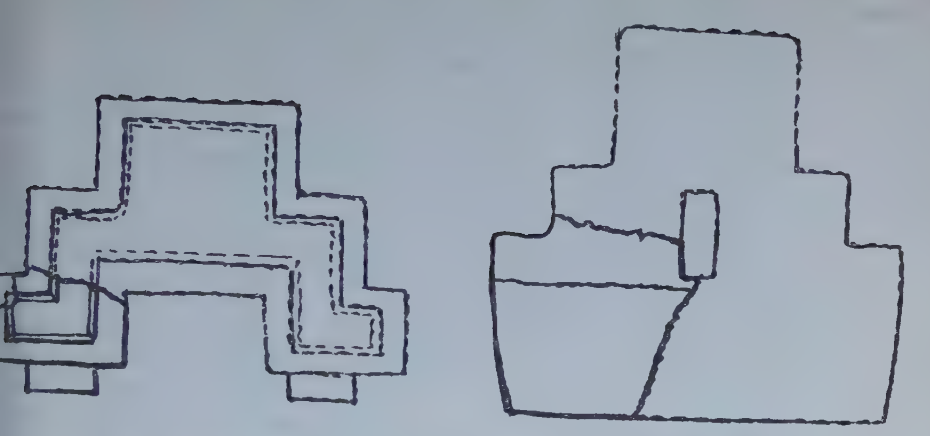


Figura 8.—Reconstrucción de las almenas con los fragmentos encontrados.

su diseño pudiera corresponderles y cuando la mayoría estuvieron en su lugar, se calcó el conjunto señalando los fragmentos originales (figs. 10 y 11). Reduciendo esta calca a la tercera parte de su tamaño se utilizó para hacer una copia en color en la que queda bien diferenciado lo auténtico de lo reconstruído (fig. 12).

En Tepantitla está el Tlalocan; en Tetitla las figuras de Tláloc y la representación de los sacerdotes de las cuales publico una de mis copias en donde se ve un tigre con su traje de red, llevando en una mano una sonaja con plumas y en la otra un escudo muy adornado. De las fauces del animal sale una voluta de la palabra adornada de jades, caracoles y conchas y de la mano que lleva la sonaja arranca una corriente de jades y pequeños objetos del mismo material. Todo el personaje está emplumado y se hinca sobre un camino de tierra y agua, teniendo delante un templo, también emplumado. Como fondo a esta escena hay bandas inclinadas con ondulaciones y con franjas en forma de picos que me parece representan la lluvia. Esta escena se refiere a la ceremonia que hacían los sacerdotes para pedirle agua a Tláloc, dios de la Lluvia. Sahagún dice que aquéllos se dirigían al templo vestidos con "una a manera de red, agitando una sonaja y que en eso se pasaban todo el día". Esta es, en términos generales, la interpretación que doy a unas de las pinturas de Tetitla y que ilustra muy bien el tema que voy a tratar (fig. 13).

Aquí en Atetelco la decoración también corresponde al culto de Tláloc. El estudio que en seguida presento no dejará lugar a duda.

El mural de Atetelco está realizado solamente en tres tonos de rojo indio y al fresco: un tono está dado con el color puro; otro, mezclado con cal y el tercero está rebajado con agua, dando un color rosa muy claro.

El porqué del color rojo de la decoración queda explicado en las siguientes frases del Canto a Tláloc, recogido por Sahagún y traducido por el doctor Eduardo Seler: "Mi dios (o mi sacerdote) se ha pintado de color rojo obscuro con la sangre (de la víctima)".

En cada talud del muro aparecen dos tigres; van emplumados y dos de ellos, como ya señalé, tienen pintada la red en el cuerpo; de sus fauces salen volutas con gotas de agua y también el signo de la palabra. Enmarcando estas figuras hay dos franjas formadas por dos cuerpos entrelazados de serpientes, con cabezas, garras y colas de tigre.

En el comentario del doctor Seler al Canto a Tláloc recogido por Sahagún, queda aclarado el significado de esta parte de la decoración: "Ocelocoatl aya lo traduce el comentario por oceloquacuilli, "sacerdote jaguar". Ocelocoatl, como se ve escrito aquí, sería "serpiente de jaguar"; pero no es improbable que ocelocoatl sea tan sólo ortografía insólita, usada en lugar de oceloquatl u oceloquaitl, y esa podría, en efecto, ser expresión para los sacerdotes principales. Mas, por otra parte, recuerdo que la cabeza de culebra que trae como máscara la diosa del Agua, va siempre acompañada de una oreja de jaguar en el códice Fejérváry-Mayer. Por esta razón es asimismo creíble que "culebra de jaguar" sea el nombre de un ente mítico que representa el agua o al dios de la Lluvia, y con el cual se significaría aquí, en tal caso, el sacerdote supremo del dios de la Lluvia".

En el tablero hay pintada una malla de red, de dibujo geometrizado para adaptarlo como motivo decorativo; los hilos que la forman están emplumados, material lujoso, y llenos de pequeños círculos y óvalos que representan "chalchihuites", indicando con esto que no se trata de una red común y corriente sino de un objeto precioso. Después, dentro de los claros de la red, hay pintados unos personajes que ven al centro del tablero. Tienen un gran penacho con una cabeza de ave al fren-

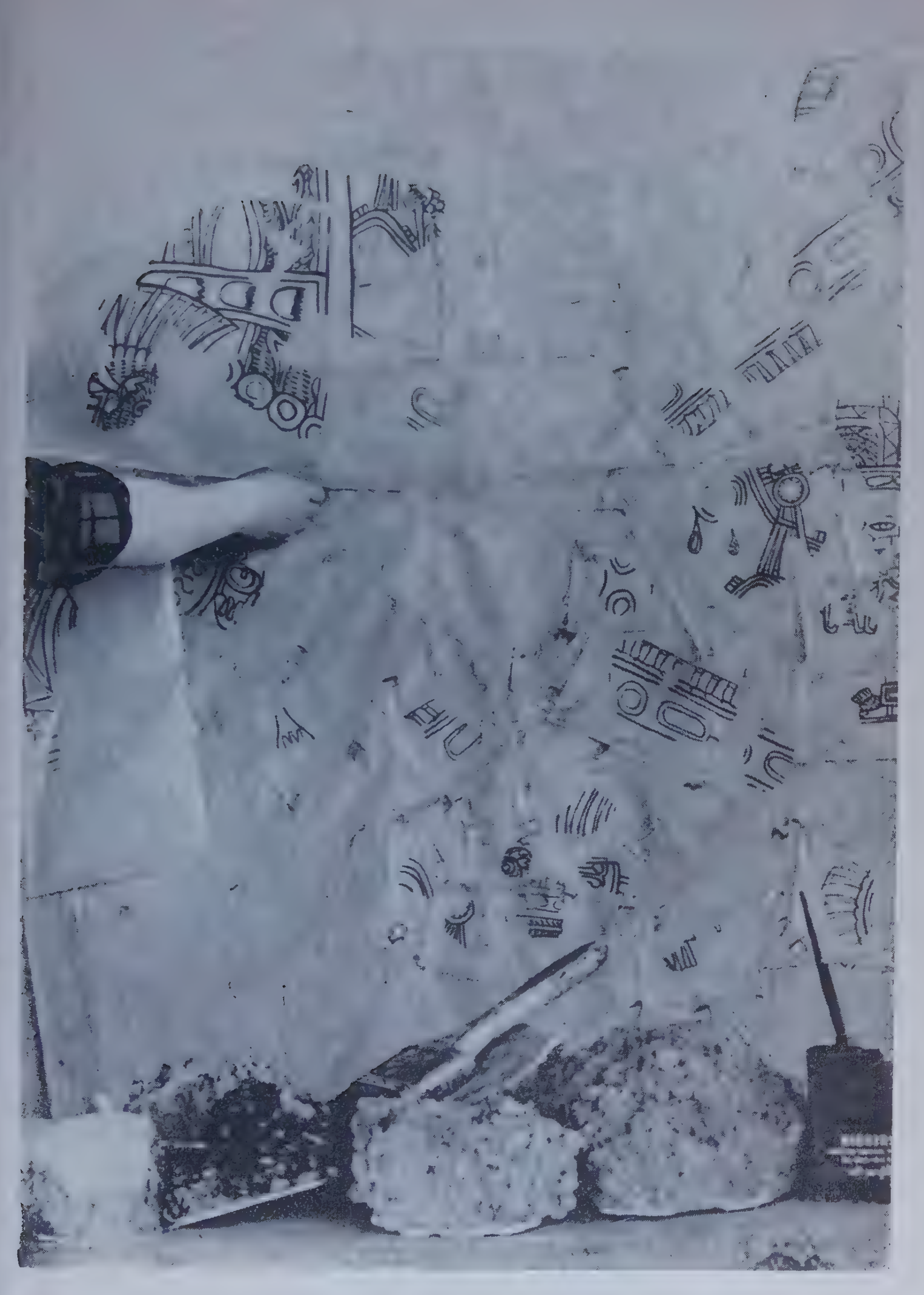


Figura 10.—Colocando las calcas en su lugar.—Foto Leonard.

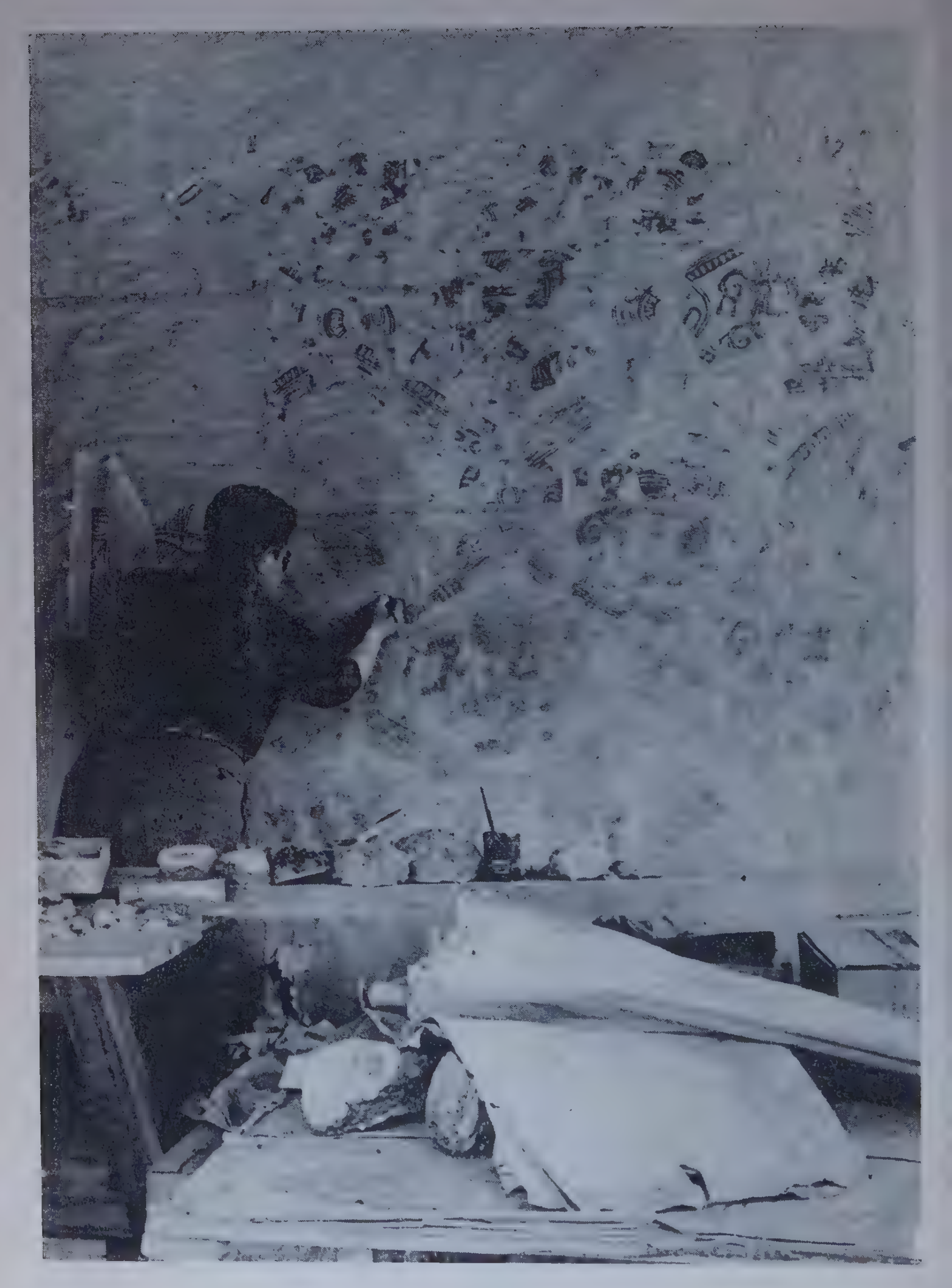


Figura 11.—Colocando el conjunto.—Foto Leonard.



Reconstrucción de la pintura del pórtico Nº 2.

Figura 12.

te; llevan nariguera con dientes; con una mano sostienen un báculo de sonaja y con la otra un escudo emplumado con una red en medio, del que sobresalen flechas. Al frente, colgado en el pecho, llevan un gran caracol; su vestido tiene flecos de plumas y calzan lujosos cactles.

En el Canto a Tláloc se cita a Naualpilli y en la descripción que de él hace Sahagún, como dios de los talladores de piedras preciosas, se encuentran nombrados algunos de los atributos que lleva nuestro personaje: "Al que llamaban Naualpilli, ataviábanle y cortábanle los cabellos desiguales y mal cortados, y espeluzados y crenchados; poníanle en la frente una lámina de oro, delgada como papel; poníanle unos zarcillos de oro en las orejas; poníanle en la mano derecha un báculo aderezado de plumas ricas, y en la otra una rodela como de red hecha, y en cuatro partes tenía plumas ricas mal puestas; también le vestían una jaqueta tejida de blanco y colorado, con rapacejos en el remate de abajo; poníanle unas cotaras coloradas", y Seler, al traducir el mismo canto, dice: "Asimismo tendremos que tomar el Naualpilli de nuestro Canto a Tláloc no simplemente como dios de la lluvia, sino como tal en su especial papel de generador de la vegetación, de productor de frutos campestres".

En resumen, creo que esta figura puede identificarse como un sacerdote de Tláloc o por lo menos como un personaje relacionado con este dios.

La moldura que limita el tablero tiene una decoración similar a la de las franjas del talud: dos serpientes entrelazadas. Pero aquí, los cuerpos de las serpientes terminan en el centro arriba de la puerta, en una sola máscara de Tláloc, pintada de frente. Además alternando con las patas de tigre, hay diez caras del citado dios. Bordea toda esta franja una hilera de plumas.

Del dibujo del marco de la puerta fueron pocos los fragmentos encontrados; sin embargo, se pudo llegar a reconstruir con bastante exactitud la parte vertical porque algunos de dichos fragmentos ensamblaron con los del tablero. En este marco están representadas cabezas de perfil con elementos de serpiente y tigre. La restauración de la parte horizontal de este marco es muy insegura, pues sólo un pequeño fragmento, que es el que está en el lado izquierdo entre el collar de la ser-

piente y la punta del listón, me pudo dar una colocación aceptable.

A pesar de las fallas que pueda tener esta reconstrucción, ha sido una gran enseñanza para mí y en términos generales creo haber restaurado su aspecto original.

La realización plástica de este mural es de gran refinamiento. Respecto a colorido nos enseña cómo los pintores teotihuacanos, utilizando un solo color, podían realizar decoraciones de gran belleza y cómo con tres tonos lograban exquisitas armonías. En cuanto a formas, escogieron dentro del complicado vestuario religioso un sencillo tejido de red, sacándole el partido más justo para una decoración mural. Lo geometrizaron y llenaron sus espacios con la figura del sacerdote del culto a Tláloc, uno de los viejos dioses teotihuacanos, y lo enmarcaron con diferentes elementos religiosos en un maravilloso alarde de equilibrio.

EL FRACASO EDITORIAL DE LA OBRA DE FRANCISCO HERNANDEZ

Por *Germán SOMOLINOS D'ARTOIS*

El hombre intelectual trabaja y escribe por necesidad. Su espíritu le mueve a crear, obligándole de un modo, en muchos casos, inevitable. Pero la publicación de sus trabajos es asunto muy diferente. Se editan, imprimen y publican los libros por causas distintas a las que motivaron su creación. El interés monetario, la vanidad, el azar, la misma estructura psicológica del autor, son factores más decisivos en la aparición de una obra que su propio valor científico o literario. Raro es el escritor de quien no queda labor inédita. Mas esta labor, que impropiamente llamaremos perdida, queda casi siempre compensada por la satisfacción de la impresa y divulgada, de la idea plasmada para los demás.

Hemos hablado de algo normal que sucede a diario, sin gran trascendencia. Pero cuando encontramos un hombre inteligente, prestigiado y admirado en su época, trabajador infatigable, creador perpetuo, con obra original de gran valor científico, investigador minucioso que razona, examina y experimenta todas sus afirmaciones antes de exteriorizarlas, y durante una larga vida de casi ochenta años consume miles de folios en exponer sus ideas y trabajos, resulta inexplicable admitir como normal el hecho de que en ningún momento de su vida alcanzase la satisfacción de ver impreso uno solo de sus innumerables manuscritos. Si a esto añadimos que en sus cartas y notas se expresan continuamente advertencias y deseos acerca de la forma y modo de llevar a cabo esa impresión y que su situación social como médico eminente de la Corte, próximo a Felipe II, impiden pensar en otros frecuentes factores: falta de ambiente, relaciones o desconocimiento de su valor, a quien achacar la causa de su fracaso editorial, nos encontramos ante un problema de solución dificilísima, que queremos repasar.

Ninguno de los pocos autores que han tratado con originalidad de Francisco Hernández hace mención de esta circunstancia o la cita de pasada, sin detenerse a estudiar los factores, naturales o sobrehumanos, que indudablemente actúan sobre su obra, cuyo influjo, proyectado en el tiempo, impide todavía hoy, a los cuatrocientos años de su vida, editar o publicar de un modo completo, ninguna de sus obras.

No es falta de interés; la obra de Hernández, manuscrita, editada incompletamente o alterada por sus editores, continúa despertando aún, de un modo vivo, la curiosidad de los hombres de ciencia. No es la pérdida de su valor científico, tan fresco y vigoroso desde su creación, que ha servido a otros muchos autores para mejorar sus obras engalonándolas con observaciones hernandinas, y todavía quedan hombres de ciencia que repasan a Hernández, buscando filones de nuevos remedios. Sobre estos valores que continúan actuales, se suma ahora el valor histórico, documental e historiográfico de la obra de Hernández, única en su época y única hoy también para conocer un aspecto bastante ignorado de la labor cultural española en América, así como de la cultura científica de los pueblos mexicanos. Por esto resulta más inexplicable su fracaso editorial.

Antes de seguir, debemos aclarar que la obra de Hernández no es un libro sobre un tema; no es la descripción de la flora mexicana y de sus usos terapéuticos —como suponen hasta investigadores de valía— ni tampoco se trata de un estudio sobre la historia del México antiguo en sus aspectos históricos y naturales, sino que Hernández lega a la posteridad una labor universal y casi desconocida. Cuando llega a América en los albores de la senectud para describir "todas las medicinas, yerbas o simientes que hubiere por aquellas partes y le parecieren notables" —que así reza la orden real de su comisión[1]— Hernández tiene en su haber de trabajador, un grueso y valioso fardo de obras acabadas e inéditas, con temas que alcanzan desde la Filosofía a la Medicina y a la Historia Natural, y entre las que se cuentan: relaciones geográficas, estudios astronómicos, poesías y traducciones de la antigüedad. Es una

[1] Ley promulgada por Felipe II en 11 de enero de 1570 sobre las instrucciones que han de guardar los Protomédicos Generales. *Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias.* Tomo II, pág. 139. Madrid, 1791.

mente renacentista, verdadero ejemplo del viejo humanista español, interesado por todo y trabajador activo en todos los campos del saber humano. Toledano, médico, descendiente probable de judíos conversos, unía a su inteligencia vivaz, un espíritu inquieto ávido de saber. Hombre de gusto refinado y sensual, supo expresar en sus obras el deleite por las cosas bellas y recordemos, con Pedro Madrazo, que en la Corte Española "ser hombre de gusto era obligatorio".[2] Relacionado con lo más florido de la Corte, llama "hermano dilecto" a Arias Montano,[3] con quien le une íntima camaradería; cuenta entre sus amistades a Vesalio, al cual describe como "varón excelente en anatomía y mientras vivía amigo nuestro",[4] a Antonio Morales le llama "insigne por su ciencia y muy amigo suyo".[5] Agasajado en todas partes, Hernández se codea con lo más florido de todos los puntos que visita; en Santo Domingo se sienta a la mesa del Arzobispo,[6] y en México se rodea el poco tiempo que le dejan libre sus intensos estudios, de ilustres contemporáneos, entre los que se cuenta el canónigo Cervantes de Salazar, gran humanista y poeta también toledano.[7] Colabora con Fragoso, el cirujano insigne de Felipe II en el estudio de la flora andaluza y durante su estancia como médico de la Escuela de Medicina de Guadalupe, diseca y anatomiza con el no menos célebre Dr. Micón.[8]

---

2 Pedro Madrazo, *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España.* Barcelona, 1884.

3 *Francisci Hernandi ad Ariam Montanum,* poema publicado al principio de la edición matritense de las obras de Hernández. Madrid, 1790. Penúltimo verso del poema.

4 *Traducción de la Historia Natural de Plinio,* manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. Tomo III, fol. 210.

5 Ambrosio Morales, *Antiquitatum Hispaniae,* fol. 71.

6 Trad. de la *Historia Natural de Plinio.* Vol. IV, Libro IX, Cap. IV, Folio n. 12. Dice así: "Contome en Santo Domingo a la mesa del Arzobispo de aquella Ciudad el Capitan General de la Margarita. . .". El Arzobispo no pudo ser más que Fray Andrés de Carvajal, que ocupó dicho cargo desde 1568 hasta 1579 o sea todo el tiempo de Hernández en América.

7 Respecto a Cervantes de Salazar y su relación con Hernández, ver: G. Somolinos d'Ardois, *Manuscrito firmado, original del Dr. Francisco Hernández aparecido en México.* Ciencia IX-209-1948.

8 En el prefacio al libro XI de la Traducción de Plinio (vol. IV, fol. 188 vuelto) se dirige a Felipe II y le dice cómo en Guadalupe con la ayuda del Dr. Micón y ahora en la Corte, se dedican a la disección anatómica "con mayor cuidado y voluntad por entender cuanta

Es necesario recordar estos datos porque estando su vida casi ignorada en otros aspectos, debemos recoger las pocas noticias desperdigadas que de él se conservan para ambientarnos respecto al hombre y su psicología. Afortunadamente su obra existente tiene un carácter de relato espontáneo y familiar. Traduce a Plinio y le comenta, sencillamente, en prosa llana de conversación amistosa, y aunque la erudición es vastísima, pues se ha podido comprobar que cita en sus obras a casi todos los científicos de la antigüedad y de su época, con precisión de conocimiento, lo hace en un tono de coloquio amistoso y de afectuosa camaradería con el lector. El mismo tipo de ingenuidad literaria se nota en su *Historia de las plantas mexicanas* y en las *Antigüedades de Nueva España.* A la sencillez del carácter se une en todas sus obras una pasión por lo bello. La naturaleza le embriagaba. Espíritu delicado, goza ante una flor, y en sus libros estampa frases como esta: "Era admirable y placentero, sobre todo lo que se pueda decir, ver tantas flores y tantos árboles que exhalaban un olor divino, dispuestos en grupos varios y hermosos para la vista".[9] A veces encuentra una planta que no debe figurar en su relación por no tener uso médico, pero no resiste la tentación y la describe advirtiendo que "sólo proporciona el uso de sus flores que son bellísimas",[10] o escribe: "exhala un olor fuerte y no se dice que tenga ningún uso sino el de las flores; por su hermoso aspecto, sin embargo, cuidamos de pintarla y describirla".[11] En ocasiones saborea algún fruto mientras escribe y satisfecho dicta: "nace en Quauhnahuac, donde con mucho placer examinamos y gustamos sus frutos".[12] Con un sentido poco frecuente en su época nota el paisaje y lo describe sucintamente pero con exactitud: así nos habla de los "lugares planos y campestres de Tehoiztla" o de las "tierras templadas y lugares lacustres de la Mixteca superior". Datos psicológicos muy de tener en cuenta, pues se desarrolla en una época en que la descripción

---

necesidad tuviese de ella el consumado verdadero médico y el bien entendido cirujano".

9 Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España.* Trad. de García Pimentel. México, 1946. Pág. 98.

10 Francisco Hernández, *Historia de las plantas de Nueva España.* Trad. de Rojo. México, 1946. Tomo III, libro V, cap. XI. Pág. 733.

11 *Ibíd.* Tomo I, libro II, cap. CXXI. Pág. 257.

12 *Ibíd.* Parte inédita. Libro XII, cap. VIII.

del paisaje está casi ignorada como tema de delectación. Se describe geográficamente, como ha demostrado Martínez Val;[13] pero no existe el placer de escribir sobre un paisaje, para goce del lector. Sin embargo, Hernández, siempre que hay ocasión intercala un dato que recuerde el tipo de la naturaleza en donde la planta vegeta. Como otros muchos españoles de espíritu cultivado, siente el impacto de la naturaleza mexicana sobre su ser. El cambio de la fría, seca y árida Castilla por la exuberante y tropical tierra de América, le afecta y le asombra seriamente. Tanto, que escribe "Dirías estar en un suelo ubérrimo y fertilísimo, de tal manera brillan y abundan todas las cosas, con penuria de nada y con fertilidad y abundancia de todo. . . es de admirar que en un intervalo de tres millas se encuentren tantas temperaturas diferentes: allí te hielas y aquí te quemas, no por razón del cielo, sino de la situación de los valles, a los cuales toca en suerte un cielo muy adecuado, casi templado".[14]

En ocasiones siente revivir la imagen de Andalucía y su estancia en ella cuando, en años mozos, recorrió sus campiñas estudiando, como después en México, la flora. Entonces dice: "recuerdo haber gustado este fruto en Sevilla y Granada; los Arabes de Andalucía hablan de él",[15] y lo dice con nostalgia de aquellas montañas andaluzas que había recorrido en su casi totalidad, acompañado de Fragoso, quien, Monardes del Oriente, repartía con Hernández los estudios y las fatigas del viajero mientras gestaba ya su libro sobre "Las cosas aromáticas, árboles, frutas y de otras muchas medicinas simples que traen de la India oriental y sirven al uso de la medicina" (Madrid, 1572).

Pero hablando del hombre Hernández, nos hemos alejado de su obra y su tragedia. No contamos hoy con la totalidad de sus escritos; desgraciadamente la mayor parte de esta pérdida, irremisiblemente perdida "consumida lentamente por el polvo y la polilla", como asegura el padre Moxo,[16] y sólo nos quedan

13 José María Martínez Val, *El paisaje geográfico en los Historiadores de Indias.* Revista de Indias. Año VI, n. 20. Pág. 289. 1945.

14 Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España.* Trad. de García Pimentel. México, 1946. Pág. 71.

15 Francisco Hernández, *Historia de la plantas de la Nueva España.* Trad. de Rojo. Parte inédita. Libro X, cap. XLVIII.

16 Benito María de Moxo, *Cartas Americanas.* Génova, 1805.

las referencias de su propio autor o los restos incompletos que yacen en bibliotecas y archivos casi siempre inaccesibles. Nicolás León, en el prólogo a la reedición de la obra de Ximénez en 1888,[17] tal vez el trabajo más serio que se ha escrito sobre Hernández, a pesar de sus errores, trata de elaborar una lista de obras hernandinas desaparecidas o que se conservan manuscritas. No voy a copiarla íntegramente, pues es conocida de los estudiosos, pero sí me referiré a las que merecen recordarse. Dejando a un lado las obras clásicas de Hernández, las que le han situado en el lugar histórico que ocupa y que sucintamente pueden resumirse como la "Historia Natural de Nueva España", las "Antigüedades", la traducción del "Plinio" y de "Aristóteles" y el "Poema a Arias Montano", Hernández efectuó varios estudios monográficos sobre peces "De pisce tiburone" y "De pisce, quem vulgus navigantium septentrionalium Remerico Appellant", un tratado al que titula "Metereológica", varios estudios filosóficos bajo los epígrafes de "Problematum Stoicarum librum unum", "con un prólogo dedicado a Felipe II, "De anima Problemata" y "Problemata moralia ex mente Aristoteli". Un estudio médico sobre la enfermedad llamada por los naturales de México "Cocolitzi", epidemia reinante en Nueva España durante su estancia. Y es tradición que, buscando la relación etiológica y la localización patológica del proceso, efectuó varias autopsias, ayudado, según se dice, por Antonio López de los Hinojosos, médico que más tarde se hizo jesuíta y autor de la "Suma y recopilación de cirugía" (México, 1578).

Mas son todavía las obras de Hernández de que queda noticia, que no cito por no alargar la relación. Pero sí quiero añadir que, además de las obras catalogadas por Nicolás León y de las cuales sólo se conservan algunas, hemos tenido la satisfacción, después de repasar cuidadosamente las propias obras de Hernández, de encontrar referencia a otros varios trabajos hasta ahora no descritos. Es indudable que dedicó un libro a describir las plantas de la Isla de Haití, sus propias palabras así lo expresan cuando hablando del Quauhcamotli o yuca, escribe: "Ya dijimos como se hacen de esta planta diversos

---

En la primera carta hace referencia a la pérdida de las obras de Hernández y descarta al incendio como causa principal.

[17] Francisco Hernández y Francisco Ximénez, *Plantas, Animales y Minerales de Nueva España.* Morelia, 1888. Reedición dirigida y prologada por Nicolás León.

géneros de pan y cómo se siembra y se cultiva, en el pequeño libro que dedicamos a las plantas haitianas cuando estuve allí".[18] Por el mismo camino hemos averiguado su permanencia en las Islas Canarias y que también dedicó un libro al estudio de su flora. Dos referencias contiene su "Historia Natural", relacionada con este trabajo. En la primera dice, hablando de cierta yerba con cinco variedades, "De tres de ellas no doy dibujo porque las encontré en la Gran Canaria, una de las Islas Afortunadas, cuando todavía no tenía pintores",[19] y más adelante, en la misma obra, vuelve a recordar su estancia y su obra sobre las Canarias, al decir: "Acerca de las dracenas de las Islas Afortunadas ya hemos escrito en el libro dedicado a ellas".[20] Están estos dos libros completamente perdidos, no figuran entre los manuscritos conservados y conocidos y ni siquiera se han tenido en cuenta en las relaciones de obras de Hernández. La misma suerte cupo a un tratado de medicina que es seguro que escribió, pues en sus obras con frecuencia hace alusión a él. Así, hablando en sus comentarios a la traducción del Plinio, de los parásitos intestinales, corta la frase diciendo: pero de esto ya "escribimos en nuestra medicina largamente".[21]

Se conserva la traducción de Plinio casi completa y en dos copias no coincidentes. De otras traducciones, existen también las llevadas a cabo con la "Física de Aristóteles" y el "Tratado del Alma", del mismo autor.[22] Traducciones éstas de extraordinario valor, pues son directas del idioma original, y todas ellas hechas por primera vez. También hemos podido comprobar, a través de sus obras, que Hernández en su juventud, llevó a cabo la traducción de la obra de Nicandro del griego al latín. Las referencias a esta traducción son numerosas entre los comentarios al Plinio, y resultaría enojoso repetirlas aquí. Cito estos datos para dar una idea del extraordinario volumen de la obra de Hernández, junto con su universalidad y carácter

---

18 FRANCISCO HERNÁNDEZ, *Historia de las Plantas de Nueva España.* Trad. de Rojo, México, 1943. Tomo II, libro IV, cap. XXXII. Pág. 525.

19 *Ibíd.* Tomo I, libro II, cap. CIV. Pág. 239.

20 *Ibíd.* Tomo II, libro IV, cap. CLVI. Pág. 630.

21 Traducción de la *Historia Natural de Plinio* por HERNÁNDEZ. Vol. IV. Pág. 231.

22 Todas estas traducciones se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional de Madrid.

humanístico y con la seguridad de que todavía nos faltan por conocer innumerables productos de la labor titánica desarrollada durante toda su vida.

En cuanto al problema que aludimos al principio del trabajo, debemos repasar primero el curso conocido de las obras impresas de Hernández. No hay constancia de impresión de ninguna de sus traducciones, ni del tratado de medicina, ni del estudio sobre la flora andaluza; nada se sabe que se haya editado de sus trabajos como médico del Monasterio de Guadalupe, que en su época contenía una reducida pero valiosa escuela médica, donde Hernández anatomizaba y describía sus hallazgos.[23] Quedaron inéditos sus estudios filosóficos, que todavía dormitan bajo el polvo de la Biblioteca madrileña, y los manuscritos sobre la *Historia Antigua Mexicana* corrieron igual suerte hasta hace pocos años en que Paso y Troncoso los desenterró y muy recientemente García Pimentel los tradujo. Por esto, la única obra que se ha conocido de Hernández y que alcanzó su publicación, fué la *Historia de las plantas de la Nueva España*. Queremos relatar con cuidado la historia editorial de esta obra, pues aparte de su carácter algo novelesco, es la síntesis de lo ocurrido con toda la labor hernandina. Hernández, celoso de su trabajo, y, como buen espíritu renacentista, vanidoso de su obra y cuidador de su perpetuidad, tuvo buen empeño en evitar la destrucción de lo que tantos afanes, sinsabores y enfermedades le estaba costando. El mismo relata, en su poema a Arias Montano, cómo llevó a cabo la Historia Natural Mexicana en unas estrofas que dicen:

> Callaré las penosas fatigas que por siete años largos sufriera
> (ya en vejez, sin la sangre ardorosa de mis juventudes)
> cruzando dos veces el piélago, peregrino por tierras ignotas,
> en extraños climas, sin comer el pan que solía,
> y abrevando la sed muchas veces en aguas impuras.
> No diré los calores ardientes, los fríos intensos,
> contra los que no valen recursos de la humana industria;
> las boscosas alturas, las selvas hostiles, los pérfidos ríos,
> lagunas y lagos y temibles pantanos inmensos.

---

[23] Hernández debió ser médico del Monasterio de Guadalupe, según sus propias palabras pues en los comentarios a la traducción del Plinio (Volumen IV, libro VIII, cap. XXXIII, fol. 269) dice: "Recuerdo haber visto un chamaleón en Guadalupe, siendo médico de aquel Monasterio y Hospital" y cuenta una curiosa disección de este animal.

. . . .
¿Qué decir de las múltiples veces que puse en peligro mi vida,
probando las yerbas dañosas por saber de su naturaleza?
¿Qué decir de las enfermedades que de tantos trabajos y penas
me vinieran y habrán de acrecerse a través de todos mis días?
¿Para qué recordar los frecuentes encuentros hostiles?,
¿para qué el horror de los monstruos que habitan los lagos
y tragan y alojan enteros a los hombres en su enorme vientre?
¿Y la sed, y el hambre, y los miles de insectos dañinos que
laceran la piel de incontables picaduras sangrientas?[24]

No le resultará difícil a ningún lector que conozca la selva tropical mexicana, comprender la situación vital de Hernández durante los siete años de labor recolectora. Este esfuerzo hizo que Hernández encargara repetidas copias de sus escritos y las tradujera al latín, castellano y náhuatl, como se desprende de sus cartas,[25] depositándolas en sitios diferentes, retrasando el envío de los libros escritos hasta exasperar al Rey que, de su propia letra, al margen de una de sus cartas anotó: "Escríbase al Virrey con relación que este Doctor ha prometido muchas veces enviar los libros de esa obra y que nunca lo ha cumplido; que se los forme y los envíe en la primera flota a buen recaudo".[26] Pero Hernández no encontraba bastante recaudo para una obra que le estaba costando la vida y da nuevas largas y pretextos hasta terminar escribiendo: "yo mismo los llevaré en la flota que al presente espera",[27] y afligido, desengañado y

[24] *Francisci Hernandi ad Ariam Montanum,* poema latino publicado al principio de la edición matritense de las obras de Hernández. Madrid, 1790. Traducción de J. Rojo. Fragmentos del poema.

[25] En la carta tercera dice: "Yo quedo agora por este año que resta remirando lo escrito. . . experimentándolo y transladándolo en castellano y en indio por el provecho de los naturales". En la carta quinta vuelve a decir: "Pienso asimismo llevar cuando me vaya la historia de las plantas traducida en indio por el provecho de los naturales, y en español para el contento de los que gustaren de leerla asi mas que en latín". La numeración de las cartas corresponde a la del trabajo de Navarrete, Baranda y Salvá, quienes las publicaron por primera vez en su libro *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.* Tomo I. Pág. 362. Madrid, 1842.

[26] Autógrafo de Felipe II existente en la cubierta de carta tercera de las conservadas de Hernández. Según Navarrete etc. (ver nota anterior).

[27] Carta de Francisco Hernández al Dr. D. Juan de Ovando,

enfermo, marcha a Madrid con sus libros para presentarlos personalmente a su Majestad. Muy enfermo debió llegar a la Corte cuando pocos meses después hizo testamento "enfermo en la cama de la enfermedad que Dios nuestro señor fué servido me dar".[28] La historia de la obra de Hernández en esta época es tan conocida que ni merece recordarse. El rey la olvida y la archiva, sepultándola en la Biblioteca escurialense, donde la destruye el fuego un siglo después, en 1671. Hernández vive aún nueve años y es encargado por su Majestad de la augusta salud del Príncipe Don Felipe (después Felipe III) hasta el 28 de enero de 1587, en que Hernández fallece, según consta en la partida de defunción hasta hoy inédita.[29]

De los afanes editoriales de Hernández al final de su vida, han quedado varias pruebas; en sus cartas de América continuamente estampa frases como esta: "no se puso la escritura junta con el dibujo hasta que se impriman, para no estragar la pintura con las enmiendas que jamás se pueden excusar en las escrituras".[30] "Algunas cosas van dibujadas dos o más veces... mas terná en la impresión facil remedio",[31] y el deseo de dirigir él mismo la impresión se le descubre en esta frase dirigida a Juan de Ovando en solicitud de permiso de regreso "y la gran necesidad que hay en España de mi presencia para que este grande beneficio y merced que S. M. ha hecho a la República, quedando los libros por imprimir, no se pierda".[32] El beneficio y merced es su propia obra que en alguna ocasión ha comparado con la de Aristóteles.[33]

---

incluída con las otras cartas dirigidas a Felipe II, en el libro de Navarrete etc. (ver notas anteriores).

[28] Agustín Jesús Barreiro, *El Testamento del Dr. Francisco Hernández.* Madrid, Tipografía de Archivos, 1929.

[29] La partida de defunción del Dr. Hernández, fué conocida por Paso y Troncoso, que se refiere a ella en varias ocasiones. Nosotros hemos conseguido encontrarla nuevamente y tenemos la intención de hacerla pública en poco tiempo.

[30] *Cartas de Francisco Hernández,* publicadas por Navarrete, etc. (carta sexta).

[31] *Ibíd, Ibíd.*

[32] *Ibíd.* Carta dirigida a don Juan de Ovando.

[33] Carta segunda, donde por halagar al Rey le dice que si Alejandro tuvo tanto nombre por haber mandado escribir a Aristóteles, qué eternidad y fama no alcanzarán a Felipe II por haber encargado la obra que Hernández está llevando a cabo.

Hay tradición de que en El Escorial se conservan todavía algunos ensayos de reproducción de las láminas de Hernández, con fines publicitarios; pero no tengo constancia de ello, y también se ha dicho que el libro de las plantas se empezó a imprimir, suspendiéndose el trabajo por causas desconocidas. Es indudable, y el mismo Hernández lo expresa en varias ocasiones, que la envidia y la intriga se cebaron en su persona, tratando de eliminarle del favor real.[34] No debió perderlo del todo cuando permaneció en puesto tan delicado como conservar la salud del heredero, pero si tal vez lo perdió en parte, ya conocemos, por haberlo estudiado Marañón en bello y documentado trabajo, lo que representaba en la Corte española la pérdida del favor real.[35]

Con la muerte de Hernández acaba el primer período de las vicisitudes de su obra. El segundo y más conocido comienza también por la misma época, cuando el Rey encarga al Dr. Nardo Antonio Recchi de Monte Corvino llevar a cabo una reducción o resumen de la obra Hernandina, antes de darla a la imprenta. Resulta inexplicable este encargo a persona extranjera y tan alejada de la labor de Hernández; Recchi es una figura insignificante en la historia médica, donde únicamente se conserva su nombre unido al destrozo que llevó a cabo en los manuscritos de Hernández, y más inexplicable todavía resulta esta comisión si recordamos que Hernández había llevado como ayudante colaborador y acompañante en toda la obra americana a su hijo, el Dr. Juan Fernández Caro,[36] al cual cita reiteradamente en sus cartas, pues en varias ocasiones pide para él una recompensa por sus trabajos y afanes. De la estancia en

---

[34] En el poema de Arias a Montano, Hernández se queja de sus enemigos en unas estrofas que dicen:

Porque ha muchos que a espaldas murmuran y arrojan ponzoña
buscando, envidiosos, arruinar la obra que ni han conocido.

[35] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez.* Espasa-Calpe Argentina, 1947.

[36] En la carta tercera advierte ya que le acompaña "un hijo que tengo conmigo de día y de noche, y sin cuya ayuda no hubiera podido acabar en tan poco tiempo una obra tan grande". En la carta quinta, Hernández al hablar de sus trabajos dice que los llevó a cabo "sin ayuda de hombre humano, sino la de Dios y de un hijo mío a quien V. M. debe hacer mucha merced". En la carta sexta, vuelve a insistir y dice: "No he tenido más ayuda particular que la de un hijo mío... por lo cual sea servido de le hacer Merced". *Cartas de Hernández,* publicadas por Navarrete, etc.

Madrid de este hijo, en 1587, queda constancia por la ya citada partida de defunción.[37] Sin que comprendamos este hecho, la realidad es que Recchi corona su tarea de reajustador de la obra de Hernández y la deja reducida a una pequeña porción del original, quitándole todo aquello que es, precisamente, lo más valioso del manuscrito, el reflejo de la personalidad, la sencillez de expresión, las disquisiciones del autor y los comentarios que le vienen a la mente al relacionar los elementos de la naturaleza americana con los ya por él conocidos en experiencias anteriores. Y sobre todo, lo más valioso para el historiador actual, aquello que es dato biográfico directo o expresión subconsciente de la psicología del autor. El original de Hernández, filtrado por Recchi, se convierte en una relación rígida y sin alma de plantas americanas. Mas como la amplitud del encargo le permitía seleccionar en toda la obra, también el daño alcanza a la sección iconográfica, y muchas de las maravillosas ilustraciones del manuscrito original, llevadas a cabo por un equipo de pintores indígenas, de algunos de los cuales se conserva el nombre,[38] son desdeñadas y eliminadas del resumen de Recchi.

Recchi supo darle movimiento y ambiente a su obra, encargando varias copias de su resumen, que hizo conocer a ilustres contemporáneos. Consta que una de ellas revisada y firmada por el Dr. Valles (el divino Valles, el Hipócrates redivivo de su época) llegó a México a poder de Fray Francisco Ximénez, quien para recalcar el valor de la obra, con un puntillo de picardía, nos dice que, el volumen de Recchi firmado por Vallés "vino a las Yndias y a mí por extraordinario camino".[39] Gracias al recorrido de estos extraordinarios caminos, pudo salir a la luz algo de la mutilada obra de Hernández, pues si dejamos a un lado la apropiación que de las observaciones de Hernández hacen en sus obras Farfán, Hinojosa y Cárdenas, a los cuales

[37] En la partida de defunción de Hernández, todavía inédita, se lee cómo su hijo el Dr. Juan Fernández Caro, queda de Albacea Testamentario.

[38] En el Testamento de Francisco Hernández, publicado por el Padre Barreiro, existe una manda para recompensar a los pintores que ayudaron a Hernández en México, que son: Pero Vázquez y Antón y Baltazar Elías. Más adelante se refiere también a otros pintores, pero sin citar los nombres.

[39] FRANCISCO HERNÁNDEZ y FRANCISCO XIMÉNEZ, *Plantas, Animales y Minerales de Nueva España.* Morelia, 1888. Prólogo de Ximénez.

acusa ya de ello Ximénez en 1615, nos encontramos que la primera noticia impresa de la obra de Hernández, la tenemos en el voluminoso libro de Juan de Barrios: "Verdadera Medicina, Astrología y Cirujía" publicado en México en 1607, donde inserta un capítulo de diez páginas que titula "De todas las yerbas que por mandado de Su Majestad descubrió en esta Nueva España el Dr. Francisco Hernández, protomédico, aplicadas a todas las enfermedades, el como y que cuantidad y en qué: y asimesmo después examinadas y vistas por el Dr. Nardo Antonio Reco en Madrid, por mandado del Rey". Aquí ya no queda nada de Hernández; es una relación de virtudes curativas de plantas, y García Icazbalceta las describe gráficamente diciendo se trata en realidad de "una colección descarnada de recetas caseras".[40] No deberíamos ni citarlo, de no constituir el primer ensayo editorial de un trabajo hernandino.

La segunda tentativa es más importante: Ximénez, valiéndose de la copia de Recchi, llegada a sus manos, hace la traducción castellana de la obra manuscrita y la publica añadiéndole observaciones propias. Esta sí es una aportación de alguna valía, pero entre lo eliminado por Recchi y lo añadido por Ximénez, (que ha sido muy bien estudiado por Gándara en 1921),[41] puede decirse que de la obra original de Hernández no queda más que el nombre del autor y el esqueleto de su obra.

Por caminos distintos, y si no tan extraordinarios como los que la llevaron a las Indias, bastante complicados, llegó a Italia otra copia de la reducción de Recchi. Evito al lector contarle el destierro de Recchi, su muerte, la munificencia del príncipe Cesi, comprando el manuscrito al abogado Petilio, y el entusiasmo de la Sociedad de los Linceos por sacar a la luz tan valiosa obra. Esto se encuentra en todos los libros, artículos y notas escritas sobre Hernández y no tiene objeto repetirlo, pero sí comentarlo. Dejando a un lado las disquisiciones bibliográficas de si la edición fué impresa en 1630 y las cubiertas fueron fechadas en 1651, y si el embajador Turriano se engalanó con plumas ajenas al figurar como impulsador definitivo de la edición, asunto secundario a nuestro objeto y que ya han estudiado

---

[40] J. García Icazbalceta, *Los médicos de México en el Siglo XVI*, en el tomo I de sus obras editadas por Agüeros en 1905. Pág. 116.

[41] Guillermo Gándara, *La obra de Fray Francisco Ximénez, comparada con la del Dr. Francisco Hernández, recompuesta por el Dr. Nardo Antono Recco.* Mem. de la Soc. Cient. Antonio Alzate. Tomo 39, págs. 99 a 120. 1920.

detenidamente Proja[42] y Paoli.[43] Nosotros tenemos que disentir del criterio general sobre los sabios romanos. Reconociendo la labor desarrollada por la Sociedad de los Linceos en pro de Hernández y de la divulgación de su obra, queremos advertir que no todo era por Hernández. A los Linceos llega solamente el resumen de Recchi, y este grupo de sabios meritorios, con extraordinaria valía en el campo de la Historia Natural, utilizan el manuscrito como plataforma desde donde lanzar al mundo una catapulta de sabiduría propia, en muchos casos sin ninguna relación con la obra hernandina. Esto tal vez parezca desafecto a la obra italiana; mas no es así. Cesi, Terencio, Fabri y Colonna, eminentísimos especialistas cada uno en su ramo, comentan y amplían la obra de Hernández, o, más correctamente, la reducción de Recchi, con aportación considerable de datos a la ciencia de su época, pero en muchos casos exceden los límites del glosador o comentarista, alejándose en observaciones propias más allá de lo conveniente. De esta actitud resulta ser Fabri el campeón, pues sus comentarios son unas nueve veces más extensos que la propia obra original. Este modo de trabajar muy en consonancia con el espíritu barroco y ampuloso de la época, dió lugar a que la reducida obra de Recchi se hipertrofiara hasta constituir un grueso volumen de más de 900 páginas, aparecido con el pomposo título de *Rerum Medicarum Novae Hispanias Thesaurus.* Libro bellísimo, tipográfica y literalmente considerado, cuya verdadera fecha está en duda, y al que debemos, entre otras cosas, la conservación de los únicos trabajos iconográficos de Hernández hoy conocidos.

Hasta fines del siglo XVIII la única labor de Hernández publicada había sido el resumen de Recchi en sus dos ediciones, mexicana y romana, y una extensa parte de sus descripciones naturales e históricas, que fueron transcriptas por el padre Nieremberg en su libro "Historia Naturae Maxima Peregrinae". (1635); como los datos de la copia de Nieremberg y el resumen de Recchi no concuerdan, hay que suponer que el sabio jesuíta dispuso de originales distintos a los utilizados por los Linceos y por Ximénez y, siendo más extensas las descripciones de Nie-

---

[42] SALVATORE AB. PROJA, *Richerche critica Bibliográfica in torno alla Storia Natural de Messico di Francisco Hernandez.* Roma, 1860.

[43] HUMBERTO JULIO PAOLI, *Vicisitudes de las obras de Francisco Hernández.* Archeion. Vol. XXII, n. 2, pág. 154. 1942.

remberg, se debe suponer que este autor leyó los manuscritos originales de Hernández.

En el último tercio del siglo XVIII Muñoz (cronista indiano) descubrió una copia original de las varias encargadas por Hernández, conteniendo la totalidad de la obra dictada en América. No describiremos este hallazgo muy conocido y relatado ya en 1790 por Gómez Ortega. Pero, recordando que los manuscritos originales, entregados a Felipe II, desaparecieron en el incendio del Escorial de 1671, el encontrar la verdadera redacción de Hernández y la totalidad de su obra americana resultaba de un valor extraordinario; por ello fueron movidos los resortes necesarios para darla a la estampa cuanto antes. Fué Gómez Ortega, el insigne científico fundador del Jardín Botánico de Madrid, el encargado de la edición, pero la desgracia que acompaña a Hernández y su obra volvió a caer sobre este nuevo intento. Lograda la edición de las descripciones botánicas en tres volúmenes salidos de las prensas de Ibarra en 1790, se tuvo que suspender la publicación y quedaron inéditas las láminas que ocupaban un tomo y las descripciones de animales y minerales, que iban a formar el quinto volumen. Afortunadamente vió la luz la parte más extensa de la obra, en su idioma latino original, conservándose la redacción y los comentarios de Hernández en toda su extensión, por lo cual es esta la única versión que podemos considerar como verdadera edición de las obras de Hernández, la que lleva su forma de sentir y expresarse y la única de que podemos servirnos para un estudio de su personalidad mas, aunque la obra todavía inédita es de valor incalculable en este aspecto, resulta de difícil acceso.

La edición de Gómez Ortega, aparecida en 1790 y conocida vulgarmente como "edición matritense", tuvo una extraordinaria acogida en el mundo científico, sirviendo para conservar la tradición del nombre y de la obra de Hernández con tal firmeza que, no obstante las diferentes expediciones científicas llevadas a cabo durante esta época y remotamente inspiradas por Hernández, es frecuente en todo el siglo XIX, entre naturalistas y médicos, invocar a la autoridad de Hernández para todo lo que se refiere a la naturaleza curativa de las plantas de América.

Fué, indudablemente, este perenne valor el que llevó, en 1888 y por caminos separados, a reeditar en dos ediciones distin-

tas la traducción de Ximénez. Una de las ediciones fué, además, engalanada con el magnífico estudio del Dr. Nicolás León, único importante que sobre Hernández se ha escrito hasta este momento. Siendo Hernández personaje popular entre los historiadores de México, —se le cita frecuentemente en muchos trabajos—, Paso y Troncoso, en su viaje a Europa, recopiló algunos datos sobre él, con los que pensaba redactar un nuevo estudio biobibliográfico que sirviese de prólogo a la bella reproducción fototípica que mandó hacer del manuscrito hernandino sobre las "Antigüedades de la Nueva España". Encontró documentos originales e inéditos y consta que escribió, al menos, un primer borrador que fué hallado por Silvio Zavala entre los papeles de Paso y Troncoso llegados de Europa.[44] Desgraciadamente, y para que la tradición de mala suerte hernandina no se pierda, este documento se ha extraviado y no hemos conseguido encontrarlo en el archivo donde se conservan los papeles de Paso y Troncoso. Es una verdadera lástima, pues Paso y Troncoso conocía perfectamente la figura de Hernández en sus muchos aspectos, y hubiera aclarado gran cantidad de puntos todavía dudosos sobre su vida y su obra.

Colofón a la labor de Paso y Troncoso fué la publicación de la traducción castellana de "Las Antigüedades de la Nueva España", hecha por García Pimentel. Nuevamente la obra no pudo completarse. Pimentel, enfermo de muerte, llevó a cabo la traducción en Veracruz. Lejos de su biblioteca y falto de medios de trabajo. Tuvo que renunciar a un prólogo detenido y erudito sobre Hernández que tenía preparado. La dolencia empeoraba, y el libro corría lento, impacientando a los editores y a los que ansiosos esperábamos su salida. Finalmente vió la luz en 1945 como obra póstuma valiosa, pero incompleta.

Un nuevo y fallido intento ha venido a cerrar esta larga serie adversa de las ediciones de Hernández. El Instituto de Biología de México, con muy buen criterio, decidió hace años reeditar en castellano el original latino de Hernández, que había publicado Gómez Ortega en la edición matritense, ya falta de láminas se pensó completar el texto con las ilustraciones de la edición romana; como complemento se añadiría a cada descripción de Hernández un comentario identificando la planta en su nomenclatura actual y algunos datos sobre su valor

[44] Silvio Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa.* México, 1939.

farmacológico o terapéutico. La traducción fué terminada por el ilustre latinista señor Rojo. Un equipo de especialistas revisó detenidamente el texto de Hernández y compuso las notas que debían añadirse, publicándose tres tomos que, aunque tipográficamente dejan bastante que desear, son de extraordinario interés; con ellos se alcanzó a editar lo correspondiente a siete de los veinticuatro libros de Hernández. El resto sigue inédito, el grupo de trabajadores dedicados a esta labor se ha dispersado en otras actividades, y desde 1946 nadie ha vuelto a ocuparse de continuar la edición hernandina.

De los otros originales que aún se conservan, ninguno ha merecido los honores de la publicación, y debemos tener en cuenta que entre los manuscritos existentes hay algunos tan interesantes como la traducción de la "Historia Natural de Plinio", en gran parte llevada a cabo en México, según consta por las cartas de Hernández.[45] Esta traducción, aparte de otros méritos, tiene el de haber sido la primera versión de este autor en castellano, muy anterior a la efectuada por Jerónimo Gómez de Huerta, que apareció en 1624, siendo casi seguro que Huerta se sirvió del manuscrito de Hernández como base para su traducción. No obstante conocerse de antiguo, estar depositada en lugar relativamente asequible y ofrecer positivo interés, esta obra nunca ha recibido la atención que merece, y nadie hasta ahora ha pensado en editarla. Recientemente Alvarez López se ha ocupado de ella en interesante trabajo que suscita la curiosidad, más que la satisface.[46] Ojalá sea el comienzo de su desentierro.

La misma poca fortuna han tenido las traducciones de Aristóteles y el resto de sus obras hasta hoy inéditas, sin que pueda averiguarse el maleficio que pesa sobre la labor de este hombre de ciencia, cuya obra unánimemente deseada no ha llegado a conocerse en su plenitud.

---

45 En las cartas quinta y sexta de las publicadas por Navarrete casi con las mismas palabras, en las dos comunica al Rey que además de la obra encargada llevará "Los treinta y siete libros de Plinio que tengo acabados de traducir y comentar".

46 Enrique Alvarez López, *El Dr. Francisco Hernández y sus comentarios a Plinio.* Revista de Indias. Tomo III, n. 8, pág. 251. 1942.

EL DESTRUCTOR DE IDOLOS*

(SENTIDO Y OBRA DE GEORGE BERNARD SHAW)

Por *Rodolfo USIGLI*

A ruthless revealer of hidden truth
and a mighty destroyer of idols.

G. B. S.

I

Sin Prefacio

SHAW, el hombre, nació el siglo pasado; pero el Shaw-idea está ya presente en Grecia, donde se toma por primera vez la medida de la idea y del hombre. Muerto el hombre, es imposible predecir, por ahora, hasta cuándo seguirá alentando la idea: tantos años como el pensamiento y la belleza de Atenas, quizá, si la atómica estupidez humana lo permite.

El hombre a quien Chesterton declara "la persona más prefatoria del mundo" —sintiéndose tan obligado como él a valerse de prefacios para explicarlo— nació en Dublín, Irlanda, el 26 de junio de 1856. Murió en Ayot St Lawrence, Hertfordshire, Inglaterra, el primero de noviembre de 1950, camino del nonagésimoquinto año de su fabulosa edad. Es decir, en plena segunda infancia y en contradicción —¿cómo no?— con su apasionante religión evolucionista creadora. Entre su nacimiento y su muerte hay una diferencia inquietante: destinado a absorber y expresar tantas cosas del mundo, más que nadie quizás entre todos sus grandes contemporáneos; condenado a ser hijo y padre de su tiempo, nada hay en torno a su nacimiento

* La cronología de este pequeño estudio se basa directamente en la biografía escrita por Hesketh Pearson y revisada por GBS. Todos los entrecomillados sin mención de autor proceden de la pluma de Shaw).

—suceso, terremoto, profecía, oráculo o vaticinio— que lo distinga de los demás niños nacidos en la verde extensión de Irlanda en el año de 1856, ni siquiera de Oscar O'Flaherty Wills Wilde. Esos fuegos artificiales y retóricos del destino han sido reservados para la mitología antigua del Olimpo y la mitomanía futurista de las dinastías modernas. Nada hay en torno a su muerte —fuera de la única ley que llamamos común con justeza, que lo confunda con los demás hombres. "La vida nivela a todos los hombres: la muerte revela a los eminentes". Tan singular en sus puntos de vista y en su batalla ideológica por la salvación del hombre —al que no ama ni odia, pero aspira a comprender y a expresar— como en la lucidez que lo acompaña y que se extingue sólo porque el cuerpo fatigado se filtra por el sueño, como por una coladera, hacia el infinito, sigue solo y único en la muerte como lo fué en la vida.

Fuera de las naturales ligas de familia, trascendentes en varios aspectos, en espíritu es descendiente o pariente directo de griegos como Aristófanes, Platón y Eurípides, de la Biblia, y, para no hablar de celtas y escoceses originales, de Shakespeare (1564-1616), que muere a los cincuenta y dos años ("La verdad es que murió prematuramente: quizá bebió demasiado, como Ibsen"); de John Bunyan (1628-1688), que muere a los sesenta años; de Jonathan Swift (1667-1745), que muere a los setenta y ocho años; de Oliver Goldsmith, aunque inglés (1728-1774), quien muere a los cuarenta y seis; de Richard Brinsley Sheridan (1751-1816), que muere a los sesenta y cinco; de Charles Stewart Parnell, ministro victoriano, (1846-1891), que se extingue a los cuarenta y cinco; de Charles Dickens (1812-1870), a los cincuenta y ocho de Karl Marx (1818-1883), a los sesenta y cinco, y de Wilde, que se desvanece con el siglo. Su primer privilegio es el dón de una vida más larga y nunca menos activa que la de todos ellos.

Para un mundo como el nuestro, al que parece escandalizar más la frecuencia de las guerras contemporáneas que su intensidad, resulta interesante señalar las que tuvieron lugar durante la vivencia de GBS. El año de su nacimiento señala el fin de la guerra de la Crimea. Luego vienen: el conflicto anglo-francés con China (1857-1860); la invasión de la Cochinchina por Francia (1859-62); la guerra de liberación de Italia (1859) la invasión francesa y el imperio en México (1862-1867); la invasión de Francia por Alemania (1870-71); la expedición

a Zululandia (1879); la guerra de Cuba (1898); la guerra del Transcaal (1900); la guerra ruso-japonesa (1904); las campañas de Francia y España en Marruecos; la anexión de Puerto Rico; la guerra de los Balcanes; la invasión de Veracruz por los norteamericanos en 1914; la primera guerra púnica, como la llama Shaw (1914-1918), y a raíz de ella "no menos de veintitrés guerras empeñadas para confirmar la paz"; la conquista de Abisinia (1934); la segunda guerra púnica (1939-1945); la guerra de Corea (1950), todas ellas imperialistas, colonizadoras y "liberadoras".

También es de interés el desfile de revoluciones, golpes de mano y de Estado y conflictos intestinos que se han clavado en la carne del mundo en un siglo: la guerra civil norteamericana (1861-65), que marca uno de los primeros registros de conciencia en G B S al través de la prensa, cuando cumple cinco años; la Comuna de París (1871); la Revolución mexicana (1910-?); la Revolución soviética (1917); la marcha sobre Roma y la instauración del fascismo (1922); el advenimiento del régimen nacionalsocialista (1934); la guerra civil española, con la trasplantación del fascismo (1936-39), sin contar las innumerables revoluciones y guerras de guerrillas en los países latinoamericanos (el caso Sandino, por ejemplo). Y, después de la segunda gran guerra, la sovietización de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, etc.; las luchas en Grecia y Yugoeslavia y los nuevos trastornos en Guatemala, Venezuela, Colombia, Puerto Rico, etc., movimientos nacionalistas e imperialistas todos, en un sentido o en el otro. ¡Qué curso de *ars bellis* y qué lección de confusión humana para el autor que debería escribir *Las Armas y el Hombre!*

Le tocaría también en suerte ser testigo, insobornable y lúcido, de la revolución industrial y de la revolución social en su momento de más clara definición y mayor pujanza; de la más gigantesca lucha evolutiva en la historia del mundo. Es la época de la investigación arqueológica en la historia y en el arte; de la investigación realista y racionalista en la filosofía; de la experimentación científica, el darwinismo y la economía como ciencia aplicada; cuando nacen el daguerreotipo y la fotografía; el naturalismo en la literatura y el teatro; las teorías de la selección natural y la evolución; el impresionismo en la pintura; el wagnerismo en la música, el sufragismo y las leyes

de protección a la infancia y al trabajador. Cuando aparecen el proceso Bessemer, el cable transatlántico, el teléfono, la electricidad y el telégrafo, que se convierten para el hombre de la calle en engañosos sinónimos del progreso. Y los nombres de los hombres que realizan todos estos movimientos forman una galería impresionante: Schopenhauer y Nietzsche; Tyndall, Darwin y Huxley; Robert Owen, Karl Marx, Bertrand Russell, Henry George; Renoir, Cézanne, Manet, Degas, Rodin; Björnson, Ibsen, Strindberg, Tolstoy, Turguéniev, Lenin, Chéjov; Zola, Antoine, Dumas hijo, Maeterlinck, Gorki, Stanislavsky, Nemirovitch; Edison, Einstein; Pavlov y tantos más.

Vienen a un tiempo a mi memoria la malhadada, equívoca frase de León Daudet: "El estúpido siglo XIX", y el aformismo de Paul Valéry que dice: "A veces cisne que ha empollado un pato; a veces pata, un cisne", que parece definirlo más justamente.

Todo esto puede explicarnos al Shaw progresista, que no deja moverse la hoja de un fenómeno o de una novedad sin escudriñarlos a fondo, sin llegar, con ese poder de penetración que es sólo y distintamente suyo, a conocer el tema "seis veces mejor que los expertos", lo mismo en música que en economía, en letras que en política, en valores humanos que en valores religiosos. Y todavía cubriría cincuenta años del siglo XX, al que sienta mucho mejor el adjetivo "estúpido" ("Los siglos, como los hombres, empiezan a encontrarse a su media edad"), y verá desfilar, desde el cinematógrafo hasta la radiotelefonía, la televisión y la fuerza nuclear, todas las huestes de este terriblemente experimento realizado fuera del hombre, que pasa como un Jaggernaut sobre la humanidad. Su segundo gran privilegio está en que el tiempo le permite negar libremente el progreso científico y renegar de él, tal como antes le permitió refutar y rectificar, eliminar casi de la lucha social en Inglaterra, a Karl Marx, y hablar, en el lúcido diapasón de su ironía, de los hombres que se referían al pasado como a "una cruel oscuridad disipada para siempre por el ferrocarril y el telégrafo eléctrico".

El niño

No hay en su educación como niño de clase media acomodada de la ciudad de Dublín, otro obstáculo visible que la escuela. La detesta porque "nació letrado" y no tiene recuerdo de haber

aprendido a leer. No cree en la escuela porque "la actividad es el único camino hacia el conocimiento"; porque "el que puede, hace; el que no puede, enseña"; y porque "cuando un hombre enseña algo que no sabe a alguien más que no tiene aptitud para ello, y le da un certificado de aprovechamiento, este último ha completado la educación de un caballero". Estos son sólo tres de sus incontables, certeros hondazos contra la educación oficial, menos significativos, sin embargo, que la actitud que observa en la escuela. La escuela es, después de todo, un alivio momentáneo en su orfandad —no orfandad real, sino soledad en el seno de una familia en la que el padre es "un sediento abstemio", lleno del buen humor que él hereda; la madre un alma reservada y un ser apasionadamente introvertido e imaginativo, que le transmite esta última, poderosa característica; y las hermanas, una muerta pronto, y la otra, Lucy, que sería actriz y cantante, una especie de fantasma provisional: una ausente perpetua. Es, para Chesterton, desde siempre "El Pobre Desterrado de Erin... tan vivo que podríamos imaginar que no morirá nunca; que no nació ni en un hogar ni en un asilo (home or Home); pero que sufre todavía, aun en su espléndida vejez, de la fastidiosa omisión de no haber nacido".

Descendiente (dice G B S), del Macduff matador de Macbeth; protestante perteneciente a uno de los dos clanes en que se dividía su familia, el niño que "se convirtió en librepensador antes de que supiera pensar", odiaba a los criados; gustaba de su madre porque "en la una o dos raras y deliciosas ocasiones en que untó mantequilla en mi pan, lo cubrió con una gruesa capa en vez de limitarse a limpiar el cuchillo en él"; visitaba, con una sirvienta, en los *slums,* a los amigos de ésta, que habitaban en escuálidas viviendas, y así conoció las barras públicas. De este modo quedaron puestos "los cimientos de mi odio de toda la vida por la pobreza, y la dedicación de toda mi vida pública a la tarea de exterminar a los pobres ("liquidarlos" alimentándolos o matándolos), y de hacer imposible su resurrección".

Un sentido de la comedia, latente en su familia y semilla viva de su genio o *vis cómica,* permite a sus miembros convertir en broma de familia lo que podría ser la tragedia de una familia condenada al ostracismo del clan por el alcoholismo del padre. "Un chico que ha visto al 'jefe' con un ganso imperfectamente envuelto debajo de un brazo y un jamón en iguales

condiciones debajo del otro (comprados ambos bajo sabe el cielo qué ilusión de festividad) toparse con la pared del jardín de nuestra quinta de Dalkey en la creencia de que abría la verja, y transformar su sombrero en acordeón en el proceso, y que, en vez de sentirse abrumado por la ansiedad y la vergüenza ante el espectáculo, se ha visto tan incapacitado por la diversión (estruendosamente compartida por el tío materno) que apenas si pudo correr al rescate del sombrero y a pilotear a su portador a lugar seguro, claramente no es un chico que hará tragedias de bagatelas en vez de hacer bagatelas de tragedias. Si no podéis deshaceros del esqueleto de la familia, podéis al menos bailarlo".

Es el niño que tuvo "un diantre de infancia" aprendió a conocer música gracias a las lecciones de canto que George Vandaleur Lee dió a la humanitaria pero no del todo humana señora Shaw; cuyo padrino estaba demasiado ebrio para asistir a la ceremonia de su bautizo; que resentía las caricias y la pueril imbecilidad afectada de sus mayores cuando lo mimaban; que se vió obligado a sentarse los domingos en la iglesia, con las piernas adoloridas por tan innatural quietud, en vez de correr a campo traviesa, y que se consideraba conscientemente el único réprobo "lo bastante perverso para suspirar por la bendición"; el niño a quien se enseñaba a creer que Dios "era protestante y caballero y que todos los católicos romanos iban al infierno cuando morían", lo que para él "no ponía al Todopoderoso en una luz muy favorable"; el niño que inventó su plegaria particular para dirigirse a Dios, dividiéndola, como una sonata, en tres movimientos, primer escape de su vocación literaria; que aprendió a leer con su gobernanta sin poder recordar "momento alguno en que una página impresa no hubiera sido inteligible" para él; que sólo aprendió en la escuela la explicación del uso de la preposición entre (*into*) aplicada a la operación de dividir; el niño que aprovechaba su lugar en el alfabeto para preparar la parte de la lección que le tocaría; que era, a esa edad, "un incorregible y desatento perezoso, y un mentiroso desvergonzado para inventar excusas; el niño que no ganó premios en la escuela porque, decía, "no puedo aprender nada que no me interese. Mi memoria no es promiscua: rechaza y selecciona, y sus selecciones no son académicas. No tengo instinto de competencia... Además, poseo un sentido demasiado grande de mi propia importancia para sentir que

podría ser influído por un grado o una medalla de oro, o lo que fuere".

Es el niño que no aprendió latín, ni griego, ni matemáticas, pero que antes de los diez años estaba saturado de la Biblia y de Shakespeare; que no gustaba de los cuentos para niños, exceptuando *Robinsón Crusoe,* y leía, en vez, *La Marcha del Peregrino,* de Bunyan; *Little Dorrit* y otras novelas de Dickens y, algo más tarde, a hurtadillas, *Las Mil Noches y Una Noche;* que hizo pocas travesuras, fuera de un ruido endiablado en la escuela, con todos sus compañeros, alguna vez que la esposa del director estaba enferma; empujar, con otro amigo, el cochecito de un bebé hasta verlo perderse de vista, y comparar la escuela —institución creada para alivio y descanso de los padres— a la cárcel, si bien en ésta, "por ejemplo, no se os obliga a leer los libros escritos por los guardiantes y el alcaide".

Es el niño, en fin, que no pudo menos que ser desde siempre George Bernard Shaw, sin conflicto jamás consigo mismo. Famoso ya, y grande, como hombre, cuando se vió solicitado a ayudar de algún modo a la escuela local, que mantenía quietos a los niños durante sus horas de trabajo, ofreció otorgar dos premios de mala conducta al niño y la niña que lo justificaran en comparación con sus antípodas. La oferta fué declinada.

Abundan los toques imaginativos en esa soledad en que vive, se mueve y aprende a gobernar por sí solo la nave de su espíritu: se sueña héroe en duelos y batallas, conquistador de reinas, protector de débiles y menores; amenaza por fanfarronería y a veces triunfa por azar, rompiendo a correr de miedo en otras, y en sus dramas imaginarios se reparte siempre el papel de villano para proteger su sensibilidad. Este es el principio de ese mefistofelismo físico que habría de acentuar con el tiempo, inspirado en el *Fausto* de Gounod. En las palabras de su biógrafo Hesketh Pearson (biografía censurada personalmente por G B S para poner en su punto los datos precisos), es "todopoderoso, supremo en la guerra, irresistible en el amor. No había parientes ni amigos en sus ensueños; estaba solo. Era el expósito, el superhombre". Por estas divagaciones escapa, desde temprano, su capacidad sentimental, que le habría estorbado más tarde. Su satisfacción de creador se afina en los relatos que hace a sus condiscípulos, con vena humorística, de incidentes de familia, episodios de la Ilíada y la Odisea y cuanto le viene a la cabeza, e inventa su primer

personaje: Lobjoit, con cuyas aventuras hace reír a toda su clase.

Después de pasar por la Escuela Wesleyana, el niño asistió a dos o tres más con idénticos resultados y, ya adolescente, fué puesto a trabajar para ayudar a la familia. Pero cuanto lo rodeaba, aun las tragedias familiares como el suicidio de su enloquecido tío William, tocador de figle, y los enterramientos de familia a los compases de la Sinfonía Heroica, al pasar por su imaginación se transfiguraba en comedia y se resolvía, de un modo u otro, en alimento terrestre de su genio cómico.

El adolescente blanco y zanahoria

ANTES de los quince años silbaba de memoria música de Handel y Beethoven a Verdi y Gounod; pero el *Don Juan* de Mozart, destinado a ocupar un sitio preeminente en su propia obra, era su mayor amor y lo educó artísticamente, enseñándolo a escribir en serio sin ser aburrido. En su familia el sentido musical fué siempre activo y devoto. Si primero lo arrebató la ópera (cosa de su tiempo: todavía tenemos aquí ancianos furiosos amadores del género), había de desilusionarlo pronto la expectoración descarada, entre bastidores, de un tenor que cantaba Lohengrin, y lo redimió más tarde el "descubrimiento revolucionario de Wagner". Se dedicó entonces a comprar arreglos de las sinfonías de Beethoven, y descubrió "las regiones musicales que yacen fuera de la ópera y el oratorio", entregándose desenfrenadamente a esta forma de arte, que vino a arrebatar de manos del dramaturgo "el drama de puro sentimiento. . . después de cuyos encantos todas las artes verbales parecen frías e insípidas. *Romeo y Julieta,* con la Julieta más adorable, es seco, tedioso y retórico en comparación con el Tristán de Wagner, aunque Isolda pese ochenta y nueve kilos y tenga cuarenta años, como ocurre a menudo en Alemania", enfrentándolo al único drama verbal posible: "el drama del pensamiento".

En cuanto al teatro, vió hacer Shakespeare a Barry Sullivan, el mayor actor de su tiempo en la provincia inglesa, a quien considera sobrehumano como Chaliapin, y que murió millonario, y a otro, cuya casual presencia le hizo sentir instintivamente "que un teatro nuevo era inherente a ese hombre,

aunque entonces no tuviera noción consciente alguna de que yo estaba destinado a escribirlo". Tampoco la tuvo de que Sir Henry Irving jamás representaría una obra suya.

Observó muchos días, durante años, las colecciones de pintura expuestas en la Galería Nacional de Irlanda, y recorriéndola infatigablemente aprendió a "reconocer las obras de los viejos maestros a primera vista".

Entre los trece y los veinte años, mientras ambiciona secretamente llegar a ser un barítono fatal, y "cometiendo un pecado contra su naturaleza: ganarse la vida honradamente", trabaja como cobrador de rentas en los suburbios, como escribiente (allí adquiere su clara y armoniosa caligrafía) y al fin como cajero, pese a su juventud; publica uno de sus primeros escritos en torno a los evangelistas Moody y Sanky sin experimentar emoción alguna al ver su nombre en letras de molde porque le parece tan natural "como el gusto del agua en la boca"; adora a Shelley y entra en contacto con la teoría de la selección natural de Darwin, sin afectarlo el ataque al culto de la Biblia, dejándose arrebatar impávido por el entusiasmo de los hechos científicos: "¿No me había yo enfrentado ya al hecho de que en vez de ser un ángel caído era primo carnal de un mono?". Lo más sorprendente en él es, sin duda, el acierto con que elige sus lecturas y dirige su propia educación, sin fluctuaciones ni arrebatos literarios superficiales.

Mientras su sueldo, como su descontento, aumenta gradualmente, y su diligencia y honradez impresionan a sus patrones, nada le ocurre propiamente; no piensa siquiera en que está destinado a convertirse "en lo que se llama un gran hombre". Una discusión casual con un compañero de oficina le revela, como un choque, que nunca había pensado en ello "simplemente porque siempre lo había dado por hecho". Su hogar ha perdido, entre tanto, toda pretensión y apariencia de forma: su madre se ha ido, con sus hermanas, a vivir a Londres, donde se dedicará al canto bajo la dirección de Vandaleur Lee; no existe aún una Liga Gaélica a la que un escritor en cierne pueda incorporarse; Londres es el centro de la literatura y de la lengua inglesas, en las que él "se proponía ser rey", y a Londres se marcha, como todo irlandés que siente que "su negocio en la vida está en los planos superiores de las profesiones culturales". Más tarde, al dar la vuelta al mundo a los setenta y cinco años, "arrastrado" por su nomádica esposa, reconocerá que los

más grandes hombres han sido siempre los que menos han viajado y que "por sí mismo jamás se habría alejado un kilómetro del lugar en que nació". Sabía que no lo necesitaba para su obra.

La tan ingeniosa como cruel teoría edificada por Chesterton en torno al desarraigo natal de Shaw tiene una justificación que los mexicanos podemos comprender mejor que nadie (¿no fué Ruiz de Alarcón a la metrópoli?), tal como, a la inversa del católico paradojista, nos es posible captar primero lo céltico y lo universal que lo local irlandés en GBS. Sin celebraciones de Navidad ni de cumpleaños, el irlandés solitario abandona su patria de origen y no vuelve a ella en treinta años, en efecto; pero, al contrario de Alarcón y nuestros criollos, cuando es ya amo de Londres y voz del mundo, es más que nunca el "irlandés que tiene dos ojos", uno para ver el ensueño y el otro para ver que después de todo se trata de un sueño, define Chesterton. Y dice también: "No eran viejas impresiones de Irlanda, sino nuevas impresiones de Inglaterra (las que captaba); o, más bien, de la extraordinaria banda de nuevos idealistas internacionales, de chiflados y pícaros de todos los países que encontraban siempre su club predilecto en Inglaterra. Eran también gente desarraigada: en otras palabras, el Club Comunista se parecía mucho a un orfelinato... No partió del hogar, sino de la falta de hogar. Por lo cual no quiero decir la falta de hogar de los pobres, pues los pobres siempre recuerdan el hogar que nunca tuvieron".

Donde Chesterton lo acusa de no tener tradiciones ni ligas de sangre y afirma que las *primeras* cosas que contaron para él fueron cosas negativas y anárquicas, G B S explica:

"No estoy enamorado del fracaso, de la pobreza, de la oscuridad ni del ostracismo y desprecio que implican, y esas cosas eran todo lo que Dublín ofrecía a la enormidad de mi inconsciente ambición". Y sella la urna de su nacionalidad añadiendo: "Como a todos los irlandeses, me desagrada el irlandés". ¿Por principio? pregunta Pearson. "No, por instinto". (Cuántas veces no hemos oído decir, y sentido en nuestras conciencias: ¡Qué maravilloso país sería México sin los mexicanos!) Pero, como buen insular, Chesterton quiere a la vez encerrar a Shaw en un fracaso de irlandesismo y, como buen católico, cubrirlo con el marbete de protestante, considerando sus actitudes sólo como formas alotrópicas de lo protestante y lo

irlandés, y descontando la proyección de lo céltico sobre el mundo latino. Por una parte, Shaw es irlandés porque no come carne, por considerarlo de mal gusto; porque es agresivo, lógico y frío; porque distingue entre la vida y la literatura; porque toma en serio la política; porque lleva "esa libertad en el rostro". Por la otra, afirma que no nació ni en Irlanda ni en Inglaterra, que no ha nacido, que "no es libre porque está perdido", que no recuerda ni a su familia ni el orfelinato que recuerda el huérfano.

He insistido a menudo en que no hay universalidad posible sin localidad previa; pero también que el hombre que se desplaza se limita a huir de aquello que tendrá que acompañarlo siempre: de sí mismo, de su sombra, y que el hombre es su propio universo y su propia provincia. En este caso habría una diferencia que señalar: a permanecer en Dublín, a escribir en gaélico, Shaw hubiera podido llegar a ser un diosecillo tópico, un santo de palo en Irlanda; por exasperación habría sido más irlandés que todos los irlandeses juntos, pero menos fructuosamente de lo que fué en Londres. Irlanda no habría ganado a Shaw; en cambio, el mundo lo habría perdido. Además, no huyó: entró en Inglaterra como un extranjero, como un invasor, como un conquistador. En otras palabras, entró en Inglaterra como un irlandés", apunta el propio Chesterton.

Londres y todo a la vez

GBS llega a Londres en 1876, seis años después de la muerte de Dickens. Seis años de pobreza, de literalmente morirse de hambre, y cinco novelas fallidas constituyen su primera cosecha londinense. Pero, como hará decir más adelante a César: "el que nunca ha esperado no puede desesperar". El no espera: sabe. Se instala con su madre y su hermana Lucy y, fuera de trabajos ocasionales, como agente de la compañía de teléfonos Edison —que no tienen gran aceptación— y de críticas musicales fantasmas escritas para la firma oficial de Vandaleur Lee, no hace nada y se considera inempleable, exento del trabajo vulgar de ganarse la vida, aun cuando su familia necesita ayuda con urgencia. "Que eligiera yo el ser un fardo para ellas en vez de ayudarlas, era, de acuerdo con todas las convenciones de la literatura para niños campesinos, mons-

truoso. Bien, sin un sonrojo abracé la monstruosidad. No me arrojé a la lucha por la vida: arrojé a mi madre en ella. No fuí un báculo para la vejez de mi padre: me colgué de los faldones de su levita. Su recompensa fué vivir justo lo bastante para leer una nota sobre una de estas tontas novelas, escrita en un oscuro periódico por un amigo personal mío... prefigurándome hasta cierto grado como a un autor considerable. Insensible como Comus a la garrulería moral, escribía mis cinco páginas diarias y hacía de mí mismo un hombre (a expensas de mi madre) en vez de un esclavo".

Si algún escrúpulo o informe duda deja en él este sistema de vida y de trabajo, lo ahogará con palabre firme por boca del héroe de *Hombre y Superhombre:* "El verdadero artista dejará morir de hambre a su mujer, andar descalzos a sus hijos; afanarse por vivir a costa de su madre de setenta años, antes que trabajar en nada más que en su arte".

Insensible como parece, el gesto es de una sanidad y de una lógica indudables, aun para quienes hemos adoptado la actitud opuesta de posponer vida y obra y caído en esa prostitución abominable del pensamiento que es la lucha por la vida de los nuestros: GBS sabe que la línea de la creación no debe romperse, que la disciplina del arte es la más dura de todas y, sobre todo, que los momentos de impulso creador son irrecuperables. La literatura, única profesión elegante "que no tiene librea", le permite ir orgullosamente mal vestido. Su hogar no es la casa de su madre, sino la sala de lectura del Museo Británico: allí conoce, entre otros muchos, a Thomas Tyler, traductor del Eclesiastés; a Samuel Butler, para quien reunirá el mayor número posible de oyentes (veintitantos) en ocasión de la conferencia en que atribuyó a Nausicaa la paternidad literaria de la *Odisea* ante la Sociedad Fabiana; y, especialmente, al escocés William Archer, crítico, dramaturgo y traductor de Ibsen. De este encuentro saldrían la primera obra dramática de GBS, su primer empleo como crítico de pintura en *The World,* y una agridulce amistad de muchos años. Su único descanso consiste en sus visitas a la Galería Nacional y a Hampton Court. No cae en la tentación de las "damas de la acera" porque no tiene dinero y porque para él el sexo viene en segundo lugar, después de la inteligencia, y encuentra que su importancia ha sido grandemente exagerada por la literatura. Tiene escasas y breves actividades sociales. En 1881, mientras sigue un largo curso

sobre Shelley (único poeta, con Shakespeare, que le dice algo), se hace vegetariano por humanitarismo, por amistad hacia los animales, por independencia y buen gusto; pero, sobre todo, "porque el más fuerte de los animales, el toro, es vegetariano". El es fuerte y quiere más fuerza y cree en la vida. Es abstemio porque su familia "pagó ya su deuda a la industria destiladora con tal munificencia que lo exime de toda obligación ulterior, y porque su mente no requiere ningún estimulante artificial". No fuma por limpieza.

En 1879 se hace miembro de la Zetetical Society, donde entrará en relación con el conocimiento de la fonética que le servirá después para *Pigmalión,* cuyos miembros (Sydney Webb entre otros), discuten sobre evolución y ateísmo creyendo y adorando en Darwin, Stuart Mill, Spencer, Huxley, Ingersoll y Malthus. Allí se inicia como orador y descubre que no puede hablar en público: su primera salida es más desventurada que la de Don Quijote. Su timidez lo hace sufrir mil muertes, y se obliga entonces a no perder controversia, reunión u otra ocasión cualquiera de hablar hasta matar su temor, sus nervios y el temblor de sus manos. Quizás influye sobre él el recuerdo de Goethe que, sujeto a vértigo, se obliga a escalar repetidamente el campanario de la iglesia de Francfurt y que, hipersensible al ruido, se fuerza a componer por lo menos una estrofa de poema a la puerta del cuartel de su ciudad a la hora de tocar retreta. Así sigue adelante, suelta ya la lengua, disciplinados a fuerza de voluntad los nervios, tomando parte en todos los debates posibles como "un oficial afligido de cobardía que aprovecha todas las oportunidades de entrar al fuego para acabar con ella y aprender su negocio".

A los veintiséis años oye hablar a Henry George, y se apasiona. Hasta entonces se había "interesado principalmente, como ateo, en el conflicto entre la ciencia y la religión". George lo "desvió hacia la economía, y de su *Progreso y Pobreza* pasó, para poder hablar con autoridad en la Federación Democrática, al *Capital* de Marx, que leyó en francés, alternándolo con la partitura de *Tristán e Isolda,* y que vendría a ser el punto decisivo de su carrera. "Marx fué una revelación. Su economía abstracta, lo descubrí después, era errónea, pero él rasgó el velo. Abrió mis ojos a los hechos de la civilización y de la historia, me dió un concepto enteramente nuevo del universo y me proveyó con un propósito y una misión en la vida. Regresé a la

Federación Democrática ardiendo en un nuevo celo. . . sólo para descubrir que ni un alma, excepto Hyndman y yo, había leído una palabra de Marx". En todo caso, su admiración por Marx lo inmunizó contra todas las figuras del mundo político que conoció en lo sucesivo. Desde entonces, durante más de doce años, habló dondequiera sobre temas de interés social inmediato y no ilusorio, concreto y no abstracto: en plazas, calles, parques, asociaciones, clubes, asambleas, aun iglesias, a punto de ir a la cárcel dos veces, pero siempre en su carreta y en su trompeta, que, según Chesterton, estaba determinado a convertir en el carro del destino y en la trompeta del juicio", deslumbrador de sentido común y de buen humor, dueño de la contradicción y del contrasentido lúcidos por excelencia, payaseando a menudo para poder decir cosas serias y hacerlas oír; parándose de cabeza, según sus enemigos y críticos (aun en el teatro). Pero, "si se para uno de cabeza, es porque debe de tener una cabeza muy dura y sólida en qué pararse" (Chesterton). Todos los ingresos, crecientes, de sus conferencias y pláticas los destina a "La Causa" interesado en las ideas y no en el dinero. Como agitador, tuvo mucho que aprender, pero quizá más que enseñar. Durante una crisis de desempleo en una época en la que no existía el seguro de trabajo ni el sistema de socorro oficial, en los ochentas, la Federación Democrática hizo tantas y tales manifestaciones que William Morris llegó a creer que la única esperanza de los trabajadores sería la revolución. Una inesperada resurrección del comercio atrajo un diluvio de empleos y todo pasó. "Podéis comprar cualquier revolución por treinta chelines a la semana", declaró GBS. Los capitalistas prestaron el oído y de esta frase nació el sistema de socorro de desempleo.

Quizá residiera el secreto de su éxito como orador —aparte su natural genio y frescura mental y su sentido dramático de lo inesperado— en su personal benevolencia combinada con el consejo de Robert Own: "Nunca discutas: repite tu afirmación". Entre tanto, se había ligado —y éste fué otro de los actos decisivos de su vida— con la oscura Sociedad Fabiana, centro ideal para el desarrollo de su nueva fe social y económica, o sea la causa de la libertad humana, la cruzada contra la pobreza y la lucha por la redención económica del mundo. A ella arrastró a su ya inseparable e insubstituíble amigo Sydney Webb, hombre-enciclopedia, y en ella había de relacionarse con Havelock Ellis, J. Ramsay MacDonald, futuro Primer Ministro laborista;

la famosa Annie Besant, considerada como el mejor orador de Europa; Bland, Sydney Olivier, William Morris, Graham Wallas, Stuart Glennie, Cunninghame Graham, John Burns, Richard Haldane y, bastante más tarde, H. G. Wells, en torno a cuya renuncia fabiana hubo un sonado incidente que los distanció. Empezó a trabajar en seguida por el grupo, pues el segundo folleto de la Sociedad Fabiana, aparentemente redactado por GBS, contiene sentencias como éstas: "Bajo las circunstancias existentes no puede disfrutarse de la riqueza sin deshonor como no se puede prescindir de ella sin miseria". "El resultado más notable de nuestro actual sistema de entregar el cultivo de la tierra y el capital nacionales a individuos particulares, ha sido la división de la sociedad en clases hostiles, con grandes apetitos y ninguna comida en un extremo, y con grandes comidas y ningún apetito en el otro". "La práctica de confiar la tierra de la nación a personas privadas con la esperanza de que sacarán el mejor partido posible de ella, ha quedado desacreditada por la consistencia con que han sacado de ella el peor partido posible". "El Gobierno establecido no tiene mayor derecho a llamarse el Estado que el humo de Londres a llamarse el tiempo", que son todavía actuales en muchas partes.

Las características salientes de los fabianos consistieron en su culto del hecho, la cifra y la investigación profunda —indudable influencia de Webb— y en su ligereza y buen humor —influencia indudable de GBS— y tuvieron el feliz resultado de apartar de ella a los reformadores austeros, intemperantes e inútiles, en el fondo, cuya venganza consistiría en llamar a los primeros "socialistas de salón". Shaw pronunció su primer discurso fabiano en enero de 1885, ante la Conferencia de Remuneración Industrial, y con él sacó del salón y puso en plena luz a la hasta entonces oscura sociedad: "Es deseo del Presidente que nada se diga aquí que pueda apenar a clases particulares. Voy a referirme a una clase moderna, los ladrones, y si hay algún ladrón presente le ruego que crea que no arrojo baldón alguno sobre su profesión. No me desentiendo de su gran pericia y espíritu de empresa; de sus riesgos, tanto más grandes que los del más especulativo capitalista cuanto que se extienden al riesgo de la libertad y de la vida, ni de su abstinencia; ni paso por alto su valor para la comunidad como patrono en gran escala, en vista de los abogados de lo criminal, policías, carceleros, constructores de cárceles y a veces verdugos, que deben su

subsistencia a sus audaces empresas... Espero que cualesquiera tenedores de acciones y propietarios de inmuebles que pudieren estar presentes aceptarán mis seguridades de que no deseo herir sus sentimientos más que apenar a los ladrones: simplemente deseo señalar que los tres infligen a la comunidad una herida de precisamente la misma índole".

No todo podía ser humorístico, sin embargo, como vino a demostrarlo el Domingo Sangriento de la Plaza de Trafalgar (13 de noviembre de 1887). El desempleo condujo a actividades de carácter abiertamente socialista, encauzadas en todas las formas posibles para preparar y convocar a una gran reunión de masas en esa fecha. La prohibición injustificada de la policía (GBS demostró su ilegalidad con la ley en la mano) y la obstinación de los socialistas, produjo el sangriento choque, traducido en la derrota de los trabajadores. La indignación fué terrible y Annie Besant exigió lucha y sangre, en tanto que William Morris y Shaw trataron de impedir nuevas catástrofes. En la discusión, GBS (a quien Cunninghame Graham definió como "El primero que corrió de la Plaza de Trafalgar el Domingo Sangriento", contestando el interesado: 'Me halaga: no tuve siquiera ese buen sentido'), apagó los fuegos oratorios de Annie Besant demostrando a los trabajadores que no estaban preparados, que no tenían barricadas ni medios para hacerlas, como la Comuna de París; que los policías estaban bien pagados y disponían de ametralladoras que disparaban a razón de doscientos cincuenta cartuchos por minuto. ¿Podrían hacerles frente seriamente? Se hizo odiar de todos por un rato, pero su buen sentido salvó muchas vidas y, sobre todo, salvó al pueblo de sí mismo. Iguales, lúcidas objeciones habría de aducir en la primera guerra mundial de 1914-18, a riesgo de ser considerado germanófilo y de ser lapidado, y en la de 1939-45; en los tres casos, su servicio a Inglaterra fué un servicio crítico de oportunidad, orden y orientación inestimables. Ya, en ocasión del Domingo Sangriento, contradijo la fórmula de Lincoln: "Gobierno del pueblo para el pueblo, por supuesto. Pero no *por* el pueblo... Gobernar no es oficio de todo el mundo. Es una vocación altamente especializada". Para él la democracia sin socialismo era un disparate. "El pueblo elige (para conductores) segundas partes siempre". Y se defendió con una valentía y una naturalidad fuera de lo ordinario del cargo de retroceder ante la fuerza de la propiedad establecida y ante las matanzas

policíacas o militares: "Yo soy un pensador, no un luchador. Cuando comienza el tiroteo me escondo debajo de la cama y no salgo de allí hasta que vamos a las cosas de veras constructivas". La explicación de su preferencia por el método fabiano, investigativo, económico y experimental —en vez de otros movimientos socialistas más militantes— se basaba en su certeza de que Inglaterra "no estaba madura para una revolución". Hasta ahora, los hechos no lo han desmentido. Pero, si con uno de sus dos irlandeses ojos apreciaba las excelencias y las utopias del fabianismo, con el otro veía el resultado inevitable que tendría. En efecto, su éxito como grupo socialista desembocó en la creación, con Keir Hardie, del Partido Laborista, y en el reconocimiento de éste por la Corona como Partido de la Oposición. Ramsay MacDonald fué Primer Ministro y Sydney Webb miembro del Gabinete. Aprovechado hábilmente por el Gobierno, el socialismo fabiano cayó en un Capitalismo de Estado. Shaw ayudó al primero a descartar la teoría del valor de Marx, y sus ensayos fabianos siguen tan vivos para el mundo actual como el resto de su obra. La Sociedad Fabiana existe aún, y él conservó sus contactos con el grupo hasta antes de la segunda guerra mundial.

Entre tanto, su actividad como crítico de pintura, primero, musical después y al fin de teatro, era incesante e influía poderosamente sobre la opinión contemporánea. Como todo lo que tocó, renovó los métodos y amplió los horizontes de la crítica. Se preparaba también, sin pensarlo quizá, pero seguro de ello como siempre, para escribir su obra dramática.

Isoldas, Zerlinas y Semeles

En materia de mujeres, poco y vago se sabe de él, aunque fueron muchas las que lo persiguieron, algunas las que, de un modo u otro, ocuparon su imaginación, y menos las que halagaron sus sentidos, si bien casi todas le sirvieron, fragmentaria o totalmente, de modelos para las mujeres de sus comedias. Sus declaraciones personales más concluyentes son, creo, éstas: "Me gustaba el intercambio sexual a causa de su asombroso poder para producir una celestial inundación de emoción y de exaltación de la existencia que, por momentánea que fuera, me daba una muestra de lo que puede ser un día el estado normal de la humanidad en el éxtasis intelectual". y "Sólo dos veces en mi

vida me he enamorado sexualmente: una de joven y otra a la mitad de la vida; fuí perfectamente continente hasta los veintinueve años, exceptuando las incontinencias involuntarias del mundo de los sueños, que eran muy poco frecuentes", y no había motivos morales en su castidad. Completa el panorama la frase de Don Juan en *Hombre y Superhombre*: "Descubrí que me era tan difícil escapar cuando era yo cruel como cuando era amable. Cuando el instinto de la dama se había fijado en mí, no quedaba ya nada más que una esclavitud vitalicia o la fuga". Alguna aventura romántica menor, en Dublín, parece ser lo primero. Hace decir a algún personaje que la evoca: "Si hubiera continuado, me habría aburrido a muerte". Desde temprano se confiesa echado a perder por libros, música y pintura para "algo tan prosaico como una mujer real". Pero su primer idilio londinense es un curioso "desposorio místico" con May Morris, hija de William Morris, descubridor del adjetivo 'shaviano', y que consistió en un cambio de miradas en un ambiente espectacular. Ella debía casar después con Henry Halliday Sparling, literato socialista. Cuando GBS vivió con el matrimonio Sparling, el frustrado 'desposorio místico' amenazó convertirse en un *ménage a trois.* La perspectiva hizo huir a Shaw, pero Sparling se consideró traicionado, sin comprender la lealtad de su amigo, y perdió de todos modos a su esposa. Hay una larga liga con Annie Besant, compañera fabiana, a quien la ruptura con GBS, después de un fracasado contrato de amor libre propuesto por ella, proyectó sobre la teosofía y el espiritismo al lado de la célebre Madame Blavatsky, y que terminaría su carrera como madre adoptiva de Krishnamurti. La esposa de Hubert Bland, líder fabiano y metafísico al modo de Coleridge que acabó convirtiéndose al catolicismo, encontró que GBS era 'uno de los hombres más fascinadores que había conocido, y lo persiguió en alusiones y poemas que él pasó por alto, ayudándola en lo posible a disminuir y eliminar su enamoramiento. A la inversa de Sparling, Bland supo apreciar la amistad de Shaw. Pasa una bailarina, llamada Aurelia Pertoldi. "Me enamoré de ella hasta las orejas en escena, pero fuera de ésta encontré que no podía utilizarla, invirtiendo así mi práctica usual, que consiste en estar a prueba contra todas las seducciones de las candilejas, pero susceptible a la mujer privada sin pintar".

En el caso de Mrs. Patrick Campbell, según él, sus relaciones "fueron tan inocentes como las del rey Magnus con Orinthia en *La Carreta de Manzanas*". Sin embargo, a ella debemos la famosa frase, cuando Beerbohm Tree quiso ofrecer un filete a Shaw: "¡No, por amor de Dios! Bastante malo es ya como es; pero si le das carne no quedará mujer segura en Londres", y murió poco después de escribir a GBS, pronunciando el nombre de un clown famoso que le daba en la intimidad: Joey. Florence Farr, otra de sus actrices, tuvo aparentemente relaciones sexuales con él, y hay que contar de modo particular a la viuda Jenny Patterson, modelo de la Julia de *El Galanteador* y *liaison* prolongada. En lo que se refiere a Ellen Terry, su adoración sin límites se consagró toda a la actriz en las célebres cartas, pero no a la mujer, a quien sólo vió en persona dos veces. Muy joven aún, se sintió atraído por Eleanor Marx, hija menor del terrible Karl, que había de unirse en amor libre con Edward Aveling, doctor en ciencias y camarada de partido, íntegro ateo militante, selleyano, darwiniano y marxista, pero petardista y estafador incurable. Shaw lo usó como modelo para su Louis Dubedat, el pintor de *El Dilema del Doctor,* y aprendió una gran lección en la unión libre de Aveling y Eleanor Marx: para unirse a ella, Aveling sacrificó a una primera esposa y, al enviudar se casó en secreto con otra engañando a su compañera, que se suicidó al igual de su hermana mayor. Pese a la corriente ibsenista en materia de amor, sexo y libertad de la mujer, que él fomentó siempre, GBS aconsejó desde entonces, por modo invariable, a sus amigas, que evitaran las uniones ilícitas y que no quemaran sus naves sin la protección del matrimonio legal, partiendo de esta tesis: "No tiréis el agua sucia hasta tener agua limpia. No rompáis una convención vieja hasta que hayáis establecido una nueva". Su credo amoroso es breve: "Lo que la gente llama amor es imposible salvo como una broma (y aun entonces es seguro que uno de los dos se pondrá serio) entre dos extraños que se encuentran accidentalmente en una posada o en el sendero de una floresta". Hace numerosas conquistas, pero las evita siempre que puede. A la actriz Alma Murray, que interpretaba el papel de la heroína de *Las Armas y el Hombre,* le escribe: "No aceptaré ya su invitación a visitarla y discutir el papel, porque cuando una mujer me da el placer que me dió su actuación de ayer, no puedo evitar enamorarme violentamente de ella". Chesterton, que

impugna por razones católicas toda la actitud de Shaw ante la mujer, lo define así: "Feminista en política y antifeminista en emoción".

Periodismo, municipio y política

Es importante señalar que, desde sus primeros encuentros con los directores de periódicos y revistas londinenses, GBS se empeñó en dignificar al escritor y en elevar el monto de su paga, llegando a todos los extremos verbales necesarios para ello. Lo mismo hizo en el teatro, y profesionalmente procedió toda su vida con la misma honradez que cuando fué cajero en su juventud. Su campaña crítica lo sitúa, en materia de arte, como su actividad social en materia política, a la izquierda siempre del lado de la novedad sana, de la justicia y de la verdad, no por sí mismas ni en abstracto, sino como elementos de salvación del hombre, en términos de lo que él considera el progreso del espíritu sin confundirlo con la mecánica. Sucesivamente apoya y estimula el impresionismo en la pintura, defendiendo la obra de Whistler y de Burne-Jones; el naturalismo en la novela, el ibsenismo en el teatro, el wagnerismo en música; despedaza a Max Nordau por su célebre ensayo *Degeneración,* y polemiza en todos los terrenos del arte. Así, es neomarxista, neodarwinista y evolucionista en el teatro, como es ibsenista y ricardista en la idea social. Reclama nuevas y más justas leyes tal como reclama nuevas obras, nuevos directores y nuevos intérpretes. La política, la religión, la educación, la salud pública, el trabajo y la infancia, el matrimonio y el divorcio, lo preocupan más profunda y activamente que el esteticismo. Sin embargo, sus reglas estéticas son inflexibles, y se proclama artista a los cuatro vientos sosteniendo con equilibrio y valentía la tesis horaciana de la utilidad del arte, la necesidad de una fuerza ética en coincidencia con el impulso estético.

Por no sé qué acto fallido, escribí en la primera página de este ensayo *El Destructor de Ideales* en vez de *El Destructor de Idolos,* calificativo que él aplicó a Brieux en el prólogo a la traducción inglesa de sus obras. En realidad, al entablar la batalla de la inteligencia y el buen sentido contra la sentimentalidad, el sexo y las convenciones victorianas, se convierte en un demoledor de los ídolos consagrados de la época, al extremo

de tomar partido contra los boeros durante la guerra de Sud-Africa, porque (habla Hesketh Pearson), "el punto de vista oficial de la Sociedad Fabiana, expuesto por Shaw en su panfleto, era que en interés de la civilización debe gobernar una gran potencia, y que aunque deberían internacionalizarse los campos de oro, el Imperio Británico era en ese momento el único substituto disponible de una Federación Mundial, consistiendo la alternativa en dejar el poder del oro en manos de una pequeña comunidad irresponsable". Sólo veinte miembros de la Sociedad Fabiana renunciaron ante esta inteligente, ademagógica actitud, de la que disintieron todos los socialdemócratas, y Shaw, con gran perplejidad, se encontró "del lado de la chusma... Es asombroso con qué malas compañías pueden asociarlo a uno las opiniones avanzadas". Más de una vez se negó a jugar para diputado, "prefiriendo ser un conductor del fabianismo que un 'corista' en el parlamento".

En cambio, desde 1897, sirvió como *vestryman*, o miembro de la junta de la jurisdicción de San Pancracio, llegando a concejal cuando se la hizo municipalidad (*borough*), y en ella fué miembro activo y excepcionalmente hábil y sensato de las comisiones Parlamentaria, de Salubridad, Alumbrado Eléctrico, Alojamiento y Drenaje, derivando lecciones de todo ello, sin interrumpir su obra de autor y crítico, y dedicando a estas atenciones varias horas durante siete años. Su energía vital se lo permitía, le hacía bien que lo "trabajaran" hasta la última pulgada, "mientras durara". Y en esto dió otra vez muestra continua de su apasionado desinterés personal, ayudando siempre a la comunidad trabajadora. Derrotado en las elecciones siguientes (1904) por el antagonismo de los No Conformistas, que le retiraron su apoyo por haber favorecido las mejoras a las escuelas de la Iglesia de Inglaterra; de "cristianos de todos los colores, agnósticos de todos los tintes, reaccionarios de todas las calidades, progresistas de todos los matices, tontos honrados y bribones sin honradez que eligieron a un judío" (Pearson), sacó partido aun de esto: su *Sentido Común del Oficio Municipal,* en el que se confirma, después de esos años de ingrata labor, por "uno de los hombres más capaces de su tiempo, si no hubiera sido en primer lugar su dramaturgo más capaz".

Los años de 1892 a 1914 son de gran actividad tribunicia y política (incesante hasta 1898 y luego condicionada a circunstancias justificativas), y, sobre todo, en materia de teatro. Lo

acompañan siempre Sydney Webb y su esposa Beatrice Potter, cuya amistad jamás abandona, y gracias a quienes conoce a Charlotte Payne-Townshend, con la que casa al salir de su más grave enfermedad a los cuarenta y cuatro años, y con cuyas cenizas están ahora, mezcladas y dispersas, las de él en el jardinillo de su quinta de Ayot St. Lawrence. Además de su obra crítica, dramática y municipal, de su trabajo como director del Court Theatre al lado de Granville Barker y J. E. Vedrenne, sigue dando conferencias infatigablemente y empeñándose en controversias en todos los frentes posibles: el sufragio femenino, las trincheras fabianas; los Investigadores Médicos Viviseccionistas, a quienes llama 'intelectualmente imbéciles', los *flagelomaníacos,* como llamó a los defensores de la conservación de la pena de azotes en el código; los médicos y la medicina en general; el profesor Pavlov y sus experimentos, que ataca; H. G. Wells, a quien zarandea aun con motivo de su defensa de Pavlov, cuyo libro, asegura GBS, no ha leído Wells; los físicos y los hombres de ciencia sin exclusión, porque los encuentra poco científicos y porque "impostor por impostor, prefiero el místico al científico —el hombre que por lo menos tiene la decencia de llamar misterio a su insensatez, a aquel que pretende que se trata de un hecho comprobado, sopesado, analizado y medido"; la educación, porque la quiere "estética y no clásica"; el frustráneo experimento de Michaelson-Morley; la biología, la economía, la teoría de Ricardo, "que nadie conoce sino él"; la campaña mitómano-demagógica en torno al hundimiento del *Titanic,* a cuyo capitán acusa, rebatiendo a su paisano el católico Sir Arthur Conan-Doyle, de haber perdido su barco "navegando deliberadamente y con todo conocimiento hacia un témpano flotante a la mayor velocidad que le permitía su carbón", y cuyos oficiales habían perdido la cabeza. Otro ideal convencional hecho trizas: se arroja siempre en defensa de la medida y la justicia, sin interés personal, y conforme aumenta su estatura de pensador y de poeta dramático, crece su impopularidad humana y política porque no perdona un solo mito artificial, un solo ideal epidérmico y de dimensiones que podríamos llamar cinematográficas. Su experiencia polemística le permite mantener el equilibrio y el buen humor, dar siempre en el blanco, ganarse la risa del público mientras antagonistas como Wells lo insultan, y su honradez esencial lo preserva de intervenir en cuestión alguna por razones perso-

nales. Sus motivos son siempre públicos, y esto es quizás lo que no se le perdona.

El ser humano

En materia de títulos y honores, su actitud es equilibrada y saludable. Obtuvo en su vida órdenes de caballería para muchos, entre otros para su colega Arthur Wing Pinero, hecho que él "ocultó cuidadosamente", y que, pese a su actitud irreprochable, firmaba las cartas que dirigía a GBS "con admiración y detestación'. En todo caso, rechazó el "Sir" para sí mismo más de una vez, porque no podía pagarse el lujo de ser duque, y en cuanto a la Orden del Mérito, "ya se la había conferido a sí mismo"; además, ha llegado a significar sencillamente Viejo, y yo sólo tengo un dedo del pie en la tumba hasta ahora". Sabía —dice Pearson— que su nombre era título bastante, y sostenía que los títulos eran para personas cuyos servicios públicos, por valiosos que fueran, eran desconocidos de la nación.

Como profesional del teatro y del periodismo, jamás aceptó rebajar su precio en competencia con un colega; estimuló el interés del Club de Dramaturgos hacia los autores jóvenes, defendió las candidaturas legítimas y luchó por la inclusión en él de las autoras dramáticas. Alguna vez se rehusó a ceder una obra por poco dinero a un empresario norteamericano aduciendo que perjudicaría a sus colegas de Londres, y nunca vendió los derechos de ninguna.

Como amigo, aparte sus pruebas en el caso Morris-Sparling y en el caso Bland, ya aludidos, tiene también una calidad poco común. Sus frecuentes alusiones en *The Saturday Review* al *señor* Oscar Wilde, ya prisionero en la cárcel de Reading y tabú social y literario del fin de siglo, son tan frecuentes como favorables, y exigen el respeto para el artista y el poeta víctimas del infortunado sibarita que había dicho de GBS: "Un hombre excelente: no tiene un enemigo en el mundo y no agrada a ninguno de sus amigos", y "Hay dos maneras de no gustar de la obra de Shaw: una es no gustar de ellas; la otra, gustar de sus novelas". Shaw, en cambio, escribió sobre Wilde: "Era mi paisano, y un especimen escogido del tipo de paisano que más detestaba yo: a saber, el *snob* de Dublín. Su encanto irlandés, poderoso para con los ingleses, no existía para mí, y en conjunto podría decirse que no me mereció respeto alguno que no

hubiera ganado. Lo primero que estableció en mí un sentimiento amistoso fué, bastante inesperadamente, el asunto de los anarquistas de Chicago... Traté de que algunos literatos de Londres, todos heroicos rebeldes y escépticos sobre el papel, firmaran un memorial solicitando la suspensión de la sentencia de aquellos infortunados. La única firma que conseguí fué la de Oscar. Fué un acto completamente desinteresado de su parte, y le ganó mi consideración distinguida para el resto de su vida". Y, en la crónica de *Un Marido Ideal*, ante los ataques de los críticos por la facilidad aparente y la supuesta superficialidad epigramática de Wilde: "Hasta donde es posible cerciorarme, soy la única persona de Londres que no puede sentarse y escribir una comedia de Oscar Wilde a voluntad... En cierto sentido, el señor Wilde es nuestro único dramaturgo (*playwright*) completo: Juega (*he plays*) con todo: con el ingenio, con la filosofía, con el drama, con actores y público, con el teatro entero". También había sido el originador de una petición de libertad para Wilde, ya condenado, y hecho un viaje especial al norte del país sin poder obtener una sola firma fuera de la suya.

En el caso del fanfarrón, diabólico y perverso Frank Harris, a quien tuvo que agradecer una hospitalidad sin límites y una absoluta libertad de expresión en *The Saturday Review,* Shaw pagó los gastos de su entierro y autorizó la publicación de la arbitraria biografía que Harris había hecho de él sin conocer más que una de sus comedias y nada del hombre ("mi autobiografía, escrita por Frank Harris"), para que la viuda pudiera cobrar los derechos de la edición.

Más elocuente es quizá la carta que William Archer, intelectualmente distanciado de él desde siempre y enconado opositor crítico de su obra dramática, le escribió en 1924, antes de hacerse la operación que debía costarle la vida: "Suelen ocurrir accidentes, y este episodio me da excusa para decir lo que espero que usted no dude —a saber, que aunque a veces puedo haber hecho el papel de un mentor cándido en demasía (*all-too-candid mentor*), nunca he titubeado en mi admiración y afecto por usted, ni dejado de sentir que los Hados me trataron con bondad al hacerme contemporáneo y amigo suyo. Le agradezco desde el fondo de mi corazón cuarenta años de buena camaradería". Si Archer había ayudado a GBS a iniciar su carrera dramática dándole el canevá, insuficiente, de *Casas de Viudos,* Shaw había urgido a Strindberg a autorizar a Archer para

traducir sus obras al inglés después de las de Ibsen. No todos los hombres del mundo, por inteligentes que sean o se crean, pueden recibir cartas así; antes que el talento viene la limpieza humana, la conducta pura, que ni el genio mismo puede reemplazar con ventaja.

A la muerte de William Morris, GBS dijo: "Puede uno perder a un hombre así por su propia muerte, pero no por la de él".

Y Chesterton, que discutió con él "toda su vida", y de cuyo famoso, paradójico, chestertonianísimo ensayo dijo GBS: "El libro es lo que todos esperaban que fuera: la mejor obra literaria que he provocado hasta la fecha", mientras impugna sus ideas, actitudes y obras con el celo del católico adolorido ante el espectáculo de que un hombre de genio como Shaw no sea católico también, lo declara "personalmente uno de los hombres más bondadosos del mundo", que "jamás es irresponsable ni por un instante"; "un ingenio casi tan grande como Voltaire", en quien "el socialismo es la cosa más noble. En realidad, desea menos ganar fama que dar fruto", y agrega: "Esta es la cosa más grande de Shaw: un optimismo serio —un optimismo trágico inclusive". "En nuestro tiempo. . . hubo algunos, hubo uno especialmente, cuya voz fué oída y cuya lanza no se rompió nunca".

Un comediógrafo latino había previsto en sí mismo a un ser humano semejante: "Hombre soy, y nada de lo que es humano es ajeno a mí".

1914

Su claridad de visión culmina, con su impopularidad, al estallar la guerra de 1914-18, cuya inminencia sintió de los primeros, en sus artículos y, particularmente, en su ensayo intitulado *El Sentido Común sobre la Guerra.* Tiene cincuenta y ocho años, y ya en 1911, buen entendedor de su tiempo y del futuro, había visto y defendido la inevitabilidad del uso de la aviación en las guerras futuras. Este libro fué seguramente el más valeroso, el más directo y, a la vez, el más sereno de su ya larga carrera. He aquí el resumen que de él hace Pearson:

"El autor se limitaba a señalar que la violación de la neutralidad belga era una excusa inventada para la intervención

británica, y una pobre excusa; que si los soldados de todos los ejércitos comprometidos fueran cuerdos, fusilarían a sus oficiales y se volverían a su casa; que si los ciudadanos de todos los países beligerantes fueran cuerdos, se negarían a pagar las guerras diplomáticas; que había Junkers (es decir, terratenientes) y militaristas en Inglaterra igual que en Alemania; que los ingleses tenían en el extranjero reputación de hipócritas; que la autoglorificación y el vilipendio del enemigo no eran las mejores formas de ganar una guerra; que la guerra podría haberse evitado si Sir Edward Grey, Ministro del Exterior, hubiera aclarado la actitud de Inglaterra antes de que aquélla empezara; que el verdadero caso contra Alemania era mucho más fuerte que el caso oficial, etc. En realidad, un panfleto de lo más patriótico, en el que se esclarecía el verdadero lugar de la democracia y se demolía su lugar ficticio". El destructor de ídolos y de ideales absurdos versus la demagogia británica.

Para la histeria en forma de opinión que inficiona, plaga que enloquece a los hombres en caso de guerra, esta sencilla y lúcida actitud crítica definió la situación haciendo de GBS poco menos que un sinónimo de Alemania. Fuera del elogio del famoso político laborista escocés Keir Hardie: "su inspiración vale más para Inglaterra que lo que la guerra le ha costado —quiero decir, en dinero. . . Sólo un celta podía haberlo hecho", el desprecio y la agresión generales, el ostracismo y la amenaza cayeron como lluvia de lodo y de fuego sobre Bernard Shaw.

Uno de los títulos a la fama de Herbert Asquith fué la frase que pronunció en el comedor de la Real División Naval: "¡Ese hombre debería ser fusilado!" Insultos en artículos de periódicos y cartas, a menudo escritos por personas que no habían leído el panfleto; amigos que se escabullían o se pasaban a la acera opuesta; artistas que se negaban a dejarse fotografiar al lado del monstruo; anónimos; colegas como Henry Arthur Jones (que, moribundo, garrapatearía un pedazo de papel que no tenía animosidad personal en su contra), J. W. Locke, que se rehusó a permanecer en el mismo salón con "Mr. Bernard Shaw", y Jack Squire, que pidió por escrito que se lo untara de alquitrán y se lo emplumara; H. G. Wells, que comparó su conducta a la de "un niño idiota riéndose en un hospital"; John Galsworthy, que puso en duda su buen gusto; Arnold Bennett, que lo encontró inoportuno; Joseph Conrad, que le

reclamó dignidad; el Club de Dramaturgos en masa, que lo expulsó prácticamente, y Alfred Sutro, a cuyos reproches de inoportunidad contestó GBS: "*¡Usted,* trabajando en una oficina del Gobierno! . . . ¿En qué está usted soñando? . . . Escríbame una comedia. . . también un drama. . . y un melodrama, o lo que quiera; sólo que escríbalo y establezca una corriente de regalías semana a semana de Nueva York a Londres. . . Es usted un criminal, un traidor, un despilfarrador del fuego sagrado en parrillas de cocina. . . El *Times*, el *Morning Post* gritan ahora del modo más malicioso todo lo que yo dije cuidadosa y cortésmente. . . Y todo este tiempo usted ha estado perdiendo tontamente su tiempo en una oficina del Gobierno, impidiendo trabajar a todos por el encanto de su conversación y comiéndose las provisiones de Inglaterra en vez de traerle del otro lado del mar bajeles de cargamentos preciosos, y diciendo a la gente que debería yo ser fusilado. Bueno, lo perdono, pero sólo a condición de que vuelva usted en seguida al trabajo que le corresponde, y vaya a ese necio club y diga a sus idiotas miembros que vayan a hacer otro tanto".

Hubo compensaciones, como la petición que el rey Alberto de Bélgica hizo a Shaw para que defendiera su causa y colaborara en el libro que debía venderse a beneficio del pueblo belga. Sir Hall Caine, a quien GBS había dado un prólogo para una de sus novelas, amenazó con renunciar si se publicaba la colaboración del irlandés. Shaw aceptó la exclusión, pero "escribí un llamado tan conmovedor en favor de los belgas, que cuando leí las pruebas me di cuenta de que la consistencia me obligaba a enviar una subscripción substanciosa". Los belgas insistieron entonces en que él redactara el llamado nacional a los Estados Unidos.

El hundimiento del *Lusitania* no mejoró las cosas, y GBS tuvo al fin la extraordinaria sensación de ver rechazados sus comentarios por el editor del *New Statesman,* si bien H. W. Massignham había de publicar en *The Nation* tan importante opinión: "En seguida, un pasmoso frenesí arrebató al país entero. Los hombres que hasta entonces habían conservado su cabeza la perdieron por completo: "¡Matar a pasajeros de salón! ¿Y después qué?" era la esencia de toda esta agitación; pero la frase es demasiado trivial para comunicar la más leve noción de la rabia que nos poseía. A mí, que tenía la cabeza

llena del espantoso costo de Neuve Chapelle, Ypres y el desembarco de Gallipoli, el alboroto por el *Lusitania* me parecía casi una desalmada impertinencia, aunque conocía personalmente a las tres víctimas más conocidas. . . Encontré inclusive una torva satisfacción, muy inteligible para todos los soldados, en el hecho de que los civiles, que consideraban la guerra un tan espléndido deporte británico, recibieran un agrio paladeo de lo que representaba para los verdaderos combatientes. Expresé muy libremente mi impaciencia, y encontré que mi muy sincero y natural sentimiento en el asunto era recibido como una cruel y monstruosa paradoja. Cuando pregunté a aquellos que estaban boquiabiertos ante mí si tenían algo que decir sobre el holocausto de Festubert, abrieron la boca más que antes, habiéndolo olvidado totalmente, o más bien, no habiéndolo comprendido nunca. No eran más desalmados que yo; pero la gran catástrofe les resultaba inasible, en tanto que la pequeña había sido del tamaño justo para ellos".

Shaw sobrellevó en valerosa soledad estos terribles momentos: "He venido dando exhibiciones de valor moral que sobrepasan de lejos cualquier cosa realizada en el campo; pero hasta ahora no he recibido la Cruz de Victoria; en realidad, no han faltado sarcásticas sugestiones de que debería yo recibir la de hierro". Junto a esto hubo su visita, en 1917, al frente de Flandes, donde manejó personalmente el automóvil que lo conducía por considerar "putrefacto que los soldados de servicio corrieran riesgo alguno paseando a viajeros por placer", y su infructuosa intervención en favor del irlandés Sir Roger Casement, que sería ahorcado supuestamente por traición.

A las terribles, enloquecidas, insultantes cartas que le llegaban a diario, contestó: "Como empleo una secretaria, he publicado una petición para que mis corresponsales pongan la palabra 'obscena' en el ángulo izquierdo superior de sus sobres".

Pero esto no fué todo. Al empezar los bombardeos por los zepelines, "Shaw escribió al *Times* urgiendo a las autoridades a proveer refugios a prueba de bomba para los indefensos ciudadanos, especialmente en los parques escolares de juegos" (Pearson). "El editor se negó con indignación a publicar una comunicación que apadrinaba la monstruosa doctrina de que los civiles no son sagrados", y también tocó a Massingham publi-

carla. "Algo más tarde, los editores se vieron rudamente despertados de sus sueños de civilización por una ducha de bombas".

La voz popular lo dió por prisionero en su casa, por fugado a Alemania, por sujeto a linchamiento, por asesinable a la primera ocasión, caído en desgracia con sus discípulos, explotado, aniquilado, quemado y concluído. Los periodistas hormigueaban en sus ininterrumpidas y aplaudidísimas conferencias, con la secreta, morbosa esperanza de que alguna vez la multitud lo haría pedazos y *noticia,* y sus ideas eran reproducidas, aunque camufladas, en Viena y en Berlín, lo cual acrecentaba su impopularidad y su peligro. Pero, a la vez, en los frentes se representaban sus comedias (*El Inca de Perusalem* y *O'Flaherty, Cruz de Victoria*) para divertir a los soldados.

Pasada la gran tormenta, que con tan graciosa, serena dignidad resistió, dijo: "Si lee usted ahora, a sangre fría el *Sentido Común sobre la Guerra,* podrá azorarlo el descubrir por qué enfureció a algunas gentes —especialmente a las que no lo habían leído, pero sí sabido que les advertí que no usaran la palabra Junker como un término de vilipendio, ya que el Junker más típico de Europa era Sir Edward Grey (ministro británico del Exterior). El secreto consistió en que, como mi patriotismo era irlandés y anti-inglés por lo tanto, había algo intolerable en la completa objetividad de mi exposición del caso británico".

Pero los pueblos son más lentos que el individuo para aprender las grandes lecciones y los hechos directos y sencillos; y los gobiernos son todavía más lentos que los pueblos. También se desoyó, aunque esta vez sin infamia, la voz de GBS cuando se alzó años más tarde para pedir que el gobierno pusiera en las calles dispensarios gratuitos de pan para los niños, semejantes a las tomas de agua. En cambio, una explosión suya, publicada en The Daily News, a propósito de un prisionero evadido, logró abolir la odiosa costumbre de encadenar a los presos, como castigo, cuando volvían a ser capturados.

Terminada la guerra, esterilizada la inquina, calmados los ánimos, todavía seguiría él clamando libremente contra los tratados y los abusos de la paz: "La tierra revienta todavía de cuerpos muertos de los vencedores". "Y, con la usual ironía de la guerra, sigue siendo dudoso si Alemania y Rusia, las

derrotadas, no serán las ganadoras; pues los vencedores ya se ocupan en sujetarse con las cadenas que quitaron de las piernas de vencidos". "Así la natural confusión de la ignorancia se vió acrecentada por una confusión, deliberadamente propagada, de cuentos de 'coco' para niños, y de melodramática insensatez que al fin se excedió a sí misma e hizo imposible detener la guerra antes de que hubiéramos, no sólo logrado el triunfo de vencer al ejército alemán, y por lo tanto de derrocar a su monarquía militarista, sino cometido la muy seria equivocación de arruinar el centro de Europa, cosa que ningún Estado europeo sensato podía permitirse hacer".

Entre tanto, la revolución rusa se había convertido en gobierno y hacía frente a su más grave crisis cuando, en 1920, William Randolph Hearst ofreció a GBS, como antes a Wells, un viaje a Rusia, espléndidamente pagado, a fin de que escribiera sobre lo que allí pudiera ver. Pero él sabía lo que podía verse en Rusia en ese momento: la angustia, la onda de desilusión de muchos revolucionarios ante la adversidad, la expulsión de los kulaks y sus desastrosas consecuencias agrícolas, la imposibilidad de laborar la tierra, la prematura supresión de comercio y banca privados, la ruina y el hambre que Shaw, como fabiano inflexiblemente factual había previsto, ya que "habían tirado el agua sucia, antes de tener agua limpia". Además, ese primer experimento de gobierno comunista representaba su credo político. Simplemente, dejó caer la invitación de Hearst y su ganancia, y sólo fué a Rusia con los Astor, en 1931, para conocer a la viuda de Lenin y a Stalin.

Alcanzada la suprema gloria como poeta dramático con *Santa Juana,* en 1924, cuando le preguntaron si acaso estaba volviéndose católico y repuso: "No hay sitio para dos Papas en la Iglesia Católica Romana".

En 1925 rechazó el premio Nobel, "prenda de gratitud por un sentido de alivio en el mundo" ya que nada había publicado en ese año, y escribió al Secretario Permanente de la Real Academia Sueca que "el dinero (siete mil libras esterlinas) es un salvavidas arrojado a un nadador que ya llegó salvo a la orilla". (La suma se aplicó a la fundación de una Alianza Literaria Anglo-Sueca, ideada para el caso), y, ante las peticiones de dinero y rumores sobre su riqueza que lo asediaron, declaró: "Puedo perdonar a Alfredo Nobel por haber inven-

tado la dinamita. Pero sólo un demonio en forma humana podía haber inventado el Premio Nobel".

Tenía en ese momento setenta años y ante él se abrían todavía la perspectiva de una segunda y terrible *guerra púnica,* como las llamó, y un cuarto de siglo más de vida, de trabajo y de creación.

CUANDO DIOS SE HIZO AMERICANO

I

El mismo día en que terminé la lectura del libro de Marc Chadourne "Quand Dieu se fit américain" vi una película de "cowboys" del Lejano Oeste; antes de pasarla dieron cortos con los últimos eventos deportivos en los estadios norteamericanos. Por la noche me puse a hojear un número del "Reader's Digest" en el que aparece un artículo que se titula "El box, asesinato legalizado", del Dr. Arthur H. Steinhaus. Estas diversas manifestaciones de la psicología y del modo de ser del pueblo norteamericano despertaron en mí reflexiones que se fueron por los caminos del psicoanálisis.

Desde antes de que se hablara de psicoanálisis Juan Jacobo Rousseau había sostenido que la conducta de los hombres obedece a experiencias de su niñez y al influjo de sus antepasados. Si esto es válido para los individuos, con mucha más razón lo es para las aglomeraciones sociales que se van agrupando movidas por instintos gregarios. Los Maestros de la Escuela de Viena al sistematizar las ideas sobre psicoanálisis siguieron un camino retrospectivo en la historia de la humanidad y afirmaron que el hombre de nuestros días conserva en lo más profundo de su ser las marcas del hombre primitivo. Los impulsos homicidas, la crueldad y la violencia obedecen muchas veces, según ellos, a herencia de la época de las cavernas. Todos los hombres llevamos dentro nuestro ángel y nuestro demonio, idea que no está muy distante de las concepciones religiosas de todos los tiempos. El esfuerzo de la educación y el desideratum de la cultura se han orientado siempre hacia fines de convivencia social y han sostenido la tesis de que el hombre debe refrenar los restos de barbarie que lleva latentes y mantener sentimientos de simpatía capaces de corregir los instintos primarios.

¿Hasta qué punto la marcha al oeste, la expansión hacia el sur, la mentalidad de pueblo fronterizo y el afán de fundar nuevas religiones han impreso su marca en la psicología del pueblo norteamericano.

Marc Chadourne sitúa la acción de su último libro en Norteamérica, en los años de la primera mitad del siglo XIX, cuando se inició

el éxodo del este al oeste y del norte al sur y los exploradores parecían poseídos de un afán de descubrir al mismo tiempo que tierras vírgenes y tesoros ocultos las bases de una nueva religión.

El libro de Chadourne es la epopeya de Joseph Smith, el Profeta que fundara la secta de los Mormones, Joe Smith, como quien dice un norteamericano como hay millones. No hay que fiarse del nombre; el caudillo de "los santos de los últimos días" fué un hombre de excepción; tal vez una de las últimas encarnaciones del espíritu de Israel, según asienta el autor de esta obra.

Smith personificó un intento de vivir de acuerdo con la Biblia. En su ambiente y en su época tuvo que hacer concesiones tanto a sí mismo como a los demás pero muy dentro de su alma exaltada ardía la llama de los iluminados, de los profetas y de los mártires. Hubo en él una angustia de sublimación al mismo tiempo que apetitos mundanos y complacencias de la carne. Quienes hablan de los Mormones como polígamos inmorales y santones hipócritas, no saben lo que dicen; en algunos de los fundadores de esa secta se descubre una mística, una ansia de perfección y un deseo de salvar al género humano.

La dinastía de los Smith contaba con antepasados de Escocia y de Gales; comienza su peregrinación en la Nueva Inglaterra cerca de los límites entre Massachusetts y el Ontario Canadiense. Hubo en los padres y en los hermanos mayores de Joe Smith una chispa del fuego de los "peregrinos" del siglo XVII, esto es, un fervor religioso auténtico, una candorosidad limpia y cierta austeridad ejemplar. Joe Smith no invocó a los peregrinos del May Flower, él más bien pensaba en sus abuelos presbiterianos y metodistas, feligreses de pequeñas iglesias comunales de uno y otro lado del Atlántico.

El niño soñador y un tanto "baldado" en su adolescencia, Joe Smith, parece "un caso" de telepatía y adivinación como aquéllos de que habla Maeterlink en "La Muerte" o en "La Sabiduría y el Destino"; se evidencian en él rasgos pasmosos de clarividencia y sobre todo un don de asimilación de los imponderables, que le permitió ser poeta, escritor, tribuno y político. Un muchacho que casi no fué a la escuela se hizo de un caudal de información que asombraba a los eruditos. Smith fué profeta tanto en su propia casa como ante su propio pueblo; su padre, su madre y sus hermanos mayores creyeron en él, como si hubieran visto de cerca las heridas del "elegido" de Dios que luchó con el Angel primero y más tarde con los representantes de un medio social contrario a todo intento de fundar nuevas religiones.

La secta de "los santos de los últimos días" fué perseguida en Pennsylvania, en Kansas, en Missouri y en Illinois. El profeta Joe

Smith sufrió afrentosos suplicios como el de la brea y las plumas y no pocas prisiones. En una de ellas que le impusieron en "Liberty" Missouri, escribió en su calabozo epístolas, profecías y manifiestos en los que revelaba su templanza personal, su fidelidad a su pueblo y sus dones "sobrenaturales". Cuando en las asambleas se leían las epístolas del Padre y hermano, sus correligionarios las oían como mensajes directos de la Divinidad. Joe Smith habló desde su infancia de que oía la voz de "su Señor Dios", como Moisés, David e Isaías.

A priori y de lejos puede pensarse en una simulación; a despecho de las dudas quien lea las epístolas del profeta no podrá menos que sentirse sorprendido por su lenguaje elevado, su fervor místico y su intuición sorprendente para acoplar sus palabras con las de la Biblia. La fortaleza y la resistencia de la secta mormona provenían de que contaba con su propia Biblia. Desde niño Joe Smith aseguró a sus padres y a sus hermanos que estaba poseído por una "revelación"; "la voz" que él solo oía, le hablaba de una Biblia original impresa en placas de oro con el texto de la doctrina y los mandamientos, la que muy remotos pobladores del Nuevo Mundo habían enterrado cerca de su pueblo natal en Manchester, Massachusetts. Esta leyenda que parecía una obsesión absurda fué tomando fuerza en la mente del joven Smith quien noche a noche se escapaba hacia los bosques cercanos; allí se puso en trance y oración por varios días hasta que recibió las nuevas Tablas de la Ley para conducir y salvar a su pueblo.

II

Marc Chadourne, novelista a quien se otorgó un gran premio de literatura en Francia, ha escrito varios libros reveladores de su interés por países lejanos, China, la U. R. S. S. y México —"Anáhuac o el Indio sin plumas"—; se apasiona ahora por la epopeya de los Mormones y por la vida y la obra del fundador de la secta.

Tenía ante sí una cantera virgen para esculpir con su estilo poderoso la historia de los Estados Unidos de la mitad del siglo XIX. Período de gestación nebulosa, de masa amorfa y de desbordamiento hacia las praderas del centro o los desiertos del oeste y el sur. No lo hizo porque no fué ese su intento y además porque se dejó dominar por la personalidad de su héroe. Algo soslaya al hablar sobre la multiplicidad de religiones inconexas en el norte, la avalancha expansionista que se desató sobre México y el carácter de las multitudes agresivas sin Dios ni ley que atravesaron el Mississippi o se establecieron en

sus riberas. No se extiende en esos temas; al tratarlos a fondo se hubiera visto obligado a escribir libros en serie a la manera de Jules Romains; concreta su esfuerzo a seguir la ruta de Joe Smith y del pueblo que creía en él.

Hay en esa epopeya absurdos, incongruencias y contradicciones que los hombres de hoy no aceptamos; por otra parte, la credulidad de las masas, su fervor mesiánico y su espíritu aventurero parece como si hubieran sido manifestaciones que solamente en los Estados Unidos de esa época pudieron haber ocurrido. Rudeza ingénita, simplicidad de caracteres, ausencia de tradiciones regionales; ideas religiosas junto a proyectos bancarios o mercantiles, pureza de costumbres amalgamada con la poligamia.

La poligamia no fué "mandamiento" inicial de los Mormones ni subsiste en la actualidad como regla de vida. Fué un episodio del período de crecimiento, cuando "el hombre exaltado" Joe Smith creyó ajustar su conducta con la de Abraham, David y Salomón que, según él decía, tuvieron varias esposas para que se multiplicara el pueblo del Señor como las arenas del mar. Tuvo un fondo religioso auténtico la poligamia de los Mormones de la gran época de Nauvoo en Illinois; era como una ruda embriaguez subconsciente y una exaltación colectiva. Estos privilegios de los que se aprovechó largamente el profeta Joe Smith fueron al mismo tiempo causa de su perdición.

Emma, su primera esposa, a la que raptara en su juventud de la casa paterna en Pennsylvania, aparece en el libro de Chadourne como una mujer desprendida de la tragedia griega. Bella, alta, robusta, dominante, de mirada fría e inquisitiva, fué dominada y seducida por el joven profeta; como en los capítulos de la Biblia lo siguió a Manchester diciendo: tu pueblo es mi pueblo y tu gente es mi gente. Emma era hermética e impenetrable, tenía dudas sobre las dotes sobrenaturales de su esposo y cuando llegó la hora de la "revelación" y el mensaje divino sobre la "poligamia obligatoria" se sublevó contra lo que ella consideraba una mistificación. Aparece en las páginas del libro "Cuando Dios se hizo americano" como una diosa de la venganza y una pitonisa de la derrota final del profeta. Joe Smith con su clara intuición se dió cuenta de que las persecuciones contra la Iglesia de Nauvoo emprendidas por el Gobernador de Illinois, los jueces de Missouri y los Guardias Grises de Cartago no eran como las otras que había padecido; con esa creencia firme y arraigada decidió escaparse de incógnito en busca de las lejanas tierras del oeste.

Dejó órdenes sobre lo que debían hacer los apóstoles y los fieles de su templo y a Emma instrucciones para que saliera con sus hijos

hacia las tierras seguras en donde vivían amigos y parientes. Cuando estaba a punto de lograr su propósito de una escapatoria subrepticia recibió el ultimatum de Emma: "Joe Smith, no puedes huir dejando a tu pueblo abandonado y a tu familia sin apoyo; si hay peligros estás obligado a correrlos al frente de los tuyos". El profeta no podía tolerar que se le creyera cobarde; si quería ponerse a salvo era con la idea de fundar una nueva Ciudad de Dios en un lugar lejano del Oeste; él siempre había dado la cara a las situaciones graves pero en esta vez él adivinó que era su hora; los "últimos días" habían llegado y había que someterse. Volvió a la floreciente Nauvoo y propuso a sus enemigos entregarse para ser juzgado siempre que a su gente y a su pueblo se les dieran garantías para sus bienes y sus personas.

El estaba cierto de que iba a ser sacrificado; aceptó de antemano el martirio, hacía tiempo que lo perseguían las palabras de la Cena de Baltasar. Joe Smith fué "linchado" por las turbas sanguinarias en compañía de su hermano Hirum y de los "apóstoles" Richards y Taylor, con la complicidad del Gobernador y de los Jueces de Illinois en la cárcel de Cartago. La leyenda dorada de los Mormones refiere que cuando uno de los verdugos se aprestaba a decapitar a Joe Smith para cobrar el dinero ofrecido por su cabeza, no pudo consumar su intento porque lo paralizó una luz, azufre y oro, que atravesando las nubes llegó como un rayo sobrenatural hasta las celdas donde se había consumado el gran crimen.

El gran crimen de Cartago fortaleció la secta de los Mormones. Joe Smith que en sus delirios llegó a presentarse como candidato a la presidencia de los Estados Unidos y que ostentaba muy ufano el título de general, se limpió de sus manchas terrenales y de sus claudicaciones, porque fué bravo en la adversidad y supo morir con gesto de hombre que conserva su entereza. Sansón perdió su cabellera voluntariamente y Hércules se puso la túnica de fuego. Tenía estatura de héroe Joe Smith; pocas veces en la historia se ha visto un hombre que ejerza tanto poder sobre sus contemporáneos. Muy en el fondo de su conciencia aceptó su suerte con la idea de que su martirio era indispensable para consolidar la religión que él había fundado.

El profeta y sus apóstoles fueron acusados de traición a la patria y a las leyes y costumbres de los Estados Unidos; Joe Smith, que era un gran orador, no aceptó defensores y se puso a elaborar su propio alegato. Cuando comparecía en audiencias confundía a sus jueces y detractores y gustaba de sostener sus doctrinas en la barra de los abogados como en la plataforma de su gran templo.

La doctrina Mormona no era solamente teológica, contaba con bases económicas y sostenía reformas sociales; apoyándose en las cartas de los apóstoles, estableció un sistema de trabajo colectivo y el reparto de cosechas y productos de acuerdo con las necesidades de cada familia. Era la comunidad de los santos de los últimos días.

El gran templo recibía sus diezmos para el sostenimiento de la liturgia, la erección de los grandes tabernáculos y las obras de educación y beneficencia de la comunidad. El profeta y los apóstoles trabajaban en sus tierras como el resto de los creyentes.

Joe Smith favoreció el establecimiento de un banco oficial de su iglesia, dirigido por expertos financieros que se habían convertido a su religión. El manejo del patrimonio de la iglesia trajo algunas complicaciones y despertó envidias entre los que ansiaban la destrucción de la secta y el reparto de sus bienes. No fué éste el principal capítulo de sus tribulaciones ni la fuente única de sus desgracias: la prédica de la fraternidad universal y de la igualdad de trato entre todos los hombres hizo graves daños a las florecientes congregaciones.

Joe Smith había llamado a los negros esclavizados para que se adhiriesen a su iglesia y trabajaran sus granjas propias dentro de la gran familia mormónica; este hecho le acarreó el odio de los que explotaban sus tierras con rebaños de negros; los mismos que más tarde combatieron con odio y ferocidad a Abraham Lincoln. ¿Cómo era posible, gritaban los fariseos, tolerar aquellos impostores que sostenían que los negros y los blancos eran hermanos y podían vivir y trabajar unidos?

Joe Smith lanzó un llamado a los hombres de buena voluntad de todos los continentes y en varias ocasiones invitó a los mexicanos; no anduvo lejos de su pensamiento la idea de emigrar a México con su pueblo perseguido; en momentos se sentía un Moisés y hasta consumó, según las crónicas, el milagro de hacer brotar agua de una roca; las palabras del Exodo las sabía de memoria y con frecuencia hablaba de la misión de llevar a su pueblo hacia la Tierra Prometida después de cruzar los desiertos. El había previsto el éxodo hasta el lejano Oeste y en sus epístolas hablaba de cuál debía ser "el sitio" y el lugar que Jehová les tenía reservado.

Brigham Young, el hombre de confianza, a quien por su fortaleza le llamaban "el León del Señor", recibió instrucciones de viva voz y supo del testamento del Profeta, fué a él a quien le cupo la gloria de concentrar a los creyentes dispersos y de conducirlos hasta el Lago Salado en Utah, en donde se fundó la Nueva Jerusalem después de una peregrinación heroica.

Marc Chadourne sigue a su héroe desde la cuna y su apogeo hasta el ocaso y la muerte; después acompaña a su pueblo hasta las márgenes del Lago Salado (Salt Lake City). Hizo un alto en ese lugar consagrado por la leyenda y allí recogió las tradiciones orales y los documentos que forman el andamiaje de su novela.

En el prólogo, escrito después de terminar el cuerpo de su obra, estampa su juicio sobre la trayectoria terrenal de su héroe y dice a sus lectores: "Hay pocos ejemplos, aun entre los poetas y los inspirados, de una existencia en la que lo imaginario se haya impuesto sobre lo real con más audacia y convertido con tanta consistencia lo imaginario en realidad. Lo sorprendente en el caso de este Joseph Smith no es solamente que a un siglo de distancia más de un millón de creyentes vean en él "a un más grande conductor de pueblos que Moisés y a un más grande profeta que Isaías", sino el hecho de que durante su vida ese joven hijo de un granjero, . . . ese joven aprendiz de mago. . . haya podido asumir y sostener hasta el martirio su papel de profeta y conductor de pueblos con tanta soberbia en la ingenuidad. . .".

"Tales son los 'hechos' únicos —es preciso decirlo claro— en la historia del Nuevo Mundo" y luego agrega el autor, "Dios, como la planta. . . como el hombre, debe pasar por extrañas mutaciones". . . como las de "los Cristos negros y las vírgenes morenas de México. . . sin hablar de los santos hispano indígenas que bajo los oros de los altares churriguerescos tomaron el lugar y el papel de los dioses aztecas. . .".

Las ideas del historiador mexicano Fray Servando de Teresa y Mier divulgadas por Anita Brenner en su libro "Idolos detrás de los altares", han encontrado eco en la mente de Marc Chadourne, uno de los más grandes novelistas de esta época.

Pedro DE ALBA.

Dimensión Imaginaria

POETAS DE ESPAÑA Y DE HISPANOAMERICA

ARGENTINA:

ENDIMION AUSTRAL

Por *Vicente BARBIERI*

En algún territorio, en algún vasto
Territorio de costas inconclusas,
Pienso su sueño —de perfil— y veo
Sucesivos amores que renuevan
En el dormido austral, junto a sus sienes,
Esplendores dispersos.
La fragancia
De las nobles maderas le alza el pecho
Y activa la corriente de su sueño,
Donde la profecía no envejece.

¡Oh raíces antiguas, tan soñadas!
De allí nos sube una virtud cautiva:
Claridad subpolar vela sus ojos,
Sus volcados cabellos al Poniente,
Sus desatadas manos,
Sus pies en no medidas lejanías.

---

[1] Todos los poemas que en esta Sección se publican, son rigurosamente inéditos y pertenecen a 23 poetas de 9 diferentes países. La Revista ha tenido el propósito de ofrecer al lector un panorama general de la poesía contemporánea en nuestra lengua. La falta de algunos nombres se debe a que no se recibió a tiempo su colaboración.

Allí sus sombras más amantes ruedan
Por tierras de crepúsculos pausados
Y en praderas sin fin, porque es su tiempo
Feliz para el castigo.

¿No preguntas
Por el líquido rostro que nos sueña
En el sabor materno de las gredas,
En la altitud fugaz del mediodía
Y en diluvio lento de la lluvia?

¿No preguntas por qué callan sus dioses
Junto a profundos e ignorados lagos
Y en tierras como exilios?

¿Ignoras con qué monstruos invariables
Combaten los Sanjorges del delirio
En la aventura impar de su palabra?

¿No procuras saber cuándo es su música
Un desolado amor, una elegía
Del infinito nombre?

Alza su mano a la madura especie
Y piensa: "Es el instante, es el presagio
De la primaria sal".

Y en su extensión soñada como un páramo
Abierto sólo al cielo — no envejece
Porque aún duele su sueño,
Porque brujos de ayer cercan la hoguera,
Porque aún llevan los ríos liminares
Oro mortal y plata desleída
A un doble mar de insólitos momentos.

La soledad, en suma, el tiempo verde,
Y el guión de ojos unánimes

Que vigilan terrestres paraísos
Donde el olvido es un rumor sin eco.

(Insomne en tu confín piensas su sueño
Y rodean tu pálida vigilia
Melancólicas lianas y humedades,
Cercando el nombre inédito que brota
De la inocencia de una vasta tierra).

Porque grabado está en las tres sustancias
Que alguien lo llamará por muchos nombres,
Y en su voz arderán bosques dormidos.

Ronda sobre la antigua profecía
De mar a mar la Luna.

A ELLA

Por *Eduardo* GONZALEZ LANUZA

DÉJAME aproximar tu lejanía
donde la voz convive con la forma,
más allá de las brumas musicales,
de las indecisiones del sentido
y de la certidumbre de los sueños,
para asir por sus pliegues inmortales
tu túnica inasible, en tu guirnalda
entretejer marchitas siemprevivas,
escuchar el temblor de tus ajorcas
en las que canta el ritmo de tus pasos,
y adivinar bajo su etérea danza
tus sandalias de pétalos dormidos.

Déjame que en translúcida vigilia
mis extasiados ojos atesoren
tu desnudez de casto plenilunio,
tus manos que a las brisas apaciguan,
tus hombros que las alas rememoran,
las mellizas colinas de tus senos,
tu cintura cimbreante de elocuencia,
y el encrespado vellocino de oro
en el feliz origen de tus muslos.

Deja alejar de mí tu cercanía
que se derrama en la rotunda comba
del cántaro, el velamen, la manzana,
de tu evidencia entre las golondrinas,
de tu rigor en tensos arco iris,
de tu excesiva plenitud nocturna
cuando la gota insiste desvelada.
Prefiero hacer lo mismo que el lucero
que al ocultar tu brillo en él relumbra.
Prefiero hacer como las madreselvas
que conocen tu nombre y sólo dicen
la callada inicial de su perfume.

Huir de ti para lograrte un día,
perderte en el secreto laberinto
del aire, solamente adivinado
por quien se sabe hallar en su extravío.
Desasirme de ti cual un recuerdo
infantil, que se aleja solamente
para ir más al centro de mí mismo.
Borrar la doble huella de tus pasos
con ademán de ola que concede
nueva virginidad a las arenas.
Y encontrarte otra vez, amiga, intacta,

tendiéndome las manos, detenida
por el límite tenue y transparente
de tu sonrisa tímida e implacable.

Volverte a ver como la vez primera,
con el último asombro, siempre y nunca;
entre tú y yo creciendo el jaramago
y la sórdida hiedra en los escombros;
entre tú y yo la vanidad del rito,
del ademán, del gesto, del susurro,
entre tú y yo los cielos y el rocío,
la niebla del quizás y el terco ahora;
entre tú y yo la alegre podredumbre,
la amanecida muerte, la callada
vocación del no ser reconociéndose.

Entre tú y yo la hostilidad sedienta
de los pronombres ávidos de olvido:
el tú, lamoso pez inapresable
el yo, eficaz torpeza de su escudo,
y entre los dos ribazos la memoria
su empecinado perdurar murmura
con tan débil rumor, que ya no acierto
a distinguir si el canto en mí se empina
o si duerme feliz en tu ribera.

a qué el ayer? El pan y los racimos
en vano son. El compartido llanto,
el silencio común que nos vencía,
y la mirada en que al mirar nos vemos,
y la sabiduría y la inocencia,
y las manos tendidas, son en vano
vínculos que me acercan, alejándola,
tu soledad que no ha de ser la mía.

Te vuelvo a ver distante y en mí mismo
mármol del alba en el umbral del día.
Te vuelvo a ver, velada omnipotencia:
por ti la piedra está en su certidumbre,
el tigre en la crueldad de su desvelo,
y la rosa en su púrpura desnuda.
Te vuelvo a ver, fugacidad perenne:
Ves tú mi opacidad? su amarga sombra
sus cripeses alarga todavía.
Por no ser digno de decir tu nombre,
insinuaré tu apodo, el santo y seña
que resguarda los altos resplandores
de tu llama viviente, Poesía.

EL PASTOR

Por *César* ROSALES

SENTADO sobre un poyo de piedra sueña el pastor.
La tarde
cae ya porque el cielo de pronto se ha teñido
con arreboles cárdenos que anuncian
una espléndida muerte.
En los alcores
el hato pace, calmo y soledoso,
y óyese tintinear entre las zarzas
una campana cuyo fugitivo
son se apaga a lo lejos.
El no escucha
los trémulos jirones musicales
que la brisa disipa; ya no mira
el campo con una orla de fuego alrededor,

ni el vagaroso aroma que asciende de los prados
quiere aspirar.
                    Absorto,
con manos invisibles tañe la lejanía
como un arpa de nácar,
y en las nubes que pasan agitando
sus vestiduras tenues y flotantes
ve la imagen corpórea
de su ardoroso y casto pensamiento.

Mas al anochecer, ya con las sombras
que como negras plumas
sopladas desde abajo se acumulan
en los antros rocosos,
deja la piedra antaño fulgurante
pedestal de los dioses,
hoy efímero trono de su sueño extasiado;
y apoyando la mano en la rústica vara
de jarilla, retorna taciturno hacia el valle
donde el humo plateado de su choza dibuja
la estela de un navío vislumbrado en la vaga
lontananza.
                    Allá abajo,
en los pliegues del manto que teje la espesura,
como una cuerda herida por súbitos reflejos,
suena el río.
                    La esquila ha enmudecido,
del aprisco nocturno sube un agrio relente
y en su lecho de mantas yace el pastor
sumido ya en el sueño sin alas de su cuerpo.

Otras tardes vendrán,
y tal como lo he visto muchas veces
él estará asomado al infinito,
a ese balcón azul, alucinante,

abierto en su orgulloso sueño de adolescente,
con la dura estameña del color de la tierra
y el cayado brillante como un río.
El estará, oh, incierto y anheloso,
melancólico siempre, mientras bajan
allá por los alcores violetas y rosados,
fragantes de romeros y heliotropos silvestres,
una nube de cándida ceniza,
un vellón entre espinos,
un balido rizado por la agrura
y el metal de la esquila
como una estrella pálida y errante
mecida por el aire crepuscular, sonando
más lejano, más quedo, más tenue cada vez
en el campo silente.

Y una oculta nostalgia
velará nuevamente, solitaria, en la sombra
de la estrellada noche.

COSTA RICA:

LECTURA DE MEXICO

Por *Alfredo* CARDONA PEÑA

A Carlos Pellicer

En las piedras, los ríos y los mares,
bajo la tierra hundida, sobre el tiempo
de la inédita flor, en la mañana
toda de luz y colmenas vestida,

veo a México impar, veo sus himnos
caer sobre las páginas del mundo.

Simiente desgarrada, temblor vivo,
vieja palabra en pájaros construída,
México dió su libro a las edades,
su frente al sol, su viento a las espadas,
y desde el jeroglifo a los talleres,
como un gigante enamorado y solo,
grabó su nombre y desafió el olvido.

Yo cercaré su fulgor taciturno:

Cuando la letra huía en el venado,
cuando la rosa era un volumen negro,
razas como el relámpago incendiaron
la noche original
y escribieron el mar sobre las piedras.
Vinieron triunfos, guerras como flores,
días sobrecargados de milagro,
y en ellos, como un sol alimentado,
la sangre levantó su gran pirámide,
la muerte habló, danzaron los tambores,
y las almas quedaron repartidas, rojas
como los ojos del miedo en la noche.

Yo evocaré sus hogueras sombrías:

La piedra, su ternura de cien garras,
fué la patria del signo.
No fué la luz, jardín del pensamiento,
sino la piedra oscura. No la dócil
superficie del árbol, ni las hojas
en donde el viento graba sus rumores,
sino la piedra, labio de la noche,
madre impenetrable y profunda.

La piedra habló, la silenciosa piedra
llenó su piel de aromas y laureles,
y entre columnas de fulgor labrado
trabajaron los sueños.

Después llegó el caballo con un trueno,
y en la piel de la tierra grabó el fuego
su sello desafiante,
como al toro lo queman con un diente
para reconocerlo y dominarlo.

No fué el idioma ya, sino la letra;
no el lenguaje virgíneo, sino el nombre.
Huyó el verbo silvestre a la espesura,
vino la historia con un clavo en alto.

Sobre la piedra amontonóse el río,
pasó afilando su lengua en la noche,
mas si el río cantó, fué por la piedra
que dió al gemir su música dormida.

Sagradas escrituras, labios vivos
de México en el tiempo,
deidades en silencio trituradas,
¿quién ha dejado este libro sobre la arena,
quién restañó los verbos iniciales
y pudo, como un árbol inspirado,
juntar la miel y convocar el día,
quién sino tú, madre perpetua y ágil,
Poesía Indígena del agua,
con tu corazón transparente
y tu garganta de siete doncellas?

¿Dónde te has ido, inefable sonrisa,
en qué apagado monte has enclaustrado
la vocación de tus abejas tristes?

Y la pálida virgen desde el fondo
de las arenas me responde:
"Vivo debajo de las plantas,
respiro en las hojas profundas,
subo por las altas vertientes
de la piedra en mí acumulada,
y en los ojos de la mañana
acaricio mi reino verde".
Esto me dice la rosa del alma,
la poesía de Mano-de-Luna,
multiplicada en coronas y luces,
derramada como las estrellas.

Y yo me digo: Hermano, si somos
la continuación de la sangre,
y si salen de nuestro mundo
las emanaciones del canto,
lavemos nuestras palabras
en el agua de los orígenes,
vayamos al Trópico ardiente,
y en la frente de los paisajes
coleccionemos el jade y la brisa.

Yo sé que cuando puse mi oído sobre el aire,
cuando me dijo México su nombre
y me alargó su corazón de barro,
escuché un ruido, una batalla,
y una reunión de miradas en fuego
me contempló desde los bosques.

Traía la humedad de mi casa,
el reloj del cumpleaños, varias cartas,
y fuí con mi vestido de provincia
a visitar las piedras:
allí estabas, Poesía, vigilante y callada,

sola y dispersa en los ojos del Valle;
mirabas al errante como miran
los sistemas eternos,
con una insistencia grandiosa,
despidiendo relámpagos insomnes,
y desde entonces amo tu milagro
de sumergida rosa inevitable.

Por eso, amigo mío, cuando el tiempo
haya borrado mi nombre en el agua,
decid que desde el Sur llegué a la Patria
donde la sangre eleva catedrales
y la muerte se oye: puse al verla
cantor y fervor, amorosa esperanza,
y no perdí el origen porque en ella
reconocí mis rostros bautismales.

CUBA:

DEL FUEGO INMATERIAL

Por *Emilio BALLAGAS*

Homenaje a Sor Juana

ESCRÍBELO en el cielo con estrellas,
o en la tierra con flores. O en el aire
con el rumor de alígeras palabras.
Yo prefiero escribirlo a medianoche
con temblorosos dedos en tu frente,
o con aquella luz que no defino
—el corazón en sueños la pronuncia—

y es rosa que en la boca se dibuja
o la música breve de un chasquido.

Escríbelo en el humo; yo he callado,
salamandra en el fuego retorcida
o fuente de los ojos transformada
en largo río de amorosos brillos.
¡Libera tu secreto! ¿Desconoces
el premio que a la altiva cobardía
le es otorgado por cerrar el pecho
con las llaves de bronce del misterio?
No sé, pero mi cárcel rompería
a golpes, no de puños, de latidos.

Prófugo voy huyendo de tu acento,
de tu encendida frente y tu correo.
Por miedo atormentado corro esquivo
y aun de lejos me embriaga tu jacinto.
Miedo te tengo pues a mí me temo
y de pie no podría sostenerme
cuando te escucho, abandonado y mudo.

Logro esquivarte, pero si apareces
con la paloma musical del verso
y los dedos llorando poesía,
no me contengo, en descuidado arrobo
contra mi sien oprimo la cuartilla
y mi boca que apóyase en la rima
tu sangre espiritual bebe y respira;
cada letra me hiere alucinante
por llevar a tus venas sangre mía.
Mas al volver del éxtasis no miro
sino la soledad que húmeda vuela
con sus alas heladas de vampiro,
y me entro en la tiniebla donde vela,
como un ciego, mi lámpara apagada.

HÚYEME, yo te huiré, mas si me buscas
resuena un eco en ti de lo que sueña
mi corazón suspenso del desvelo.
Huye de mí porque valor no tengo
ni tú quizás para que encarcelada
dejes quebrar tu mano entre las mías.
O no te vayas, vuélvete de frente,
adéntrate en mis fieras galerías,
que ya como una mina ofrezco el pecho
—pozos de amor, cavernas de dulzura—
a la linterna que mi amor desnuda,
al hierro que entra sordo por la herida.

EL MAESTRO

Por *Regino PEDROZO*

¡No tocaré el arroz!
Mientras mis manos palpen las llagas de un humano
y mis ojos contemplen vientres vacíos, fláccidos,
y la Justicia, en venta, llore sobre la tierra,
no comeré yo arroz;
por templos y ciudades en santa penitencia,
ayunaré de arroz!"

Rodeado de discípulos Yuan Pei Fu predicaba:
el sayal tosco abriéndose sobre el vientre desnudo;
penitente en el polvo, con bestias y mendigos;
las pupilas, en éxtasis, frente al tazón de barro.

Pasaron doce lunas. . .
Se fueron y volvieron las flores del ciruelo. . .

Mantos de nuevas plumas lucieron los faisanes,
y hasta sus duras conchas cambiaron las tortugas.

Y al Maestro ayer vi: llevado por esclavos
en palanquín suntuoso, feliz, iba tendido;
entre amarilla seda el cuerpo perfumado;
orondo el sabio vientre,
y en el gorro el botón de altas dignidades!

—¡Oh, Yuan Pei Fu! —le dije e incliné la cabeza—.
¡Ah, gracias al cielo que el hambriento se harta,
que ya no roen las pústulas las carnes lastimosas
y la Justicia, libre, reina sobre la tierra;
pues te veo dichoso y el arroz te alimenta!
Perdona que hasta ahora mis ojos ignorantes
los milagros no vieran...

Como soy su discípulo
y nunca contra él tengo negaciones ni piedras,
aún se dignó ilustrarme:
—¡Oh, hermano mendicante —respondióme indulgente—:
no juzgues lo absoluto,
pues nada eterno es y todo fluye eterno;
mas nada es siempre lo mismo!
El Hoang-ho, negro o rojo a veces corre,
y a veces amarillo...
Si todo cambia: el pez, el ave, el río,
si todo fué y recomienza,
¿por qué quieres que sólo yo permanezca el mismo?...

Gracias no pude darle
por esas las más sabias palabras de sus prédicas...
¡Lejos de mí ya estaba cuando alcé la cabeza!

CHILE:

CERA COLONIAL

Por *Angel CRUCHAGA SANTA MARIA*

Años de la Colonia en que Santiago brilla
en el fresco relente de los nobles zaguanes
y en que hay como un remanso de luz para Castilla
que vive en los espejos y amorosos afanes.

Nuevas ciudades se alzan sonrientes entre flores
y la espada se esconde y triunfa el carpintero
y la gloria saluda a los gobernadores
de gorgueras de lirio y semblante severo.

Las doncellas divagan en señoriales fiestas
y en los patios enormes a orillas de la noria
se adormecen los pájaros quemados por las siestas,
en el callado día sin latido ni historia.

Fulgura en las monedas la faz de los monarcas,
de macilentos Austrias o espigados Borbones
que el gris encomendero va juntando en sus arcas
a la luz de los cirios de lentos lagrimones.

La Inquisición se mueve entre cruces y brasas
y el diablo anda de fiesta provocando a los fieles;
se oyen jaculatorias ardientes en las casas
en un arrobamiento augural de claveles.

Es la Colonia en viaje tendida en su calesa
junto al portón de roble y el naranjo sombrío,
mujer con su corona de sueño en la cabeza
que esperaba el futuro contemplando el vacío.

Es la Colonia que vive sin pensamiento,
sin conocer aún las férvidas congojas
de aquella libertad que jugaba en el viento
y era como el cilicio del Mayorazgo Rojas.

El tiempo se apresura. Don Ambrosio de Irlanda
penetra en el vergel de una niña inocente
para crear al héroe que entre mármoles anda
y avizora la estrella de Chile eternamente.

Colonia, torcaz triste que volará gimiendo
para romper amarras y mover bergantines
hacia el amanecer de ese día estupendo
en que el sol de la Patria visitó los jardines.

Suspira en ti, Colonia, un clavecín lloroso,
el eco de un cantar que entre rejas se vierte,
mientras la tarde fluye en el agua de un pozo,
en la respiración cansada de la muerte.

EL HIJO DEL GUARDABOSQUE

Por *Juvencio VALLE*

V

CUCHILLO en mano voy. Cuidadoso lo afilo
al borde de las piedras. Pero mi buena vida
la labro con mis uñas. Tengo por herramientas
mis acerados dedos. Con paciencia levanto
los verdes campanarios que me dan techo.

No pacto con el diablo. Prefiero valeroso
combatir cara a cara. Con mi luz vacilante
me doy sobrados ánimos. Defiendo como puedo
mi orfandad armoniosa. Y es mío solamente
lo que mi instinto toca con su báculo ciego.

VI

TREINTA años en este laberinto, a pie ligero,
de vaivén en vaivén, de zozobra en zozobra;
por colina y colina de verde a verde voy;
la mano en el bolsillo y el silbo ensimismado,
huyendo de poblados, de iglesias y cuarteles
como un bandolero temeroso y hermoso.

Comiendo de soslayo mi pequeño pan bíblico,
sin conocer correos, retenes, intendencias;
enteramente al margen de las formas civiles,
sin nombre, sin prestigio, sin títulos camino
como un pez debatido de baranda en baranda.

Por aguas y por rieles. Por puentes suspendidos.
Por coches vacilantes, como la luz pasando
por el musgo sin huellas. Por recodos fluviales.
Por auroras dormidas levantándose apenas.
Por mundos desvelados. Por máximos extremos.
Por flujos y reflujos y de lumbre a deslumbre.

VII

ESCUDRIÑO mis pasos. ¿En dónde estoy? Me digo.
¿Qué manzanar es éste? ¿En qué viña me muevo?
¿Qué ángeles me habitan? ¿Qué amables lunas llenas
entran a mis estancias? ¿Qué templos de Salomón
me acogen bajo sus vigas de cedro perfumado?

Hablad, señor alcalde del bosque en primavera:
¿será ésta mi casa con balcones y flores?
Después de tanto rodar y tanto laberinto
receloso pregunto: ¿será ésta mi casa levantada
desde raíz a copa a la orilla del mundo?
Señor Gobernador del Cielo: ¿será ésta
mi gruta fabricada de suspiros y lirios?

VIII

Hoy vuelvo a mí como aquel que en el sueño
voló muy alto, y anduvo por años suspendido
entre celeste y mágico, para caer de golpe
en tierra dura. Ahora, al fin, me reintegro
a mi viejo redil; retorno como la oveja
que de andar descarriada perdió vellón y albura.

Hoy veo limpio y claro. Ninguna luz me ciega,
ni siquiera el reflejo de las hundidas lámparas
del ser. Con el duro reverso de la mano
limpio mis ojos: todo lo siento transparente.
Veo mi oscura arcilla y sé que ella florece
solamente en contacto vivo con la tierra.

Me he hecho, al fin, hermano de mis hermanos.
Ellos, perros sarnosos, surgidos del camino
entre las duras piedras, viviendo en ratoneras
junto a las bestias. A golpes de carabina
les ultiman sus hijos.
Hijos de perro y perra,
son rudos, pobres, tristes. No son azules.

Ellos son mis hermanos, con ellos me realzo;
con ellos puedo ahora caminar codo a codo.
Un mismo rojo vínculo de sangre nos hermana;

una misma cadena nos unce cuello y alma
y hasta un mismo furioso badajo nos congrega.

Ya puedo gritar alto con la mano en bocina:
Venid, pechos velludos, manos ennegrecidas
en las duras faenas. Junto a vuestros sollozos
me arrodillo:
me sé indigno para vosotros.

Y quién pudiera ahora impedir que yo duerma
encima de las eras, teniendo por almohada
gavillas y relinchos. Me llaman los arados,
el grave buey me lame. Tendido sobre tierra
ya pueden confundirme con los tubérculos.

Puedo marchar en paz con mi conciencia,
palpando las espigas, oliendo los barbechos.
Me sé lleno de fuerzas, ceñido por el vaho
caliente de los surcos. De los agrios corrales
salgo fortalecido. Me protegen los brazos
de los legítimos hijos de la tierra.

No soy extraterrestre. Soy de modesta arcilla.
No tengo halo ni luz, no llegué descolgado
de un hilo celestial, ni me circunda un aura.
Más que hogueras celestes mis raíces requieren
tierra de sembradura. Por mi turbión espeso
van disueltos metales, cantan sonoros yunques,
un río de arenas rojas atraviesa mi sangre.

IX

Soy callado y lejano. Voy precipicio adentro
sin detenerme nunca. ¿En qué fugaz momento
estoy conmigo? Vivo en perenne ausencia.

¿Regresaré algún día? ¿En qué caballo vuelo?
¿Alguna vez mi mano saludará a mi mano?

Mi pensamiento suelta sus escalas mayores
y por ellas se descuelga hacia otros patios.
Y qué inmensos y qué fríos ventisqueros,
qué témpanos profundos, qué pozos escondidos
encuentro al otro extremo de mis muros.

Repúblicas despiertas de sonorosas silvas,
hombres de luz en luz o de volcadas lámparas;
guerreros lis en alto, de espada transparente;
ciudadanos desnudos como una flor, caminos
que van como por rieles, tulipanes llovidos;
cuádrigas que galopan entre revueltos pámpanos.

X

SIN embargo, mi amiga, mi dulce y buena estrella,
ante ti me arrodillo y me confieso. Te digo:
ven a mí, entre todas, te contaré mi historia:
soy un dios solitario y voy sin rumbo
pero hace más de cien años que te busco.

Soy pobre cual la hormiga. Ando desorientado,
carezco de hacienda, no tengo luz ni guía;
un huracán me arrastra. Pero contigo juro
repechar el destino, erguir mi vieja torre,
sostener mi columna a fuego y lodo,
purificarme como una piedra bajo la lluvia.

Reverente agradezco tu solicitud y tu arrimo.
¿Qué nombre he de ponerte? Te diré yerbabuena,
loba de leche azul, celosa y cariñosa fiera;
te diré pan de la casa, dulcísima levadura;
te diré, enamorado, bálsamo de mi herida.

Y qué me importa ya ser mudo y ser ciego
si vamos codo a codo por trigales y pámpanos
como una sola cifra, de jornada en jornada,
hollando caminos vírgenes, durmiendo a la descampada
en cualquier rincón oscuro de la noche?

Dame a beber, te digo, y juntas tus breves manos
y del agua de la peña me ofreces. Y qué fresca
su nieve azul me entra y me transfigura.
De inmediato soy otro. Cual si fuera tocado
por un anillo mágico, me descubro vestido
de púrpura silvestre. En mi embriaguez me veo
tal cual un poderoso dios agreste.

Y apenas si soy el hijo del guardabosque,
sin destino ni oficio. El que de correrías
va por los aledaños; ronda en los extramuros;
yerra como los pájaros de torre a campanario,
y que —curado ya de estrellas y relámpagos—
junto a tu umbral florido entrega su oro.

Te aliso el largo pelo, con música y abejas;
una rosa escarlata te prendo en la cintura;
pongo una flor de incendio entre tus dedos;
te arreglo la sombrilla de espuma transparente
y con ramos olorosos preparo el lecho.

Te beso frente al tiempo, apenas apoyado
en un hilo de luz. Mas, qué apretado lazo
me amarra a tu costado. Qué poderoso nudo
de sangre hago contigo.
Tu vida con mi vida
en roja y fuerte alianza, en adherido sello,
es un juntar vehemente de herida con herida.

ESPAÑA:

EL AMOR Y LAS PIEDRAS

Por *Manuel* ALTOLAGUIRRE

I

YA SÉ porque estoy contento:
alguien le dijo a mi alma
que los malos pensamientos
no nacen en mí, que vienen
hasta mí desde muy lejos.
Son piedras contra la luz
contra el amor que te tengo.

II

UN hombre lleno de olvidos
llega hasta ti. No está ciego.
Sus ojos son dos semillas
que le brotan hacia adentro.
¿Ves el árbol que se clava
en su memoria, en su suelo?
Las flores que de ti dé
se le abrirán en el sueño,
y a la sombra de ese árbol,
en la llanura del tiempo,
como en una primavera
renacerán sus recuerdos.

III

YO soy aquél de quien hablo.
¿Desde dónde me contemplo?
Desde mi presente: puntos

suspensivos en el cielo.
Desde cada punto miro
ilusiones y recuerdos.
Un hombre soy que da saltos
de estrella en estrella y sueño
que soy aquél que allá abajo
parece un mundo completo.

IV

VUELO SOBRE EL MAR

No puedo saber las horas
que llevo lejos de ti.
Un sol insistente impide
que el tiempo pase. No llega
la noche nunca. Yo vuelo
bajo una luz que es la muerte,
luz que ronda el mundo tuyo,
luz que si yo no corriera
tanto como el astro corre
fuera para mí la aurora.
Dichosa tú que no tienes
luz constante, tú que gozas
en el alma noche y día.
No sabes lo que es perderse
iluminado e insomne
por el espacio, entre nubes,
sin ser ángel, sin ser ángel.

V

CONTRA esta edad con que te enfrentas puedes
usar tu fuego: vencerá mi frío.
Pero quema tu voz al indefenso

niño que fuí, me quemas la semilla
que tan clavada tengo en la memoria,
en el tiempo interior, de la cual nacen
mis únicas posibles alegrías.
Tu voz hiriente llega hasta ese niño
que nunca presintió que el día llegara
de recibir castigo tan lejano.
Tú no le ves, ni nunca podrás verle
porque el látigo da su golpe al surco
que acuna mi niñez y en vez de flores
nubes de polvo crecen contra el rayo.
Al ofenderme tú todo el paisaje
recibe la invasión de la tormenta.
El alma así sus cielos oscurece
y la noche interior se hace profunda.
En ella estoy. Te escribo rodeado
de una redonda fuga de horizontes,
y te respondo como desde el lago
responde el agua al golpe de la piedra.

LAS EDADES

Por *Luis* CERNUDA

TRÁGICAMENTE extraños, desprendidos
Desde su eternidad, entre los astros
Libres del tiempo, así aparecen hoy
Por los museos. Pálidos fantasmas
En concilio, convocados por el sueño
Sobre la escalinata polvorienta,
En el dintel de las columnas rotas,
Vuelta irreal tanta hermosura aun viva.

Imaginados por un pueblo remoto,
De su temblor divino forma eran
(Como la rosa es forma del deseo);
Y en el bronce, en el marfil y el mármol,
Presidiendo los actos de la vida,
De terror y de gozo solos dispensadores,
En perfección erguidos, iba a ellos,
Con murmullo confuso, la palabra.

Un pueblo existe por su intuición de lo divino
Y es voz del sino que halla eco en historia,
Movido del ahinco indisoluble
De su tierra y su dios; así creando
Con lo invisible lo visible,
Con el sueño el acto, con el ánimo el gesto,
Del existir dando razón el mito
Adonde nace, crece, engendra y muere.

Mas un pueblo al morir siente sus dioses
Vulnerables también, lo divino y lo humano
Sin magia ni virtud, de extraños luego presa
Cuanto era de otros el centro y el contorno:
Los trabajos del mar, y la labranza
Del campo, y la paz del caserío;
Lo que unido en los dioses es la vida
Y desunido es apetencia de la muerte.

Ahora, así humillados en un gesto
Ya ineficaz, se sobreviven
Preciosos sin valor, como la concha
Indica, de su perla despojada,
Cuando lejos del abismo nativo
Inerme yace a las injurias,
Y sólo precia el niño o el enamorado,
Porque el iris cambiante de unos ojos le acuerda.

La piedra cariada, el mármol corroído,
Es descomposición del dios, segura
De consumarse bajo el aire, como
Bajo la tierra la del hombre;
Ambos, el dios y el hombre, iguales
Ante el ultraje igual del azar y del tiempo
Cuyo poder los rige, y aceptada
La humildad de perderse en el olvido.

En la penumbra polvorienta pasan hoy
Seres grises; con ojos asombrados
Miran sin ver aquellos cuerpos duros
Orgullosos: el anca, el vientre, el lomo
De animales perfectos; los vestigios
Del dios que fué, que exige serlo siempre.
Y hostiles como extraños ofenden su agonía
Con una admiración incrédula.

¡¡¡PAAFF!!

Por *León* FELIPE

PERO... ¿Quién es el Viento?...
El Viento es el que sopla en las narices...
en las entrañas de la Nada. (¿Es un soplo o un beso?)
El Viento sacó al Hombre
de la arcilla roja y del sueño.

La Nada... era una virgen que dormía,
y un amante fatal y frío el Viento...

Un día... ¿o fué una noche?
—¡Todo pasó en secreto!

Una noche... digamos una noche,
una noche registrada en el pórtico del Viejo Testamento,
¡¡Sopla!!
le dijo Dios al Viento.
¡¡Paaff!!
sopló el Viento,
y el hombre, varón y hembra,
de la arcilla y del sueño
de la Nada
fué hecho.

Bajo la sábana primera de la niebla
puso sus huevecillos el misterio...
¿Nada más?... Nada más...
Esto es lo que sabemos.
¿Y ahora?... Ahora el Hombre,
este vástago oscuro nacido de la Nada y el Viento,
puede pararse a interrogar,
a preguntar algunas cosas...
por ejemplo:
¿Y si el último peldaño de la escalera de la Torre,
de esta torre de sangre alada
y de turbios deseos,
recinto
de alondras y murciélagos...
Si el último peldaño de la escalera
de esta Torre sin faros,
sin claraboyas ni ventanas,
cerrada a carne y hueso...
Si el último peldaño de la escalera de esta Torre
de arcilla roja estofada de sueños...
de sueños blancos como corderos de holocausto
y negros como toros ciegos...

donde la fuente del amor y de la Vida...
el sexo,
está junto al sucio socavón del excremento...
Si el último peldaño de la escalera de esta Torre
(que acaso es solamente un oscuro tanteo,
una experiencia fracasada,
un engendro
nacido del soplo
del beso
¿amoroso o lascivo?
en la Nada... del Viento)
Si su gloria
su destino
su término
fuese un rendijón en la frente,
un boquete en el techo,
en la cúpula... el boquete de la explosión,
el desagüe en el vacío de los sueños,
un estampido,
el estampido de la conciencia y del pensamiento
en la Nada otra vez?...
¡¡Paaff!!

Y el Hombre... El Hombre puede afirmar también
algunas cosas...
Por ejemplo:
Se quiebran las cuadrículas,
explotan las calderas,
revientan los límites y los Mandamientos,
se abren las espaldas de la muralla,
se dobla el cuello altivo de los Templos
que ahí están otra vez
rotos, desinflados, secos...
con el pico sucio y mudo como de un cisne exánime
a la orilla del agua... fuera del cielo y de su espejo...

caídos en el fango,
muertos.
El hombre puede interrogar... afirmar...
y puede también escribir esto:
La conciencia... ¿no es un hálito picante
y corrosivo la conciencia?
Y el pensamiento... ¿no es un aire enloquecido
el pensamiento?... ¡¡Viento!!
Un viento... hijo del Viento,
un viento iracundo y prisionero
que golpea las ventanas y las bóvedas,
que empuja las sienes por dentro,
que las abulta, las hipertrofia y las desquicia
fermentando los sesos?
Todo lo hincha, lo resquebraja
y descoyunta el Viento.
Todo se hincha para reventar... El cráneo
del hombre también,
al que no le viene ya ningún sombrero...
¿Habrá que hacerle otra corona,
otra mitra, otro casco guerrero
y otro gorro de clown?
¡¡Silencio!!

No hay presas ni bastiones para la cabeza...
ni aros ortopédicos
para las duelas rotas
de los toneles epilépticos...
Ni cinturones para el vientre
ni corseletes para la Tierra. Todo está hecho
para huir... para escapar y taladrar...
Todo lo expande y lo perfora el Viento.
Se hincha todo para reventar:
los fetos y los muertos...
Y no hay fajas tampoco para el ombligo de los niños,

ni vendas para el polvo cristalizado de las
momias. Sopla el Viento
y todo lo infla hasta el estampido,
derribando cercos,
vallas, coronas, mitras...
abriendo
rendijas, boquetes, desagües;
volando torres y sombreros,
reventando cúpulas y frentes,
volcanes y cerebros...
¡¡Paaff!!
Hasta que al fin lo vierte todo
en la gran pradera del vacío otra vez,
en el espacio insípido y desierto
bajo la bóveda infinita de la Nada...
Pero
no os asustéis... No os asustéis...
Porque el Hombre... este engendro
nacido de la cópula oscura
de la Nada y el Viento
puede soñar también algunas cosas.
Por ejemplo:

Una noche... otra noche
que no está registrada en el pórtico del
Viejo Testamento,
sobre los siglos desnudos y dormidos
sin memoria y sin péndulo,
comenzaremos otra vez como en el Génesis.
Y el amante fatal y frío... el Viento...
Otra vez el Viento... soplará,
besará de nuevo
en las narices, en las entrañas de *otra* arcilla roja...
y el Prodigioso comadrón, el Mágico Alfarero,

como un Prestidigitador... ¡¡Paaff!!
se sacará a *otro Hombre*
de la manga...
del sueño...
de la Nada.

LUZ NATAL

Por *Jorge* GUILLEN

I

TAN anchamente se ilumina el llano
Que apenas le dibuja como valle,
Por fin, el horizonte.

Horizonte de lomas
Donde apunta desnudo
—Cimas jamás surcadas—
Un trozo de universo.
¿Desolado? Ya no.
Con tanto ahinco dura
Que hasta su bronca eternidad atrae:
Caliza gris que se reserva humilde,
Gris de una lucidez
Como si fuese humana.

Sin cesar revelándose planeta,
Ese cerro asordado
Se me reduce a fondo
Que a través de su nombre se divisa:

Cerro de San Cristóbal.
Si con su modelado se me rinde,
Me ayuda con su luz.

¡Oh luz del universo,
Para mí tan natal
En alegría de revelación
Henchidamente!

Luz de esta Castilla
Me impone mi destino:
Ser ahora y vivir
Dentro de este retorno del minuto
Que a respirar me fuerza
Frente a un mundo que tanto me define.
Persistiendo en mi ley
Gozo determinándome,
Preciso ante un confín
De criatura alzada
Sobre su propia cima: criatura
De las generaciones.

II

HAN corrido las sangres
Como ríos en busca de otros ríos.
Y sin final se precipitan, corren
Corren hasta perderse
Nuevas, recién lanzadas por los cruces
De una red que se intrinca,
Emboscadas las lindes
De la incesante selva.
¿Desde dónde hacia dónde?

Eternidad también
Que sobrepuja al tiempo y su maniobra,
A todos los estériles paréntesis,
A toda oposición de cataclismo,
A los juegos del hombre y sus ideas,
Eternidad de ríos estivales
Que son un río solo como el mar.

¿O más que el mar? Trascurre, se trasmite,
Más feroz que en su máscara de muerte,
Vida a estilo de vida.
¡Generaciones de generaciones,
Jardines sobre lechos,
Cuánto nacer innúmero hacia el sol!

Y entre las criaturas,
Una vez. . . ¡Ah! Yo. ¿Yo?

Yo ajustado a mis límites:
El ser que aquí yo soy, sobre esta cumbre,
Bajo este firmamento
No escogido por mí.
¡Gracias!

Heme también aquí. ¡Regalo!
Regalo para quien
¡Ah! nada merecía,
No era nada ni nadie.
Os debo a ti y a ti
Mi don de ser a gusto
Por entre tantos seres,
Mis frases impelidas
Por palabras que son de vuestras bocas.

¡Historia ilustre, libertad en blanco,
Sustentación de patria!

Tú, mi gran responsable,
Tú encendiste la chispa suficiente
Para sentir el ser como fortuna,
Para exaltarme el ansia hasta la obra,
El amor hasta el hijo.
Llega a mí tu energía
Como enlace con todas las firmezas,
Sin cesar navegando en la corriente
Sin principio ni término.

¡Oh padre generoso,
Siempre comba de amparo,
A pie quieto muralla entre ese mundo
Terrible y nuestra dicha,
Con tanto despilfarro de ti mismo
Luchador de una lucha
Que fuera sumo juego,
Alma ya sin cesar tan aplomada,
Sin cesar en tu temple
De varón generoso!

Me aguardaba la tierra con el cielo
Bajo tu poderío,
Mano tendida hacia la criatura
Nueva aún, expectante.

Entre el destino y vuestro amor surgía
—¡Oh supremo caudal aquí! — España.

III

Son leves diferencias: todo un mundo.
Cierto arranque del alma,
Un no sé qué de fibra
Que desplegara espíritu,
Cierto andar. Con el porte,
Esa inflexión —tan única— de voz.

Y la palabra. ¡Nuestra, la palabra!

Vida común irreductible a idea,
Si creación de tantos,
Próximos a sus cielos,
—Móviles cielos nunca detenidos—
Definición de nadie.
Realidad, realidad
En tornasol, en mente.

Entre muros y torres ved el aire:
Un aire de afluencias matutinas
Que también será ardor
Hasta por las penumbras y las sombras.

¿Y quién te encerrará,
Movimiento del fuego?
¿Habrás de resignarte a ser ceniza,
Mortuoria ceniza problemática?

Mientras, la Historia, ¿dónde?
Historia por mis venas y mis huesos,
Historia en este soplo
Que alentándome está la frase actual.

¿Amarillentas ruinas?
¿Y el impulso que llega de vosotros,
Los vivientes aún
En esta pulsación que marcha sola,
Sin mí, tan mía, yo?

Yo, bajo mis vocablos
Resonantes de rutas,
A través de mi propia libertad
Hacia lo todavía no existente,

Hacia las tardes de una luz que espera,
De un matiz que no vive nunca solo.
¿Habrá de ser mi mano
Quien tal vez os colore,
Trémulas tardes indeterminadas?

Algo fué que es futuro:
Incógnita filial,
Juventud que no cesa.
¡Oh patria, nombre exacto
De nuestra voluntad, de nuestro amor!

IV

Los terrenos ondulan—y continuos.
Es el planeta patrio.
Minúsculo, visible,
Para todos esférico,
Girando va con todos.
¡Oh común ansiedad, oh patrias juntas!

Completa redondez
Para nuestras dos manos...
Pilas, moles, derrumbes
Y polvo, polvo, polvo
—Si no el tizón y el humo.

¿O tierra para el agua?
Agua de aljibe lleno
Que predispone a trasparencia el día,
Agua en temblor alzado
Por las gotas de lluvia,
Agua salina de los oleajes,
Océanos, el mar, un solo mar.

Entre arenas y frondas, hacia orillas,
Entre vientos y llamas,
El sí, el no del animal que elige,
Que ya se elige humano,
Tan capaz de ser hombre.

Es él también aquél, ya sobre tablas
De fiesta y prepotencia.
Mirad su catadura.
Desde el testuz de toro,
Las crines de un león muy jaspeado
Por la piel relumbrante.
Y un sonreír de estío que ilumina
Boca, dientes y voz,
Voz de halago que ahora,
De pronto, se oscurece,
Airada contra el aire.
Escándalo, poder, pelea, crimen,
Y una abstracción con lujo de uniforme,
La multitud en torno a su enemigo,
Razones y razones, muertos, muertos.

¡Cómo pulula el incidente humano!
No hay soledad de Historia.
¿Apartadizos? Juntos.
¡Compañía terrible,
Dulce y consoladora compañía!

Oíd: un hombre al habla.
¡Manifiesto el espíritu!
Es el habla común:
Amorosa invasión de claridad.

V

QUE ni un solo sabor
Se nos anule en giros de planeta.
¡Hermosas precisiones!
Gracia natal: España.

Ese cielo agudísimo de calle,
Ese centellear
Cerámico de cúpula,
Este rumor de esquina
Conversada me entienden.

Aquí soy consistencia de este valle,
Un chopo de una margen,
Atmósfera tangible de llanura,
Calor aún de viento
Sobre aquellas espigas.

¡Cuántas vivacidades
Por ahí derrochadas
Que el corazón reúne: mi tesoro!

Y las desolaciones de granito,
La desnudez que entrega estos perfiles...
¿Serán quizás mis huesos
Quienes mejor respondan
A esa llamada oscura,
Para mí complaciente?

Sonando, despejándose,
Ya la profundidad de la mañana
Me conduce otra vez a mi memoria.
Os rendisteis, mirada con silencio,
Reticencia en repliegue que no oculta.

¿Y si ya no quedara entre nosotros
Más que civil abismo?
Abismo, sí, tal vez, de sol viviente.

¿Por deber? Por instinto que bien sabe,
Por hábito de amor,
Por la infancia de entonces
Bajo esta madurez ahora encima,
Te son, tierra, leales mis raíces
Más inocentes. Sólo así perdura
Mi ahinco meridiano.

¿Y el ceño de tu rostro en este día?
¿Y tanta depresión tan disolvente?
Tú sólo existes, áspera, risueña,
Para mi amor, para mi voluntad,
Para creer creándote.

¿Destino? No hay destino
Cifrado en claves sabias.

¡Problema! Polvoriento
Problema del inerte,
Profecía del antivisionario,
Cobarde apocalipsis...
Problema, no, problemas
Limpios de lagrimada vaguedad.
Que los muertos entierren a sus muertos,
Jamás a la esperanza.
Es mía, será vuestra,
Aquí, generaciones.
¡Cuántas, y juveniles,
Pisarán esta cumbre que yo piso!

Esperanza agarrada a la cautiva
Sucesión: a través del tiempo, tiempo.

Confío mi esperanza a este planeta
—En su presente forma de terruño.
A pleno acorde aquí
Todo mi ser apunta.

Aquí, tan verde el agua hacia más agua,
Siempre hacia su futuro, su infinito.

VI

OREA una frescura:
Frescura de Castilla en el encuentro
De los dos ríos, de los dos verdores.
¡Vibración de riberas,
Frondas ante corrientes!
Hay murmullos de cielos dibujados,
Arraigados, amigos.

Y los pinares con aromas hondos
De energía fluída,
De potencia guardada.

Se yerguen sin brillar trigales nuevos,
—Después tan acogidos a la luz—
Nuevos en la mañana de los tallos
Que verdean, se afilan.

Verdes aún las hojas de los chopos:
Hojas de una impaciencia
Que habrá de serenarse en amarillo.

¡Primavera irrumpida!
Tiende a cielos enteros
Esa planicie que la vista abarca,
Sin cesar dominante,

¡Paredes y solaz de sol benigno!

Los grises de los cerros luminosos
Con más color se avivan,
Y el aire se me ensancha en luz natal,
En eso que yo soy.

Me equilibra este cerro de horizonte:
San Cristóbal modestamente puro,
Eminencia ofrecida como calma
De nadie para todos,
Local eternidad.
Y la tierra caliza
—Sin surcos acerándose—
Nos refiere a su término
Familiar y no hollado,
Término de planeta nunca antiguo.

ENTEREZA

Por *José MORENO VILLA*

En el nombre del verbo que a la rosa espolea,
que al mastuerzo fustiga y al heliotropo empuja,
quiero animar el coro y no aventar más lágrimas
si no son como estrellas.

¿Qué más da que la nube cubra el signo del alba?
También las olas cubren árboles de corales.
Y nosotros tapamos las ramas coralinas
que nos dan existencia.

Lo importante es saber que las cosas se esconden;
y después descubrirlas; y después manejarlas;
situar el lucero sobre vivos corales
y avanzar lentamente.

La vida es poema trágico —ya lo sé—,
pero habiendo pasión, la tragedia es hermosa.
Vengan, vengan misterios, nubes, telones, gasas,
y pasión para henderlos.

A la Belleza y sus Aspirantes

Cándida virgen diminuta y grande,
ligera y quieta como luz en vino,
encantada y vivaz, sin arrebato,
más tirante que el cielo en tarde fría.

Sin virtud que esgrimir van acercándose
los novatos del bien y de la gloria;
te besan afanosos los caireles
del rubio pelo y te regalan flores.

Son lisonjeros como los perritos,
arrulladores como las palomas,
viven de las volutas del incienso.

Tú, les sonríes. Ellos, se lo creen;
salen ufanos, como Don Quijote,
y allá se van en busca de ti misma.

Evocación de Blanquita

Era brillante y limpia como un río de sol.
Moviendo la mirada repartía dulzura,
y siempre que sus dientes desnudaba la risa
sentíamos las venas del bienestar abrirse.

Agil y contenida, según y cuando, daba
la impresión de guiar palomas sobre nubes,
y en su palabra, como en su voz, había
un poquito de oboe y otro de violoncello.

Fué manantial de gozo en mi morosa infancia,
y cuando la recuerdo en mi vejez, acude
como ya no será ni aquí ni en los espacios.

Si pudiera encontrarse con la Virgen María
en los cielos que cuentan, ella, como sonámbula,
creería mirarse en un lejano espejo.

CORDOBA DEL TROPICO

Por *Juan REJANO*

(FRAGMENTOS)

Alborozo primero

Despertar o nacer: abro los ojos
una mañana pura, junto al árbol
de miel, la huraña orquídea,
la luz virgen, la luz tallada como
diamante inmenso,

y el ígneo bronce de la tierra
sonando rojos, delirando verdes
mientras el sexo mineral del agua
en su hermosura se recrea y huye.

¡Qué destello en lo hondo y soterraño
del ser! ¡Cuánta delicia
en la piel y en los ojos!
                                        Si brotara
la palabra del hombre en esta tregua,
yo la respondería dando al viento
mis brazos casi en ramas convertidos,
en anchas hojas de esmeralda, en nubes
que rosas fueron y en azul se bañan.

Se yerguen las montañas a lo lejos
translúcidas
cual sombras que arrojara la osamenta
de un planeta abrasado,
y aquí el sonoro insecto,
el pájaro,
la larva,
el tallo alborozado y la raíz
fecunda
me dan el solo aliento que ambiciono.

¿El cielo? Sí, del cielo bajan fúlgidas
lanzas como invertido mar de cactus
que en líquidos cendales torna a veces
sus agresivos, invisibles filos.
Pero el cielo está aquí, junto a mis pasos,
comulgando conmigo en esta fiesta
radiante,
embriagado de amor como yo mismo,
cuerpo ya terrenal fundido al gozo.

¿Merezco tánto espacio esclarecido,
tánta núbil caricia, tal enjambre
de labios tentadores? ¿Por qué puedo
soltar el corazón, al aire abrirlo
como un ave o un fruto en primavera
si, unido a su raíz, tan sólo vive
para abatir el muro ignominioso?
¿Acaso existen pausas venturosas
en la ley cegadora del torrente?

¡Oh, lenguas que moráis en mi recinto,
no apaguéis con recuerdos,
razones, largos signos
este instante real,
tan real, que del tiempo casi escapa,
ni vosotros, destellos más recientes,
lo empañéis con los ecos,
diálogos, enconos
que otra edad de la sangre nos recuerdan
como piedras sombrías que volvieran
rebotando del fondo de un abismo.
Yo adoro lo existente,
yo quiero dar mi brazo a lo que vibra
en cualquier latitud
y soñarlo a la vez, hacerlo plena
realidad, vida intacta.
¿Que esta tierra me ignora, que este mundo
no acaba de entregarme
la turbadora magia
que todavía calcina sus entrañas?
¡Qué me puede angustiar
si yo a su orilla con amor desciendo,
si he venido a poblarlo con amor
de nuevos mitos inocentes!
Dejadme ver, latir, ser vuestro, el mismo

de las horas heridas y el pan lúgubre.
Yo sé en qué viento giro, a dónde voy,
mi destino de otoño y de semilla,
mi sola noche entre mis manos honda,
mas sé también —un niño me lo advierte—
que he de contar abejas, linfas, pétalos,
cantar su dulce esfuerzo laborioso,
y amo esta concreción de hermosas formas
alzadas por lo tierno,
sus leales racimos palpitantes
que ciñéndome van mientras yo ciño
su cintura y reposo en los helechos.

Mirad, mirad los frutos cómo abren
sus labios para mí
—¿acaso me preguntan cómo soy?—;
el alcohol silencioso de las cañas
cuajando para mí
—¿quizá su nombre es prenda de codicia?—;
la mañana, la sombra
de cristal, los aromas
brotando para mí.
Para mí, para mí su intimidad,
la intimidad
poblada,
concebida
del gran germen cercano.

¿No he de vivir si dominé el ensueño?

¡Oh, Córdoba del trópico, tan lejos
del nominal origen de tu planta
—olivos, vides, mieses, serranía,
llano ardiente, capítulos de piedra

sumando edades, río custodiado,
molinos menestrales—, y tan cerca
de mí!
Tan mía ya, que siento tus contornos
a mi carne y mis huesos confundidos,
cual si de ti fuera a nacer, o el hálito
de lo que por ti va, por mí corriera,
mellizo soplo ingrávido
cantando.

¡Oh, Córdoba, oh, pasión madura y limpia!

Canción

Vente a Coscomatepec:
café prieto, barbacoa
y vino del naranjel.

Vente a Coscomatepec.

Vente mañana a Amatlán,
donde los indios son indios
y sabe a panela el pan.

Vente mañana a Amatlán.

Vente a San Juan de la Punta,
toros bravos, bravos negros
de moruna en la cintura,

Vente a San Juan de la Punta.

Vente conmigo a Tuxpango:
por el malacate arriba,
por el malacate abajo.

Vente conmigo a Tuxpango.

Vente a Fortín de las Flores:
un nuevo mundo de pétalos
y una orquesta de zenzontles.

Vente a Fortín de las Flores.

Vente una noche a Atoyac:
oirás cómo canta el río
antes de llegar al mar.

Vente una noche a Atoyac.

Vente a San Lorenzo Yanga
a ver brillar con la luna
los ojos de las mulatas.

Vente a San Lorenzo Yanga.

(¡Ay, Córdoba entre palmeras
y suspiros de muchachas!)

GUATEMALA:

RAFAEL LANDIVAR EN EL CIELO DE GUATEMALA LA ANTIGUA

Por *Luis CARDOZA Y ARAGON*

A Jorge Luis Arriola y Carlos Martínez Durán,
amigos de Landívar.

¡Oh patria! ¡Cara patria! disimula
si tus llagas no baño con mi llanto.
JOSÉ BATRES MONTÚFAR.

BIENVENIDA *campana de la torre más alta*
mira tu sueño muerto suspira Santa Marta
y él le pregunta a Luis el antigüeño
con voz de yedra y Pensativo río

Por qué es tan triste nuestra dulce patria
por qué siempre su muerte prematura
grata y absurda ardiente virgen viuda
amarga quemadura plomo y ala
tierra de nuestros muertos madre sacra
tierra de nuestros hijos levadura
tú sonámbula náufraga decantas
en sueño y alma tu cabal cicuta.

DE las cuadradas torres coloradas
embozado en asombro mineral
llegaste ayer para quemar tus naves
llegaste sin llegar.

Tomo tu cráneo de Yorick arcángel
Rafael oh fantasma olvidado

de mar distante caracol cercano
Recuérdote en tu celda
instala tu nostalgia el trópico en Bolonia
tu fría miel bucólica de pronto es toda exilio
añoranza infinita.
Entonces tus latines
como español nos cantan y el desterrado indígena
peregrino en su patria sonríe en el maíz
tu sollozo flamea en su estandarte
de harapientos azules tus cisnes de alfeñique
encienden y levantan la derramada lámpara
aleluya relámpago sin término
alto cenit tu amor guatemalteco
con qué luz y ternura minuciosas
por la patria sin sombra se encamina
haciendo el inventario de las rosas.

RECONOCES tu Antigua alcanforada
fábula de crepúsculo y fantasma
contumaz en violeta y piedra pómez
reconoces tu Antigua sin la grana
los cafetos nupciales
el acuñado sol de los bananos
reconoces tus padres y los míos
charlando en los geranios
reconoces tu Antigua ascua fría
entre fuentes apagada luciérnaga
en su nadir mudez ensimismada
el mismo topo beato tras el balcón levítico
y los mismos azules volcanes verdinegros
y el mismo tiempo medieval domingo
la misma vela frente al mismo santo
el mismo sol el hongo por nacer
la misma estrella junto al mismo pájaro
y las mismas hormigas

que el Cristo muerto como muerta abeja
perpetuamente llevan
y las mismas paletadas de bronce
el mismo polvo doblando en las campanas
la noche de las noches.

(ANTIGUA hoja seca extinguida crisálida
los turistas te cuentan las costillas
por los cerros te rumia con otros dinosaurios
teología de fieltro como entierro
Rafael Landívar hablas inglés
ya no hay Capitanes Generales
el Tetrarca es de oro y de petróleo
Pedro de Bethancourt el buen canario
canta su corazón en el ciprés).
Déjame que te guíe Antigua nuestra abuela
nos contará leyendas sentados en sus piernas.

Y volvió el Hijo Pródigo
él todo canto el mar en una urna.

Cazadores de cabezas necrófagos
piratas qué yerto vuestro tesoro
la sotana se le hacía armadura
concha de humilde lírico armadillo.

Y se fué sin partir y sin volver
volvió libre como nunca en su cárcel
como los buenos capitanes
los poetas se hunden con sus naves.

Bajo la presunción de los hisopos
crujieron sus cenizas
con lamento de plancha casi enfriada
y va a la muerte como noble toro.

En su cerviz hasta la cruz la espada
decidme qué no hizo para volverse fuego
y a un mismo tiempo ser y no ser
siéndolo tanto como los eres Muerte.

Académicos socios histórico-geográficos
hediendo a naftalina de sus mapas
ventaja en su silencio cosecharon
y plumas arrancaron de sus alas.

Dando batalla sin rencor el Pródigo
mugía sus estrofas sus ojos astillaba
sin encontrar amigos o enemigos
sin encontrar a nadie y ni la nada estaba.

Y volvió el Hijo Pródigo
solo en el centro de la plaza
se desplomó sembrando sus panales
él todo canto el mar en una urna.

(No te conozco pero te conozco
una noche en Anáhuac Barba Jacob quejábase
un avión con mi nombre recogerá mis huesos
que me dejen pudrir en paz, honestamente;
pal muerto las coronas dicen los mexicanos
ah líbranos Señor
de los explotadores de cadáveres
habré de soportar cada discurso
y ni sabrán que les menté la madre
costaré alguna plata
por qué no adelantármela
para los desayunos).

Por fin no más responsos y discursos
tu alegría de cal se echó a volar de nuevo
un niño sobre tus fosfatos puso
hartas flores silvestres y amarillas.

Las llaman flor de muerto
en nuestro pueblo nadie las quiere por sencillas
hechas de sol dormido
con fervor te saludan como el trigo.

Voluntad de perderse es el retorno
ahogarse en espejo sin azogue
y sabiéndose ciego alzar la venda
absorto de omblical eco sin grito.

Como al lugar del crimen se regresa
el río se remonta queriendo asir la fuente
así al recuerdo la niñez la muerte
con los dientes queriendo asir el sueño.

De aquí somos la voz engendra hogar
nombremos las montañas, engendrémoslas
de la penumbra surgirán tranquilas
de hermosura como diosas doradas.

La tierra se hace firme, se ilumina y canta,
suavemente amanece el día ancla
su isla a la deriva son las doce
mientras recuerdas déjame soñar.

Has vuelto Rafael Landívar a tu Antigua
nuestra Antigua matriz inconciliable
onda del mar de tu corazón cósmico
porque de parte alguna se retorna.

Bienvenido te acogen tierra y ola
bienvenido el tambor los heliotropos
bienvenido te cantan la luz y Bernal Díaz
bienvenido bienvenido a tu Antigua.

EN vano las polillas el ácido y la lluvia
mordieron tus campanas son el azul entero
de un ciego naufragado en mares de luz dentro.

Sobre tu sueño en cruz una guitarra siembro y mi
 semilla
permites una lágrima y como alondra roja las rocío
con el aguardiente más ardiente de mi vida.

Vive en latín América más nuestra por tu voz
se empinan los reyes en Palenque
para verte llegar viajero inmóvil
pero también te dicen:
Fuiste un Encomendero
del verso España negra y la Colonia misma
y hasta un Carlos III con alas de murciélago
ah si hubieses cantado en una lengua viva
para los hombres vivos la verdad de la vida.

GRITO, abro los ojos y te palpo
para verte y saber que estás allí
en la patria del alma la del canto.

Me puse a recordar pobre aprendiz de brujo
y por querer vivir por fin ser en lo eterno
ramos de sueños ato con mi ombligo.

Padre Landívar préstame tu hábito
por un breve momento
toma mi grana de antigüeños campos
y si hubiese de nacer de nuevo
aquí nacer quisiera
porque la nieve sueña con el hollín y el fuego
izaré en los volcanes mi alarido
tal vez así te respondan los muertos.

PERO
aquí no ha pasado nada
llegó

difunto un tal Landívar
lo enterraron
y se marchó por el portón trasero
para volver jamás.

MEXICO:

VARIACION DE UN TEMA

(A FILO DE MEDIA NOCHE)

Por *Enrique GONZALEZ MARTINEZ*

NOCHE sin voz. No tiene ya la vida
ayer, hoy ni mañana.
Ave de gerifaltes perseguida,
el ayer se fugó por la ventana.
El hoy —herido can— lame su herida
en la mancha geométrica del muro.
De su Estigia de vientos inseguro,
el óbolo rehusa y la partida
el alado caronte del futuro.

¿Qué le resta al vivir? Queda la sombra
errátil, imprecisa. Queda un viejo
fantasma que prolonga su reflejo,
fantasma sin perfil, de quien se asombra
la imagen moribunda del espejo.

DA las doce en la torre la campana.
Afuera, de su fuga arrepentida,
el ave picotea la ventana.
Restañada la sangre de su herida,
a dejar el rincón el can se apresta
y a los pies del amado se recuesta.

En el inicio de la luz temprana,
del mástil pende el impaciente lino,
y el esquife se enflora y engalana
porque conmigo zarparás mañana
y tu voz es el viento del camino.

El ave picotea la ventana.

Doble Tarea

Al tictac del reloj cavo mi muerte;
gota por gota riego mi esperanza;
a golpes de azadón el foso avanza;
el débil tallo en árbol se convierte,
y sigo sin violencia ni mudanza
mi doble empresa de esperanza y muerte.

Del árbol que planté, quizás no obtenga
la dádiva floral; mas será alfombra
mullida cuando el brazo se detenga,
y apagará los pasos del que venga
a turbar la esperanza de mi sombra.

Grial Profano

La copa rebosó de sangre y llanto.
En abra oculta y encantada roca
guardé celoso el libatorio santo;
mas en sus bordes se posó una boca,
y al beso impuro se rompió el encanto.

Por las fuerzas del mal quedé vencido;
contrito estoy y mi maldad confieso;
guardián infiel, lamento mi descuido;
mas no sé si llorando lo perdido
suspiro por el vaso o por el beso.

Nave Completa

Vida nueva, voces nuevas,
todo un mundo en agonía.
¡Con tantas cosas que llevas,
alma mía!

Vas con galera colmada
estibando la emoción
recogida en la jornada.
¡Ya no hay sitio para nada,
corazón!

Dirán que el llanto vertido
por la ausencia prematura
de todo lo que se ha ido
va descargando amargura
en cada puerto de olvido.

Mas es vano que remuevas
fardos de la travesía
para alojar cosas nuevas.
¡No queda alforja vacía
entre todas las que llevas,
alma mía!

SEGUNDA VIGILIA

Por *Octavio PAZ*

El mediodía alza en vilo al mundo.

Y las piedras donde el viento borra lo que a ciegas escribe el tiempo,

las torres que doblan el cuello,

la nave de piedra que hace siglos encalló en la piedra, la iglesia de oro que tiembla al peso de una cruz de palo,

las plazas donde si un ejército acampa se siente desamparado y sin defensa,

el Fuerte que hinca la rodilla ante la luz que irrumpe por la loma,

los parques y el corro cuchicheante de los olmos y los álamos,

las columnas y los arcos a la medida exacta de la gloria,

la muralla que abierta al sol dormita, echada sobre sí misma, sobre su propia hosquedad desplomada,

el rincón visitado sólo por los misántropos que rondan las afueras: el pino y el sauce,

los mercados bajo el fuego graneado de los gritos,

el muro a media calle que nadie sabe quien edificó ni con que fin, el desollado, el muro en piedra viva,

todo lo atado al suelo por amor de materia enamorada, rompe amarras

y asciende radiante, suspendido entre las manos intangibles de esta hora.

El viejo mundo de las piedras se levanta y vuela.

Es un pueblo de ballenas y delfines que retozan en pleno cielo

arrojándose grandes chorros de gloria,

y los cuerpos de piedra, arrastrados por el lento huracán de calor,

escurren luz y entre las nubes relucen, gozosos.

La ciudad se vacía de su carga de sangre, de su carga de tiempo.

El presente la mece,
hecha un ascua, hecha un sol en el centro del torbellino.

Todo es presencia: todos los siglos, los ayunos, las ausencias, son este Presente.
¡Ojo feliz que ya no mira porque todo es presencia y su propia visión fuera de sí lo mira!
¡Hunde la mano, coge el fulgor, el pez solar, la llama entre lo azul,
el canto que se mece en el fuego del día!
Y la gran ola vuelve y me derriba, echa a volar la mesa y los periódicos y en lo alto de su cresta me suspende.
música detenida en su más, luz que no parpadea, ni cede, ni avanza.
Todo es presente, espejo sin revés: no hay sombra, no hay lado opaco, todo es ojo.
todo es presencia, estoy presente en todas partes, y para ver mejor, para mejor arder, me apago
y caigo en mí y salgo de mí y subo hasta el cohete y bajo hasta el hachazo
porque la gran esfera, la gran bola de tiempo incandescente,
el fruto que acumula todos los jugos de la historia, la presencia, el presente, estalla
roto como un espejo roto al mediodía, como un mediodía roto contra el mar y la sal.

Maltrecho, regreso a mi vermouth.
Toco la piedra y no contesta, cojo la llama y no me quema, ¿qué esconde esta presencia?

No hay nada atrás, todo es presencia, las raíces están quemadas, podridos los cimientos,
basta un manotazo para echar abajo esta grandeza.
¿Y quién asume la grandeza si nadie asume el desamparo?
Penetro en mi oquedad: yo no respondo, no me doy la cara,
perdí el rostro después de haber perdido cuerpo y alma.
No duele la antigua herida, no arde la vieja quemadura, es una cicatriz casi borrada
el sitio de la separación, el lugar del desarraigo, la boca por donde hablan en sueños la muerte y la vida
es una cicatriz invisible.

La ciudad sigue en pie. Tiembla en la luz, hermosa.
Son más blancos, más altos los chorros de las fuentes.
Todo se pone en pie para caer mejor.
Y mi vida desfila ante mis ojos sin que uno sólo de sus actos lo reconozca mío:
¿y el delirio de hacer saltar la muerte con el apenas golpe de alas de una imagen,
y la larga noche pasada en esculpir el instantáneo cuerpo del relámpago,
y la noche de amor puente colgante entre esta vida y la otra?
Yo no daría la vida por mi vida: es otra mi verdadera historia.

La ciudad sigue en pie.
Frente a mí se levanta, Sansón sobre sus sueños,
el joven que cada cien años vuelve a decir unas palabras, siempre las mismas.
Malherido meteoro, de su frente hendida brota un último pájaro.
En el centro de la plaza la rota cabeza del poeta es una fuente.
La fuente canta para todos.

SONETOS

Por *Carlos* *PELLICER*

I

Adónde y hasta dónde y en qué sueño
se detendrá mi noche? ¿Con qué clara
palabra rayará la obscura cara
que enmascaró de sombra invicto dueño?

¿Tendré un día en los labios el risueño
tesoro? Tánta nube que apesara
levantará la aurora que acollara
y su diamenterío lugareño?

Estoy mirando el cielo y su grandeza
sobre mi frente a desbordar empieza.
Va haciéndose el silencio. Todo toma

un aire delicado de flor dada.
Y algo como decir una paloma
se da en el aire sin llegar a nada.

II

Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.
En flor de eternidad habló tu boca.
Sombra, mentira y muerte es lo que toca
la flor que empantané semidormida.

La soledad de la fruta podrida
entre manos cortadas se coloca.
Tan activo el sepulcro se desboca
que la muerte da síntomas de vida.

¡Ay, el odio y el miedo a la grandeza!
¡Qué hermosura será ser fortaleza
que poderosa la miseria ataca!

¡Qué temor de llegar a ser tan bello
que ya nadie nos mire entre la opaca
soledad en que tocan a degüello!

III

JOVEN de eternidad, soplé la llama
y la noche pendió de un solo hilo.
Y oí caer el fruto del sigilo
como el rocío sobre la grama.

Como quien abre una granada, el drama
que a toda buena sangre le da asilo,
desgarró la ansiedad de alzar en vilo
toda la sombra y convertirme en flama.

Quemarme iluminando ese deseo
que en lo más faro de mi ser rastreo:
estar en Tu mirada sonreído.

Sólo en este sigilo deshilado
podré tomar la forma del olvido
y estar en Tu memoria reposado.

IV

ENTRE todos los cielos el más alto
es el del mediodía. El aire ciega
de altura luz y el corazón se entrega
a manos verticales de cobalto.

Y en ese azul seguro como un salto
para salvar el tono que sosiega
suena el día tan vasto que congrega
sobriedades profundas de contralto.

Y con el pecho a toda sangre abierto
y la mirada húmeda de huerto
mirando de rocío y con las manos

sobre mi boca que gritar quisiera,
siento cerca de mí los más lejanos
sucesos de la luz en la pradera.

V

SEÑOR, mira mi sangre, qué negrura,
la espesa y la envilece; ya señala
mi frente con tus ojos y acaudala
tanta miseria mugre de amargura.

Sácame desta infame sepultura
que la mentira de un prestigio encala;
mándame caminar donde se exhala
toda la flor de tu temperatura.

Lléname como a un ánfora calmante
donde el agua más alta se adelante
la luz que baja de tu pie escondido.

Yo puedo ser, si Tú así lo quisieras,
un poco de agua dejada al descuido
donde beban las aves y las fieras.

VI

Y me quedo mirando el infinito
para escuchar la noche. La cabeza
ligeramente degollada empieza
a morirse en la sombra sin un grito.

Y entonces crece el corazón. Incito
un buen tiempo de sangre y la maleza
del no saber, se cubre de belleza
con la humilde verdad que necesito.

El campo en los luceros humedece
la yema de sus dedos. Aparece
como perla perdida, la alegría.

¿Acaso es ya el umbral de la victoria?
Joven de eternidad, la Poesía
comienza a amanecer entre la escoria.

TRES SONETOS

Por *Alfonso* REYES

AMOR que rondas y que solicitas
portillos y ventanas y cerrojos;
amor que sólo fías a los ojos
las imaginaciones que meditas;

amor que bebes lágrimas y cuitas,
celos, anhelos, ansias y sonrojos:
deja mis años, que ya son despojos,
y ni te buscan ni los necesitas.

Aquí silabizando te convido
a que me des el poso de tus mieles;
las que se paladean al descuido,

esas que se nos sirven a manteles
entre cada bostezo del olvido
y sin el amargor de los laureles

I

INSOBORNABLE pensamiento mío,
atento calador de mi cuidado,
¿cuándo me dejarás algún desvío,
desaprensión, olvido, desenfado?

Ceñí las aguas del bullente río
como por duro cauce bien labrado,
y pasmo fué si cada desvarío
halló la ley del oportuno vado.

Sufrí, gocé, fié la puerta franca
a las rojas imágenes del mundo,
que no mancharon mi morada blanca;

y digo, como nuevo Segismundo,
que sueño lo que vivo
y que vivo de sólo pensativo.

II

NO deliraba Góngora por cierto:
"la brújula del sueño vigilante"
me trae desvelado bogavante
de mi celoso corazón despierto.

No duermes, corazón: entreabierto
el claustro de la noche vacilante,
filtra su luz la voluntad constante,
y ni reposo ni quietud concierto.

No se me da la gracia del olvido,
no se me da la dulce flor de loto
que mitigue mi ánimo rendido.

Forzado soy si me soñé piloto,
y voy despierto cuando más dormido
entre las risas del velamen roto.

DECIMAS DE NUESTRO AMOR

Por *Xavier VILLAURRUTIA*

I

A mí mismo me prohibo
revelar nuestro secreto,
decir tu nombre completo
o escribirlo cuando escribo.
Prisionero de ti, vivo
buscándote en la sombría
caverna de mi agonía.
Y cuando a solas te invoco,
en la oscura piedra toco
tu impasible compañía.

II

Si nuestro amor está hecho
de silencios prolongados
que nuestros labios cerrados
maduran dentro del pecho;
y si el corazón deshecho
sangra como la granada
en su sombra congelada,
¿por qué, dolorosa y mustia,
no rompemos esta angustia
para salir de la nada?

III

Por el temor de quererme
tanto como yo te quiero,
has preferido, primero,
para salvarte, perderme.
Pero está mudo e inerme
tu corazón, de tal suerte
que si no me dejas verte
es por no ver en la mía
la imagen de tu agonía:
porque mi muerte es tu muerte.

IV

Te alejas de mí pensando
que me hiere tu presencia,
y no sabes que tu ausencia
es más dolorosa cuando
la soledad se va ahondando,
y en el silencio sombrío,
sin quererlo, a pesar mío,

oigo tu voz en el eco
y hallo tu forma en el hueco
que has dejado en el vacío.

V

¿Por qué dejas entrever
una remota esperanza,
si el deseo no te alcanza,
si nada volverá a ser?
Y si no habrá amanecer
en mi noche interminable
¿de qué sirve que yo hable
en el desierto, y que pida,
para reanimar mi vida,
remedio a lo irremediable?

VI

Esta incertidumbre oscura
que sube en mi cuerpo y que
deja en mi boca no sé
qué desolada amargura;
este sabor que perdura
y, como el recuerdo, insiste,
y, como tu olor, persiste
con su penetrante esencia,
es la sola y cruel presencia
tuya, desde que partiste.

VII

Apenas has vuelto, y ya
en todo mi ser avanza,

verde y turbia, la esperanza
para decirme: "¡Aquí está!"
Pero su voz se oirá
rodar sin eco en la oscura
soledad de mi clausura,
y yo seguiré pensando
que no hay esperanza cuando
la esperanza es la tortura.

VIII

AYER te soñé. Temblando
los dos en el goce impuro
y estéril de un sueño oscuro.
Y sobre tu cuerpo blando
mis labios iban dejando
huellas, señales, heridas...
Y tus palabras transidas
y las mías delirantes
de aquellos breves instantes,
prolongaban nuestras vidas.

IX

SI nada espero, pues nada
tembló en ti cuando me viste
y ante mis ojos pusiste
la verdad más desolada;
si no brilló en tu mirada
un destello de emoción,
la sola oscura razón,
la fuerza que a ti me lanza,
perdida toda esperanza,
es... ¡la desesperación!

X

Mi amor por ti, ¡no murió!
Sigue viviendo en la fría,
ignorada galería
que en mi corazón cavó.
Por ella desciendo y no
encontraré la salida,
pues será toda mi vida
esta angustia de buscarte
a ciegas, con la escondida
certidumbre de no hallarte.

URUGUAY:

PODERIO DE LA PALABRA

Por *Emilio ORIBE*

"No se trata de comprender los misterios en su esencia: es=imposible".

SAN AGUSTIN

I

Una lámpara que reposara en sí misma,
sostenida por el peso de su propia luz.

Ibamos a reunirnos en los jardines abstractos,
entre las nieves,
algunos poetas del universo.

Tratábase de realcanzar ciertas formas de la Alegría.
El absurdo de volver a ser niños al fin de los inviernos.
Los paraísos reversibles invocar en los juegos.
Remontar, por ejemplo, cometas en un jardín helado.
Lo ornamental del juego llevábamos:
los brillantes dibujos,
las estrellas, los círculos,
los flecos resonantes
y el gran óvalo de hilo.

Con máscaras e imágenes,
nuestros dédalos llenarían los espacios.
Para lucir bien eso, nos atareábamos inmensamente,
pues es sabido que las más simples alegrías
exigen realizar
las más difíciles experiencias del mundo.

II

UN desconocido
había también remontado una poderosa cometa
al lado nuestro.
Era su fábrica la más firme y espléndida de todas,
y él la movía con antigua elegancia
y la hacía ascender
trasladándose a voluntad con ella.
Nuestras cautividades eran en él la gracia infinita.
Yo me acerqué: vi con gran asombro
que mi compañero no enarbolaba hilo alguno
en la mano,
para bien sujetar su relámpago insinuado.
Su joya en el éter estaba, al parecer.
Esta, poco a poco, al subir y cambiar de colores,
fué transformándose en una pantera arrollada,
en forma de círculo. En su centro

brillaba una paloma.
Una lámpara que reposara en sí misma
sostenida por el peso de su propia luz.

III

SOSTENÍASE la joya por sí misma.
Los anclajes más diáfanos del hielo
le ofrecían reposo. Al mismo tiempo
ella obedecía como una esclava
a la dialéctica del joven.
Por la noche irradiaba un resplandor sereno,
con círculos y ritmos.

Rióse mucho el desconocido
al notar mi admiración y sorpresa.
Díjome que siempre había hecho lo mismo,
que jamás había utilizado cables,
tanteos, vínculos.
Que iba directamente a lo perfecto
por medio de conjuros,
y que nosotros éramos unos tontos
si nunca habíamos hecho como él.
Por fin, no le dió importancia alguna al acto,
y siguió divirtiéndose
como todos.

IV

—"Es que yo tengo fe en las Ideas.
y mi fe se afirma en las Palabras:
en su gobierno mágico.
Desprecio todo aprendizaje:
los rodeos,

las teorías. Desprecio
las arduas renovables experiencias
y las torpes astucias
de la pantera.
Desprecio las incertidumbres,
los acechos, los zarpazos como paréntesis".

—"Yo intuyo las palabras como dogmas.
Son venablos sin límites:
van directamente a lo perfecto,
al centro exacto de lo real.
                    Yo tengo
el don de entrar con ellas en la hoguera
de los misterios,
como tan sólo hacen la paloma y el relámpago".

V

—"Mi ley
        es dejar en libertad a la Palabra.
tan sólo las Ideas
le condensan un círculo
en donde ella se comporta
igual que un astro.
Una lámpara que reposa en sí misma
sostenida
        por el peso
                de su propia luz".

VIDA-MUERTE

Por *Carlos SABAT ERCASTY*

ESTOY ante la muerte y ante lo no nacido.
Soy el hijo de la muerte y el padre de la vida.
Las olas que fueron me sostienen aún,
y las olas no llegadas se aproximan
para sustentarme sobre el filo del presente.

A veces, la Tierra, viejo y hambriento sepulcro,
me atrae y me ofrece su almohada de cenizas.
Pero tú vienes hacia mí, tiempo no llegado,
y me vences con la ignota flor no abierta.

Mil veces desfalleció mi fuego.
Mil veces el latido me acostó en la nada.
Mil veces me evadí de mi propia extinción.
Mil veces, curvado de ansiedad,
entre la gran renuncia y la divina esperanza,
salté de la muerte a la vida,
olvidé mi cadáver,
me incorporé sobre mis pálidos huesos.

¡Ah, enigma doloroso del ser!
El pulso del corazón es vivir y morir.
morir y vivir.
Así dejé mis muertes
sobre los caminos del mundo,
irguiéndome sobre el polvo de los momentos
abriéndole paso al huracán de la sangre. . .
Para caer, para subir. . .
para ser, para no ser. . .
para naufragar, para irrumpir. . . ¡Siempre!

Tal el drama bajo las oscuras claves.
¿Qué es mejor, y qué es peor?
Hecho de contrastes y de opuestos,
entre la vida y la muerte,
me veo emanar de mi propia sangre.
Y siento, sufro, palpito el existir.
Y con el hacha de la sed abro los tiempos,
los tiempos yacentes que nos invitan desde la nada,
las horas no venidas desde las simientes del tiempo.

Y abro los tiempos, hacia abajo, hacia arriba,
hacia el morir, hacia el nacer,
sobre el filo del presente,
de pie sobre el filo del presente,
trágico y ebrio sobre el filo del presente,
enloquecido de vida y muerte sobre el filo del presente!

Me envuelve la guerra del mundo,
y me pliego al mundo con mi propia guerra.
¡Ser!
¡Tal vez no ser!
¡Tal vez ser y no ser!
Llegar al ser y nunca llegar
Crecer el ser y no agotarlo nunca.
Ir en saltos terribles
sobre el vertiginoso fluir de las posibilidades,
mientras por debajo me anudo a la muerte,
y por arriba me enlazo a la creación. . .
¡Siempre!

¿Por qué decimos vida o muerte?
¿Por qué abrimos un boquete entre la vida y la muerte?
Lo grande es unir,
desgarrarnos y unirnos,
estrechar valerosamente la nada y el ser,
mirarnos en las avenidas de nuestras muertes

y en las avenidas de las resurrecciones.
Amar a la vez el triste sepulcro de la Tierra cenicienta,
y la Tierra-cuna, la Tierra de los partos,
mientras la espiga nace en la luz
y muere en la sombra.

Estoy ante la muerte y ante lo no nacido.
El amor me sostiene,
y cada vez que muero,
el Amor me apoya otra vez en el filo del presente.

Perduro ante el enigma de mi propia obra,
permanezco ante las claves no vencidas,
las formas que aún no fueron en mí mismo
me ofrecen los cuerpos de una realidad ignorada.
No podría levantarme hacia ellas
sin subir a ellas con mis propias muertes.

Vengo de muy lejos,
desde el primer instante repentino,
desde la muerta Madre, desde el yacente Padre.

Vengo, muerte y vida,
en flúidas entradas a las cosas,
y a veces, en saltos de relámpago,
que burlan las tremendas barreras de la sombra.

Vengo hasta el hoy
con la espada de las revelaciones
desgarrando los velos adentro y afuera.

Vengo en vida-muerte
sobre el hondo y melancólico dolor de ser el hombre.

Vengo para ir, para ir siempre,
para emanarme desde cada muerte hacia cada vida,

ceniciento y sangriento,
como el cuerpo absurdo de la Tierra.

Vengo a crear, a crearme
hasta la última posible escultura del amor
y del dolor.

Vengo en flor y en ceniza,
oh prodigioso, oh trágico, oh humano martirio,
oh flamígero goce de espanto y de éxtasis,
vengo a correr en el asombro y en la sombra
sobre el filo de todos los presentes.

VENEZUELA:

LA JUANA BAUTISTA

Por *Andrés Eloy* *BLANCO*

MACHO el negrito, pero macho y medio;
salto de mono y ojo de barbasco
y daba capa y tripa, como el tabaco bueno.
Macho el negrito Sebastián González,
de Barlovento.

Norberto Borges le hizo una señita
y se fué con Norberto
—mi rengo sordo, mi Norberto Borges,
¡qué guapo era y qué bueno!

Cayó en los tiros. Año y medio estuvo
en la Rotunda preso;
después lo pasaron a Puerto Cabello.
Con ciento cincuenta salía los lunes
—harapo de rayas, pelota de hierro—
a hacerle su carretera
al tigre de Patanemo.

Tarde de fugarse todo,
porque hasta el sol se fugaba;
tarde de la gente libre
que no aguanta:
¡Se fué Sebastián González! . . .
Me lo dijo la descarga.

Lo cogieron, hermanito,
lo cogieron.
Mil palos por la mañana,
playa azul de Patanemo,
playa como la de Chuspa,
como las de Barlovento.
De la tierra del cacao
traen al macho, macho y medio,
para que le den mil palos
junto a su mar y su playa,
bajo su coco y su cielo.

Formación de guardia;
formación de presos.
La Juana Bautista
va llenando el viento;
las olas, las palmas,
los chaparros nuevos
dan a la corneta
su acompañamiento.

El ritmo es el ritmo
del negro.

Uno, dos, tres. . .
Ojo de barbasco. . .
Siete, ocho, nueve. . .
La Juana Bautista. . . y el tambor, el mar.
Diez y nueve, veinte. . . Noches de Curiepe,
noches de Capaya. . .
la Juana Bautista, Sebastián González,
qué bien la bailabas!
Cuarenta y siete,
cuarenta y ocho,
cuarenta y nueve. . .
la palma se mece, da el escobilleo. . .
Ciento veintisiete. . . Noches de Capaya,
la Negra Agustina, Sebastián, la negra,
qué bien lo bailaba!
Cuatrocientos treinta. . .
El lomo del negro, como su conuco,
se va abriendo en picas, se va abriendo en surcos. . .
La tierra en el lomo del negro,
la tierra de Barlovento.
Setecientos veinte. . . rojo, rojo, rojo. . .
la flor del cacao en el lomo florece.
Novecientos trece.
La Juana Bautista regresa del viento
con su falda triste de cocal sin verde.
Sebastián González
muere.

Muerto color de ceniza
sobre el fogón de la playa,
ancho muerto, largo muerto
sacudido de ola y palma;

mientras se esconde en tus ojos
el puesto de la mirada
y el hondo tambor del viento
da tu golpe en la resaca
y el ritmo tuyo en la ola
se embarca y se desembarca,
mientras te vuelan las moscas
sobre tu bemba salada,
la tierra traiga sus muertos
a patrullarte tus llagas,
sus muertos color de hambre,
sus muertos color de patria,
pero que venga la Noche
a acompañarte en la playa
y te enrolle con sus muslos
y te arrejunte sus ancas
y te escarbe tus cenizas
hasta encontrarte tus brasas,
la Noche de tu merengue,
la Noche de tu parranda,
la Noche barloventera,
la Noche venezolana,
tuya, tuya, tuya, tuya,
zamba,
zamba,
zamba,
zamba...

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico.